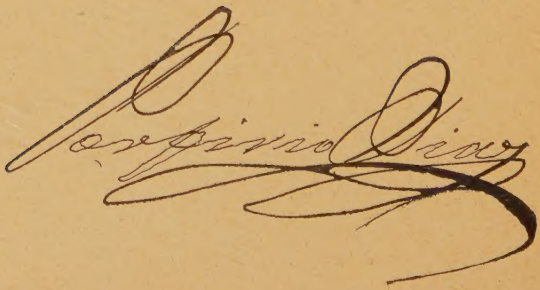
N. SANDOVAL

ENCUADERNACION Y EMPASTE
DE TODA CLASE DE LIBROS

2A. MATAMOROS 25
PACHUCA, HGO.

EL CAUDILLO



SALVADOR QUEVEDO Y ZUBIETA

EL CAUDILLO

CONTINUACIÓN DE

« PORFIRIO DÍAZ

ENSAYO DE PSICOLOGÍA HISTÓRICA »

(SEPTIEMBRE 1865 — NOVIEMBRE 1876)

LIBRERÍA DE LA VDA DE C. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23

MÉXICO
45, Avenida Cinco de Mayo, 45

1909

Quedan asegurados los derechos conforme à la ley.

PRÓLOGO

Este libro es un desarrollo del que con el título: « Porfirio Díaz, Ensayo de Psicología Histórica, » publiqué en 1906, sin más nombre de autor que XXX.

Sienta bien á un autor eclipsar su nombre cuando le toca yuxtaponerlo á otro de tal notoriedad. De allí las *tres equis*. Pero como varias publicaciones, al referirse al primer libro, nombraron al autor, despejadas las *equis* huelga el incógnito en el segundo.

Por lo demás, en éste como en el primero se persigue la idea de delinear con la mayor exactitud posible, á través de la historia patria, la personalidad del Sr. General Porfirio Díaz.

La idea no ha sido originariamente mía. Me la comunicó el bien reputado editor Raoul Mille, quien me confió su ejecución por razones de antigua amistad, nacida en París durante la época en que él, pequeño socio de la casa Bouret, y yo, estudiante de Medicina y autor en ciernes, nos encontrábamos por acaso en la Librería Española de la rue Visconti.

Si la idea fué ajena, propio fué el plan especial de composición histórica que entonces concebí.

No se horripile el lector creyendo que voy á espetarle, como el griego Luciano, un tratado sobre *la manera de escribir la Historia*. Hoy por hoy, la historia se escribe como cada uno puede y quiere, sin acordarse de reglas de clásicos, por más que no nos vendría mal á los modernos expositores de vidas y hechos sujetarnos á ciertos principios proclamados hace diez y siete siglos por el satírico Luciano de Samosata con acierto y gracia que perduran.

Quiero sólo hablar de dos elementos que intervienen en la estructura de este libro y su precedente: uno la *documentación*; otro la aplicación histórica de la *Psicología* y lo que por tal entiendo.

La Documentación. — Cuando mi amigo y editor Raoul Mille me proporcionó el material impreso que debía servirme para biografiar al Sr. General Díaz, me acordé del griego Luciano y de algo que había leído en su precitado trabajo. Cuenta el de Samosata que Aristóbulo, aficionado á la Historia, hizo la de Alejandro el Grande, á la sazón que éste reinaba en todo su poder. Elogiaba sobremanera el autor al prócer macedónico y le empeñaba por su propia cuenta en tremendos combates singulares... Un día en que Alejandro navegaba sobre el río Hidaspo, ingenióse Aristóbulo para abordarle y leerle trozos de su historia. Llegado que hubo á un pasaje en que el héroe mataba varios elefantes de un solo golpe de lanza, Alejandro no pudo contenerse: cogió el libro y lo arrojó al Hidaspo. Poco faltó para que hiciera lo mismo con el autor; porque le dijo airado: « Has de saber, oh Aristó-

bulo, que te debía echar tambien al río para que aprendieras á dejarme en paz y librar por mí semejantes combates singulares! »

Las biografías hechas sobre nuestro Presidente pecaban por ahí. No llegaban, es cierto, á los elefantes; pero andaban cerca de los combates singulares. Tomarlas como fuente y continuar su estructura equivalía á encaminarse hacia las aguas del Hidaspo en que fracasó Aristóbulo.

Tratándose de personalidades que viven y están en el poder, la cuestión histórica se complica. Aunque al referir de ellos luchas gloriosas, no les hagamos más que estricta justicia, el lector interpreta lo justo como elogio interesado. No puede suceder otra cosa entre un lector de humana materia y un autor del mismo barro. Pensando en ello concebí que la única forma que convenía á esta historia era una forma indirecta: que el autor apenas hable y que hablen por él los documentos, que hable el mismo biografiado, el Sr. General Díaz, documento vivo.

Con este fin, me dirigí á nuestro Presidente, obtuve de él pacientes conversaciones en el curso de las cuales me prestó un ejemplar, escapado á la destrucción, de un libro intitulado *Memorias del General Porfirio Díaz*.

El autor de este libro, antiguo Ministro de Hacienda en México y Ministro plenipotenciario en Washington, me había precedido en la idea de la biografía indirecta (con relación al autor). Hizo hablar metódica y extensamente al Sr. General Díaz sobre su pasado é intentó fijar sus palabras por medio de apuntes taquigráficos. Si la idea era buena, la ejecución no careció de defectos. Abandonán-

dose á la conversación amigable, el Genera Díaz no pudo evitar que, una vez impresas, algunas partes le desagradasen. Le pareció inmodesto y ocasionado á malicias el relatar de propia boca propios triunfos. No faltaron pasajes trasladados con inexactitud de la conversación á la hoja estenográfica ó de ésta al libro, de tal suerte que el biografiado los tachó con lápiz en el raro ejemplar subsistente, llenando el margen de rectificaciones. En suma, que aquello no era libro, sino embrión de libro.

Me pareció que había que hacer algo útil con el embrión : cercenar, ajustar, completar... Fué eso por algunos días mi trabajo de copia. Faltaba poner algo propio del autor entre aquellos *membri disjecti*, y discurrí que ese *algo* fuese un poco del segundo material antes citado bajo el lema :

Psicología histórica. — No sé que alguien antes que yo haya asociado estas dos palabras. Pero si la asociación es nueva, el concepto que expresa es viejo como la historia misma. ¿Quién que haya hojeado á los historiadores griegos y romanos no ha notado las frecuentes *arengas* que esmaltan el relato? Casi todas ellas son ficticias, no obstante que se las ponga en boca de personajes y en medio de hechos estrictamente reales y verdaderos. Los autores hacen decir á aquéllos, entre comillas, frases que no pueden pasar por textuales. Dirían ellos algo más ó menos parecido y que el autor expresó en consonancia con una situación, un carácter, una *alma*... verdadera labor de psicólogo. Esos autores hacían *Psicología histórica* sin saberlo.

Labor psicológica más desarrollada es la de los modernos: Momsen, Macaulay, Quinet, Taine, H. Houssaye y tantos otros, al ensanchar el cuadro de la vieja narración con golpes de vista sobre los caracteres, los móviles secretos, las influencias originarias.

La Psicología del historiador no es sentimental como la del novelista, ni abstracta como la del filósofo, ni patológica como la del médico. La concibo como un recurso para animar la sequedad del relato, hacer que los hombres no aparezcan como vaguedades autónomas realizando hechos voluntarios ó fortuitos, sino como ordinarias humanidades de carne y hueso, dependientes en sus determinaciones de un complexo de causas grandes y pequeñas. Que se muevan en su medio social verdadero, no indiferentes á la naturaleza, no indiferentes á la influencia cósmica, ni al paisaje, ni al cielo, ni á sus propias vicisitudes orgánicas. No es indiferente para la comprensión de un momento de lucha que el suelo sea yermo ó poblado, que brille el sol ó reviente la nube, que tal jefe se ahite ó ayune...

Desarrollando lo cual, mucho habría que poner entre los documentos que exhibo, citados unos, y otros por citar. Pero ya está dicho: las condiciones y circunstancias de este libro piden que el autor hable poco en nombre propio.

Sirva de ejemplo lo que pasó con un folleto de reciente publicación, no mal escrito por cierto, sobre la personalidad del Sr. General Díaz. Atendiendo á las recomendaciones de su autor anónimo, andaba en Madrid mi buen

amigo Amado Nervo mostrándolo en las redacciones de periódicos á fin de que reprodujesen algunas páginas. Y la respuesta negativa era siempre la misma... « Eso es muy directo... muy directo! »

Ese y otros novísimos biógrafos de forma directa, la han empleado también para tomar partículas del primer volumen de este libro por el camino más corto, sin anotar de dónde las tomaron. Aunque no hicieran más que citar documentos y reproducir fotograbados, no les vendría mal mencionar el libro que primero los diera á conocer. Con eso no harían más que poner en práctica algo raro actualmente que se llama « honradez literaria ».

Por mi parte, he tenido el candor de llevarla hasta el punto de que no he aprovechado nada ajeno sin anotar el libro respectivo y aun su año de publicación y su librería editorial.

Y todavía llevo más allá mi candor: hasta aceptar que si el caudillo juzga malo mi pequeño contingente para establecer su historia y su carácter (1) me eche de cabeza, con algunos colegas biográficos al río Hidaspo ó á cualquier otro, como si todos juntos no fuésemos más que un solo Aristóbulo.

S. Q. y Z.

(1) Historia que es la de México en la última mitad del siglo XIX; carácter que resume cualidades dispersas del alma mexicana.

NOTA PRELIMINAR

Como en el primer volumen de esta biografía, en éste la abreviatura *Mem.* puesta entre paréntesis al fin de una citación, expresa que está tomada del libro inédito « Memorias del General Porfirio Díaz » por Don Matías Romero. Esta abreviatura á veces va sola, á veces acompañada del nombre del caudillo, cuando importa hacer sobresalir la autenticidad de ciertos relatos.

PREVIA CUESTIÓN DE NOMBRE

En este volumen, como en el precedente, usamos de la simple designación « Porfirio Díaz » ó « Porfirio » que sólo puede parecer irrespetuosa á ciertos espíritus de estrecho criterio formulista. No piensan en que si llamáramos constantemente al caudillo « el Sr. General Díaz » se entorpecería de modo notable la narración. Además, el simple prenombre « Porfirio » (con ó sin el *Don*) está prácticamente consagrado por el uso universal. Es el nombre popular del Caudillo, el que predominó en la época de la Intervención bajo la forma hablada, cantada y escrita, el que actualmente basta de hecho para designar en el extranjero al gran mexicano.

PARTE PRIMERA

UN IMPERIO Y UNA GUERRILLA

CAPÍTULO I

MAXIMILIANO DE HABSBURGO

LOS MICROCRISTOS

Jesucristo fué el prototipo de una clase de hombres que se perpetúa. ¿ Quién, por poco que haya visto á su rededor no ha conocido luchadores destinados á víctimas ? Hombres que poseen fuerzas de ataque no proporcionadas con sus medios de defensa. Van á la lucha con un candor que sería sublime si al pasar del gran Cristo á los pequeños no degenerara en vulgar *bonhommie.*

Negociante metido hasta el cuello en empresa leonina... Leonina en favor de ellos, los socios *tus amigos* que captaron tu ayuda generosa para decantada empresa benéfica de honesto lucro... Allí se han ido tus ahorros, amasados duramente tras del mostrador por más de diez años. ¡ Adelante con tu cruz ! — Artista primerizo ! pintor, músico, poeta. Tu trabajo de gestación se prolonga ; y al fin sales con una primogenitura que puede ser buena, y

el público necio no te la aplaude; que puede ser mala, y el público necio te la aplaude...en beneficio no tuyo, sino de un Mecenas judío, editor, empresario, etc. ¡Adelante con tu cruz! — Joven periodista, veraz, valiente y simplón!... Te has forjado la ilusión nazarena de un apostolado moderno á punta de pluma. Las verdades como puños se volverán contra tí en forma de calumnias, palos y cerrojos... hasta que la necesidad te precipite en un *chantage* encubierto ó en adulaciones pagadas. ¡Entretanto, toma tu cruz!

¡Y cuantos otros! Sabio cuyo latín se estrella contra un jurado profesoral desprovisto de amigos... Marido en luna de hiel atormentado por una mujer que es «un ángel» en concepto de tu suegra...Todos vais allá, á añadir unidades más ó menos interesantes á la gran familia de nazarenos degenerados, Cristos de género chico, Microcristos.

Los 33 años son su edad crítica. Unos sucumben en las cercanías, y entonces *todo está consumado*; otros franquean sanos y salvos los 33, y por lo general, con la edad madura, dejan de ser Cristos. La cruel experiencia suele transformarlos en personajes egoístas, glotones y obesos. Son Cristos frustrados. — Entre los que *se logran* (para el sacrificio) hay quienes mueren de muerte oscura y vulgar en consunción silenciosa; á otros les toca morir como protagonistas de un drama.

De éstos fué uno el archiduque austriaco Fernando Maximiliano de Habsburgo (1) *llamado* Emperador de México.

(1) No creemos que haya razón para modificar el nombre original *Habsburger* escribiendo *Hapsburgo*. Esa *p* representa una adulteración viciosa del patronímico suizo.

EL MICROCRISTO AUSTRIACO.

Semblante enjuto, pálido, ligeramente arrebolado en los pómulos ; ojos claros ; rasgos de fino buril, tallados,

MAXIMILIANO DE HABSBURGO

En este retrato, más que en otros, se acusa el « prognatismo » en la prominencia del labio inferior.

no como en mármol, sino como en cera ; cabellera y barba en cuya seda ondulante juega la gama del rubio ;

barba en punta fina que es como un acento de dulzura aguda en la grave expresión del conjunto... Es el facies tradicional del gran Cristo, de tal manera establecido por grabadores, pintores, escultores, que al ver ciertas caras en relación con él, decimos corrientemente: « tiene cara de Cristo. »

Maximiliano tenía en su exterior algo de esa maqueta de Mesías; pero su mandíbula acusando el *prognatismo inferior* de la familia dinástica *habsburguesa* turbaba la ordenación lineal consagrada por los místicos retablos.

Se da el nombre de *prognatismo inferior* á una anomalía particular en las relaciones de la mandíbula ó maxilar inferior con el maxilar superior. Normalmente, si se les considera con respecto al plano vertico-transversal de la faz, el superior sobresale, en virtud de lo cual los dientes superiores avanzan respecto de los inferiores. En el prognatismo, ya sea por exceso de desarrollo de la mandíbula ó por defecto de desarrollo del maxilar superior, los dientes inferiores quedan á nivel ó se proyectan más allá de los superiores. Así se realiza en el hombre el tipo bucal del bulldog. Consecuencia de esta anomalía es que el labio inferior avance y *cuelgue* bajo la presión del opuesto. Al mismo tiempo la nariz contrarrestando la atrofia del maxilar se desarrolla excesivamente.

El prognatismo inferior se ha hecho constar en casi todos los Habsburgos varones desde los orígenes imperiales de esta familia. El labio inferior avanza y cuelga bajo la nariz prominente. Cuando estos rasgos característicos se pronuncian como en Carlos V y en Rodolfo II, la exageración del tipo familiar implica *estigmas de degeneración*.

El rubio cabello huía de su frente... porque el micro-

cristo moderno suele ser calvo precoz. Luego, la barba rubia, en vez de terminarse en punta única se bifurcaba en gajos bien peinados (1), abrillantados por el cosmético. Allí se rompía el molde hierático. Era un pequeño Cristo mundano de barba bífida, de boca exuberante, tendida eternamente en un beso incompleto.

Echado á sacrificarse en país extraño, antes de luchar con el país, tenía que luchar consigo mismo, con la degeneración que vamos á apuntar en su raza.

LA DEGENERACIÓN HABSBURGUESA

Originariamente alsacianos (del siglo VII al IX), los primeros Habsburgos sacaron su nombre de sus dominios suizos en Habsburg, pequeño territorio situado en el hoy cantón de Argau. Sólo queda del célebre condado un castillo levantado en una eminencia, cerca de la aldea del mismo nombre.

Construído en el siglo XI, el castillo de Habsburg, con su torreón de 24 metros de altura, sus murallas de más de dos metros de espesor, es el monumento pétreo de una familia avasalladora, combatida con éxito y lanzada de la libre Suiza por sencillos pastores. El monumento escrito está constituído por el *Guillermo Tell* de la leyenda, elevado por Schiller á poema dramático en que la casa de

(1) En varias narraciones mexicanas de aquel tiempo se hace alusión á un peinecito que el archiduque traía de continuo en el bolsillo y que se pasaba por la barba al menor desaliño.

Habsburgo, el Emperador y el rey de Austria están unidos en la misma execración. Porque los primeros Habsburgos, de simples landgraves que fueron, rudos guerreros, ya en Alemania, ya en Palestina, se elevaron á reyes de Austria con Rodolfo III de Habsburgo en el siglo XIII. Fué ese mismo Rodolfo, elegido Emperador de Alemania en 1273 bajo el nombre de Rodolfo I, quien transmitió á

EL CASTILLO DE HABSBURG
En el cantón de Argau (Suiza).

sus sucesores la esfera con la cruz y el águila de dos cabezas, símbolo del *Santo Romano Imperio*. Su hijo, Alberto I, con más fiebre de mando, es el tirano legendario de Guillermo Tell. Pierde la Suiza, pierde el Imperio; pero la cría dinástica, no extinguida, resurge en el siglo XV con el Habsburgo Alberto II, archiduque, rey, emperador. Hasta él, la raza dominadora conserva su vigor. La

degeneración incuba en varios términos de la serie antes de producirse manifiestamente. Los Habsburgos alsacianos y suizos serían unos rústicos y bien organizados mandones. Insignes neurólogos comprueban que en el mando, en el ejercicio del poder, haciéndose más directa la transformación de la percepción en movimientos y actos, hay un sobrecargo de actividad á expensas de los centros moderadores. Aquellos landgraves, cruzados de los siglos medios, si en tan ruda antigüedad fueron llamados al summum autoritario del Imperio, era que con la actividad extrema se habían creado voluntades fuertes en cuerpos robustos y armónicos. Cesa la acción, se afloja la voluntad en algún descendiente y entonces el agotamiento de la raza se expresa físicamente en atresias al lado de exuberancias. La reducción de unos órganos hace que ciertos rasgos hereditarios se exageren. Si el maxilar superior se atrofia y se conserva algo de la fuerte quijada, característica de las razas dominadoras, resultan esas caras largas, de barbas agudas que se ven en los Habsburgos decadentes. Oprimid y estirad con fuerza hacia adelante una barbilla maleable al mismo tiempo que tendeis hacia atrás el labio superior, y realizaréis la experiencia del prognatismo habsburgués. Este no se pronuncia más que cuando la raza empieza á decaer después de Alberto II, en su vástago y sucesor directo Francisco II apellidado « el Indolente », por los historiadores, « gorro de dormir » por su pueblo, á causa de su invencible pereza.

Maximiliano I, hijo de Francisco el Indolente, que le sucede en el trono de Austria, á pesar de su epíteto « el

Bello » ya deja ver muy acentuado « el labio caído » en un retrato que de él se conserva, debido al maestro pincel de Alberto Durero. Fué un maniático que agravó la propia degeneración casándose con una prima, María de Borgoña, hija á su vez del neurópata, semiloco, Carlos el Temerario. Como si no bastara para menguar una raza, que los Borgoña, psicopáticos de antigua data, se unieran á los Habsburgos que también lo eran, vino luego el cruce con un brote enfermo del tronco castellano. Felipe II « el Hermoso », hijo de Maximiliano « el bello », se casa con Juana « la Loca », cuyo epíteto no es injusto, como lo era quizá el de aquellos deformes prognatas. Y nace Carlos V, magnífico tipo de degenerado superhombre.

Maximiliano de México, al llegar á su efímero Imperio, sin duda con el fin de exhibir su lado español, invocaba especialmente sus relaciones de progenie con Carlos V. Mala invocación. En primer lugar, ese doble Carlos (I de España y V de Alemania) fué un rey exótico en España. Nacido y educado en la corte de su abuela María de Borgoña, en los Países Bajos, « fué un flamenco en su tipo, en su carácter y en su lengua », dice un historiógrafo. No residió más de 15 años en España, y siempre suspirando por sus flamencos. Abdicó en Flandes á donde se retiró parar morir entre ellos. « No es Carlos I, sino Carlos V, dice el mismo historiógrafo, no el rey de España, sino el Emperador, prefiriendo siempre llamarse de este modo, como extranjero que era, y no español. »

Por otra parte, Carlos V representa personalmente un

CARLOS V, VIEJO PREMATURO

miembro de los más dañados de esta familia histórica. No obsta que bajo su cetro se acumulen reinos « do nunca se puso el sol ». El melancólico solitario de Yuste que tuvo la fúnebre fantasía de asistir vivo y amortajado á sus propios funerales, ha sido bien definido orgánica y psicológicamente como un lesionado. De él dice Renda (1) :

« Carlos V parece acumular en sí el destino hereditario de sus ascendientes : desarrollado tarde y envejecido pronto, es la resultante de un carácter genial y loquesco. Glotón, goloso, epiléptico, malconformado, artrítico y cefalálgico, cae en los últimos años en accesos de locura que Michelet compara á la melancolía de la madre y á la del bisabuelo Carlos el Temerario. »

Conocida es la bella humorada de Carducci, el poeta profesor boloñés, ante el retrato de Carlos V niño, al lado de su tío Enrique VIII de Inglaterra :

« Junto á él, descansando en la cuna, su sobrinillo mata su hastío jugueteando con un lebrel. Sus quijadas, flacas y cortantes, parecidas á espadillas, y su labio inferior suelto y caído, revelan que está enfermo. Por maligna calígine velados, á su alrededor se mueven tres espectros, é inspirados del daño de tres siglos, en torno á él comienzan á cantar : « Salud, oh niño de cara perruna, salve, oh hijo de Juana la Loca, salve, oh pollastro de la mixta raza, que has de hacer sombra fatal á la cristiana tierra. La discordia desangra por tres ríos, y la fuente del pensamiento está cegada, y las acidias de los mal conteni-

(1) A Renda. *El Destino de las Dinastías.*

dos ímpetus, en tu cerebro se preparan á fermentar. »

Su hermano Fernando que lo hereda en su título de Emperador y en sus dominios austro-húngaros, se encarga

CARLOS V, NIÑO

de transmitir á la rama habsburguesa de Austria toda la degeneración adquirida. El emperador Rodolfo II, su nieto, hijo de consanguíneos, hipocondríaco y maniático, es,

RODOLFO II, EMPERADOR DE ALEMANIA, según Martín Rota'. Fisonomía típica de los Habsburgos : Disminución del diámetro transversal, aumento del diámetro vertical de la cara ; prognatismo inferior ; ligero grado de exorbitismo.

Tomada como las dos ilustraciones precedentes de la *Chronique Médicale* de París, cuyo Director D. Cabanes las tomó de varias fuentes, especialmente de la obra *L'Hérédité chez stigmates de dégénérescence et les familles souveraines*, par le Dr V. Galippe)

según un retrato de Martín Rota, un tipo acabado de prognata con su labio inferior al nivel del lóbulo nasal, su barba alargada hundiéndose en la gorguera como una cuña.

Por último, cuando la primera rama de los Habsburgos extingue su masculinidad en María Teresa de Austria, cuando por el matrimonio de ésta con su consanguíneo Francisco I, la familia Habsburgo viene á ser Habsburgo-Lorena, surge en el siglo XVIII una raza real austriaca que lleva como marca *la derivación feminista* que le dió vida. Raza débil, herida aquí y allí de feminismo en vástagos varones, despojada del « Santo Imperio », vencida y postergada en el siglo XIX por Napoleón I, luego por Prusia. Sus personalidades más salientes han sido María Teresa y María Antonieta. Con esta última, « la desgracia » hace su entrada en la familia.

Lo que se llama « desgracia » no es siempre el fruto del azar. Suele ser la resultante de incapacidades congénitas. El « aguilucho », hijo de Napoleón I y de una Habsburgo, inepto para la vida, abre la marcha de los Habsburgos desgraciados del siglo XIX. Le sigue Maximiliano, á quien consideramos.

SAJÓN LATINO

Como carácter, Maximiliano presentaba la indecisión de las razas intermedias. Los primeros Habsburgos, medio suizos, medio alsacianos, implantaron en su estirpe

los rasgos de un germanismo adulterado. El hispanismo adquirido en el cruce con la dinastía castellana fué también adulterado por la inserción flamenca, luego por la lorena. A esta promiscuidad de origen se añadía en Maximiliano la influencia regional: el austriaco, particularmente el vienés, es un sajón del mediodía. Yendo de Berlín á Roma, el viajero encuentra en Viena el puente de transición entre dos mundos. La nieve se rompe; lo rubio teutón tiende al rubio veneciano; á la rigidez prusiana sucede una flexibilidad general de líneas, actitudes, acentos. La mujer, al par de la cerveza, se aligera. Hay vislumbres de Italia.

Maximiliano fundía en su persona todas esas promiscuidades, y resultaba un tipo extraño, ni septentrional, ni meridional, sin el recogimiento germano ni la expansión latina. Su apetito pecaba de latinismo, rebelde á la cerveza, fiel al vino con *soletas* (1), más propenso á las golosinas francesas que al jamón con choucroute (2).

Su idiosincrasia térmica rompía el molde sajón. En nuestra Mesa central, donde el frío ondea por raras intermitencias, el archiduque austriaco tiritaba de continuo; y se vió la singularidad de que este Habsburgo

(1) La *solela* en México es el *bizcocho* de España. Maximiliano ingería frecuentemente esta clase de panecillos mojándolos en vino, según refiere su Secretario particular, Blasio: « El Emperador tomaba con frecuencia soletas empapadas en vino... » (José Luis Blasio. *Maximiliano Íntimo*. El Emperador Maximiliano y su Corte. Memorias de un Secretario particular. Librería Bouret, 1905.)

(2) « El augusto Soberano austriaco era un refinadísimo gastrónomo... Los platillos estaban preparados según la cocina francesa... » (Blasio. *Ibid.*)

se caldease artificialmente en tierra tropical (donde la chimenea doméstica es desconocida) viniendo del Norte (1).

A su paso por el Gobierno del Lombardo-Veneto ¿ se realizó en él una especie de segunda encarnación ? El hecho fué que este germano profundamente desaclimatado, huía de las medias temperaturas de altitud y se solazaba en los bajíos calurosos (Orizaba, Cuernavaca, etc.). Se prendó de los contrastes que ofrecen nuestras altas planicies calizas con las verdes frondas en declive hacia el mar. ¡ Montañas nevadas, crestas cerúleas que laméis el cielo del Anahuac, cañadas morelianas, húmedas espesuras jalapeñas ! vosotras hicisteis por retener al príncipe austriaco en tierra mexicana tanto como su ambición romanesca. La novela y la poesía, lo romanesco y lo romántico, eran en él algo más que caprichos ; eran el fondo mismo de su carácter.

Es el juicio que campea en diversos trabajos publicados en Europa sobre Maximiliano. Jules Gaillard, el traductor francés de sus *Memorias* (*Aus meinem Leben*) se expresa así en un artículo que sirve de prefacio al libro :

« Alma entusiasta y ardiente, corazón caluroso y amante, espíritu abierto á todas las cosas nobles y bellas, á todas las ideas generosas, imaginación poética, soñadora, esencialmente *román-*

(1) « Disgustado profundamente el Emperador con el clima de México... decidió trasladarse á Cuernavaca, habiéndose visto en México en la necesidad de poner estufas... » — « Encendidas las estufas desde la madrugada, mantenían durante todo el día la atmósfera á la altura de un baño ruso, encontrándose el Emperador muy contento con una temperatura tan elevada, pero teniéndonos á los mexicanos que estábamos con él, asándonos casi. » (Blasio, *Ibid.*)

tica... Detengámonos en esta palabra ; es capital. Es un epíteto honroso para el príncipe, y es también quizá el que le convenga más. Aquella imaginación tan impresionable y tan viva ; aquella *tournure d'esprit* romanesca y romántica que se pudieron observar en él desde la infancia y quedaron hasta el fin como el rasgo dominante y característico, bastarían por sí solos para explicar su extraño y trágico destino. »

« Naturaleza soñadora », dice igualmente de él el Doctor Basch que fué su médico, afirmando también cualidades femeninas en una alma viril.

Soñaba... Como el gran Cristo, este Cristo político tuvo su transfiguración, su rato de éxtasis en la montaña. Al contemplar en Acultzingo las ondulaciones gigantes de la cordillera perdiéndose en auroras de fuego, no es aventurado suponer que su romanticismo haya prohijado de este suelo, cuyo *imperio* le cayera en lote de azar, una idea extraordinaria (1). Tierra extraña, fea aquí, hermosa allá, árida y fértil á trechos, rica y pobre, culta y salvaje ¿ no era el teatro natural de lo ilógico, de la

(1) « El dia 4 (junio 1865) salimos de Perote muy de madrugada para emprender la penosa subida de las cumbres de Acultzingo y llegar á la Mesa Central. Maravillados nos quedamos tanto el Emperador como todos los que formábamos su séquito y no conocíamos ese camino, ante esa asombrosa ruta que mide más de 20 millas y que está hecha casi en la región de las águilas... Como el paisaje que se desarrollaba ante nosotros era de los más hermosos que en el país existen, pues va perdiéndose el horizonte lejano entre inclinaciones de terreno que se prolongan hasta la costa, el Emperador que era un gran contemplador de la naturaleza, decidió que subiéramos á pie las cumbres y tomásemos los carruajes en la parte más alta de ellos. — Así lo hicimos, y creo que su Majestad pasó ese día una de las más hermosas horas de su existencia á juzgar por el placer que su rostro revelaba ante la augusta belleza del paisaje. » — (Blasio. *Ibid.*)

aventura histórica, de la fortuna inesperada ? (1) « Todo esto es mío ! » La locura de Carlota no fué más que la trasmisión conyugal de este sueño, aberración masculina que injertada en débil cerebro de mujer degeneró en delirio crónico.

Mientras.....

Mientras soñaba; mientras se dirigía á su pequeño Calvario por las escaleras marmóreas de Chapultepec; mientras oraba de pie y á caballo, por su ilusorio Imperio, bajo los ahuehuetes del bosque azteca; mientras acumulaba ceremoniales sobre ceremoniales; mientras jugaba á la gran corte en suntuosas excursiones del Palacio á la Catedral y de la Catedral al Palacio; mientras ostentaba en ellas á su Emperatriz vestida con « inmenso manto escarlata », sus chambelanes, damas de honor, guardias palatinas, caballerizos mayores y menores etc. (2); mien-

(1) Cierto dia en que hablaban á Maximiliano de las graves dificultades hacendarias por que atravesaba su Imperio, respondió: " No importa ! Aquí no sucede como en Europa. Una situación, por mala que parezca, se arregla luego por sí misma " (Masseras. *Essai d'Empire*).

(2) El día 6 de Julio de 1865 en que cumplia años el Emperador, se celebró en la capital del Imperio el aniversario de su natalicio con extraordinaria pompa. Maximiliano andaba de viaje, huyendo del *frío de México*, y tocó á Carlota, acompañada del Mariscal Bazaine, presidir la fiesta.

« Su Majestad la Emperatriz, decia el *Diario del Imperio*, lujosamente vestida con una magnífica diadema y un inmenso manto escarlata, ha asistido á la función religiosa de la Catedral, rodeada de toda su Corte. Un inmenso gentío llenaba el templo y la plaza, donde estaban tendidas las tropas. La multitud se apiñaba en torno de los carruajes imperiales, contemplando con especial admiración la dorada carroza en que su Majestad fué á la Catedral y regresó á Palacio. »

Insertamos el Ceremonial de dicha fiesta al fin de este capítulo.

tras pasaba del incienso de los Te-Deum al Champagne *rosa* (1) de fiestas palaciegas y campestres, banquetes, coleaderos; mientras, en vaga previsión de tragedia, se divertía con « las cosas » de este país que « su lector », el poeta Zorrilla, llamaba « país de broma »... Mientras tanto, unos hombres de kepi raído, de mustios galones militares, capitaneando catervas peor perjeñadas, arrastraban por poblachos y rancherías la vida miserable del combatiente *fuera de la ley*. Se llamaban generales de la República, sus botas agujereadas dejaban ver á trechos que los calcetines europeos no se fabricaban para ellos, declarados forajidos por una ley marcial del Imperio (Ley de 3 de Octubre 1865).

Uno de éstos, Porfirio Díaz, recién escapado de la prisión de Puebla, va á contar algo de sus campañas en el período de guerrilla.

Como documento de descriptiva elocuencia tratándose de la efímera época del Imperio, insertamos aquí el

Ceremonial para la fiesta del dia 6 de Julio de 1865, en honor del cumpleaños del Emperador.

I. — A las 8 de la mañana la Emperatriz irá en coche á la Catedral, de gran gala.

II. — La guarnición de México estará formada en la Plaza Mayor desde las 7 1/2 de la mañana. La tropa formará valla desde la puerta del centro de Palacio hasta la del centro de Catedral, y desde allí por ambos lados del Coro hasta el Altar Mayor. Al avistar á la Emperatriz las tropas presentarán las armas, batirán marcha y todas las músicas tocarán.

(1) « Entre estos (los vinos), se sirvió la famosa Champaña rosa, muy de moda, muy cara, y que en la época del Imperio se importaba de Europa, especialmente para las bodegas de la casa imperial » (Blasio. *Ibid.*)

IV. — Cuando llegue la Emperatriz al atrio de la Catedral se formará el séquito en el orden siguiente :

1. Los Secretarios de las Ceremonias.
2. Los Capellanes de la Corte.
3. Los Médicos de la Corte.
4. El Srio. de la Intendencia.
5. El Tesorero.
6. Los Oficiales de órdenes.
7. Los Chambelanes.
8. Los Ayudantes de Campo.
9. El Intendente general de la lista Civil.
10. El Gran Chambelán de la Emperatriz y el Gran Maestro de Ceremonias.
11. El Gran Mariscal de la Corte.
12. S. M. LA EMPERATRIZ.
13. Las Damas de Palacio.
14. Las Damas de Honor.

A la derecha de S. M. irá el Capitán de la Guardia Palatina, y á la izquierda el Chambelán de servicio.

V. — El Arzobispo acompañado del Cabildo recibirá á la Emperatriz en la puerta principal de la Catedral y le presentará el agua bendita.

VI. — El Arzobispo y el Cabildo se colocarán en el séquito entre el Intendente General de la Lista Civil y el Gran Chambelán de la Emperatriz y en este orden acompañarán á S. M. hasta el dosel.

VII. — La Guardia Palatina esperará á S. M. á la entrada de la Catedral, y formará valla acompañándola.

VIII. — Todas las autoridades, la oficialidad y los empleados deberán encontrarse ya en el lugar que de antemano estará dispuesto para ellos en la Catedral, ocupando cada uno el puesto que le corresponda, por su jerarquía según el diseño adjunto.

IX. — El Arzobispo celebrará la misa de Pontifical.

X. — Después de la misa el Arzobispo cantará el Te Deum y el Domine salvum fac, y en seguida acompañará á la Emperatriz hasta la puerta, observándose en este acto el mismo orden que en su recibimiento.

XI. — La Corte volverá al Palacio en el mismo orden prefijado para ir á la Catedral.

XII. — Los cañonazos y repiques anunciarán los momentos solemnes de la función.

XIII. — Después de la función religiosa se reunirán en la gran sala todas las autoridades, la oficialidad y los empleados y se colocarán según su jerarquía.

XIV. — La Emperatriz saldrá entonces de su Departamento, acompañada del gran servicio de honor, donde se mantendrá de pie para recibir

las felicitaciones que en un discurso alusivo á la circunstancia le dirigirá el Ministro de Estado interino, en nombre de todos los presentes.

XV. — La Emperatriz se servirá contestar al Ministro de Estado.

XVI. — Seguirá después el desfile en el orden siguiente:

1. El Ministro de Estado con los Ministros.

2. El Presidente del Consejo de Estado con los consejeros efectivos y honorarios.

3. El Mariscal Bazaine con toda la oficialidad.

4. El Presidente del Supremo Tribunal con todos los Magistrados, Jueces y Tribunal mercantil.

5. El Arzobispo con todo el clero.

6. El Prefecto departamental con el Consejo del Departamento.

7. El Prefecto municipal con los regidores.

8. Los Subsecretarios de los Ministerios acompañados cada uno de los empleados de sus Ministerios respectivos y con los de las oficinas que dependen de ellos.

El orden será el siguiente:

El de Estado.

El de Negocios extranjeros.

El de Justicia.

El de Gobernación.

El de Instrucción pública.

El de Fomento.

El de Guerra.

El de Hacienda.

XVII. — El Gran Maestro de Ceremonias se colocará enfrente de la Emperatriz, para anunciarle las corporaciones en el orden que se vayan presentando.

XVIII. — Los Secretarios de las Ceremonias cuidarán de que el orden en la sucesión de las corporaciones no se interrumpa.

XIX. — Todas las personas tendrán que asistir de gran uniforme ó de frac ó corbata blanca. El luto de Corte se suspenderá ese dia.

XX. — A las 6 de la tarde habrá en Palacio un banquete.

XXI. — El Gran Mariscal de la Corte y Ministro de la Casa Imperial pronunciará durante la comida un brindis alusivo á la festividad.

PORFIRIO DÍAZ (EL CAUDILLO)

Tal como era en la época difícil en que preparaba con guerrillas mixtecas el Ejército de Oriente.

El original de este retrato, en forma « visita » lleva al dorso esta dedicatoria de puño y letra del Sr. General Díaz quien lo confió al autor : « Al Sr. Coronel D. José Rodríguez León, su compañero en la guerra de independencia y compadre. — Porfirio Díaz-Rúbrica. — Oaxaca, Julio de 1871. »

Esta fecha es atrasada con respecto á la en que se hizo el retrato, como puede comprobarse con otros retratos hechos verdaderamente en 1871. Probablemente el Coronel León obtuvo del caudillo la dedicatoria en un viejo retrato, porque éste lo representa seguramente antes de cumplir 40 años.

Muy interesante debe ser para el psicólogo la gradación de fisonomías que le presentamos en este libro. ¿ No es éste el Porfirio Díaz de las primeras luchas ! ¿ No es el luchador *flaco y triste,* con algo de fiero desdén en la mirada para los que le desconocían, imprevisores de su destino?

CAPÍTULO II

LA GUERRILLA

SEGÚN CONFIDENCIAS DEL CAUDILLO

Al final del libro « Porfirio Díaz, Ensayo de Psicología histórica » se refiere cómo, después de evadirse de su prisión militar de Puebla, el 20 de Septiembre de 1865, el general Porfiro Díaz se encaminó hacia la región vecina á las fronteras de Guerrero y Oaxaca por el punto en que corre el río Mixteco. Cuando al día siguiente atravesó á nado este río, no llevaba por compañeros más que á un criado y un guía. El 22 en la mañana se une á la guerrilla del coronel García, compuesta sólo de 14 hombres. Al anochecer, sorprende á la guardia imperialista de Tehuitzingo (Puebla), y con los fusiles á ella tomados arma á 40 reclutas voluntarios. Después... va á verse paso á paso, casi día por día, la agregración de pequeños elementos para hacer algo grande.

Es él quien habla bajo epígrafes nuestros :

PIAXTLA 23 DE SEPTIEMBRE DE 1865

UN CURA QUE GUARDABA MUCHOS DINEROS PARA SUS SANTOS Y NADA PARA SU PATRIA

« Con esa fuerza (los 40) me dirigí al día siguiente á Piaxtla y Chiautla, pueblos situados en el Estado de Puebla en busca de algunos fondos que me proponía sacar del cura ; porque hay allí muchos santos que entonces eran dueños de varios manantiales de agua salobre, cuyas cosechas de sal constituían los fondos de cada santo, destinados á costear los gastos de sus respectivas fiestas anuales. Era seguro por esta razón que el cura no podría negarme esos fondos, pues en los libros de contabilidad de cada cofradía debía constar la existencia, como en efecto constaba ; y aunque mi petición al cura fué modesta porque le pedí á cada santo la mitad de su existencia, me manifestó que no tenía dinero en caja, porque para no conservarlo sin producto lo había repartido en el comercio á interés. Lo obligué sin embargo á recoger la cantidad pedida y anduvo haciendo esa colecta en el comercio, tardándose lo más que podía, con objeto de dar tiempo á que viniera de Acatlán un escuadrón de traidores que mandaba un Teniente coronel Carpintero. »

« Aunque yo no sabía el objeto de la dilación del cura, sí sospechaba algo de él y no quise pernoctar en el pueblo de Piaxtla; y cuando ya comenzaba á anochecer emprendí la marcha diciéndole al cura que al día siguiente volvería por el resto de la cuota que le había señalado. No era mi propósito tomar la vía de Acatlán, pero la tomé para desorientar al cura y al vecindario. »

SESENTA CABALLOS

« Casi en los suburbios de Piaxtla me encontré con el escuadrón del teniente coronel Carpintero, y batiéndolo con los pocos hombres, bien montados, que había entre los que formaban mi

fuerza, logré derrotarlo y llevarlo por toda la vía semicarretera, encerrado por dos cercas de mampostería seca ó cercas de piedra suelta que formaban los lados del camino. Por consiguiente ni ellos ni nosotros podíamos salir de aquel carril, y los llevé en derrota por dos ó tres millas, recogiendo muchas armas y caballos ensillados, pues para salir fuera del cercado tenían los derrotados que abandonar sus caballos, habiendo capturado cosa de 60. Temiendo que en Acatlán hubiera fuerza superior á la mía y comprendiendo que el botín me ponía en mala condición para combatir, marché rápidamente al pueblo de Tecomatlan, con objeto de dar algún reposo á mis soldados y caballada; lugar á propósito puesto que quedaba el Río Mixteco que estaba bastante crecido entre Acatlán y Tecomatlán. »

TREINTA JINETES

« Al día siguiente se me incorporó el teniente coronel Don Juan José Cano, procedente de Tlapa, con 78 infantes y, bajo un gran chubasco, pasé el río á la altura del pueblo de Tepetlapa, pueblo que era muy amigo mío y permanecí en él tres ó cuatro días más, porque no cesaba de llover ni de día ni de noche. En Tepetlapa me alcanzó y se puso á mis órdenes con treinta caballos, el guerrillero Tomás Sánchez que murió después en la acción de Tomitlipa. »

TOLCINGO (GUERRERO). 1º DE OCTUBRE DE 1865. CONTRA VISOSO. REÑIDO ATAQUE. SIGUE LA COLECTA DE HOMBRES, ARMAS Y DINERO

« En la madrugada del día primero de Octubre de 65 cesó la lluvia y comprendí que era el momento oportuno para batir al coronel Visoso que, con una pequeña columna de 300 infantes y 50 caballos, estaba acuartelado en Tolcingo, pues me pareció muy

natural que el primer día útil después de aquellas lluvias y mal acuartelado como estaba, pensara en limpiar su armamento y que la hora más á propósito para atacarlo serían las nueve ó diez de la mañana. Antes de que amaneciera emprendí mi marcha para Tolcingo y ya muy cerca del pueblo en que había una colina de por medio, encontré á un hombre que venía con el pretexto de traer pan á Tepetlapa, pueblo donde hay muchos panaderos. Me pareció desde luego inverosímil ese comercio y me pareció que era un explorador de Visoso. En efecto, con algunas amenazas, me confesó que era explorador y me dió algunas noticias importantes entre otras que, como yo había supuesto según antes dije, era cierto que la tropa enemiga estaba limpiando sus armas después de haber sufrido algunos días y noches. »

« Después de un ataque de sorpresa, combinado y muy rápido sobre el atrio y templo que era el lugar donde el enemigo se encontraba acuartelado, logré rendirlo, no obstante que hizo mucha resistencia hasta los últimos momentos, ocasionándole pérdidas de consideración, pues recogí cuarenta muertos de acción. Visoso había huido con sus 50 caballos dejando en mi poder toda la infantería con sus armas, sus útiles de banda y tres mil y tantos pesos en oro que tenía su pagaduría. »

DESTRUYE EL « BOTÍN LEGAL ». LA « CAJA » DE LA GUERRILLA. EL PRIMER PAGADOR. CÓMO NACIÓ LA CONTABILIDAD DEL EJÉRCITO DE ORIENTE

« Como era natural entre la clase de gente que yo había reclutado, habían encontrado dueño los tres mil pesos, suponiendo que eran legal botín. Tuve gran dificultad para convencerlos de que eso no debía entenderse así. Entonces nombré pagador al Lic. Don Manuel Guerrero que se me había incorporado en Piaxtla, y allí comenzó mi contabilidad de toda esa campaña, que se cerró después de ocupar la Capital de la República. »

BATALLONES « POMPOSOS ». SE INTERNA EN GUERRERO

« Al día siguiente organicé á los prisioneros formando dos compañías que pomposamente llamamos batallones, dando á mandar una al mayor Don Juan José Cano, que era un oficial de los que se nos habían incorporado en Tecomatlán y la otra al entonces teniente y hoy general Don Mucio Martínez. »

« Con mi fuerza aumentada así emprendí mi marcha para Tlapa, del Estado de Guerrero, y en esa travesía se me incorporó el coronel Don José Segura y Guzmán, procedente de la Mixteca, que venía al rumor de mi aparición por ese rumbo, con algunos hombres montados y armados. »

VISITA AL GRAL. ÁLVAREZ EN « LA PROVIDENCIA ». DEL 10 DE OCTUBRE AL 20 DE NOVIEMBRE DE 1865

« No contando con recursos suficientes para hacer una campaña fructuosa y teniendo que operar en el Estado de Guerrero, que correspondía á la división militar del Gral. Don Juan Álvarez, me determiné á ir á la hacienda de la Providencia en donde tenía su casa y cuartel general con objeto de discutir con él algún plan regular de campaña y recibir algunos elementos de guerra si estaba en situación de facilitármelos. Vivía el Gral. Álvarez con mucha pobreza y todo lo que conseguí fueron doscientos fusiles de percusión con sus respectivas municiones y órdenes para las autoridades del Estado de Guerrero de donde era gobernador su hijo Don Diego, para que me proporcionaran víveres que yo me comprometí á colectar con equidad en todos los pueblos que estuvieran á mi alcance. »

NO MUY SATISFECHO DEL « PATRIARCA DEL SUR ». SIGUE « LA COLECTA »

« La acogida que en la Providencia me dispensó el general Don Juan Álvarez fué bastante benévola y cordial y al principio también la de su hijo Don Diego. Por desgracia la protección que allí encontré fué infinitamente menor de la que yo esperaba ; sin embargo la autorización para colectar víveres en los pueblos del Estado era una buena base á falta de mejores recursos. »

« Se me incorporó en la Providencia el Gral. Don Francisco Leyva que no teniendo elementos con que seguir haciendo la campaña, se había replegado á vivir con el Gral. Álvarez. Leyva tenía diez ó doce oficiales, entre los cuales estaba el teniente coronel de infantería Don Manuel Travesi á quien nombré desde luego mi secretario y dí lugar en mi estado mayor al coronel don José María Pérez Milicua, al teniente coronel de caballería Don Martín Rivera, al teniente coronel de infantería Don Manuel Aburto y á los tenientes de infantería Don José María Ramírez Pizarro y Don Miguel Marín. También se me incorporó un grupo como de 20 de la Guardia nacional de Oaxaca que á la fecha de la ocupación de aquella ciudad se encontraban en algunas comisiones del servicio de la Mixteca y para no someterse al enemigo, se replegaron al Estado de Guerrero y estaban con el Gral. Álvarez. La mayor parte de éstos eran sargentos y cabos. »

OCUPACIÓN DE TLAPA 25 DE NOVIEMBRE DE 1865. CÓMO SE RETIRARON 700 AUSTRIACOS ANTE 300 GUERRILLEROS Y MUCHA MÚSICA

« Con el auxilio personal y material que saqué de la Providencia regresé á Tlapa donde había dejado mi fuerza. Al llegar á Tixtla supe que un jefe austriaco, el Duque de Bernard, con

700 infantes austriacos y una fuerza de traidores de 300 hombres mandados por Visoso y seis piezas rayadas de montaña, había ocupado á Tlapa... Entonces el Gral. Jiménez que mandaba en Tixtla puso á mi disposición, por orden del Gral. Álvarez, un pequeño batallón de guardia nacional de Chilapa que constaba de 300 hombres. Con ese batallón emprendí la marcha por los pueblos de la montaña, entrando por Hueyenecantenango y levantándolos en son de guerra, aunque no tenían armas, logré poner en acción varios grupos de indios con bandas de música que marchaban de montaña en montaña, paralelamente con mi fuerza armada que constaba de 300 hombres y el pelotón de cabos y sargentos oaxaqueños... »

« Como el duque de Bernard vió salir simultáneamente por todas las cuestas de la cordillera al sur de Tlapa masas de hombres cada una con una música de instrumentos metálicos, le pareció que por mal armados que estuviéramos debíamos ser muy superiores en número á su fuerza y abandonó á Tlapa. Despedí luego á los indios dándoles las gracias... El jefe austriaco tomó el camino de Chila de la Sal y se acampó á la margen derecha del río y yo tras él lo hice á la izquierda... Así permanecimos algunos días hasta que la fuerza austriaca regresó á Atlixco dejándome al frente á Visoso con unos 300 hombres. »

SEGUNDA DERROTA DE VISOSO. EN COMITLIPA, 4 DE DICIEMBRE 1865. EL BATALLÓN « FIERAS DE OAXACA »

« El 3 de Diciembre en la noche de la manera más sigilosa evanté mis fuerzas y emprendí la marcha al pueblo de Tepetlapa (donde suponía á Visoso) ; mas al llegar al lugar supe que este jefe imperialista había marchado en la noche para Comitlipa que no está lejos. »

« Al llegar en la mandrugada del 4 á un lugar del camino desde donde se descubre el pueblo de Comitlipa ví en un cerrito que está á tiro de pistola de la plaza una gran fogata ; comprendí que

allí había un puesto de observación... En un reconocimiento que practiqué con dos ó tres hombres, pude comprender que el enemigo no tenía ninguna avanzada por el lado del camino en que yo estaba y que sólo ocupaba la plaza del pueblo, la casa municipal y la colina. Bajé entonces mi infantería y la junté en unos espesos carrizales y arboleda dejándola allí á las órdenes del capitán Don José Guillermo Carbó y del teniente Coronel Don Juan José Cano. Volví al punto elevado del camino donde había quedado mi caballería. Esperé á que amaneciera y cuando ya hubo luz, emprendí la marcha con la fuerza haciéndome visible en el camino y ví perfectamente que bajó un hombre corriendo de la colina, sin duda á avisar á Visoso. Creí que éste saldría á mi encuentro, pero no sucedió tal y tuve que llegar hasta la plaza á tirotearlo para que saliera á perseguirme en mi falsa retirada. »

« Como los del cerro habían podido ver y hasta contar la fuerza de caballería que yo traía y que apenas llegaría á 100 hombres, Visoso se animó y salió briosamente tras de mí. Cuando hubo rebasado el carrizal, le rompieron los fuegos el capitán Carbó y el Teniente Coronel Cano, cortándole el camino el primero y batiéndolo el otro por un costado, en los momentos en que yo con la caballería volvía caras y le cargaba rudamente por la llanura de su izquierda á donde corría su gente en desorden al sentir los fuegos á quema ropa que salían del carrizal. »

« Fué derrotado completamente Visoso y huyó solo con unos veinte ó treinta hombres de caballería dejando 81 muertos, entre los cuales había tres oficiales, y prisionera casi toda su infantería que me sirvió para formar con el piquete de cabos y sargentos oaxaqueños que había encontrado en la Providencia el batallón Fieras de Oaxaca que puse al mando del Capitán Carbó á quien ascendí á Mayor ».

« Por mi parte tuve 11 muertos entre los cuales el Teniente coronel Tomás Sánchez. »

(Porfirio Díaz. *Mem.*).

« GENERAL EN JEFE LE LA LÍNEA DE ORIENTE »

¡ Amarga ironía oficial ! Por los mismos días en que Porfirio Díaz, recién escapado de la prisión, guerrilleaba entre Puebla, Oaxaca y Guerrero, con sus rancheros reclutados al paso, sus bandas de indios armados de instrumentos de música, por esos mismos días, el Gobierno de Juárez expedía desde Paso del Norte ratificaciones solemnes de su nombramiento (decaído en la derrota y prisión) de *general en jefe de la línea de Oriente*.

« Cuando el Gobierno tuvo la noticia de que debía evadirme yo de Puebla, que fué comunicada por Don Justo Benítez á nuestro ministro en Washington y trasmitida por él á la Secretaría de Relaciones Exteriores de la República, residente en el Paso, y el Sr. Juárez supo que intentaba yo evadirme y volver á tomar las armas contra el Imperio, me repuso en el mando de la línea de Oriente el 12 de noviembre de 1865, concediéndome las mismas facultades y atribuciones que tenía antes de la toma de Oaxaca por los franceses. » (*Mem.*)

Lo cual está en relación con el siguiente documento dirigido á la Legación mexicana en Washington.

Ministro de Relaciónes Exteriores y Gobernación. — Departamento de Relaciones. Sección de América, num. 392. Paso del Norte. Noviembre 12 de 1865. — Coalición de Tabasco, Chiapas, línea de Sotavento de Veracruz. — El general García, el general Díaz.

Con la nota de Ud. nº 329, fecha 8 de Julio último, envió Ud un pliego que le había remitido el C. general Alejandro García, relativo á la coalición de los Estados de Chiapas y de Tabasco y de la línea de Sotavento de Veracruz.

Después, me manifestó Ud. en su nota Núm. 439, de fecha 15 de Septiembre que había Ud. comunicado á ese Gobierno varios partes oficiales de

las acciones que tuvieron lugar antes de la rendición de la ciudad de Oaxaca, y además he recibido el duplicado de la nota de Ud. núm. 465, fecha 28 de Septiembre, acerca de la llegada á Nueva York de un comisionado del C. general Porfirio Díaz (1) y sobre la conveniencia de que éste volviese á tener el carácter de general en jefe de la línea de Oriente si según las noticias que había Ud. recibido, está ya ó estuviese dentro de poco libre y en aptitud de volver á prestar sus servicios.

Así lo ha acordado el C. Presidente, y en tal caso, el C. general García que tiene ahora el carácter de general en jefe de dicha línea, quedará en el de segundo en Jefe.

Envío á Ud. un pliego para el C general García, que contiene la comunicación de este acuerdo y la respuesta sobre lo relativo á la coalición á fin de que se sirva Ud. dirigirle dicho pliego por el primer conducto oportuno.

También envío á Ud. la comunicación relativa para el C. general Díaz, con objeto de que se sirva Ud. dirigírsela desde luego ó cuando fuere conveniente. Protesto á Ud. mi muy atenta consideración. — Lerdo de Tejada. — Al C. Matías Romero, Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Mexicana en los Estados Unidos de América. — Washington.

Durante la prisión del caudillo en el Carolino el general Alejandro García había dirigido flojamente la campaña desde su « cuartel general » de Tlacotalpam.

En los refugios patrióticos de Paso del Norte y Washington se esperaba mucho de la reposición del general Díaz en el mando.

SIN DINERO

Pero si le llegaban de allá honores militares, no así el *nervio de la guerra* por él solicitado urgentemente en cartas semioficiales al enviado juarista en Washington.

Inútil anotar el alto valor documentario de esa correspondencia, inédita hasta ahora. En fragmentos de ella

(1) El Lic. Justo Benítez.

se verá la confirmación de episodios, ya referidos, de la nueva campaña, la relación de otros, y particularmente la escasez de recursos para jugarse la vida.

SEGÚN CARTAS DEL CAUDILLO. Á DON MATÍAS ROMERO. DE DICIEMBRE DE 1865 A FEBRERO DE 1866.

Santa Lucía Monteverde. — Distrito de Tlaxiaco, Estado de Oaxaca, Enero 14 de 1866.

. . . . . .

« Voy á decir á Vd. lo que me sucedió desde que me evadí de la prisión hasta la fecha.

« Verifiqué mi fuga de la prisión el 20 de Septiembre á media noche. El día 22 y el 23 tuve dos escaramuzas con los traidores que me perseguían; la primera fué contra 25 infantes en Tehuitzingo, la segunda contra 40 ó 60 de caballería en Piaxtla... Regresé para encontrar á Visoso que permanecía en los límites de Puebla y Guerrero y había sido uno de mi más activos perseguidores. Le dí alcance en Tulcingo; allí tuvo lugar un combate, en el cual el enemigo se retiró dejando dinero, armas y municiones en mi poder además de 40 muertos en el campo y muchos prisioneros.

« Después, dejando todo mi botín en poder del coronel Segura, me fuí á la Providencia á tener una entrevista con el Gral. Álvarez: fuí bien recibido en todas las poblaciones y en el Cuartel general del Sur. El Gobernador se hallaba dispuesto á darme todo lo que tenía, es decir, armas y municiones, pero nada de dinero porque no le tenía. Podía haber dispuesto de cualquier número de fuerzas del Sur, á condición de que las pagase desde que las alistara. A mi paso por Tixtla, cuando regresaba de La Providencia, supe que una columna del enemigo, fuerte de 700 hombres de todas armas, de austriacos y traidores, habían ocupado

á Tlapa, á la vez que como dos mil franco-traidores defendían el paso de Mezcala, en Iguala.

« Tomé trescientos infantes de Chilapa con algunos serranos y marché sobre Tlapa. El enemigo se retiró dejando á Visoso con doscientos cincuenta hombres en observación nuestra. Tuve que devolver á la gente de Tixtla porque no podía mantenerla : hice que Visoso tuviera conocimiento exacto de que yo estaba enfermo en Tlapa á 6 leguas de Tepetlapa, en donde él se encontraba, y con esto se envalentó mucho. El día 3 de Octubre ordené que formase la guardia nacional en la plaza : y después de la parada partí de allí y el día 4 al amanecer había yo escarmentado severamente á Visoso. Dejó en el campo 81 muertos, entre ellos tres oficiales, muchos prisioneros, armas, caballos, etc. Allí obtuve alguna gente de refuerzo, con la caballería de Bernardino García con la que volví á Tlapa y de allí me fuí á Silacayoapam á donde llegué el día 13 y encontré que su guarnición de traidores había huido antes de mi llegada. Organicé las autoridades y la guardia nacional, y entonces me fuí á hacer lo mismo á Tlaxiaco; pero apenas hacía tres días que me hallaba en este último lugar, cuando se presentó una columna de austriacos traidores fuerte de 700 hombres. Me ví obligado á evacuar la plaza y el día 22 lo verifiqué retirándome al paso del enemigo que me perseguía, pero tan lentamente que en una semana sólo hice 17 leguas mientras que el enemigo hizo 9.

« La columna austriaca se volvió á Oaxaca en donde se necesitaba su presencia y dejó en observación de mis movimientos unos 150 hombres y 300 de guarnición en Tlaxiaco. Me alisté para atacar á los que me observaban, pero habiéndose apercibido de mi intento, se retiraron á Tlaxiaco. Entonces, y con un refuerzo de unos 150 infantes de San Andrés Cabecera Nueva que recibí de sus autoridades, me aproximé á Tlaxiaco. El enemigo salió á encontrarme y lo batí en dos diversos encuentros después de los cuales se retiró á la población. Le tomé cuatro caballos, 14 lanzas, cuatro prisioneros, una corneta, seis fusiles, y le puse

en dispersión 30 hombres. No puedo decir el número exacto de muertos y heridos : ellos dicen que sólo tuvieron un muerto y cinco heridos. Por nuestra parte, tuve un teniente muerto. Ocupé durante dos días parte de la población á tiro de pistola del enemigo, pero no se atrevió á atacarme ; mas como él esperaba refuerzos y yo no esperaba ningunos, tuve que irme á otras poblaciones para procurarme víveres y pasturas para 50 caballos y 116 infantes, pues los de Cabecera Nueva quedaron en sus casas. Tuve que licenciar 140 hombres porque no podía mantenerlos sin extorsionar á los habitantes. Cuando amenazaba yo á Tlaxiaco, el enemigo evacuó á Silacayoapan, que volvió á ocupar su Jefe político el comandante Manuel Reyes, con la guardia nacional.

« Aun cuando habían llegado refuerzos al enemigo de unos 500 hombres en Tlaxiaco, y de entre ellos 100 eran austriacos, no se atrevía á atacarme.

« Esto es todo lo que hasta ahora he podido hacer : le seguiré informando sobre mis futuros movimientos á medida que vayan teniendo lugar. He dispuesto la rebaja del impuesto de capitación á un real, y he devuelto las alcabalas al Estado como lo hice en 1864. No me ha sido posible pasar hacia el Norte del Estado : he transmitido órdenes en todas direcciones, pero sólo de Figueroa y Juchitán he recibido respuestas favorables. Este momento es muy propicio para hacer mucho y para extender la línea de Oriente mucho más de lo que ocupaba en 1864, pero carezco de recursos y sin éstos nada puede hacerse.

Su amigo sincero. (firmado). — Porfirio Díaz. — C. Matías Romero &. Washington. »

Yoxondua, Estado de Oaxaca, Enero 20 de 1866.

. . . . . .

« Muy querido amigo : A principios de este, el 6 del corriente, con objeto de llamar á Tlaxiaco la guarnición austriaca que se hallaba en Silacayoapan, hice un amago serio al primero de estos puntos ; se verificó la concentración de fuerzas que yo deseaba

y se ocupó á Silacayoapan. También me proponía con ese movimiento llamar la atención de una columna austro-traidora que marchaba por Oriente á batir á Figueroa : al presentarme á las puertas de Tlaxiaco salió su guarnición, superior en número á mis fuerzas y á las órdenes de Ramírez de Acevedo, á batirme; la rechacé con el empuje de mi caballería (que es del mismo personal que tenía Ramos en Oaxaca en 1860) y esto sucedió tres ocasiones sin mayores resultados, porque siendo muy corta la distancia que arriesgaban á recorrer los defensores de la plaza, á poco de perseguirlos nos hallábamos bajo los fuegos de la torre y edificios altos del centro : permanecí dos días al frente de Tlaxiaco á menos de medio tiro de fusil, y el enemigo no emprendió una cuarta salida y teniendo noticias de que sus refuerzos estaban cerca, me he retirado cuatro ó cinco leguas, andando por los pueblos del mismo Distrito con la esperanza de que saldría á batirme ; pero me equivoqué ; el enemigo recibió sus refuerzos y sólo se ocupa de fortificarse, siendo yo dueño de todos los pueblos con excepción de la Cabecera y dueño del de Silacayoapan, porque el jefe que mandé á ocuparlo está en posesión de él y lo explota, lo mismo que á todos los pueblos de Huajuapan que quedan por su rumbo.

« Tengo entre manos una porción de proyectos de que no puedo hablarle, mientras me fracasen ó se realicen : son de fecundos resultados, pero no podrán tenerlos si yo no tengo pronto fondos á mi disposición y no es eso lo que siento, sino el ridículo en que voy á quedar entre militares extranjeros de quienes, por esa circunstancia, tengo mucha vergüenza.

« El Distrito de Juquila está pacífico con la fuerza y guarnición que le puse.

« Trabaje Vd. por el progreso de quien, consagrando á la Independencia todos sus esfuerzos, deja para Vd. toda su sincera amistad. — Porfirio Díaz. »

Muy desconsoladora, en cuanto á los recursos solicitados,

debe haber sido la respuesta de Don Matías Romero, según se infiere de las siguientes cartas, fecha 2 de Febrero.

En ellas resplandece la penuria del jefe y su deseo de obtener recursos del crédito extranjero, y no (como dice anteriormente) de « extorsionar á los habitantes » :

« Atoyaquillo. Estado de Oaxaca. Febrero 2 de 1866. — Mi muy querido amigo : Siento infinito que, en cuanto á recursos, me hable Ud. de una manera tan terminante y absoluta, haciéndome perder hasta la esperanza para más adelante, si el préstamo, como Ud. dice, « no ha producido lo que esperábamos. » En hora buena que yo tampoco cuente con lo que esperaba, pero que no cuente con nada cuando estoy en situación desesperada en cuanto á plata, es nulificarme por algún tiempo ; crea Ud. que cualquiera cantidad, por insignificante que fuera, me valdría más ahora que millones después, porque hasta la gente descontenta que me busca y que no puedo mantener ni armar, se desmoraliza al verse despedida.

« Ahora viene sobre mí una invasión formal, y voy á ver cómo la conjuro : la carta que le adjunto dará á Ud. una idea de mi situación y de los elementos con que podré resistir al mundo que, según costumbre, quieren echarme encima los traidores y austriacos... Porfirio Díaz. »

« La carta adjunta » á que se refiere la anterior, dirigida con la misma fecha á un alto funcionario republicano (probablemente Don Benito Juárez), decía :

« Atoyaquillo. Estado de Oaxaca. Febrero 2 de 1866. — Muy estimado y respetable señor : Hasta hoy he recibido su muy apreciable de 12 de Noviembre último.

« Ud. debe suponer cómo estoy en cuanto á recursos, y lo mu-

cho que podría hacer teniéndolos ; pero si la situación de Ud. también es mala en ese ramo, no pido, sólo quiero que Ud. sepa para la primera oportunidad que estoy muy necesitado, y entretanto yo veré lo que hago con mis escopetas viejas y mis hombres desnudos.

« Para preparar mi ataque, he hecho movimientos rápidos sobre Tlaxiaco y Nochistlán, habiendo tenido en los suburbios del primero un encuentro el día 6 que me proporcionó algunas armas y caballos, teniendo el enemigo la pérdida de 4 muertos, 8 heridos, 4 prisioneros y muchos dispersos. Mi objeto era que la mayor parte de las fuerzas de Oaxaca se situaran en la Mixteca y lo he logrado... dejando aquí, á las órdenes de Leyva, una fuerza que haga frente á la de la Mixteca que á mi juicio debe acudir á Oaxaca. El 28 del mismo Enero una partida de traidores asaltó á Silacayoapan y fué rechazada por nuestros guardias nacionales, quedando muerto el jefe traidor, y con él algunas armas ; tendré á Ud. al tanto de lo que vaya ocurriendo...

« Pudiera aprovecharse ventajosamente el estado de exasperación en que se hallan los pueblos, pero tengo que despedir las masas de hombres que no puedo armar ni mantener, y esto nos hará perder el prestigio y á los pueblos la esperanza, y no por lo dicho crea Ud. que la fuerza está armada ; tengo una porción de hombres con sólo lanza, que es lo que puedo construir á menos costo... — Porfirio Díaz. »

BUSCANDO ARMAS. ENCUENTROS DE LO DE SOTO Y PINOTEPA. — COLECTA DE FUSILES EN JAMILTEPEC (13 DE ABRIL 1866).

Con tan pobres elementos, cerrada la esperanza de obtenerlos ya de Juárez, ya de Don Matías, y malogrado el empréstito proyectado por ambos en Estados Unidos, no quedaba más que arrancarlos al enemigo.

Hacia mediados de Febrero de 1866, estando Porfirio Díaz

en el pueblo de Tlapa, del Estado de Guerrero, sabe que un jefe imperialista, Juan Ortega, salía de Oaxaca hacia Guerrero con una columna y con armamento suficiente para organizar un batallón en el cercano departamento de Jamiltepec.

Conocía militarmente Porfirio ese confín oaxaqueño en que como capitán había hecho una de sus primeras campañas en 59. Allí fué herido por primera vez combatiendo contra el cabecilla reaccionario José Salado (1). Hacia allá se movió entonces, con objeto de encontrar á Ortega. Además de su chusma andrajosa armada de escopetas viejas, lanzas etc, llevó consigo una fuerza de 200 hombres de *guardia nacional*, *auxilio de lujo* proporcionado por el general Álvarez.

El 25 de Febrero el general en jefe de la línea de Oriente, en camino para el pueblo de Jamiltepec, se detiene en un rancho llamado *Lo de Soto*. Se aloja en un *xacal* y descansa en un *petate*, su mejor habitación y lecho por aquellos días.

A tres leguas de *Lo de Soto* había establecido sobre el camino de Jamiltepec una avanzada compuesta de vecinos armados del mismo rancho. Mala avanzada, porque dejándose sorprender, se dispersó sin replegarse al campamento ni dar señal alguna de la aproximación del enemigo. Éste anunció su presencia en el rancho con una descarga á la tropa liberal desprevenida. Saliendo de su xacal, Porfirio se encontró con un pelotón de la caballe-

(1) Véase *Porfirio Díaz. Ensayo de Psicología Histórica*. Capítulo II. La primera herida.

ría de Ortega que le disparó varios tiros sin tocarle... Habla él mismo :

« No tuve más recurso que volver al xacal ; tomé mis pistolas que estaban en mi montura y me abrí paso rompiendo por la parte posterior la pared del xacal que era de mimbre é hice otro tanto con otros dos xacales que seguían hacia atrás, porque al entrar sucesivamente en cada uno los perseguidores iban ocupando el frente... Cuando salía de la última horadación encontré por accidente á un oficial con diez hombres armados y montados que horas antes me había pedido permiso para ir á bañarse al río, distante cosa de una legua y que regresaba en esos momentos : tomé su caballo y con esos diez hombres cargué sobre el enemigo, eficazmente ayudado por los fuegos de algunos soldados del batallón « fieles de Oaxaca » que con el teniente coronel Don Martin Rivera habían ocupado un pequeño promontorio que estaba en el centro de la ranchería, y desde allí batían bien á la caballería enemiga. Con tal ayuda pude hacerlo retroceder hasta pasar una barranca, único paso que tenía y que era por donde ella había podido llegar á mi campo sin ser sentida, porque la avanzada no cumplió con su cometido... En ese combate, el contrario había tenido 6 ó 7 muertos y algunos heridos y nosotros sólo perdimos al teniente coronel Don Manuel Aburto que por estar gravemente enfermo y no haberse acordado de él sus compañeros en el momento de la sorpresa, se quedó en su cama donde fué asesinado. » (Porfir. Diaz. *Mem.*)

El perseguido se convierte luego en perseguidor. Continuando su marcha hacia el pueblo de Jamiltepec, sorprende en Pinotepa un destacamento de 45 hombres. La dispersión de éstos desmoralizó á las tropas de Ortega quien evacuó precipitadamente Jamiltepec dejando el anhelado botín de armas... El 13 de Abril (66), Porfirio,

dueño de esa población, se apoderó de 450 fusiles, « que estaban todavía con el empaque de fábrica » y otros muchos que Ortega había puesto en manos de reclutas. Todos estos fusiles eran de sistema Enfield, marca que representaba á la sazón el perfeccionamiento. Faltaban hombres en el séquito militar del jefe de Oriente para tantas armas. Así es que pudo devolver á D. Juan Álvarez las de calidad inferior que le había prestado. Aun hubo en el botín vestuario suficiente para sus serranos semidesnudos. La guerrilla empezaba á parecer columna, cuerpecito volante de un ejército nominal. Por de pronto, no pudiendo comunicarse fácilmente con autoridad superior rindió el parte militar de su triunfo á su segundo en jefe, general Alejandro García, parte fechado el mismo 13 de Abril en un rancho cercano.

« Rancho del Zapote, Abril 13 de 1866. Tengo el gusto de comunicar á Ud. que á mi llegada á Jamiltepec, el enemigo fuerte de 700 hombres, con dos piezas de artillería, habiendo tenido noticia anticipada de mi movimento, abandonó la plaza. Inmediatamente dispuse la persecución de dicha fuerza que hizo tenazmente el general Leyva, y aunque no fué posible darle alcance por la precipitación con que huía, se le obligó á abandonar más de 400 armas de fuego y otros pertrechos, de los que he recogido, parque de cañón, vestuario, etc. » (Porfirio Díaz.)

Más tarde el ruido de la *acción de Jamiltepec* repercutía en el Congreso de Estados Unidos. En nota de 10 de Junio de 1866 el ministro de México en Washington comunicaba oficialmente dicho parte al Presidente de la Unión Americana quien lo transmitió á la Cámara de Dipu-

tados en su Mensaje de 29 de Enero de 67... Notas como esa seguirían preparando la nota final de Mr. Seward á Napoleón III el año siguiente.

AL DÍA SIGUIENTE.
MÁS ARMAS

El 13 había ocupado Jamiltepec y hecho una parada de descanso en el Rancho del Zapote. Pero el caudillo que descansaba en petates, cuando no en suelo raso, tenía el sueño ligero. Al día siguiente, sabiendo que en Putla había un destacamento imperialista al mando de un español, el mayor de caballería Ceballos, se dirige á dicho pueblo con su tropa ya mejorada... Al ruido de su activa campaña habían venido á incorporársele muchos oficiales y jefes. No teniendo bastantes soldados que poner á sus órdenes no pudo colocarlos en filas; pero se pagó el lujo de formar con ellos y sus asistentes un grupo escogido que se llamó *Estado Mayor*. Entre ellos figuraban dos hombres que después llegaron á descollar en la política y el Ejército : eran los entonces capitán Carlos Pacheco y teniente Juan de la Luz Enríquez.

Su toma de Putla el mismo día 14 con sólo su *Estado Mayor* rayó en aventura picaresca relatada ingenuamente por el jefe :

« Al tocar la población de Putla en concepto de que estaba desocupada, vi por una de las calles atravesar rápidamente un hombre, con banderola roja ; me pareció que sería algún rezagado del enemigo que permanecía allí con intención de robar.

« Para aprehenderle dispusé que al galope un grupo de oficiales entrase por un lado á la plaza, y otro conmigo por el opuesto tomando al efecto ambos dos calles paralelas; mas nuestra sorpresa fué grande al encontrar en aquella plaza formada toda la fuerza de Ceballos que nunca supuso que, los que así nos le echábamos encima fuésemos unos cuantos, y haciéndonos fuego se puso en retirada por Tlaxiaco. Aprovechamos las circunstancias y sin comprometernos grandemente disparamos nuestras pistolas sobre aquella fuerza de más de 200 hombres, la que más se amedrentó al llegar á la orilla de la población, por distinguir en el camino á la caballería de Leyva que á todo escape venía á socorrernos luego que oyó el tiroteo de la plaza. Con esa caballería mandé en el acto perseguir á los que huían... Ocupamos á Putla de donde me dirigí nuevamente á Tlapa, porque el general Álvarez me avisó que amagaba otra vez el enemigo el Estado de Guerrero. » (*Mem.*)

En esa huída de Putla dejó el mayor Ceballos en manos de Porfirio « 70 fusiles, 21 mosquetes, 30 lanzas y 40 caballos ensillados » botincito que con la adición de 17 muertos y 23 prisioneros imperialistas fué motivo de otro parte militar (fecha 14 de Abril 66) que transmitido al Gobierno de Washington iba á repetirle que México luchaba.

TRUJEQUE

Aquel jefecito conservador llamado Trujeque que en la primera parte de este estudio fué mencionado (1) entre los que combatieron en Tehuantepec contra el entonces coro-

(1) Porfirio Diaz. — *Ensayo de Psicología histórica.* Capítulo III.

nel Porfirio Díaz había subido en 1866 á general imperialista con residencia y mando en el Estado de Puebla en la región limítrofe que servía el mismo año de teatro de acción al general Díaz.

Disponíase éste, con sus elementos reforzados á emprender operaciones sobre Puebla; estaba al efecto promoviendo un *pronunciamiento* entre sus amigos de un pueblo de ese Estado, cuando Trujeque acantonado en el rancho poblano del Tacache, le mandó un mensaje verbal ofreciéndole ponerse con todo y su tropa bajo sus órdenes y las del Gobierno de Juárez. Aun le ofreció rehenes... Como ya se empezaba á tocar á muerto por el Imperio de Maximiliano, Porfirio consideró natural el cambio repentino de bandera en un militar cuyo carácter saltarín le era conocido. ¡No lo conocía bastante!

El 8 de Mayo (66) salió Porfirio del pueblo de Xochihuehuetlán al rancho del Tacache, acompañado sólo de su ayudante, para apersonarse con el general imperialista. Inquietáronse sus subordinados de verle partir sin escolta y convinieron en formarle una que le seguiría á distancia, con 100 jinetes de lo mejor, mandados por el teniente coronel Don Marcos Bravo. — Cerca del rancho encontró una avanzada de Trujeque compuesta de 5 hombres desmontados. — « ¡ Alto ! ¿ quién vive ? — ¡ Gente de paz, muchachos ! » contestó el caudillo. Le dieron paso; pero al bajarse de su caballo junto á la puerta del xacal de Trujeque, varios tiros partieron de un xacal vecino, hiriendo uno al caballo del ayudante. No había más que retirarse, y Porfirio se retiró forzando la avan-

zada, perseguido por un tropel de caballería imperialista. — Un momento se creyó acorralado. Vió venir hacia él una fuerza de caballería como para cortarle la retirada. ¡Eran los suyos! — la escolta de 100 con el teniente Bravo. Como vieran que Porfirio se incorporaba á la escolta, los perseguidores retrocedieron.

Poco después el terrible Trujeque escribía al jefe de Oriente una carta de excusas por los balazos... « Que no tenía ninguna parte en ellos, y que todo se debió á que Porfirio fué reconocido por un oficial de los que no estaban de acuerdo con él, Trujeque » ¡ Lástima que tengamos que encontrar á éste todavía, interviniendo en hazaña semejante!

OTRA ESCARAMUZA FRUSTRADA

A principios del mes siguiente (Junio 1866) Porfirio insistiendo en ocupar algún lugar importante del Estado de Puebla, se movió sobre Chiautla, por caminos de través. Quería sorprender á la guarnición imperialista con un *albazo* de los que tanto había usado en Tehuantepec. Esperó cerca del pueblo con su tropa, cansada de la marcha nocturna. Al toque de diana, en la penumbra del amanecer, ordena el ataque, en tanto que una detonación resuena en el campamento. Era el tiro de fusil de un soldado cuya arma se descargó al levantarse. Otros, soñolientos, creyendo en un ataque invisible, empezaron á disparar locamente sus fusiles hiriéndose unos á otros en medio de un tumulto que hizo fracasar el albazo.

PORFIRIO CIRUJANO

Entre los lesionados de esta aventura, uno de los más graves fué un *tambor mayor* Rodríguez, á quien una bala le fracturó conminutivamente una rodilla. Este herido proporcionó al general Díaz una aventura más extraordinaria que la anterior, referida por él mismo á su amigo D. Matías Romero con militar sencillez.

« Lo llevé en camilla (al tambor mayor Rodríguez) con mucho trabajo por varios días, y me ocurrió con él un episodio verdaderamente raro, hasta inverosímil.

« Encontré en el pueblo de Xochihuehuetlán á un extranjero llamado Jhonston que estaba de paso y se presentaba como médico, pero que según supe después, no había sido sino mozo de un doctor inglés de quien heredó no sólo sus libros, papeles, diplomas, botiquín é instrumentos, sino también el nombre... Siendo de absoluta necesidad cortarle la pierna á Rodríguez, dije á Jhonston que le hiciese la amputación. Pretextó para no hacerla que no teníamos instrumentos quirúrgicos ni cloroformo; pero lo obligué á que la hiciera, para lo cual le preparé una navaja de barba y un serrucho de carpintero, sustituyendo el cloroformo con aguardiente.

« Cuando Rodríguez estaba completamente borracho, se procedió á la operación. Yo tenía la costumbre de presenciar las operaciones de mis subordinados y me presté á ayudar á Jhonston como practicante. Apreté á Rodríguez la parte más inflamada de la rodilla y notando que apenas había sentido dolor, dí á Jhonston la navaja de barba, y al cortar la carne se le quitó al hombre lo borracho, gritó; y al proseguir la operación, y ver la sangre que salía abundantemente de la herida, le dió un vértigo á Jhonston que cayó desmayado.

« Todo lo que él pudo hacer fué el corte circular de la carne, y

comprendiendo yo que en ese estado no era posible que quedara pendiente la operación, me ví obligado á continuarla, sin embargo de que nunca había hecho ninguna, pero por haberlas presenciado sabía algo de cómo se hacían. Hice la disección y subí la carne para cortar el hueso del muslo, de manera que pudiera ser cubierto después por la carne que quedara. Corté en seguida el hueso con la sierra de carpintero, habiendo comprimido antes la arteria femoral, y no teniendo un torniquete con que entonces se hacía la operacion, coloqué en la ingle, sobre la arteria, una esfera formada de tiras de brin que sujeté con fajas del mismo género, y la apreté por detrás usando de una baqueta de tambor para dar torsión á la banda constrictora: ligué después las arterias, y pude terminar mi operación como si fuera cirujano; pero tenía la íntima convicción de que estaba tan mal hecha que el paciente no podría sobrevivir muchas horas. Pero con gran sorpresa ví que se repuso; y vive todavía en Oaxaca donde recibe su pensión del Estado como militar retirado. » (*Mem.*) (1).

(1) Esto fué referido en 1883. El amputado tambor mayor murió en el año de 1892, disfrutando, hasta la muerte, de su pensión.

En este hecho resalta, como en proyección, una de las cualidades paternas señalada por el autor al referirse al carácter de Don José Faustino Diaz (Véase Porfirio Diaz. *Ensayo de Psicología Histórica*, pag. 52, notas 1 y 2). El espíritu del padre agricultor y ganadero, que hallaba en si mismo recursos ingeniosos para improvisar trapiche y curtiduria, reencarna en el hijo militar que hace obra de cirujano bajo la presión de las circunstancias.

CAPÍTULO III

JORNADAS DE LA GUERRILLA (AGITACIÓN, DISPERSIÓN, CONCENTRACIÓN)

LA AGITACIÓN

Agitar pequeñas masas en regiones de población enrarecida: era la primera tarea de Porfirio Díaz en 1866. Que se la diesen á los agitadores europeos y norteamericanos, y les parecería un problema semejante al de agitar el vacío. Ni una proclama (de las que tantas lanzaría después en su empresa revolucionaria contra Juárez y Lerdo), ni manifiestos, ni reuniones, ni hojas impresas que los villorrios y ranchos no sabrían leer.. Los recursos de propaganda revolucionaria estaban limitados á vagas excitaciones, á un *rum-rum* de que el Imperio caía y era el momento de pegarle. El nombre « Porfirio Díaz » transmitido de boca en boca por las serranías de Guerrero y Oaxaca, era la sola voz de llamada,

un toque de clarín á la sordina convocando rudos patriotismos somnolentes... Los hombres venían á él atisbando botines. El Jefe no les daba por de pronto más que un fusil más ó menos malo tomado á Maximiliano (1), y doce centavos (un *real* mexicano) para su ración en los días de lujo.

« Mi presupuesto es tan económico, escribía á Don Matías Romero (con fecha 9 de Mayo de 1866) que el soldado recibe doce centavos diarios, á veces menos ; en cuanto á los jefes y oficiales, sírven sin recibir sueldo alguno... »

Para agitar las concupiscencias desfallecidas, hablaba el jefe de pagar á su tropa « con los bienes de los traidores ricos » (2).

LA DISPERSIÓN

Pero esos traidores ricos y sus bienes estaban lejos, allá, al Poniente, cerca de Puebla y México. Hablar en tales circunstancias de tomar esas ciudades, hubiera parecido fútil bravata.

Columnas imperialistas superiores en número y armamento se movían en combinación ; las guarniciones aus-

(1) « Aunque Maximiliano *me favorece* con el armamento que reparto á los pueblos, éste no es de la mejor clase; por consiguiente, no pierdo la esperanza de cambiarlo por el que me puedas conseguir con Romero. » Carta de Porfirio Diaz dirigida de Xochihuehuetlán (Guerrero) á Justo Benitez, en Nueva-York, con fecha 12 de Agosto de 1866.

(2) « Con dinero tendria facilidad de extender mi linea de operaciones y llegar á lugares donde hay traidores ricos que son quienes deben pagar los gastos de la guerra. » (Porfirio Diaz. *Carta á D. Matías Romero*, Mayo 9, 1866.)

triacas de Huajuapam y Tlaxiaco se unían para perseguirlo en movimiento envolvente. Porfirio evolucionaba sin cesar; perseguido en Guerrero aparecía por la Mixteca; acosado en la Mixteca aparecía en Guerrero por vías de través y marchas inesperadas

Algo de esa vida á salto de mata se trasluce en trozos de sus correspondencia y Memorias:

« Una columna me perseguía por la Mixteca, y habiendo tenido noticia de que otra enemiga se dirigía sobre mí por el camino de Sola y Juquila, apresuré mi marcha y logré llegar antes que ella á Pinotepa. Allí volví á estacionarme hasta que ambas columnas se reunieron, y entonces me dirigí á Lo de Soto (donde tuvo lugar la refriega precitada)... Con dificultad pude retroceder por el mismo camino, y aprovechándome de un retardo de dos horas que tuvo la infantería enemiga, organicé mi retirada, levanté mi campo y me retiré á Ometepec, dejando mi caballería al mando del Gral Leyva con orden de que se fuera retirando á la vista del enemigo » (De la precitada carta á D. M. Romero. Tlapa. Mayo 9, 1866).

. . . . . .

« No puedo seguir escribiéndote (decia más tarde en carta de Agosto de 66 á Justo Benítez), porque son las 2 de la mañana y me esperan los caballos ensillados y formada la tropa. »

Tenía lugar este botasillas nocturno á la sazón que cuatro guarniciones imperialistas (las de Tehuacan, Huajuapan de León, Tepeaca y Acajeto) se movieron simultáneamente para encerrarle en Tepeji...

« La fuerza de Huajuapan era la más seria y la dejé avanzar hasta Santa Inés. Cuando se puso en marcha de Santa Inés á Tepeji tomé la directa por el pueblo de Atescal, y en una mar-

cha forzada por Chazumba y por toda la barranca de ese nombre fuí á salir cerca de Huajuapan (punto mismo de donde había salido la fuerza perseguidora) sin haber tocado camino nacional ni vecinal » (*Mem*).

En esas correrías el caudillo debilitaba al enemigo, lo dividía al par que fraccionaba su propia fuerza según el plan de *dispersión* expresado así en la carta de Tlapa (Mayo 1866) á su confidente Romero :

« Pensé marchar al otro lado del Estado (Oaxaca), pero el temor de que el enemigo no tenga más que un solo punto de esta línea donde fijar su atención, pudiendo así cargar todas sus fuerzas sobre un lugar dado y el buen éxito que hasta ahora ha producido dividir su atención y sus fuerzas, me han decidido á permanecer por aquí confiando en que cuando me haga de mayores recursos podré pasar al otro lado dejando aquí una fuerza respetable. De este modo el enemigo, al moverse sobre un punto, se verá amenazado inmediatamente y lo tendremos constantemente en jaque. »

¡ Columna fantasma ! La de hombres espectros pálidos de polvo y de hambre ; la de jamelgos angulosos encorvándose bajo jinetes encorvados á su vez bajo el mustio *chacó*... Era la de Porfirio Díaz moviéndose por la Montaña Mixteca en 1866. — « ¿ La han visto ustedes pasar ? » preguntaban los imperialistas, perseguidores .... ayer tarde, añadían, la llevábamos delante, casi á tiro... En la nochecita se perdió cuesta abajo... » — « Hoy viene detrás de sus mercedes. Si tuercen por allí, puede ser que la encuentren á poco andar. » Pero no *torcían* ; los perseguidores de ayer se sentían perseguidos al día siguiente, y

el jefe podía escribir á su amigo de la legación mexicana en Washington:

« El enemigo que creía que estaba yo lejos, se sorprendió al saber que me encontraba á una jornada de distancia por rumbo que no esperaba. Contramarché buscando su base de operaciones y en la retirada lo hostilizamos con tan buen éxito que recogimos fusiles y municiones. »

LA CONCENTRACIÓN

El 20 de Agosto de 1866, Porfirio Díaz decía al Ministerio de la Guerra, recluído en Chihuahua:

« Ciudadano Ministro: Aprovechando el estado en que actualmente se encuentra el Ejército invasor por las operaciones de las fuerzas republicanas en el interior del país, he dispuesto hacer un movimiento general de los pequeños elementos de guerra con que cuento en los Estados de México, Puebla, Oaxaca, Tlaxcala y Chiapas y ha comenzado á realizarse el día 10 del corriente con buen éxito. »

Este movimiento del 10 de Agosto no fué más que una escaramuza frente á la plaza de Chiautla defendida por guarnición mexicana y austriaca. En ella murió un jefe traidor Gavito; de allí *el éxito*; pero la plaza quedó en poder del enemigo... Había más de *plan* que de realidad en esas operaciones combinadas para crear un centro de acción.

Un *golpe general* estaba ciertamente en el ánimo y en los designios del jefe.

En carta á Justo Benítez (1) hablaba de estar preparando « un sacudimiento general desde el tercer Distrito de México hasta Tehuantepec, esto es: todo el Sur de los Estados de Puebla y Oaxaca y dicho Distrito, ligando también en los últimos días á la parte Norte del Estado de Puebla ».

« Tengo en mis manos todos los hilos, decía á su mismo amigo; y comienzo á sacudirme.

« El movimento de Chiautla puso en mi poder 150 infantes, 50 caballos, un obus de montaña y el depósito de armamento que allí había. El de San Juan Ixcaquixtla pone á mi disposición 40 caballos de Flon y 150 más que se reunieron para ejecutar la operación. »

« El tercer distrito de México comienza también á rebullirse, y en este momento destaco á Leyva con una caballería para que uniforme y dirija las operaciones que se harán sentir para el Imperio hasta el 14. Para esa fecha, Segura, con 160 infantes, entretendrá á 300 austriacos que se hallan en Huajuapam mientras yo me apodero de Acatlán y de Tepeji. »

. . . . . .

« En la misma fecha Felipe Cruz y Romualdo Zárate que mandan la fuerza de la Montaña mixteca, se aproximarán sobre la cordillera hasta Peras; y Figueroa que dispone de 800 infantes y 200 caballos en Cuicatlán, atacará á Tehuacán, y conseguirá cuando menos que aquella guarnición y la de Puebla no se ocupen mucho de mí.

. . . . . .

« Respecto á lo que sucederá en la misma fecha por Tlaxcala, Texmelucan, Huamantla, etc., nada debo decirte aún... En la misma fecha, López Orozco se moverá con fuerzas de la Costa Chica por el rumbo de Sola, hasta donde pueda; y Juchitan batirá á Tehuantepec. »

(1) De Xochihuehuetlan fecha 12 de Agosto de 1866.

¡Cuántos escollos en esa vía entrevista y soñada! Muchos de aquellos con quienes contaba, escurrían el bulto; otros le atajaban el paso con felonía... tal fué Trujeque, felón reincidente. Porfirio, creyendo sinceras sus excusas por el tiroteo á mansalva de Tlacache, dió oídas á sus nuevas protestas de que se pasaría con todo y bagajes imperiales del lado de Juárez. Hacia fines de Agosto de 1867 llegaba Porfirio á las cercanías del pueblo de Huajuapam donde el general Trujeque tenía á su mando un cuerpo de caballería...

« Como mi arribo á Huajuapam era inesperado, refiere el general Díaz, encontré en el llano toda la caballada de Trujeque... Dije á sus remonteros que se retiraran con los caballos para el pueblo y dieran parte á Trujeque de que lo esperaba yo afuera. Le dirigí un recado escrito en que le prevenía que ensillara y saliera á incorporárseme. Procedí así porque á más de Trujeque, había fuerzas austriacas de infantería que ocupaban las alturas del pueblo.

« Estaba yo tan cerca de la ciudad que á poco de haber entrado la caballada, oí tocar bota-sillas, y me parecía que Trujeque iba á cumplir mis órdenes pues lo ví salir : avancé con cierta cautela á encontrarle, y en esos momentos rompió sus fuegos contra mi fuerza obligándome á atacarlo y hacerle volver á las calles del pueblo hasta donde yo no podía penetrar porque me lo impedían los fuegos de los infantes que coronaban los edificios (1). » (*Mem.*)

Luego, en su retirada á Tlaxiaco, corazón de la Mixteca, sale de Oaxaca á anonadar á Porfirio Díaz un jefe impe-

(1) En el asalto de Puebla del 2 de Abril de 67 encontraremos por última vez á este malhadado Trujeque pagando sus fechorías con ejecución vergonzosa de traidor, innoblemente agazapado al recibir las balas republicanas.

rialista con quien aquel habrá de jugar en breve sangriento campeonato de armas : el general Carlos Oronoz.

Llevaba Oronoz mil y tantos hombres de las tres armas, fuerza muy superior á la pequeña columna liberal que en esta vez como en otras emprendió sus evoluciones fantasmagóricas por la serranía mixteca. Cuando Oronoz creía sorprenderla en Tlaxiaco, apareció en Chalcatongo. — Allí, poco faltó para que la columna fantasma de Porfirio Díaz se desvaneciese realmente...

« Después de algunos días de permanecer el enemigo en Tlaxiaco y yo en Chalcatongo, con mucha escasez de víveres y forraje, así como de municiones de guerra, pues llovía mucho y no era posible secar la poca pólvora que podíamos elaborar, empezaron á desmoralizarse mis soldados y á desertar en partidas. La inacción obligada del momento, la falta de alimentos y hasta las lluvias que calaban las carnes de aquella gente sin abrigos, abatieron su ánimo. » (*Mem.*)

Ya no podía ni mantener en el anegado campamento el ordinario servicio de vigilancia, porque las avanzadas se fugaban :

« El 14 de Septiembre de 66, en la noche, al visitar mis avanzadas de servicio, me encontré con que la que cuidaba el camino para Tlaxiaco había desaparecido. Mandé dos ayudantes á visitar las que cuidaban las otras dos vías laterales, y me participaron que había sucedido otro tanto con ellas... No sabía yo qué hacer para interrumpir el período de desmoralización que se declaraba en mis fuerzas. » (Porf. Díaz. *Mem.*)

En esa hora aciaga en que todo — los amigos de lejos que no le ayudaban, los secuaces que huían — parecía

abandonarle, un sentimiento de suprema fuerza le servía de sostén : procedía de una vaga conciencia del temor que había llegado á inspirar á los imperialistas de Oaxaca.

Por aquellos días una partida de los suyos sorprendió por su orden en Tlacotepec la *diligencia* postal de Oaxaca á México, y capturó la correspondencia con fines militares...

« En esa correspondencia había, entre otras, una carta de don Francisco Sáenz de Enciso, administrador de alcabalas de Oaxaca, dirigida al Lic. D. Manuel Dublán quien á la sazón se encontraba en México sirviendo al Imperio, en que aquél le suplicaba que le situara algún dinero en una casa donde estuviera muy seguro... y que le consiguiera un destino en México, cualquiera que fuera su dotación, « porque (eran sus palabras) ya Porfirio Díaz tocaba al « territorio del Estado y cayendo él (Enciso) en manos de *ese* « *hombre*, *la fusilata* era segura. » Comprendí por eso el estado de abatimiento en que se encontraba el ánimo de todos los servidores del Imperio, y esa circunstancia me inspiró la idea de adoptar en mi correspondencia y algunas veces en mi conducta un tono amenazador é inexorable para todos los traidores, lo cual me dió muy buenos resultados. » (Porfirio Díaz, *Mem.*)

Los *buenos resultados* no se veían por entonces ; el caudillo percibía el temblor imperialista que se ocultaba á su ruda tropa agotada ; é inquieto, no contando ya con avanzadas para su propia seguridad y la de sus fieles, pasaba las noches en vela en compañía de un clarín, haciendo él mismo de vigía... En esas veladas ¿ interrogaba al horizonte como náufrago en expectación de socorro extraordinario ?... El hecho fué que una de esas

noches, al despuntar el alba, tendiendo á lo lejos miradas exploradoras, vió venir á un hombre que le traía un socorro moral en la forma simplicísima de una carta en pedazos de su hermano Félix (1).

« Estando en el camino de Tlaxiaco con un clarín, un español llamado Eugenio Durán vino á entregarme unos pedazos de papel escrito con la firma de mi hermano en que me avisaba que aprovechando el estado de debilidad en que quedó la ciudad de Oaxaca con la salida de Oronoz á perseguirnos, la amagaba tan de cerca, que pocos días antes había penetrado por las calles de San Juan de Dios hasta la plaza del Mercado obligando á la pequeña guarnición de Oaxaca á meterse detrás de trincheras.

« Agregaba Durán que las maniobras de mi hermano habían llegado á noticia del enemigo que ocupaba Tlaxiaco, por lo cual éste se movía violentamente para Oaxaca, y era probable que en los momentos en que hablábamos (entre 3 y 4 de la mañana) el enemigo estaría saliendo del lugar. — Con esta noticia yo no me cuidé más de los caminos abandonados por las avanzadas; subí violentamente al Cuartel general, mandé tocar diana y en seguida llamada de honor. Acudieron á mi alojamiento los jefes y oficiales; les leí los papeles que acababa de recibir; les manifesté que el enemigo abandonaba Tlaxiaco en esos momentos y mandé dar el primer toque de marcha.

« Ocupé á Tlaxiaco entre 10 y 11 de la mañana cuando el enemigo acababa de abandonarlo. Conseguí algunos recursos de los

(1) Después de su viaje á Estados Unidos en Mayo de 1865, Félix Díaz, se incorporó á las fuerzas que escoltaban al Gobierno en Chihuahua, y luego á la línea que mandaba el general Terrazas, gobernador del Estado.

Cuando tuvo noticia de la evasión de Porfirio, se vino desde Tampico á Oaxaca por la Huaxteca y Veracruz y emprendió desde luego el ataque á Oaxaca.

comerciantes y en el mismo día seguí la marcha sobre la huella del enemigo. » (*Mem.*)

Entonces, con la llegada de Félix al campo de la lucha, se determina la concentración agresiva. La guerrilla de Oriente, que ya parecía columna, va á parecer ejército.

PARTE SEGUNDA

DE GUERRILLA Á EJÉRCITO

LA TRIADA DE CIUDADES RENDIDAS

(OAXACA, PUEBLA, MÉXICO)

CAPÍTULO I

OAXACA

LOS HÚNGAROS

El traidor general Oronoz se retiraba á Oaxaca al mismo tiempo que Félix Díaz se incorporaba á Porfirio en el pueblo de las Andallas con algunos infantes y un piquete de caballería.

Como el *padre* Morelos, el jefe de Oriente, al emprender su ataque sobre la capital oaxaqueña, no quería dejar enemigos que lo hostilizaran por retaguardia. La fuerza enemiga más importante que quedaba detrás de él en la Mixteca era una renombrada caballería de húngaros, acuartelada en Yanhuitlán.

Allá se dirigió Porfirio el 22 de Septiembre; pero ese mismo día, sabiendo que una parte de los húngaros se había destacado hacia Nochistlán, dejó su infantería en Tecomatlán á las órdenes del coronel Manuel González,

y con su caballería y la de Félix se movió en la noche hacia el rumbo indicado con ánimo de sorprenderlos muy de mañana.

Nada de húngaros al llegar á Nochistlán en la alborada del 23. Apenas unas horas se habían estacionado allí, y marcharon de regreso á Yanhuitlán, por cuyo camino siguieron los Díaz.

Encontraron á los de Hungría fuertemente posesionados de una loma. Eran unos cien; los mexicanos cerca de trescientos. Pero si un espectador hubiese tenido que prejuzgar sobre las consecuencias del encuentro que se preparaba, no habría vacilado. De un lado los apuestos *madgiares*, más soldados, más robustos que la generalidad de los austriacos de Maximiliano: con sus paramentos lucientes, bien montados y armados, alineándose en batalla bajo la más perfecta disciplina, al mando de su jefe, el conde de Gants. De la otra parte la abigarrada multitud republicana, con sus caballos flacos... Indios mixtecas, mulatos del bajío, *pintos* de la costa oaxaqueña y de Guerrero, sombreros chilapeños alternando con chacós destrozados, zarapes *embocados* al cuello por la bocamanga ó terciados como tahalís, un manchón informe de mantas grises, guarachis, calzones y restos de pantalones arremangados hasta la rodilla... ¡Un escuadrón contra pelotones en vía de organización... excelentes para carnaza!

Y sin embargo, psicologando un poco, se vería que los débiles eran los madgiares, sonrosados que fueron en su Hungría, cárdenos en nuestro suelo tropical, nos-

tálgicos lejos de su Danubio, echados á pelear contra indígenas semidesnudos en un montículo pelado de la Mixteca. Los fuertes eran éstos, los indígenas color de tierra, cubiertos de tierra, gozando de caer en el regazo de su madre — tierra.

Y así fué.

« Apenas habíamos avanzado algunos pasos sobre el camino de Yanhuitlán cuando vimos formado en una loma un escuadrón de húngaros al cual cargamos inmediatamente en dos distintas fracciones, de las cuales yo mandaba la principal y el general Don Vicente Ramos la otra.

« Chocamos con el escuadrón dos veces, y al fin emprendieron su retirada á Yanhuitlán, dejando en el campo de combate muchos hombres y caballos, heridos unos y muertos otros. Entre los muertos estaba el jefe del escuadrón, conde de Gants. Ese escuadrón tendría 100 hombres y mi fuerza tal vez llegaba á 300, pero había gran diferencia entre la disciplina de ambas. Por mi parte tuve también pérdidas ; entre mis heridos se contó al mayor de caballería Don Manuel Bueno. » (Porfirio Díaz. *Mem.*)

HUYENDO (?)

De regreso á la ciudad de Oaxaca después de su inútil expedición por la Mixteca, el imperialista general Oronoz meditaba. ¿ Cómo operar contra la columnita de Porfirio que sólo le fatigaba á su tropa sin presentarle un núcleo militar atacable ? ¡ Tenía ciertos visos de exactitud realista la bárbara ley de 3 de Octubre (iba pronto á ajustar un año de expedida)... Hubo un periodo en que las fuerzas *disidentes* fueron « bandas », « gavillas », cualquier cosa, menos ejército ! Y no obstante, en comunica-

ciones cadá vez más apremiantes recibidas de la capital del imperio, el Gobierno imperial exigía á Oronoz que acabara con « la banda de Porfirio Díaz ».

No pequeña fué su sorpresa al apercibirse de que « los bandoleros » de Porfirio y Félix dejaban decididamente la Mixteca y se acercaban á la ciudad. Félix por el Norte apoyándose en la Sierra de San Felipe del Agua, Porfirio por el Sur, atravesando el Valle de Oaxaca y deteniéndose en Zimatlán.

A este pueblo se dirigió luego Oronoz con fuerte columna (1400 hombres) en que se habían incluído tropas de refresco recién llegadas de México y en que figuraba un batallón de cazadores mandado por el jefe francés Enrique Testard con gran número de sargentos franceses y francesa también toda su oficialidad.

Porfirio Díaz, esquivando, al parecer, un encuentro, se movió más hacia el Sur, á Ejutla, dejando á Zimatlán en poder del enemigo. Cuando éste se movió en su seguimiento, el caudillo continuando su marcha en sentido meridional pasó á Ejutla, luego cediendo de nuevo la plaza á su perseguidor se retiró á Miahuatlán.

¡ Siempre, en el bajío, como en la montaña, la misma columna fantasma que no tardaría en dispersarse ! Es lo que llegó á creer Oronoz, quien se detuvo en Ejutla los dos primeros días de Octubre. Pero al moverse en la madrugada del tercer día de dicho mes (1) de Ejutla á Miahua-

(1) Era el primer aniversario de la ley marcial del Imperio que ordenaba el fusilamiento sumario de los combatientes republicanos en calidad de « bandoleros ».

tlan, el jefe republicano que le vió venir, se quedó en Miahuatlán. Era que Porfirio Díaz paseándose por las lomas y barrancas del lugar, recordando la fecha de la ley que le condenaba á muerte afrentosa, había tomado una resolución íntimamente condensada en dos palabras : HOY Y AQUÍ.

MIAHUATLÁN

« El 3 de Octubre de 66, mis vigías vinieron á avisarme que el enemigo se movía sobre mí ; cuando me lo decían casi estaba á la vista. »

« Había yo mandado limpiar las armas para pasar revista de comisario, y con ese motivo aun quedaban muchos fusiles desarmados. Mandé que violentamente se arreglaran, que la tropa se pusiera en formación y que se dispusieran los bagajes. Luego ordené al coronel Manuel González que emprendiera su marcha con toda la infantería por el camino de Cuixtla, ventajoso para nosotros, porque es montañoso desde la salida de Miahuatlán. Yo, con mi numeroso Estado Mayor y mi escolta como de 38 hombres de caballería marché hacia el enemigo, dejando ordenado que luego que estuviera lista la caballería, siguiera mi movimiento y se me incorporara al mando de su general Don Vicente Ramos. Constaría de unos 280 caballos. »

« Seguí mi marcha hasta una colina que atraviesa por la mitad la carretera para Oaxaca y que distará como un kilómetro de la plaza de Miahuatlán (1). Mi escolta y ayudantes fueron colocados en línea de tiradores sobre la cumbre, y como el enemigo no podía ver lo que había detrás de ella, juzgó probablemente que iba á tener efecto el encuentro y se puso en disposición de combate habiendo montado al efecto sus obuses de montaña que venían á lomo de mula. »

(1) La loma de los Zavaletas.

« En esos momentos aparecía la columna de caballería saliendo por una de las calles principales del pueblo á incorporárseme y en virtud de las ondas del terreno, el enemigo la perdía de vista á proporción que se acercaba á la colina que yo ocupaba. Luego comenzó á ver salir por el camino de Cuixtla la infantería del coronel González. Entonces debió cambiar de idea, y al ver que el grueso de mi fuerza se alejaba mientras mi caballería seguía á su frente, creyó que se trataba de una retirada. »

« En consecuencia, reunió á su caballería que había colocado á los costados de la infantería, y como comprendí que iba á darme una carga, ordené al general Ramos que por la misma calle por donde había venido, volviera á la plaza y saliera á juntarse con el coronel González que debía esperar en la loma por donde iba desfilando. Toqué *alto* y *frente* á este coronel, y destaqué un ayudante, con orden de traerme 50 hombres de infantería de los que no estaban á la vista del enemigo, y que los condujera por dentro de la barranca que allí existe, á fin de que pudieran llegar cerca del campo santo del pueblo sin que el enemigo los viera. »

« En el movimiento de retroceso del general Ramos, le incorporé mi escolta y mi Estado Mayor y luego me adelanté á esa fuerza en contramarcha y me quedé solo con un clarín en una de las bocacalles del pueblo por donde tenía que pasar mi caballería y en seguida la del enemigo. »

« La caballería enemiga cargó resueltamente sobre la mía en su retirada, y cuando llegaban á donde yo estaba y cuando ya comenzaba á hacer uso del arma blanca contra los soldados de retaguardia, apareció en momentos oportunos una partida de paisanos de Miahuatlán armados y organizados por su cuenta colocándose dentro de un sembrado y á la izquierda del enemigo, al que, prevalidos del terreno, le hicieron fuego por un flanco casi á quema ropa. »

« Yo había colocado los 50 hombres que pedí al coronel González y que eran tiradores de la montaña emboscados dentro de

la milpa y muy cerca de la calle donde me encontraba. En consecuencia, al aparecer la caballería enemiga y comenzar á recibir los fuegos de los paisanos, le hizo un fuego nutrido la infantería que yo había emboscado y así pudo salir nuestra caballería y atravesar la población para unirse al coronel González. »

« La caballería enemiga retrocediendo volvió á incorporarse con la caballería que formaba en batalla cerca del campo santo...

« Los paisanos de Miahuatlán (que eran muy atrevidos y estaban ebrios) fueron rechazados al centro de la población con pérdidas. Los tiradores montañeses habían quedado ocultos dentro del maizal, y buscando yo paso á la barranca me incorporé al coronel González... »

« Dí orden al general Ramos de que hiciera un movimiento de medio kilómetro por todo el lecho de un arroyo que está detrás de la colina en donde estábamos situados... (así quedaba oculto y á la espalda de la fuerza contraria). La línea de tiradores enemigos nos hizo entonces un fuego muy nutrido que la nuestra no podía contestar porque apenas tenía cartuchos... Cuando noté que los fuegos se apagaban, reforcé nuestra cadena con algunos soldados que no habían disparado. »

« Había dado orden al general Ramos de cargar á fondo en los momentos en que se tocaran tres puntos agudos después de atención ; y al capitán Rosas que mandaba á los tiradores ocultos entre el maíz, que á la misma señal rompieran un fuego vivo sobre el flanco enemigo aproximándose hasta la orilla del plantío y sin salir de él para que no se notara lo reducido de su número. Como no teníamos municiones con que sostener un combate en forma, precipité las cosas, mandé á la infantería descender á la barranca (1), pasar el arroyo y batir al enemigo en la ribera opuesta, y en los momentos en que ejecuté ese paso dí la señal convenida á la caballería y á los tiradores escondidos. »

« Al notar el enemigo nuestro brusco movimiento de frente y flanco, nos lanzó su caballería que fué inmediatamenle arrollada,

(1) La Barranca de Luchindo.

y con el impulso se desorganizó su infantería y se volcó uno de sus cañones, á la sazón que la nuestra cargaba al sable por la espalda comenzando por apoderarse de todos los caballos de la oficialidad y del cargamento de municiones que habían quedado á retaguardia. »

« Sin gran dificultad se aprisionó á la infantería del enemigo que, después de haber tirado sus armas, corría en desorden por la campiña y con mi caballería hice á la contraria una persecución en más de tres leguas, concluída la cual, me regresé entre 9 y 10 de la noche. Después me ocupé de que se atendiera á los heridos y se levantaran del campo las armas y pertrechos dejando para el día siguiente la operación de recoger muertos. »

« El general Oronoz había huído con varios de sus jefes y oficiales (1), quedando muerto en el campo el jefe francés Enrique Testard que mandaba un batallón de fuerzas mexicanas cuya oficialidad era exclusivamente de franceses... »

« Gran parte de los muertos eran oficiales extranjeros que habiendo perdido sus caballos, no pudieron huir... Los oficiales franceses prisioneros fueron conducidos á la sierra para su custodia á fin de que no entorpecieran las operaciones. » (Porfirio Díaz. *Mem.*)

MORELIANA

El *parte oficial*, pálido relato de los hechos, añade que « los oficiales traidores hechos prisioneros fueron pasados por las armas, conforme á la ley de 5 de Enero de 1862 ». Hicieron un total de veintidós, « algunos de los cuales se habían pasado á los franceses en el sitio de Oaxaca. » « Sobre todos ellos, ha dicho el general Díaz, pesaba el

(1) Entre ellos el famoso general Trujeque que mandaba un cuerpo de la caballería derrotada.

doble anatema de que siendo de nuestro ejército, habían ido después á servir al enemigo. » (*Mem.*)

Esas ejecuciones coincidiendo con el aniversario de la célebre ley de Maximiliano, esa decisión para responder á la ley marcial del Imperio con la ley marcial de la República, imprimieron un aspecto inexorable á la lucha.

El fruto material de la victoria fué el botín consistente en cerca de mil fusiles, dos obuses de montaña y cuarenta y tantas mulas cargadas con municiones de infantería y artillería.

El fruto moral era mayor... « El efecto moral es mayor que el triunfo positivo, » escribía el caudillo pocos días después de la batalla, en carta al general Alejandro García. Y á los que le rodeaban decía de viva voz : « la victoria de Miahuatlán me abrirá el camino para México. »

Era mucho decir cuando el andamiaje imperial estaba todavía sostenido por millares de bayonetas francesas, austriacas, belgas y mexicanas.

Sin embargo, la impresión en la capital del Imperio fué intensa. La « banda *de Porfirio* » caía de los labios imperialistas y se alzaba á Legión. Los detalles de la derrota de Oronoz iban llegando y de ellos surgían el parentesco espiritual, las relaciones de filiación militar del oaxaqueño con el cura Morelos... Eran sus mismas evoluciones, su misma combinación de precauciones y de audacias. Su maniobra favorita (*maña* tomada por el caudillo al *arriero* de hombres desde su campaña en Tehuantepec) era la de emboscar una reserva bajo consigna de atacar en momento crítico del combate. La estrategia efectista de la defensa de

Cuautla se repetía... Ese hombre sabía agrupar sus masas miserables y distribuirlas de modo de hacer creer alternativamente al enemigo que tenía muy pocos soldados, ó tenía demasiados. El caso era que escaseando de hombres y municiones, careciendo absolutamente de cañones, los había suplido con fogonazos de sorpresa, arremetidas inesperadas por frente y espalda. A falta de recursos positivos, los sacaba del suelo... A semejanza de su homónimo el Porphyrion griego, el hijo de Petrona se batía con piedras. ¡Lo decían ellas! las lomas rocallosas de los Nogales, Yolveo y Zavaletas, las paredes graníticas de la barranca de Luchindo en el campo sangriento de Miahuatlán.

SITIO DE OAXACA. LA COLUMNA DE AUXILIO

« El dia siguiente, 4 de Octubre, lo pasé en refundir á los prisioneros en los cuadros de batallones que yo había formado, en establecer un hospital que pude organizar, debido á la incorporación del Dr. Don Antonio Salinas que me prestó en su profesión importantes servicios. »

« El 5 pasé revista á mis tropas en la nueva organización, y el 6 emprendí la marcha sobre Oaxaca y pernocté en el Vergel, el 7 en Ocotlán y el 8 en Oaxaca... Entretanto el coronel Félix Díaz con algunas fuerzas de la sierra había ocupado parte de la plaza de Oaxaca teniendo reducido al enemigo á los conventos de Santo Domingo, el Carmen, Santa Catarina y Cerro de la Soledad.

El mismo día 8 en la noche perfeccioné el sitio ocupando la Hacienda de Montaja, la Casamata y el Monte Pelado... Puse mi cuartel general en la Hacienda de Aguilera. » (*Mem.*)

Porfirio estrechaba el sitio y Oronoz, sacando supre-

mas energías de su propio espanto no daba trazas de rendirse... Sus razones tenía para esperar de México un auxilio salvador. ¿Vendría? El jefe sitiador lo supo con precisión al interceptar un pliego en que se avisaba al sitiado que una columna de 1300 hombres, en su mayor parte austriacos y franceses reenganchados, se dirigía á auxiliar la plaza. « Sosténgase Ud. á todo trance, hasta protegernos la entrada » era la substancia de esa misiva á Oronoz sorprendida el 16 de Octubre.

Á su vez Porfirio estaba esperando el refuerzo de una pequeña tropa al mando del general D. Luis Figueroa. Viniendo éste por el camino de Teotitlán, era muy posible que se cruzase con la fuerte columna imperialista que seguramente lo batiría. Entonces el auxilio llegaría á Oaxaca moralmente engrandecido con el triunfo. Era preciso salir á proteger á Figueroa; detener, en combinación con él, á la columna, sin que por eso los sitiados dejaran de serlo... En las situaciones críticas, aparecía de repente en el caudillo un ranchero mixteca que callaba y *planeaba*. Ni una palabra sobre el auxilio inminente; el mismo día 16 dió órdenes de movilización y concentración en la Hacienda de Aguilera. ¿Se trataba de asaltar la plaza? — « Sí, respondía Porfirio misteriosamente; pero no lo diga »... Era con el fin de que el confidente lo dijera... Y en efecto, la frasecita « vamos á asaltar esta noche » circuló por el campo liberal como un secreto á voces. Al entrar la noche, sin turbar el silencio, emprendió con su tropa la marcha hacia Etla, « á través de los cerros, para no dejar huella en el

camino nacional ». El 17, á las nueve de la mañana, en el pueblo de San Juan del Estado se encontró con la fuerza de Figueroa que felizmente se había adelantado al enemigo.

Entretanto, los sitiados, dudando de si lo estaban todavía, se tenían quietos. Mucho más cuando Porfirio, haciendo el 17 un movimiento de retroceso con toda la caballería hasta la Hacienda Blanca, á 6 kilómetros de Oaxaca, les hizo creer en una reorganización del sitio... Su artillería e infantería seguían al mismo tiempo en marcha lenta hacia el enemigo. Á la media noche, la caballería se movió de la Hacienda Blanca y alcanzó á aquéllas al salir de Etla, á la una de la mañana del 18. Allí Porfirio se puso á la cabeza. Enderezó su marcha hacia Huaucilla por donde, según los exploradores, debía venir el enemigo. Así entraba á encontrarlo en su Mixteca que conocía palmo á palmo. Toda la columna le seguía en la oscuridad con paso acelerado. Un nombre salido de la boca del jefe empezó á resonar entre las filas señalando el término de la forzada marcha : LA CARBONERA.

Era un grupo de lomas que erizaba el camino.

Si el enemigo llegaba antes á ellas, la fuerza liberal tendría la desventaja del ascenso. El sol del 18 empezaba á caldear la caliza Mixteca, y la columna no aflojaba el paso... « Aprisa ! ». No es esa la palabra consagrada por la ordenanza; cada soldado se la decía, sin embargo. Era una voz de vida ó muerte al llegar á las lomas.

¡ Solemne hora en la guerra ! Cuando los bustos enmo-

chilados parecen adelantarse al trabajo de los pies, cuando las cabalgaduras hostigadas tienden el cuello, envueltas en el ansia de rapidez instintiva... Al llegar las primeras filas liberales á una de las eminencias de la Carbonera, vieron brillar las bayonetas de la columna imperialista que subía á las lomas, por el lado opuesto, ocupando una de ellas. Ambas empezaron luego á desplegarse en batalla. Eran las doce del día.

LA CARBONERA.
18 DE OCTUBRE 1864.

Una cadenita de colinas al borde oriental de la antigua vía carretera, entre Nochistlán y Huitzo: era el fragoso terreno en que la columna oaxaqueña iba á batirse con la austriaca... Porque no había duda: los 9 ó 10 centenares de hombres que formaban el grueso de la imperialista, se componían de rubios y azafranados sajones del Sur, austriacos, húngaros, bohemios, algunos franceses, flamencos y errantes polacos (1), todos distribuídos en un batallón bien organizado de *cazadores austriacos* y escuadrones de *lanceros de Austria*, hulanos y húngaros Austriacos eran también los artilleros divididos en tres secciones al servicio de baterías de montaña. El elemento

(1) Sus nombres (registrados en varias reseñas) servirían al filólogo para una curiosa clasificación de las razas que nos invadieron: había entre ellos no pocos acabados en *mann*: Eisenmann, Zemann, Pechmann, Rezmann; muchos en *ek*: Kochanek, Konichek, Fersabek... otros en *itz*: Posnitz, Marinitz, Iritz; varios en *ski*: Koszelski, Zublitowski, Ostrikauski, Blasowski.

méxico-traidor estaba representado por un escuadrón de caballería mexicana con su jefe Trujeque, el famoso caballero Trujeque, siempre caracoleando en su rocín corredor frente al general Díaz.

La loma más alta, propiamente llamada *de la Carbonera* era la que los austriacos se habían apresurado á ocupar, mientras que las fuerzas liberales tenían por centro de acción otra ondulación sin nombre propio, más hacia el Sur (1). Entre ambos había una cuenca como de 600 metros de largo. Á la izquierda de los republicanos, serpenteaba la *Cañada* de *Malpaso* por la cual, conforme á la estrategia que le era familiar, deslizó Porfirio su invisible *columnita de sorpresa* á las órdenes del coronel Don Juan Segura y Guzmán.

La batalla comenzó de buen humor del lado mexicano. « ... se empeñó el fuego por ambas partes que aunque muy nutrido, no introdujo ningún desorden en nuestras filas, porque no sólo nuestros soldados sostuvieron bien ese fuego mortífero con sangre fría, sino que cada bomba y cada bala de cañón del enemigo que pasaba entre ellos era saludada con burlas y silbidos » (2).

Sigue la relación del Jefe, no según su parte oficial, muy conocido, sino según sus recuerdos, verbalmente expresados :

(1) Palabras del general Díaz acerca de su posición :

« ... Tomé posiciones adecuadas para batirlo en *la principal eminencia dondè tenía colocada su artillería* » (*Mem.*)

(2) Extracto de una carta del oficial liberal mexicano Tomás Pizarro, combatiente en la Carbonera, á un su amigo de México. Escrita sobre la misma loma de la Carbonera, inmediatamente después del triunfo.

« Formé la primera línea poniendo al coronel Díaz en el centro, al general Figueroa á la derecha y al coronel Fidencio Hernández á la izquierda. La caballería mandada por el general D. Vicente Ramos formó la segunda línea (1).

« Aun no acababa yo de colocar mis tropas cuando el enemigo, bajo la protección del fuego de su artillería, destacó una muy densa cadena de tiradores franceses que avanzaron con intrepidez y llegaron cerca de mi línea sin que pudiera impedirlo el fuego de los míos y de mis cañones. Fué necesario hacer un contraataque con la mitad de las dos columnas de las alas, y esto ocasionó que el enemigo emprendiera una decisiva carga con la mayor parte de la tropa. No obstante que yo reforcé las medias columnas con sus respectivos restos, fueron obligadas á retroceder por el empuje contrario bien sostenido en esos instantes por la brusca salida de su caballería que en su mayor parte era húngara. Lancé entonces al combate toda la reserva que me quedaba formada por la tropa del centro y con ella las columnas de González, lo mismo que la caballería que había dejado en segunda línea, y cuando el enemigo llegaba desordenado á la colina, base de su operación, donde aun conservaba una pequeña reserva y su artillería, moví por medio de un toque convenido al coronel Segura que, apareciendo de improviso en el relieve del terreno, por el costado izquierdo, corrió á cortar su retirada.

« Este movimiento que se ejecutaba á la vista del enemigo por encima de la colina, y mi ataque vigoroso por el frente determinaron la fuga de la caballería traidora y una parte de la húngara y la confusión y desorden de la infantería. De pronto se hicieron como trescientos prisioneros y se quitaron 4 cañones ; en la persecución por más de cuatro leguas dejaron otro cañón sin mon-

(1) A retaguardia del centro se situó un cuerpo de reserva, la cual fué también constituida por cuatro pequeñas columnas que defendían el camino nacional á las órdenes del coronel Manuel González. (Según el parte oficial)

taje, cuya pieza se llevaron á lomo de mula y se les capturaron 100 prisioneros más. Entre éstos había muchos oficiales austriacos de infantería.

« La caballería, lo mismo la mexicana que la húngara, se escapó en su mayor parte, con excepción de unos 30 ó 40 extraviados que fueron capturados en la selva por paisanos armados y dos días después conducidos á Oaxaca. » Porfirio Díaz. *Mem.* 1.

1) Existe además como documento conmemorativo de este episodio una carta dirigida por el general Díaz, á los 3 días de la batalla, al Sr. D. Rafael García, Gobernador que fué de Puebla, fiel á Juárez, lanzado del poder local por el Imperio. El nombre de hermano que le da el caudillo tuteándole corresponde á relaciones de compañerismo é íntima amistad.

« **Oaxaca, 21 de Octubre de 1866. Querido Hermano :**

« Habiéndose demorado algunos días la salida de mi correo para ese rumbo, á causa de haber tenido que levantar el sitio de esta plaza, para impedir que entrara un refuerzo que venía al enemigo, hoy, de regreso aquí, tengo el gusto de comunicarte lo último ocurrido.

« Tuve noticia de que las guarniciones de Huajuápam y Yanhuitlán, reforzadas con hombres de la de Tehuacán, se reunían en el segundo punto, y á poco se ponían en marcha hacia esta ciudad en gran número, la mayor parte austriacos. En esa fecha aún no se me habían incorporado las tropas del general Figueroa, y tanto por temor de que las batiera en el camino el enemigo, como porque cubiertos los puntos de la plaza para sitiar al de adentro, apenas me quedaban disponibles unos cuantos centenares de hombres, me decidí á levantar momentáneamente el sitio, para reunir todas **mis fuerzas y salir al encuentro de la columna enemiga.**

« Así lo verifiqué en la noche del 15 al 16 del corriente; el 17 se me incorporó en San Juan del Estado, el general Figueroa, y al siguiente emprendí marcha por Huitzo adelante, que era el camino que mis exploradores me indicaban tomaría el enemigo, que la víspera había pernoctado en Huaucílla. Me propuse, pues, batirlo en un punto llamado « La Carbonera », y anduve con suerte tanta, que apenas empezaba á tomar posesión de aquel punto, empezó á descubrirse por el camino la columna contraria. A poco se trabó un reñido combate, que duró como hora y media, á cuyo término quedaba derrotado el enemigo completamente, y era perseguido por mi caballería y parte de la infantería, en un trayecto de tres leguas, hasta **que la noche nos impidió seguir adelante.**

En toda aquella grande extensión quedaron innumerables cadáveres é infinidad de armas, que el enemigo abandonaba al morir ó caer prisionero. Los resultados de esta espléndida victoria fueron, en lo material : 416 pri-

La fuga de la caballería mexicana fué prematura, anterior á la de los húngaros. Acerca de ella dice el oficial Tomás Pizarro en su carta precitada: « En este momento (cuando la primera carga de caballería austriaca sostenida por 600 infantes fué rechazada) la caballería de los traidores Trujeque, Carrillo y Flon vuelve grupas y emprende la huída al galope por el camino de Nochistlán, llevando por delante, según se dice, al célebre Franco, quien si no fué el primero en batirse, sí lo fué en salvarse.»

Cierto es que corrieron Trujeque y socios militares á la primera carga rechazada, tan grande era su miedo de ser fusilados en el mismo campo. Pero el *civil* D. Juan Pablo Franco, prefecto del Imperio en Oaxaca, no iba con ellos. Había corrido de Oaxaca después de Miahuatlán acompa-

sioneros austriacos; 4 piezas rayadas, con más de 300 granadas y botes de metralla; sobre 700 carabinas y fusiles, muchas armas y efectos de guerra, parque, mulas, etc., etc.

« Moralmente se puede decir que estreché el sitio de la plaza, pues al volver apenas, antes de comenzar nuevas operaciones, el enemigo, que ha visto desfilar delante de sus fuertes el trofeo de « La Carbonera », comienza á desmayar, é inicia negociaciones de capitulación, que he desoido, porque quiero reducirlos al último extremo, y no hacer sacrificio ninguno al triunfo.

« Estoy impuesto de los sucesos de esa línea, por las comunicaciones de los generales Méndez, Rodríguez, Cuéllar y León, á quienes contesto por este mismo correo.

« Te incluyo algunos ejemplares de los primeros números del Boletín que comencé á publicar al sitiar la plaza.

« Con la victoria de « La Carbonera » no sólo se conquista Oaxaca, sino que todo el Estado, con excepción de Tehuantepec, queda libre de imperialistas.

« Sin otra cosa que comunicarte, me repito con gusto, tu afmo. hermano que te quiere.

(Firmado), PORFIRIO DÍAZ. »

ñando á un obispo oaxaqueño muy ligado también con el Imperio (el obispo Covarrubias), ambos llenos de terror por la *fusilata*. La del prefecto Franco no se hará esperar.

OAXACA SE RINDE

« El 19 volví á Huitzo y el 20 á Oaxaca para restablecer el sitio. Al día siguiente lo seguí estrechando, y cuando me preparaba á atacar el « Dominante », fortín de la Soledad, como operación preliminar para asaltar en seguida los edificios de la ciudad que el enemigo ocupaba, éste me propuso la entrega de la plaza mediante algunas condiciones, á lo cual contesté que sólo aceptaría su rendición incondicional. Así me la ofreció el 31 de Octubre. Refundí toda su tropa en mis batallones y establecí prisiones convenientes para los jefes y oficiales. » (*Mem.*)

Entre los defensores que se rindieron había un buen número de franceses; se habían retirado con Oronoz á la ciudad después de Miahuatlán y cooperaron á la defensa de la plaza. Ligera compensación de la suerte : la ciudad rendida por Porfirio á los franceses en 63 se le rendía en 66 con algo de elemento francés. Los comisionados por el jefe sitiado para aceptar los términos de la rendición eran entre otros los oficiales franceses capitán Emilio Dives, Sebastián Lachronique y subteniente Enrique Baron. Como prisioneros, en virtud de la rendición, figuraron estos mismos y otros también franceses, los sargentos Royer, Brunier, Piguenel, Thelot, etc.; los soldados Varennes, Leroi, Baille, Chatelier y otros cuyos nombres formarían larga lista.

A todos ellos se les sujetó á una prisión cuyo régimen fué suave. Según él, cada día podían salir cuatro oficiales « desde las nueve de la mañana á las seis de la tarde ». Se les daba un peso diario, cuota apreciable con relación á la época y á las circunstancias de un Estado rebelde.

UN BUEN ENEMIGO DE LOS FRANCESES INVASORES

En su campaña contra los franceses, Porfirio Díaz no llegó á separarse de las formas corteses de la guerra. Ningún prisionero francés fué por él fusilado ni en los días trágicos en que los jefes liberales como Ghilardi (amerilado general mexicano de origen italiano) y otros netamente mexicanos, eran ejecutados por los franceses al caer prisioneros, y en que las hazañas de los contraguerrilleros Dupin y Berthelin á costa de sangre mexicana, legitimaban las represalias.

La actitud caballeresca de Porfirio Díaz para con los franceses se manifiesta en varios documentos. En el libro *L'Expédition du Mexique* por el capitán Niox, se lee lo siguiente (pág. 698) : « Porfirio Díaz fusiló á los oficiales mexicanos (debía decir : *á algunos*) hechos prisioneros en Miahuatlán y en la Carbonera ; pero trató bien á los franceses que cayeron en sus manos y rindió homenaje á su valor. »

« En 9 de Octubre de 1864, pocos días después de la batalla de Miahuatlán, el general Díaz publicó una manifestación relativa *á los oficiales y soldados extranjeros de la guarnición de Oaxaca* en que, aludiendo al comportamiento de los mismos en dicha batalla, decía :

« Sólo después de haber desplegado un valor digno de mejor « causa, después de haber visto caer á su comandante, sus « oficiales y casi todos sus camaradas, sólo entonces se rindió « ese puñado de hombres abandonados en el campo de batalla, « viendo toda resistencia casi imposible y que la mayor parte « estaban heridos. »

« Como soldado, respeto en ellos á los enemigos vencidos y desarmados y los trato como tales. »

Porfirio Díaz hizo devolver (á las autoridades francesas de México) el sable que llevaba el comandante Enrique Testard (muerto en Miahuatlán).

Ya con anterioridad, desde el año de 1864, antes de la toma de Oaxaca por Bazaine, el jefe de Oriente había demostrado á los expedicionarios franceses simpatías que extendió *á todos los europeos* en una proclama en que los llamaba á aliarse con él contra el Imperio.

He aquí algunos trozos de ese curioso documento que se publicó en francés y en español, en hojas sueltas y además en « la Victoria » periódico oficial de Oaxaca, en su número del 22 de Mayo de dicho año :

« Porfirio Díaz á los hombres libres y honrados del cuerpo expedicionario de México :

« La República Mexicana que está resuelta á convertir en pavesas sus más ricas ciudades y en desiertos páramos sus floridos campos antes que someterse al poder del austriaco, os recibirá con gratitud como sus defensores y os apellidará con orgullo sus predilectos hijos. Recibirá en las filas de los defensores de su nacionalidad á cualquier ciudadano del ejército expedicionario que quiera ser mexicano.

« Recibirá como sargento al que pase á su servicio con 10 hombres.

« Recibirá como subteniente al que se pase con 20 hombres.

— Como teniente al que traiga 40 hombres.

— Como capitán al que venga con 80 hombres.

— Como comandante al que conduzca 160 hombres.

— Con el grado de teniente coronel al que traiga 300 hombres.

— Con el de coronel al que traiga 500 ó más hombres.

« De todos los europeos que presten sus servicios á México, se formará una ó dos legiones.

« Los jefes, oficiales y tropa tendrán el haber que designan las leyes vigentes, es decir : $ 2, 466 los coroneles ; $ 1468 los comandantes ; $ 802 los capitanes ; $ 540 los tenientes ; $ 468 los subtenientes ; $ 316 los sargentos primeros ; $ 234 los segundos ; $ 169 los cabos y $ 151 los soldados.

« Todos los europeos que entren al servicio de la República obtendrán, á más del prest que señalan las leyes del país, ración diaria de carne, arroz, frijol, pan y licores del lugar.

A los dos años de servicio se les repartirán tierras de labor en la zona que ellos mismos elijan. A los soldados se les dará una hectárea ; á los cabos dos hectáreas ; á los sargentos segundos tres hectáreas ; á los primeros cuatro hectáreas ; á los tenientes 8 h. ; á los capitanes 12 h. ; á los tenientes coroneles 20 h. ; á los coroneles 30 h. — y así relativamente en mayor cantidad á los sargentos y demás individuos de las armas especiales.

« Los que no quieran tierras, y se inutilicen en el servicio disfrutarán por toda su vida de una pensión igual á la mitad del sueldo del empleo superior inmediato á que serán ascendidos por el mismo hecho.

« Señores : os ofrezco todo esto sobre la garantía de mi palabra de honor y con la seguridad de las altas facultades con que estoy autorizado por el C. Presidente constitucional de la Nación que sabrá cumplir religiosamente los compromisos contraídos en su nombre.

« La República os deberá, como á los mexicanos patriotas la salvación de su autonomía : vuestros hijos llevarán con gusto su nombre y recibirán de vosotros mismos una nacionalidad libre que llamarán con orgullo su amada patria.

« ¿ Puede parecerse esto á lo que tendréis que esperar bajo la

férula del amo de la Francia que así os sacrifica á sus menores caprichos?

« Venid, pues, á ser mexicanos, libres de toda tiranía y dueños de vuestra misma patria.

« Cuartel General en Oaxaca, 15 de febrero de 1864. — PORFIRIO DÍAZ. »

UNA TREGUA

Ese plan de colonización con elementos invasores mostraba ya, en medio de una guerra implacable, al futuro organizador de la paz. Los primeros actos gubernamentales de Porfirio en Oaxaca tenían que ser de puro carácter militar. En ellos entró luego el *canje de prisioneros* franceses propuesto por Bazaine y aceptado por el general Díaz, según lo estipulado en conferencias celebradas en Tehuacán.

« Después de canjeados todos los prisioneros mexicanos que estaban en poder de las fuerzas invasoras, devolví sin correspondencia al mariscal Bazaine cerca de mil extranjeros con la condición de que fueran inmediatamente embarcados en Veracruz como lo fueron en efecto. » (*Mem.*)

ALGUNOS ASCENSOS

« Al ocupar la plaza de Oaxaca, dí el grado de general, usando de la autorización que me había concedido el Gobierno federal, á los coroneles Manuel González y Faustino Vázquez Aldana, no habiendo hecho lo mismo con el coronel Díaz por ser mi hermano, sin embargo de que me lo suplicaron sus favorecidos. Habiendo llegado esto á conocimiento del Presidente, me envió el despacho de general graduado para mi hermano. » (*Mem.*)

Los trabajos de reorganización de sus fuerzas le absorbían; sin embargo se permitió una fantasía de orden civil, con la fundación de una *Academia de educación secundaria para niñas*, semilla de Institución dejada caer en los días de la lucha, que después ha fructificado. Es hoy la Escuela Porfirio Díaz erigida en terreno del *Mesón de la Soledad* donde nació el fundador.

« Habiendo tenido ocasión de ver muy de cerca en el curso de la campaña el estado de atraso que guardaba la educación de la mujer, sobre todo en las pequeñas poblaciones, lo cual la hacía egoísta, y esto trascendiendo en la familia, producía naturalmente sus amargos frutos, pues cuando no hay más allá que el hogar mismo se entibian los entusiasmos y hasta se paralizan los sentimientos altruistas del patriotismo, juzgué un deber dar el primer paso en su educación, y sin embargo de la gran escasez de recursos con que luchaba, y de aplicar los muy pocos de que podía disponer á la organización del ejército con que iba á emprender la campaña contra Puebla y México, establecí el 2 de Diciembre de 1866 una academia de educación secundaria para niñas, que fué la primera que se organizó en los Estados de la República, y la cual he tenido la satisfacción de ver después prosperar grandemente. » (Porfirio Díaz. *Mem.*)

TERROR

Mientras tanto, en la ciudad de México, la situación se ennegrecía :

El día 21 de Octubre de 1866 (tres días después de la Carbonera), Maximiliano se retiraba á Orizaba con la idea de abdicar y partir para Europa. Abundan las crónicas

que atribuyen esta decisión á las noticias sobre la locura de la Emperatriz Carlota recibidas varios días antes (el 18 de Octubre). ¡ Y no hay quien pare mientes en la nueva percusión moral producida en el atribulado Emperador por las noticias de aquella batalla en que fueron más que diezmados sus austriacos !

La impresión de terror que Porfirio buscaba como arma legítima de guerra contra el Imperio iba más allá de los términos deseados. El obispo Covarrubias, todavía no repuesto del espanto, que le hiciera correr de Oaxaca, transmitía á la Corte chambelanesca su propio pavor de ser fusilado con todo y vestiduras (1). Su grande amigo y compañero de correrías, el Prefecto imperial de Oaxaca, D. Juan Pablo Franco, sufrió algo más que vana amenaza :

« Estando en México Franco con Don Manuel Dublán, después de la rendición de Oaxaca, se pusieron ambos de acuerdo para ir con una escolta de traidores hasta Tehuacán que todavía estaba en poder del enemigo, á recibir á sus respectivas familias que habían mandado traer de Oaxaca. Con este propósito salieron de México ; pero en Puebla comprendió Dublán que había peligro en seguir adelante, y manifestó á Franco que lo esperaría allí si él continuaba su marcha, aconsejándole que se detuviera.

« Avisados los puestos avanzados que tenía yo en algunos luga-

(1) « El obispo Covarrubias había sido uno de los más eficaces auxiliares de la Intervención, y se asustó mucho porque habiéndome mandado preguntar qué consideraciones le guardaría si tomaba á Oaxaca, y siguiendo mi sistema de aparentarme sanguinario para infundir terror, le contesté que lo fusilaría con su gran uniforme de obispo, lo cual lo desmoralizó completamente y otro tanto le pasó á Franco, y esto motivó la salida de ambos para Puebla. » (De allí siguieron á México.) (*Mem.*)

res cercanos de la carretera que conduce de Puebla á Tehuacán, de que llegaba á Tlacotepec una fuerza de caballería enemiga en tal número que ellos podían batir, la dejaron entrar á Tlacotepec para atacarla en dicha población con ayuda del vecíndario.

« No tardaron mis soldados de caballería mandados por el teniente coronel Don Ignacio Sánchez Gamboa en apoderarse de Franco y de su escolta, que mandaron para Oaxaca, á donde llegó el primero el 6 de Enero de 1867 *antes de mi regreso de Tehuantepec.*

« Luego que tuve noticia de la captura de Franco, mandé instaurarle el proceso correspondiente, y después de su tramitación regular y completa y de permitirle el ejercicio de todos los recursos legales, fué sentenciado á muerte el 26 y pasado por las armas en Oaxaca el 30 de Enero de 1867 después de haber salido yo de aquella ciudad para Puebla. Interpuso el indulto que le negué. » (*Mem.*)

La citada expedición á Tehuantepec reforzó con nuevos triunfos la situación imponente del jefe oaxaqueño.

Había en Tehuantepec una guarnición como de 1200 imperialistas al mando del tránsfúga coronel Remigio Toledo. Porfirio Díaz decidió destruirla ó anexársela antes de atacar al Centro. El 12 de Diciembre de 66 salió de Oaxaca con una columna reorganizada y al día siguiente se encuentra con el enemigo posesionado de un lugar ventajosísimo llamado « El Tablón », á la margen izquierda del río de Tehuantepec. Viendo que el jefe republicano esquivaba el combate en ese punto, desviándose á la izquierda, los imperiales se lanzaron á paso veloz sobre su retaguardia. Porfirio los atrae á una llanura desmontada llamada *La Chilova*; un arroyo cruza allí el

camino carretero y el terreno extendiéndose en plano inclinado le permitió ocultar en las márgenes del arroyo al Batallón *Libres de Oaxaca* con su jefe Félix Díaz. Tenía éste orden de batir por la espalda al enemigo cuando hubiera pasado ó cuando iniciara el combate. Cargó en efecto Félix con su genial arrojo...

« Este ataque, así como el que recibió por el frente, hizo salir al enemigo en completa dispersión, abriéndose paso en un bosque muy tupido donde la fuga tenía que verificarse con daño por estar formado en su mayor parte de una planta que produce espinas en forma de ganchos, por lo cual se le llama vulgarmente *uña de gato*.

« Seguí mi marcha hasta Guevea que no dista mucho de la Chitova, y al día siguiente entré sin resistencia á Tehuantepec. » (*Mem*).

Dos días después sorprendió en Tequisixtlán á un resto considerable del enemigo. Apenas se detuvo para establecer en Tehuantepec una guarnición liberal al mando del capitán Carlos Pacheco (á quien no tardaremos en encontrar peleando furiosamente en Puebla). Luego, con su columna engrosada por los vencidos, volvióse rápidamente á Oaxaca.

Se trataba de no retardar un movimiento vigoroso sobre Puebla. Era la hora de la audacia creciente. Al repetirse, la victoria empujaba al jefe á posesionarse de los grandes centros. Su aliento y su fé se expresan en una carta escrita por esos mismos días (el 16 de Diciembre de 1866), desde Tequisixtlán, distrito de Tehuantepec, á su amigo y paisano D. Matías Romero.

Tequisixtlán. Diciembre 16-1866.

« Sr. Lic. D. Matías Romero. — Washington. — Mi muy querido amigo : — Creo que habrá recibido mis cartas y visto los partes oficiales que le habrán informado de la fortuna con que se ha peleado por nuestra parte. Llamo á esto una fortuna, atendida la desigualdad y escasez de nuestros elementos comparados con los del enemigo ; pero, en fin, ya con esfuerzo pude cumplir lo que ofrecí á Ud. de hacer la campaña en este Estado, aun cuando nada se me enviase, pues mi deseo era principiar nuevamente arrebatando al enemigo lo que me era necesario.

« Hoy la faz de las cosas ha cambiado : la guerra necesita ser más vigorosa y de una singular actividad ; pero creo que con el armamento llegado y el que tenemos en nuestro poder, tengo por ahora el necesario ; recomiendo á Ud. mucho que para completar éste haga un esfuerzo para remitirme las armas especiales y artillería que mandé pedir con el coronel Fidencio Hernández.

« Esto en materia de armamento ; pero tenemos otra necesidad urgente y es la de numerario. Ud. con su buen criterio, comprenderá que, para medio sostener la fuerza que tengo, es necesario usar de exacciones y medidas que atraen el odio á la causa que, puede decirse, está en renacimiento y necesita un impulso incesante de vida y de prestigio ; por esto es que si me enviasen algunas cantidades regulares, podría poner en pie de guerra 15.000 hombres y seguirlos sosteniendo.

« Podría Ud. decirme que tengo á mi disposión los bienes de los traidores ; pero para convertirlos en numerario es necesario la realización de fincas, etc., y es cosa difícil si se atiende á lo timorato de la gente á quien Ud. conoce... Por las apreciables de Ud. estoy enterado de la influencia moral que el Gobierno de ese país sigue prestando al nuestro y sus determinaciones para con Ortega y Santa-Anna ; mas para aprovechar esta protección, es preciso que en esta República, entremos en una acción violenta y eficaz para terminar todo, y yo por mi

parte, para llenar este deber que tanto deseo, no encuentro otro obstáculo que los recursos; pero fío en la ayuda de Ud. para expeditarlos.

« Sin más por ahora, me repito de Ud. su servidor y amigo que lo aprecia. (Firmado. Porfirio Díaz).

CAPÍTULO II

PUEBLA

EL CONTINGENTE YANQUI

El tan decantado auxilio de los Estados Unidos á México para rechazar la Intervención y destruir el Imperio, no les costó caro: ni un hombre, ni un dólar. No iremos hasta afirmar con algún autor que fué un auxilio « platónico ». El fruncido ceño del tío Samuel hacia la Intervención pasó los límites del platonismo; pero cuando se trataba de mandar á Juárez elementos de guerra, el simbólico *tío* hundía simbólicamente las manos en sus profundos bolsillos y hablaba « en plata »: *How much you pay me* ?

El auxilio de armas que Porfirio Díaz solicitaba del país vecino, se negoció en Nueva York, como cualquier empréstito, según un contrato celebrado por el general José M. Carvajal con la Casa John W. Corlies & Co del mismo Nueva York. Se hizo una emisión de treinta mi-

llones de pesos en bonos. Con una parte del producto, nuestro Ministro en Washington, D. Matías Romero, comisionó al general Herman Sturm, designado por Carvajal, para comprar las armas y otros elementos de guerra destinados á las tropas oaxaqueñas según los informes que ministraran el Lic. Justo Benítez y el general Pedro Baranda. Lo aleatorio de los bonos se compensaba con la carestía de las armas y del flete en un mal barco.

« El 9 de Noviembre de 1866 se fletó el vapor « Vixen » por el general Sturm en 600 pesos diarios pagaderos en bonos. El día 10 salió de Nueva York conduciendo las armas y artículos de guerra para la línea de Oriente que se pusieron á cargo del Gral. Pedro Baranda. El vapor se averió y tuvo que arribar á Norfolk, Estado de Virginia, en donde permaneció algunos días para reponer sus averías, después de lo cual partió para Minatitlán.

« En marcha para Tehuantepec se me avisó que acababa de desembarcar en Minatitlán, procedente de los Estados Unidos y que había llegado á ese puerto una remesa de armamento, equipo, municiones y útiles de hospital... Mandé á recibir esos efectos al capitán de Ingenieros Lorenzo Pérez Castro con una fuerza de Guardia nacional. Los indios (á pesar de estar pronunciados contra el general Alejandro García) al saber que iban para mí ayudaron á traerlos hasta Tuxtepec. Recibí estas armas al volver de la expedición á Tehuantepec y las utilicé en la campaña contra Puebla y México que emprendí á poco. (Porfirio Díaz. *Mem.*)

LAS TENTACIONES

El 26 de Enero de 1867 el general Díaz salió de Oaxaca para Acatlán, del estado de Puebla. Llevaba sólo 300 hombres de caballería, y se situó allí en observación

del enemigo y en espera de las tropas de Oaxaca con que se proponía operar contra Puebla.

Por de pronto, el enemigo salía á detenerle con operaciones que no eran precisamente militares. Era la hora del disloque franco-austriaco. La ruptura entre Maximiliano y Bazaine se determinaba ya, semivelada por las indecisiones del primero y las falsías del segundo.

Cada parte, al romper con la otra, imprimía á sus actos un sello íntimo. Maximiliano, en la vaga conciencia de su predestinación al abandono y al sacrificio, se encerraba á llorar en sus jardines de Chapultepec. Allí tuvo entonces el Cristo de Schönbrun su Gethsemaní y su Monte de los Olivos, á pesar de que no había en torno más que sauces y ahuehuetes tan gemebundos como él mismo.

Habla Masseras, un evangelista de aquella Mesiada decadente :

« Cuando sus ilusiones se desvanecieron, el desaliento y el hastío (de Maximiliano) no tuvieron contrapeso. Como siempre, una agravación del estado físico coincidió con el abatimiento moral. Muchos días antes de recibir el despacho que iba á darle el último golpe (el de la noticia de la locura de Carlota) el desgraciado príncipe, encerrado en su recámara, vegetaba más que vivía en una especie de aniquilamiento, huyendo las obligaciones de la vida, solo accesible á sus familiares y no permitiendo que llegase hasta él ninguno de los que pudieran hablarle de negocios, á menos que fuese imposible el evitarlo.

« Luego se refugia en el castillo de Chapultepec cuyo acceso fué cerrado á todos por una consigna inflexible. Un francés, Mr. Bournouf, por quien el Emperador tuvo una de esas predilecciones que eran una necesidad de su naturaleza, fué el único que llegó á deslizarse en la residencia imperial. Refirió haber

encontrado al Emperador errando por los jardines en un *negligé* lamentable, sin fuerza, sin voluntad, casi sin pensamiento.

« Cuando vió á Mr. Bournouf, Maximiliano se echó en sus brazos y lloró largo tiempo : luego se entregó á una larga efusión llena de confidencias, de quejas, de lamentos sobre su situación. La palabra « abdicación » no fué pronunciada : pero era fácil ver que el hombre que así hablaba había echado á tierra el fardo del poder y estaba más dispuesto á dejarlo caído que á tomarlo de nuevo. » (1)

En cuanto á Bazaine, el potente Bazaine de aquella época anterior al desastre, no sentimentalizaba. Cuando sintió que con la abdicación y el desvío del archiduque, su palacio de Buena-Vista, centro de su feudalidad militar, se le escapaba de repente como un castillo de naipes, « echó fuego y llamas, habló de hacer salir inmediatamente sus tropas de la ciudad (2). »

Ambos, el Emperador y el Mariscal, sin comunicárselo, se volvieron hacia el joven general oaxaqueño cuya aproximación triunfante á la capital se dejaba ya presentir. ¿ Lo pondrían al frente de la situación, para evitarse el tener que tratar con Juárez ? Es el problema que uno y otro plantearon según las crónicas de la época. De allí surgieron proposiciones tentadoras.

(1 E. Masseras. *Un essai d'Empire au Mexique*. Paris, 1879. — G. Charpentier.

(2) El 28 de Enero de 67, el padre Fisher, secretario de Maximiliano, terminaba así una nota altiva al mariscal Bazaine : « Su Majestad me ordena hacer saber á Vuestra Excelencia que en estas condiciones no quiere tener en el porvenir ninguna relación directa con su Excelencia. » Y dice Masseras : « *A la reception de ce message, le maréchal jeta feu et flammes, parla de faire sortir immédiatement ses troupes de la ville, chercha quelle réparation il pourrait exiger de l'injure qui lui était faite.* »

La de Maximiliano :

« Estando en Acatlán en espera de las tropas de Oaxaca y materiales de guerra que debían incorporárseme, con el general Don Manuel González, condujo un día la avanzada de Acajete por cordillera, y con las precauciones usuales, á mi cuartel general, á una persona llamada Carlos Bournouf que había sido comisionado personalmente por Maximiliano, según credencial que trajo al efecto, para recabar mi promesa de no batir al archiduque en la marcha que próximamente se proponía hacer de México á Veracruz, protestando que haría su travesía exclusivamente con soldados europeos y que su objeto era embarcarse con ellos en la fragata *Novara* que lo esperaba, fondeada en Veracruz. »

« Mr. Bournouf agregó que Maximiliano tenía un alto concepto de mí y que si pudiera contar con mi cooperación, se descartaría de los conservadores que lo rodeaban y de los militares de ese partido que estaban á su lado ; que me daría el mando de todas sus fuerzas y que pondría la situación del país en manos de los liberales, porque él tenía gran predilección por nuestros principios políticos; que sentía gran respeto y consideración por el Sr. Juárez y por los principios que profesaba ; pero que vista la situación que él guardaba y teniéndonos á nosotros por antagonistas no podía proceder como lo deseaba sino como las circunstancias lo obligaban á obrar. Me pareció que Mr. Bournouf cumplía con un encargo de Maximiliano, sin embargo de que él cuidó de hacerme entender que esto no era así, sino que tan sólo expresaba sus impresiones personales. »

« Detuve á Mr. Bournouf toda la noche para mandarlo al día siguiente con una respuesta verbal negativa, y le dije que no podía tener condescendencia de ningún genero con el enemigo y que mis únicas relaciones con Maximiliano consistían en batirlo ó ser batido por él, para lo cual había tomado mis providencias y que me empeñaría en hacerlo prisionero y someterlo á la justicia de la Nación. »

« En toda esa noche fué necesario fingir muchos desfiles de tropas, como si fueran de distintas armas, por la calle donde había alojado á Bournouf acompañado de oficiales que cuidaban de que se cumpliera con la prohibición que le impuse de abrir las ventanas... Quise darle la impresión de gran número de tropas en movimiento cuando en realidad sólo tenía en Acatlán 300 caballos. » (*Mem.*)

Siguió la tentación de Bazaine (1).

« Cuando mandé á México á Don Carlos Thiele para terminar el arreglo del canje de prisioneros, el mariscal Bazaine lo autorizó para que me propusiera en venta fusiles, municiones, vestuario y equipo, ofreciéndome esos objetos á precios fabulosamente bajos, esto es á peso por fusil y á peso también por vestuario de lienzo con zapatos; lo mismo que materiales para fa-

(1) En la obra « México á través de los Siglos » el historiador José M. Vigil, al referirse á los manejos de Bazaine y sus entrevistas con el cónsul americano Otterbourg en que se trató de poner al general Díaz, en lugar de Maximiliano, al frente de la situación, cita la carta del general á D. Matías Romero: « El mariscal Bazaine me ofreció por medio de tercera persona poner en mis manos las poblaciones ocupadas por los franceses y entregarme á Maximiliano, Márquez y Miramón, etc., si aceptaba yo una proposición que rechacé porque no me pareció honrosa ». Otra proposición que procedía igualmente de la iniciativa del mariscal Bazaine, se refería á la adquisición de 6,000 fusiles y cuatro millones de pistones: si yo lo hubiera deseado también me hubiera vendido cañones y pólvora; pero me negué á aceptar estas proposiciones ». Y añade el Sr. Vigil: « La tercera persona de quien aquí se habla es M. Otterbourg y desde luego surge esta doble cuestión: si el cónsul americano estaba autorizado por el mariscal para entrar en arreglos con el general Díaz, y si en caso afirmativo las proposiciones que le hacía eran realmente tales como las formulaba Bazaine... » Luego discute con documentos de Keratry, Niox, y Detroyat sobre si el conde Otterbourg falseaba ó no falseaba las proposiciones de Bazaine, etc. Todo ese enredo viene de suponer que solo el cónsul Otterbourg podía ser la tercera persona de quien se trata.

En declaraciones posteriores del general Díaz y en el trozo de sus *Memorias* que aquí publicamos, quedan resueltas tantas complicaciones con la simple aserción de que la *tercera persona* era el oficial francés M. Thiele.

bricarlos, caballada, mulada y sus respectivas monturas y arneses. Comprendí por esa oferta que no tenía vehículos para conducirlos á Veracruz y me negué á comprarlos, pues teniendo él que dejarlos, me era más barato ocuparlos como propiedad del enemigo que comprarlos á vil precio. Entonces expedí una circular á todas las plazas incluyendo las ocupadas por el enemigo en que declaraba contrabando de guerra todos los efectos que aquél dejara en el país. »

« Por medio del mismo Thiele, me hizo Bazaine otra proposición : que á su salida de México, si atacaba yo á la ciudad le mandase decir el uniforme de mis soldados para distinguirlos de los de Maximiliano, pues en ese caso se proponía regresar á la capital con el objeto de restablecer el orden, á fin de que todo se arreglara satisfactoriamente para él y para mí... Me daba á entender que me entregaría al mismo Maximiliano, si aceptaba yo desconocer al Gobierno de Juárez, con el objeto de que Francia pudiera tratar con otro Gobierno antes de retirar sus fuerzas de México... Palabras textuales transmitidas por Thiele : « Diga Ud. al general Díaz que yo pagaré con usura el brillo con que nuestra bandera pueda salir de México. » (*Mem.*)

SITIO DE PUEBLA

De Acatlán, Porfirio Díaz se dirigió á Puebla por Ixcaquixtla y Huamantla deteniéndose algunos días en este pueblo. Allí se le incorporó el general Juan N. Méndez con su fuerza poblana levantada en la sierra de Tetela. También se le unió con fuerzas organizadas en Jalapa el general Ignacio Alatorre (1). Entre los jefes se contaba

(1) Diez años después (Noviembre 1876) este mismo general encontrará al general Díaz en ese mismo punto, Huamantla, para librarle batalla en la vecina hacienda de Técoac.

además el general Manuel González (mandando la 1ª brigada compuesta de tres batallones de cazadores) y el entonces mayor Carlos Pacheco, dos hombres destinados á papel considerable en la evolución de la República... Como general en jefe, Porfirio reorganizó en el mismo Huamantla las tropas reunidas: sumaban unos 400 hombres; y siguió sobre Puebla á donde llegó por el 9 de Marzo de 1867.

La guarnición imperialista de Puebla, mandada por el prefecto político y general Don Manuel María Noriega, se componía de unos 3000 hombres. Como la plaza contaba con 100 piezas de artillería y una abundante provisión de parque, la fuerza sitiadora de Díaz y la sitiada de Noriega, Trujeque, etc. se balanceaban sensiblemente... Un refuerzo de tropa que suministró á Porfirio el general D. Juan Álvarez hubiera determinado una superioridad del efectivo republicano si el general Díaz no hubiera tenido que atender luego á una demanda que le dirigiera el general Escobedo, sitiador de Querétaro en solicitud de auxilios. Porfirio le mandó al general Juan N. Méndez con una parte de su división. Ordenó además que se unieran á este auxilio las fuerzas de Pachuca que mandaba el general Martínez y las que mandaban los generales Vicente Jiménez, Vicente Riva Palacio y el coronel Florentino Mercado. « En virtud de lo cual llegó el general Méndez á Querétaro con más de 6000 hombres y 10 obuses de montaña. » (*Mem.*)

Así quedaba Porfirio frente á Puebla reducido á una situación militar de impotencia. El sitio de Puebla por

los franceses en 63 había demostrado que se necesitaba grande artillería y un efectivo de superioridad abrumadora con respecto al sitiado para tomar la plaza. El sitiador carecía de lo uno y de lo otro, y la plaza se defendía con el valor de la desesperación. Las semillas de terror lanzadas al viento por el jefe oaxaqueño germinaban de modo trágico en los espíritus de los sitiados más inclinados á morir combatiendo en la brecha que fusilados como traidores.

La circunvalación avanzaba con pena. Había Porfirio ocupado sin resistencia el cerro de San Juan estableciendo su habitación y cuartel general en el mismo edificio que ocupó tres años antes como sitiador el mariscal Forey. Pero al extender la línea envolvente ya establecida por los suburbios Oriente y Sur, tropezó por el Norte con los cerros de Guadalupe y Loreto, guarnecidos y perfectamente artillados por el enemigo. No pudiendo aislar materialmente los cerros de la ciudad, los incomunicó con su caballería. Por el Occidente, las operaciones para reducir el perímetro circunvalado avanzaron hasta la plazuela de San Agustín en que sitiadores y sitiados se encontraron frente á frente, plazuela de por medio. De allí la línea continuaba hasta el convento de la Merced en que iba á efectuarse uno de los más sangrientos episodios de la lucha.

Ésta se señaló el día 23 de Marzo con un ataque vigoroso emprendido por el teniente coronel Domínguez (joven oficial republicano, de valor imprudente) contra la manzana que hacía frente á un *mesón* llamado Varones

Nobles. Su ataque tenía por objeto desalojar al enemigo que ocupaba la mitad de la manzana. El punto estaba comprendido en la línea correspondiente al general Manuel González. Al percibir este jefe el fuego nutrido de fusilería, acudió al lugar del ataque y en el momento de saltar á la azotea, recibió en el brazo derecho un proyectil que le destrozó el codo. Cuando bajaban al herido por una escalera, Porfirio que subía dió las órdenes conducentes para atenderlo; luego, se dirigió seguido de un refuerzo al punto más comprometido, y toda la manzana fué esa noche ocupada por los liberales. Los incendios alternaban con las descargas, de una y otra parte. Uno hubo en que Porfirio estuvo á punto de morir aplastado y fusilado según su propia relación :

« Seis días después (del mencionado ataque del 24) el enemigo incendió una tienda en la manzana que ocupaba el general D. Francisco Carrión cuya tienda contenía combustible. Inmediatamente que tuve conocimiento del hecho llegué hasta el interior del local. Al oir que crujían los techos, brinqué por la puerta de salida, y allí me encontré con el Lic. Juan José Baz, única persona que se atrevió á llegar hasta ese punto y á quien con mi choque arrojé fuera del peligro ; pero el techo siempre me alcanzó y quedé cubierto de escombros de medio cuerpo abajo. Cayeron en seguida las puertas de las ventanas que estaban ardiendo y me descubrieron ante el enemigo que me lanzaba sus fuegos de enfrente á quema ropa ; en esos momentos Carrión salió por los balcones de las piezas que ardían y lo desalojó ; mas posesionado luego de la acera opuesta, calle de por medio, siguió dirigiéndome sus disparos... Estaba allí como cogido en una trampa, y Luis Terán para sacarme de esa situación, me estiraba de tal manera de los brazos que sentía me los desarti-

culaba, *pues nervioso como era* (1) cuando había dificultad, *se ponía en peor estado...* Un ayudante ocurrió luego con una palanca de maniobra de una pieza de sitio y con ella pudo sacarme levantando las vigas que estaban sobre mí... Terán que no cesaba de estirarme, me puso en pie; pero mis botas quedaron entre los escombros, y sin ellas me puse en salvo con varias contusiones y quemaduras... Me fuí en seguida á los baños de Carreto que quedaban en la misma manzana y mandé que fueran á traerme ropa porque la que tenía estaba toda quemada. »

« Como se empezó á propalar en mi campamento que yo había muerto en el incendio, recorrí en seguida la línea de circunvalación y visité las reservas. » (Porfirio Díaz, *Mem.*)

El oficial Luis Terán que intervino en este lance como en algunos otros de esta vida de lucha, quedó fuertemente impresionado. El recuerdo de ese hecho seguirá turbando su imaginación de neurótico hasta que, tras largos años, el capitán de 1867 llegue á ser general y gobernador de Veracruz. Entonces, su excitación mental ante una intentona revolucionaria (25 de junio 1877) le hará comunicar al general Díaz, Presidente de la República, que la ciudad de Veracruz estaba próxima á ser bombardeada; pero que él Terán, « moriría bajo los escombros. »

Y dice un historiador (2) :

« El 18 de Marzo el fuego fué continuado por muchos puntos ; especialmente por San Agustín, un terrible incendio se inició cerca de este convento en el vasto local de madera construído

(1) Este nervioso murió demente.

(2) Coronel Antonio Carrión. *Historia de la ciudad de la Puebla de los Angeles.*

por el Circo Chiarini. *Allí* se vió envuelto el general Díaz entre las llamas, en medio de una granizada de balas, con el vestido acribillado, el rostro ennegrecido por el humo, cayendo sobre él leños y maderos ardiendo, parte de los techos que al desplomarse casi cubrieron al caudillo, y otra mole que se vino abajo con estrépito lo sepultó por unos momentos. »

Como trozo pictórico no está mal; pero hay en él una substitución de lugares contradicha por el mismo jefe sitiador que ha colocado el lance en una tienda de las manzanas por él ocupadas, y no en el Circo Chiarini que estaba en poder de los sitiados y cuyo incendio fué producido por él mismo y no por el enemigo:

« Yo incendié también al enemigo algunas casas. Puse un mortero y á las granadas de á 12 les amarraba en la espoleta un alambre con un pedazo de brin empapado en aguarrás: así incendié el circo de Chiarini que era de madera, lo mismo que las casas inmediatas á dicho circo, hasta conseguir por este medio incendiar la manzana contigua á San Agustín, que era de las más difíciles. » (Porfirio Díaz, *Mem.*)

PREPARANDO EL ASALTO

Entretanto, Bazaine se había retirado; iba al desastre de Metz. Maximiliano á su Gólgota.

Volviendo éste de Orizaba á donde fué con ánimo de proseguir á Veracruz para embarcarse, se detuvo primero en la quinta de Xonaca (Puebla), luego en la Hacienda de la Teja. En este lugar tuvo el microcristo austriaco su *úl-*

tima cena (1) antes de salir para el Interior. Sólo que, á diferencia del gran Cristo, Maximiliano *no olió al traidor* en la cena; ni pudo señalarle con el pan mojado... El coronel Miguel López, en el goce de su privanza, se aprestaba á acompañarle á Querétaro mandando su *Regimiento de la Emperatriz*. Don Leonardo Márquez tocaba al apogeo de su triste grandeza. Fracasada su intentona de entenderse con el general Díaz, el archiduque se echó aturdidamente en brazos de aquél. Mucho más cuando empezándose á sentir cercado en Querétaro, el terrible Don Leonardo se le ofreció para salir á México en busca de hombres y dinero. Por de pronto, su salida verificada el 22 de Marzo (67) privó á los sitiados de 1200 jinetes y de algunas talegas de pesos indispensables para la marcha. ¿Pero qué importaba eso si Márquez iba á salvar la situación en la capital como *Lugarteniente* del Imperio? — Con él iba D. Santiago Vidaurri nombrado por Maxi-

(1) « En el camino que recorrimos de Mexicaltzingo á la Teja, se unieron á nosotros gran número de carruajes, conduciendo á las más distinguidas personas de la sociedad mexicana que lanzaban gritos de « ¡Viva el Emperador! » y sin embargo no se necesitaba ser un gran observador para comprender toda la desconfianza que reinaba ya en todas las clases sociales de México respecto á la causa imperialista. »

« En una hora y á galope tendido recorrimos el largo trayecto que separa Mexicaltzingo de la Teja, envueltos en las nubes de polvo que levantaban los caballos. Parecía que Maximiliano, con la carrera del corcel que montaba, quería calmar sus presentimientos, sus terrores y sus inquietudes. »

« Después de una hora que destinamos al aseo bien necesario de nuestras personas nos sentamos á la mesa, pero en aquella comida *que muchos á sotto voce comparaban con la ultima cena* del divino Maestro, la mayor parte de los comensales veían como un sueño que el Emperador, á quien todos suponían embarcado en Veracruz, presidiese la mesa. » (Blasio, *ibid.*)

miliano *Jefe del Gabinete* y *Ministro de Hacienda*... Lugarteniente y Ministro, cortando por la sierra llegaron á México sin tropiezo considerable el 27 de Marzo. Justamente ese día se recibía en la capital una comunicación del general Noriega, jefe de las fuerzas sitiadas en Puebla, en que expresaba la imposibilidad de sostener el sitio con sus propios elementos, y urgía por auxilios.

Márquez organizó una expedición de cerca de 4.000 hombres de infantería, caballería y artillería, entre los cuales había varios cuerpos extranjeros. Esta fuerza destinada á socorrer á Puebla, estaba en condiciones de medirse por sí sola con la del sitiador. La opinión militar reinante estableció desde luego una ecuación entre su llegada al campo del sitio y un desastre republicano... No eran avisos lo que faltaba al caudillo :

« Había yo mandado establecer un telégrafo militar por la cuesta de Rio Frío hasta Tlalpan y otro hasta Apizaco, para tener comunicación fácil y rápida con las distintas fuerzas que estaban á mis órdenes. Además, tenía en Apizaco una locomotora con el objeto de observar y dar noticias exactas... Por telégrafo se me avisó el 31 de Marzo que Márquez seguía su marcha por la vía de los llanos de Apam, lo cual indicaba bien que su punto objetivo era Puebla. » (Porfirio Díaz, *Mem.*)

La gravedad de la situación para los sitiadores ha sido expresada por un general mexicano de reconocida pericia, en los siguientes términos :

« Si el general Díaz levantaba prontamente el campo para salir al encuentro de su enemigo exterior y presentarle una batalla campal, corría el inmenso peligro de encontrarse entre dos fuegos

en los momentos decisivos ; pues era evidente que las tropas de la plaza saldrían sobre su retaguardia y tomarían toda clase de precauciones para no empeñarse con las fuerzas republicanas, sino en el momento de la batalla general. Si se decidía simplemente á levantar el sitio y emprender la retirada, no habría logrado otra cosa que desanimar á sus soldados, sembrando el desaliento en sus corazones y haciendo estériles sus sacrificios en favor de la República ; mientras que el enemigo haciendo su incorporación con las fuerzas de la plaza, organizaría un fuerte cuerpo de ejército y destruyendo al republicano hubiera podido volver á prestar un auxilio eficaz al atribulado Maximiliano y su sitiado ejército. »

« No quedaba, pues, al caudillo de la República más que el recurso de dar prontamente un enérgico y brusco asalto á la plaza » (1).

Aquí ocurre observar que cuando Porfirio Díaz sitiaba á Oaxaca algunos meses antes (en Octubre de 66) se movió para atacar la columna austriaca de auxilio, en situación análoga á la de Puebla, y precisamente contra los razonamientos del general Rocha; no obstante lo cual batió á la columna de auxilio en la *Carbonera* y tomó luego á Oaxaca.

En ese ajedrez animado y sangriento que se llama « la guerra » domina el « *quid obscurum* de las batallas » de que habló el poeta. El jefe, obligado á tomar una decisión perentoria, no pudiendo someter el Azar (2) á una previsión exacta, procede más por intuición que por cálculo. Llega un momento para el táctico de nuestros días en que se vuelve general romano, siéntese impelido á buscar

(1) Artículo del general Sóstenes Rocha en el periódico *El Combate*, del 1° de Abril de 1888.

(2) « Monseñor el Azar » dijo cierta vez el gran guerrero Federico de Prusia.

en una especie de adivinación el secreto de sus determinaciones... En vez de interrogar al cielo en sus bandadas de aves, sus *agüeros*, sus *signos*, todo el fárrago de la antigua superstición militar, Porfirio interrogaba á su propia alma. Ni en el último sitio de Oaxaca, ni en el de Puebla llamó á junta de generales para discutir su comportamiento respecto á la columna de auxilio.

El 31 de Marzo su resolución era cosa hecha : *tomaría* á Puebla en unas cuantas horas. El ruido de la toma bastaría para ahuyentar á Márquez. La fuerza de esta presunción personalista, de un éxito dudoso (para los demás) se completaba en él con el *silencio*. Sólo á última hora comunicó su resolución al Cuartel-Maestre general Ignacio Alatorre, luego á los jefes con quienes contaba para el mando de columnas que debían asaltar.

De estos rasgos de « personalismo silencioso » está llena su vida de *caudillo*. La hermosa energía del asalto de Puebla ganaría en brillantez histórica si no la empañaran ciertas demostraciones oficinescas organizadas en los aniversarios del 2 de Abril. El moderno espíritu no cuadra con esas interrupciones de la vida activa en un país en que seculares fiestas canónicas entreveradas con no pocas civiles, extienden sobremanera en nuestras masas apáticas la pereza dominical.

En la República francesa las fechas gloriosas refundidas en la sola gran fiesta anual del 14 de Julio han permitido el quebranto de las huelgas patrióticas hasta un minimum conveniente. — ¿No sería bueno realizar en México una refundición semejante ?

Mejor que en las peroratas y entrefilets de congratulación mecánica puede el lector enterarse del asalto del 2 de Abril en la sencilla siguiente relación hecha por el jefe asaltante:

DISPOSICIONES DEL ATAQUE

« Sobre el plano de la ciudad prevenimos verbalmente á los jefes, yo y el Cuartel Maestre, las operaciones que tenían que practicar, señalando á cada uno la fuerza de que debía constar su columna de asalto, la trinchera de que debía apoderarse, la puerta ó puertas que debía desatrincherar para hacer por allí su salida. »

« El perímetro atrincherado del enemigo tenía una forma elíptica, casi parabólica, cuyo diámetro mayor se extendía de Sur á Norte. En consecuencia, el convento del Carmen era uno de los puntos más distantes de la plaza, y esa circunstancia me sugirió la idea de hacer sobre él un ataque falso que llamara fuertemente la atención del enemigo é hiciera concurrir en su protección á la mayor parte ó á todas las columnas de reserva. »

« Determiné la formación de 17 columnas de asalto con el propósito de emplear tres de ellas en el ataque falso sobre el Carmen (1), y con ese objeto luego que entró la noche, saqué toda la

(1) Fragmentos de la orden que se dió á media noche del 1º de Aril de 1867 para el asalto del dia siguiente:

« 1ª Al general Crevioto asalto de la trinchera de la calle de la Alcantarilla. »

« 2ª Al general Carrión asalto de las trincheras de las calles de Betlem é Iglesias y la brecha abierta en la manzana de Malpica. »

3ª A Don Vicente Acuña asalto de la fortificación de Iglesias, quien lo llevará á cabo con 150 hombres.

4ª Al teniente coronel Francisco Vázquez que penetre por una brecha abierta por la artillería republicana en la manzana de Malpica.

5ª A los Cc. coronel Luis Mier y Terán y teniente coronel Juan de la Luz Enríquez que asalten personalmente las trincheras de la calle Miradores.

artillería que estaba distribuida en nuestra línea de aproches y la establecí pasajeramente sobre las trincheras del Carmen. »

« El total de mi artillería consistía en 18 bocas de fuego, de sitio, de batalla y de montaña : y aunque con riesgo la establecí á menos de medio tiro de las trincheras que debía batir por el Carmen. »

« El enemigo había cometido la falta muy grave de no cubrir la espalda de los defensores de sus trincheras, falta que yo me propuse aprovechar, haciendo que todo ataque sobre una trinchera tuviera uno correlativo sobre la opuesta ; y esto tratándose de un ataque dado en la noche, sugeriría evidentemente á los que se sentían heridos por la espalda, la idea de que el enemigo había podido entrar y los atacaba á retaguardia. »

« Las tres columnas que debían hacer el ataque falso (mandadas por el teniente coronel Jesús Figueroa y por los generales Eutimio Pinzón y Luis Pérez Figueroa) fueron colocadas cerca de la artillería, aprovechando accidentes que las ponían fuera del enfilamiento de los fuegos de respuesta. »

LA SEÑAL

« Colocadas respectivamente las otras 14 columnas en el lugar de donde cada una debía emprender su asalto, hice poner un gran

6ª Al teniente coronel Guillermo Carbó que se posesione del Noviciado.

7ª Al C. general Juan C. Bonilla que tome el parapeto del costado de San Agustín.

8ª A los jefes Luis Pérez Figueroa, Andrade, Doroteo León, Vázquez Aldana y otros que concurran por la parte de Oriente sobre la calle del Deán.

9ª Al mayor Carlos Pacheco el asalto de la calle de la Siempreviva.

10ª Al coronel Manuel Santibáñez que en los momentos del asalto ocurra al convento de San Agustín.

11ª El general Alatorre con una columna de reserva del 3º de Cazadores, ocurrirá á todos los lugares en que hubiere necesidad de su auxilio. »

lienzo formado de piezas de manta colgadas á lo largo de un alambre tendido de torre á torre de la Iglesia del Cerro de San Juan, y suspendidas hasta el suelo, cuyo lienzo empapado en espíritu de resina, debía ser encendido cuando yo lo ordenara, habiendo advertido antes á todos los jefes de columnas de asalto verdadero que esa gran luz era la señal para que se lanzaran. »

LA NOCHE DEL 1° DE ABRIL

« Desde que la noche entró había yo prohibido que se hiciera fuego en ninguno de los puntos de la línea, excepto en el caso de que el enemigo pretendiera salir. »

« Este silencio que pronto fué observado por el enemigo, y la circunstancia de que Márquez estaba á 12 leguas á nuestra espalda, pues esa noche pernoctó en la hacienda de Guadalupe, hacía creer al enemigo que nos retirábamos y que tal vez estábamos ejecutando la evacuación de todas las líneas. »

« Dispuesto todo así me situé cerca de la Alameda vieja, en un punto desde donde podía vigilar las operaciones, y algunas de las columnas de asalto verdadero y las tres de ataque falso. »

ESCASEZ DE MUNICIONES

« Era tal mi escasez de municiones que en la noche, cuando ya estuvo preparado el ataque, tuve que recoger á la caballería sus cartuchos para darlos á la tropa de asalto, esperando que si esa arma tenía que batirse, lo haría con sus lanzas y sables. Ordené al Gral. Toro que mandaba la caballería que aun cuando sintiera un ataque muy rudo en las calles de la ciudad, no abandonara su puesto mientras no se lo ordenara. » (*Mem.*)

EL ASALTO DE PUEBLA. 2 DE ABRIL DE 1867. (RELACIÓN DEL JEFE ASALTANTE)

« A las 3 menos 15 minutos de la mañana del 2 de Abril rompí el fuego de cañón sobre las trincheras del Carmen, y tras esto, ordené el movimiento de la primera columna de falso ataque. Esta marcha resuelta sobre la trinchera, siendo recibida desde que el enemigo pudo sentir su movimiento, con vivo fuego á metralla, la columna retrocedió en desorden y con fuertes pérdidas, como unos 100 metros antes de llegar al objetivo, pues su marcha de avance era larga y en llanura limpia. Destaqué inmediatamente la segunda columna que llegó hasta la contraescarpa y fué también rechazada, y luego la tercera que intentó pasar el foso y dejó algunos cadáveres dentro de él, viéndose en el caso de retroceder como las anteriores... La demostración había sido de tal modo seria que había producido sus resultados por lo que toca á hacer que la reserva del enemigo se aglomerara hacia el Carmen.

« En estos momentos, mediante un toque convenido de clarín, mandé encender los lienzos preparados entre las dos torres del Cerro de San Juan, señal para el asalto general. »

« El estruendo del combate se extendió en breve por todos los ámbitos. De los coronamientos que el enemigo tenía en los edificios altos y balcones descendía un torrente de fuego por donde los asaltantes tenían que pasar antes de tocar una trinchera. »

« Había yo formado una legión de honor con jefes y oficiales que no tenían servicio especial ; los dividí previamente en grupos de cinco hombres, armados todos con mosquetes cortos, y ordené á cada jefe de grupo que se posesionara de las escaleras que había abandonadas en la parte de la ciudad que ocupábamos nosotros y que habían pertenecido al servicio del alumbrado público, para que en los momentos en que las columnas iniciaran

sus respectivos ataques, esos grupos, escalando los balcones de todas las manzanas que estuvieran encerradas entre dos ataques y por las azoteas ó por las horadaciones vinieran á introducir el desorden entre los edificios de dichas manzanas que debían estar preocupadas en la defensa de sus respectivas trincheras... Designé á cada grupo de la legión de honor una manzana para que colocado un oficial en cada esquina por donde ya hubieran pasado las columnas de asalto, hicieran el servicio de policía para evitar los desmanes que la tropa vencedora intentara cometer en la ciudad. La señal para el movimiento de esos grupos era el paso de las columnas. »

« El fuego vivísimo de fusilería y de cañón no duraría en todo su vigor arriba de 10 minutos, y á los 15 minutos ya no quedaban defendiéndose más que las torres de Catedral, y las alturas de San Agustín y del Carmen.

« Los fuertes de los cerros que no habían sufrido ataque alguno y habían sido reforzados con la mayor parte de los prófugos de la ciudad, hacían fuego de artillería muy vivo sobre toda ella : y principalmente sobre las calles por donde podían ver las masas de mis soldados, al comenzar á amanecer. »

« Los asaltantes de cada trinchera tenían antes de tocarla, que penetrar por canales de fuego que despedían las ventanas bajas, las aspilleras, los balcones y las azoteas ; afrontando el cañoneo y la fusilería de la trinchera á que se dirigían... En algunos casos esos fuegos de costado se recibían en trayectos hasta de 100 metros de largo. »

EL COMANDANTE CARLOS PACHECO

« En estas condiciones estaba el fortín de la calle de la Siempreviva que tocó asaltar al comandante Carlos Pacheco, quien peleó con gran brío. Al comenzar su asalto, lanzaban de las azoteas no sólo granadas de mano y tiros de fusil, sino grandes granadas

que solamente tenían que encenderlas y dejarlas caer. Un casco de esas granadas hirió á Pacheco en una pantorrilla, y sin embargo de ello y de que perdía muchos hombres su columna, avanzó hasta la trinchera. Arrojados allí los sacos de paja que traían muchos de los soldados con el objeto de franquear los fosos, pudo pasar Pacheco uno de los primeros, y allí también fué herido en una mano. Siguió sin embargo, hasta la esquina de la plaza, y allí un tiro de metralla disparado del Atrio de Catedral, puso fuera de combate algunos soldados de su columna y á él le rompió el muslo izquierdo. En esos momentos uno de sus soldados lo tomó en brazos para pasarlo á un lugar menos enfilado por los fuegos del enemigo, y otro golpe de metralla le rompió el brazo derecho y los dos al soldado que lo conducía. Era felizmente el instante en que concurrían á la plaza otras columnas asaltantes, la que mandaba el Coronel Luis Mier y Terán y la que mandaba el teniente coronel Juan de La Luz Enríquez, llegando sucesivamente todas las demás (1).

. . . . . .

« El teniente coronel Juan de la Luz Enríquez tuvo ocasión de proteger á los tenientes Figueroa y Santiago Pou que se batían valientemente con una fuerza replegada en el portal del cazador; el teniente Pou de origen español, fué gravemente herido y murió poco después. »

« Alargaría mucho esta relación si me detuviera á referir todos los actos de valor y de arrojo de mis subordinados en el asalto del 2 de Abril. Solamente diré que considero esta acción como una de las más importantes de las que sostuve durante la Guerra de Intervención ». (Porfirio Díaz. *Mem.*)

(1) ... « Se pretendió separarlo del lugar del combate; él se opuso tenazmente. Por fin, se le colocó en una camilla, que se arrimó á la pared, y desde ella, desangrándose horriblemente, animaba á sus soldados; cuando vió que éstos saltaron la trinchera, se reclinó sobre un lado y dijo esta única palabra: « ¡Vaya! ». (De la « *Historia de la Puebla de los Angeles* » por el coronel Antonio Carrión).

LAS EJECUCIONES

El parte oficial expedido el mismo día del asalto empezaba :

« *Ejército republicano. Línea de Oriente. General en jefe.* Acabamos de tomar por asalto la plaza, el Carmen y demás puntos fortificados que el enemigo tenía en esta ciudad quitándole un numeroso tren de artillería y un depósito abundante de parque. Don Mariano Trujeque, Don Febronio Quijano y otros veinte jefes y oficiales traidores fueron hechos prisioneros y fusilados con arreglo á la ley. »

Llama la atención, á la lectura de partes como éste, que en medio del zafarrancho, se conservasen imperturbablemente las formas oficiales ; lo mismo que la victoria se comunicaban los fusilamientos *en caliente* á un hipotético Ministro de Guerra y *Marina* que no disponía de una lancha... Trozos de civilismo representando el lastre salvador de un país zozobrante.

De los fusilados, el mencionado en primer término en el parte oficial es nuestro antiguo conocido Don Mariano Trujeque, general corredor, y felón reincidente en su campaña imperialista de Oaxaca. Observador del orden en el triunfo, había dispuesto el general Díaz que los fusilamientos de los jefes traidores caídos *in fraganti* bajo el golpe de la ley de 25 de Agosto no se hiciesen sin su conocimiento. En lo más recio del asalto Trujeque se escondió en una trastienda, entre bultos de mercancías. De allí fueron á sacarlo algunos soldados republicanos. Sen-

tenciado á muerte, conforme al sumario legalmente establecido, se entregó ante el caudillo á una demostración plañidera.

« Mi mujer, mis hijos! » clamaba sollozante. « Ya que no ha sabido Ud. vivir como hombre, sepa morir como hombre, » le dijo el general Díaz. Conducido á la plaza para ser fusilado se detuvo de repente en un recodo que hacía la calle ; se agazapó como para satisfacer una necesidad corporal provocada por la situación. Lo fusilaron en esa actitud, digna de tal héroe.

Ya veremos brillar la clemencia.

LA RENDICIÓN DE LOS CERROS

Después de la toma de Puebla, aun quedaba algo que tomar. Los restos dispersos de la guarnición imperialista de la ciudad se unieron á la guarnición de los fuertes de Guadalupe y Loreto, que durante tres horas desplegaron contra los asaltantes fuegos artificiales de metralla. Los sostenía la esperanza de ver llegar á D. Leonardo Márquez como un vengador.

« Éste, agregaba el general Díaz en su parte oficial, según los informes de mis exploradores, pernoctó ayer en San Nicolás con una división de tres ó cuatro mil hombres y 20 piezas de artillería. Aun no puedo decir á Ud. las operaciones que me propongo ejecutar, pero sí me creo en aptitud de asegurarle que los fuertes sucumbirán y Márquez será batido si no regresa luego que sepa el revés que sufrieron sus cómplices. En uno ú otro caso, muy pronto estaré sobre el valle para acudir en auxilio del

Ejército del Norte ó emprender operaciones sobre México, según convenga...

« Independencia y República. Zaragoza 2 de Abril de 1867. Porfirio Díaz, C. Ministro de Guerra y Marina. »

En vez de Márquez, los rebeldes de los cerros vieron llegar al campo enemigo á las 9 de la mañana del día 2 al general republicano Leyva con mil caballos, mil infantes y dos obuses de montaña. Aunque tardío para el asalto del día 2, este refuerzo comenzó á infundir resignación á los desesperados de Loreto y Guadalupe. Luego los preparativos de ataque acabaron de persuadirlos...

« En todo el día 3 estuve colocando baterías en obras pasajeras que tenían por objeto batir á los dos cerros. Como disponía de toda la artillería que el enemigo me había dejado, que era mucha, lo mismo que sus municiones, comprendía bien el enemigo los resultados del cañoneo con que yo iba á iniciar mi ataque.

« A las 3 de la mañana del día 4, se desprendió del cerro de Guadalupe un oficial con una linterna y un clarín que tocaba parlamento. Mandé que fuera respetado y conducido hasta el cuartel general con las precauciones prescritas para estos casos. » (*Mem.*)

Pedía el emisario algunas garantías para los defensores de los fuertes, mediante las cuales se rendirían. Porfirio detuvo al emisario. Á las 5 de la mañana, un segundo enviado llegó con la misma misiva. Se le detuvo igualmente. En seguida vino otro de Loreto reiterando las peticiones...

« Como eso era ya un síntoma muy avanzado de madurez, manifesté al segundo enviado del cerro de Loreto que fuera á decir á

su jefe que solo esperaba que aclarara la luz del día que ya comenzaba para iniciar mi ataque, el cual sólo se suspendería si se rendía á discreción.

« Uno tras otro los dos fuertes se me entregaron á discreción. Salieron en persona del fuerte de Guadalupe los generales Noriega y Tamariz que eran general en jefe el primero y cuartel maestre el segundo de la plaza de Puebla.

« Yo subí á recibirlos al lugar que media entre las dos fortalezas, y como hablaban los dos simultaneamente arrebatándose la palabra, pregunté quién era el general en jefe con quien debía entenderme. El general Tamariz me dijo que lo era el general Noriega. El general Noriega contestó que eso era exacto, pero que habiéndose enfermado desde el día anterior, el mando había recaído desde entonces en Tamariz. Mandé en consecuencia que Noriega volviera á entrar á la fortaleza y quedara el general Tamariz hablando conmigo.

« Después de algunas palabras en que Tamariz insistía en pedir garantías, le contesté que eso no era posible porque haría muy mal efecto... pero que podía volver á su fortaleza, seguro de que no se dispararía un tiro antes de que entrara. Entonces Tamariz me ofreció su espada que no acepté diciéndole que todavía tenía que ejecutar algunas providencias, conducentes á su rendición incondicional: que se la ciñera y volviera con ella á la fortaleza haciendo salir á todos sus soldados formados y sin armas, primero á la tropa y después á los jefes y oficiales. Mandé recibir á unos y otros y conducirlos á la ciudad á las respectivas prisiones que les señalé. » (*Mem.*)

LA ESPERADA « FUSILATA »

Como aquel Enciso, administrador de alcabalas de Oaxaca, quien en una carta á D. Manuel Dublán declaraba « su fusilata segura » si caía en manos de « ese hombre »

(Porfirio Díaz), así también los oficiales y jefes refugiados en los cerros, al caer prisioneros, se daban por ejecutados antes de serlo.

Los oficiales salían á entregarse sin llevar consigo más que « lo encapillado ». El alma les volvió al cuerpo cuando el general vencedor les dijo que sacaran sus equipajes, artículo innecesario para un viaje á la eternidad. Pero no por eso su situación, y particularmente la de los jefes, dejaba de ser grave...

« Cuando estuvieron presos en un departamento del Palacio municipal, solicitaron hablarme y me suplicaron que les permitiera la entrada de algunas personas de sus familias con quienes deseaban comunicarse, así como la de sacerdotes católicos y notarios, porque tenían que hacer algunas postreras disposiciones.

« ... Les contesté que podían tranquilamente ejecutar cuanto quisieran hasta las 3 de la tarde. Cuando esto pasaba serían las 8 y media de la mañana. » (*Mem.*)

Contra su costumbre, el caudillo afectaba un aire sombrío, expresión de voluntad implacable... Ordenó que se les pusieran útiles de escribir, papel sellado de todas clases y que se les distribuyera en cuartos separados para que pudieran aislarse en compañía de los sacerdotes confesores que habían mandado llamar. En tanto que los jefes confesaban sus pecados y escribían sus disposiciones testamentarias, Porfirio se distraía de sus preparativos de marcha sobre México, para maquinar algo, sin duda terrible, contra los prisioneros. Entre éstos se contaban algunos obispos traidores, declarados presos en su Palacio episcopal. Á este mismo lugar fue-

ron conducidos de orden superior los oficiales prisioneros, cerca de 300. Si á estos se añadian los jefes ya en capilla, ¡qué sensacional fusilata!

El silencio persistente del general en jefe la hacia esperar.

«Como á las 3 y media de la tarde, fui á decirles á los jefes que se dispusieran á salir conmigo. Los conduje personalmente, sin mas escolta que mis ayudantes, al Palacio episcopal donde estaban todos los prisioneros, de coronel á subteniente, que serian 300, y donde estaban tambien los obispos á quienes habia notificado de prision. Una vez allí y estando todos juntos, les manifesté que segun las leyes vigentes todos estaban sujetos á la pena de muerte; pero que tratándose de un número tan grande, me parecia que el Gobierno, cuando tuviera conocimiento del caso, haria alguna gracia, mas para eso era necesario conservarlos en prision muy rigurosa, y yo, que acababa de sufrirla, sabia cuan penosa era, y queria evitarles ese sufrimiento si se comprometian, bajo sus firmas, á presentárseme cuando los llamara por la prensa si así lo exigia el Gobierno, que procedia yo así por la absoluta confianza que yo tenia en la gran victoria de la República... Todos contestaron conmovidos que se sometian y comenzaron á firmar el documento de compromiso que les hice leer en voz alta, saliendo en libertad segun iban firmando.» (*Mem.*)

UNA VENGANZA DE PORFIRIO DÍAZ

Si Porfirio Diaz hubiera querido satisfacer venganzas personales con los fusiles de la República ¡qué buena ocasion!... Habia allí, entre los prisioneros, muchos oficialitos que le volvieron desdeñosamente la espalda mientras saludaban al austriaco, jefes y altos clerigos que le

maldijeron civil y canónicamente, cuando él mismo no era más que un militar prisionero. No tenía más que entresacarlos del montón á razón de 1 p. 10 y aplicarles con parsimonia una ley marcial preexistente que condenaba á muerte á la masa total.

Uno, entre tantos, se distinguía por los recuerdos de su saña imperialista contra el preso del colegio Carolino. Era el coronel D. Vital Escamilla, que con carácter de jefe político de un distrito poblano, había añadido un premio de su propio peculio á la oferta de 1000 pesos que acordó el conde de Thun al que aprehendiese á Díaz cuando se fugó de aquel colegio-prisión.

EL INCIDENTE ESCAMILLA, REFERIDO POR EL GENERAL DÍAZ
(*4 de Abril de 1867*).

«En la entrevista que tuve en el Palacio episcopal de Puebla con los prisioneros de los cerros de Guadalupe y Loreto, que acabo de referir en el capítulo precedente, ocurrió un episodio que merece mención especial.

«El coronel Vital Escamilla, que estaba entre los prisioneros, había sido á la fecha de mi evasión de Puebla, jefe político del distrito de Matamoros Izúcar, y cuando el conde de Thun publicó una circular ofreciendo mil pesos como premio á quien me reaprehendiera, Escamilla en su calidad de jefe político, al reproducir la circular, ganado por un exceso de celo en favor del Imperio, ofreció un premio más de su peculio.

»Probablemente por este motivo tenía mucho de acercarse á firmar porque estaban firmando en su presencia sus compañeros. El coronel Moreno que estaba al servicio de la República y que era compadre y muy amigo de Escamilla, y que estaba también

presente, vino á rogarme por su perdón haciendo suponer que tenía escondido en la ciudad á Escamilla y ocultándome que estaba presente entre los prisioneros. »

« Yo, que aunque no conocía personalmente á Escamilla lo conocí en esos momentos, porque alguien me lo acababa de denunciar, concedí á Visoso lo que me pedía y llamando á Escamilla por su nombre, manifesté á los dos juntos que si no había salido en libertad, era porque aun no había firmado y esperaba yo que lo hiciera al tocarle su turno. »

« Escamilla trató de excusarse conmigo, diciendo que suponía que habían llegado á mi conocimiento ciertas calumnias vertidas en su contra. Le contesté que en efecto había llegado á mi poder un ejemplar de su circular que conservaba en mi cartera; lo saqué y se lo devolví diciéndole que celebraba mucho que no hubiera llegado el caso de que yo fuese reaprehendido ni de que él hubiera tenido necesidad de gastar su dinero. En seguida firmó la protesta y salió en libertad, recomendándole yo antes que este caso le sirviera de experiencia para lo futuro. Despues ha sido uno de mis más leales amigos, sin embargo de que sus ideas políticas son contrarias á las mias. Ha sido diputado al congreso de la Unión. » (*Mem.*)

LIBERTAD PARA TODOS

El triunfo no era completo todavía. Faltaba batir á Márquez, tomar á México. El Microcristo austriaco encerrado en Querétaro, encontraba en Miramón su Pedro batallador cuya espada amenazaba las orejas de tantos Malcos republicanos dispuestos á aprehenderlo [1] »

[1] Metáfora sostenible si se considera que las grandes orejas del principal jefe sitiador ofrecían á los sitiados un fácil punto de mira.

Sin embargo, el jefe de Oriente prodigaba *larga manu* la libertad á los vencidos. No era sólo á los de Puebla. También los retenidos en Oaxaca y otros lugares, hechos prisioneros en las batallas de Miahuatlán, y la Carbonera y en la toma de Oaxaca, fueron favorecidos por orden fechada el 4 de Abril.

« *Ejército republicano. Línea de Oriente. General en jefe.* — En uso de las facultades de que me hallo investido por el Presidente de la República, he tenido á bien disponer: que los prisioneros hechos por el Ejército de Oriente en las batallas de Miahuatlán y la Carbonera, en la ocupación de la ciudad de Oaxaca, en el asalto de esta plaza y en la rendición de los fuertes de Guadalupe y Loreto, queden en libertad de residir en el país ó en el lugar que elijan permaneciendo por ahora bajo la vigilancia de la autoridad local y á disposición del Supremo Gobierno. »

« Los extranjeros que quieran residir en el país quedan sujetos á las mismas condiciones, y los que deseen salir de la República podrán hacerlo libremente.

« *Independencia y Reforma.* Zaragoza, Abril 4 de 1867 (Firmado). Porfirio Díaz. »

CAPÍTULO III

MÉXICO

DESCANSANDO DEL ASALTO

En el continuo batallar de nuestra época revolucionaria, los generales descansaban alegremente. Durante los días que sucedían á un triunfo, el general vencedor banqueteaba, respondía á los brindis entusiastas, bailaba con las más bellas del lugar, luego se echaba á dormir el sueño de la gloria... ¡ y que no lo despertaran temprano ! Porfirio Díaz no quiso fiestas después de aquel primer 2 de Abril cuyos últimos aniversarios han producido tantas... El 3 dispone el ataque de los fuertes, el 4 los hace rendirse, y libera solemnemente á los prisioneros (1), el 5 en la mañana pasa revista á sus tropas, las reorganiza, hace salir á toda la caballería disponible con dirección

(1) Este día fué el único en que se permitió breve tregua para un asunto personalísimo : su matrimonio *por poder* con la virtuosa dama de la ciudad de Oaxaca Dª Delfina Ortega.

á Tlaxcala; pocas horas después sale él mismo y la alcanza antes de que llegue á dicha ciudad por donde pasa sin reposar. Sabe que Márquez está en Apizaco y se dirige hacia allá, camina toda la noche, y llega á ese punto en la madrugada del 6. Este General vencedor bailaba y dormía en el caballo.

Pero había uno que corría más que el caudillo perseguidor. Era Márquez, su perseguido. Había éste salido de Apizaco hacia Huamantla. Porfirio le sigue; deja atrás su infantería y artillería que le embarazan la marcha y con sólo la caballería alcanza al enemigo en la Hacienda de San Diego Notario.

Llevaba Márquez un buen cuerpo de caballería de húngaros y polacos al mando del coronel Kevenhüller. El choque de las dos caballerías fué sangriento. La artillería imperialista compuesta de unas 18 piezas apoyó rudamente la carga húngara; hubo pérdidas considerables por ambas partes: mayores las de Porfirio consistieron en 48 muertos y muchos heridos, entre quienes se contaba un capitán Sánchez Gamboa.

Sin embargo, Márquez siguió moviéndose en son de huída. En la noche de ese día (6 de Abril) hizo un rodeo hacia la hacienda de Guadalupe. Reforzado con la infantería que se le iba uniendo, Porfirio intenta en vano atacarlo allí en la madrugada del 7. Ya Márquez había salido á media noche de Guadalupe dejando en esa hacienda sus heridos de San Diego Notario.

LA CORRIDA DE MÁRQUEZ

Márquez seguía corriendo en retirada con sus cinco mil, su antes brillante y ya empolvada caballería húngara, sus carros de dinero y su numerosa artillería. Eran elementos suficientes para oponerse, quizá con ventaja material, á la marcha del general Díaz. Cuando éste se adelantaba audazmente en la persecución con una fracción de su ejército ¿ por qué no sentar pie firme y acribillarlo ? ¡ Imposible ! D. Leonardo Márquez huía de sí mismo, del suelo que pisaba, más que de la superioridad moral del perseguidor.

Ese hombre llevaba en sí el horror á la planicie. Sentíase confinado por su carácter á combates de acecho en los escondrijos de la sierra. ¡ Cuánto hubiera dado por desviar la lucha hacia las vertientes quebradas y boscosas de la *Malinche*, nívea montaña con cara de mujer (1) que le veía huir ! El valle de Huamantla, luego el de Pie Grande, en seguida los Llanos de Apam y el valle de México... ruta fatal, casi siempre plana ; había que seguirla hasta el fin para encontrar guarida...

Campos arenosos de mustios barbechos, luego los

(1) « Esta caprichosa y colosal arruga del suelo tlaxcalteca (la Malinche ó Matlacueyatl) tiene un contorno bello y caprichoso que visto á distancia desde ciertos lugares representa con perfecta claridad la cabeza escorzada de una mujer. » (Noriega. *Geografía de la República mexicana.* Paris. Librería Bouret, 1898.

magueyales erizando sin límites sus pencas uniformes. Ni un accidente protector; aquí y allá montículos pelados, barrancas pedregosas en cuyo fondo el fugitivo encontraría la muerte. ¡ Que no se aproximaran las lejanas cimas, apenas columbradas, de la Huaxteca, las encrucijadas en que sabía batirse, estrechas y tortuosas como su alma ! (1)

¿ Cómo detenerlo ? — Era la pregunta del general Díaz al no encontrar en Guadalupe más que las huellas del fugitivo.

LA DETENCIÓN DE MÁRQUEZ

Dos jefes liberales tenían tropas apostadas en los límites del Valle de México por el camino que debía seguir Márquez para refugiarse en la capital. Uno era el general Guadarrama con una columna de 4.000 caballos que desde la salida de Márquez de Querétaro se había desprendido en observación de éste por orden del general Escobedo; otro era el coronel Jesús Lalanne con unos mil hombres de caballería é infantería organizados en el Estado de México.

Reunidos en Zumpango, ambos jefes recibieron orden

(1) Hasta después de San Lorenzo, cuando ya la retirada se hacía en derrota, pudo internarse por un trayecto montañoso, si hemos de creer lo que el mismo Márquez ha dicho en uno de sus folletos :

« No siendo posible conducir nuestra artillería y nuestros carros por el sendero estrecho y montañoso que seguíamos, nos vimos en la necesidad de dejarlos donde ya no fué posible que siguieran, inutilizando los cañones, derribándolos hasta el fondo de barrancas profundas... »

Fué el derrumbe de San Cristóbal de que habla en seguida el texto.

escrita del general Díaz para detener á Márquez *por una hora ú hora y media*. Es lo que ha afirmado Lalanne (1), asegurando que « Guadarrama prorrumpió con ironía después de leer su comunicación: — « ¡ Vaya ! ¡ Cómo quiere que teniendo cuatro mil soldados de caballería, pueda yo detener á Márquez con sus seis mil hombres y dieciocho cañones ! » — « Pues yo sí voy », repuso Lalanne. — « Se lo prohibo á Ud. » — « Yo no dependo de Ud. sino directamente del general Díaz, y voy á cumplir su orden. »

Y en efecto : la caballería de Guadarrama anduvo floja ; lentamente y con cautela se movió de Zumpango en dirección al enemigo, en tanto que los mil de Lalanne, precedidos por una vanguardia de caballería al mando de Catarino Fragoso, marcharon resueltamente hacia Márquez por San Juan Teotihuacan y haciendas de Mal País y San Lorenzo. A las ocho de la mañana del día 8 de Abril la vanguardia de Lalanne chocó con la de Márquez en Zotoluca. Allí siguió Lalanne una serie de cargas que duraron hasta las 3 de la tarde, hora en que los restos de su columnita abrumada por el número empezaron á dispersarse... (2).

« Por la noche pernocté en Otumba, ha referido el hoy general Lalanne, y al otro día seguí á San Juan Teotihuacan, encontrándome legua y media más allá de la población á Guadarrama, em-

(1) « *El Imperio y los Imperiales*, por Leonardo Márquez, lugarteniente del Imperio. — Rectificaciones de Angel Pola. » — México, 1904.

(2) En uno de sus folletos D. Leonardo Márquez afirma que « salió, derrotó y destrozó (¡ *veni, vidi, vinci !*)en *cinco minutos* » á la fuerza de Toluca que salió á detenerlo.

boscado con su fuerza entre unos mezquites. Inmediatamente que me reconoció díjome como saludo :

— Ya se lo había yo dicho, que lo habían de... derrotar.

— A eso iba, respondió el apostrofado ; y se logró el objeto, porque el general Díaz ha alcanzado á Márquez en San Lorenzo (1) ».

SAN LORENZO

10 *de Abril de* 1867.

(Según sus *Memorias*).

« En la noche del 6 de Abril el enemigo hizo un rodeo hacia la hacienda de Guadalupe... Me pareció obvio marchar contra Tlaxcala procurando cortarlo en paso de Tortolitas.

« Al llegar el día 7 á dicho paso ya era de noche, y el enemigo había llegado á la hacienda de Guadalupe donde acampó. Antes de amanecer emprendí mi marcha ; pero Márquez la había emprendido á media noche dejándome en la hacienda los heridos procedentes del encuentro de caballería. En los momentos de mi llegada, se me presentó un correo del coronel D. Jesús Lalanne avisándome que en un monte cerca de la hacienda de San Nicolás el Grande tenía 400 caballos y 600 infantes que había organizado en el Estado de México. Le ordené que hiciera lo posible por detener con tal fuerza el paso de Márquez, aun cuando fuera por algunos momentos, con objeto de que yo pudiera alcanzarle en su marcha que era muy rápida y al mismo tiempo puse á los batallones 1°, 2° y 3° de cazadores de Oaxaca á la grupa de la caballería, lo mismo que los pelotones de artillería de dos baterías rayadas de montaña, cuyos cañones fueron ayudados en su marcha por la caballería que estirando á cabeza de silla, aligeraba el trabajo de los tiros. El coronel Lalanne cumplió mis órdenes y fué destrozado casi por completo entre

(1) Op. cit. — *El Imperio y los Imperiales* ...

las haciendas de San Nicolás y San Lorenzo, mas debido á esa circunstancia pude el día 8 alcanzar á Márquez que se encastilló en la hacienda de San Lorenzo y mandó á mi encuentro toda su caballería, creyendo tal vez que mis fuerzas aun no se habían reunido y que, como antes, sólo con tropas montadas tenía que habérselas.

« Fueron rudamente rechazados sus caballos hasta sus posiciones, y yo establecí mi columna ligera de vanguardia á su frente, extendiéndome después en semicírculo con la colocación que fuí dando sucesivamente á las demás fuerzas que llegaban.

« Por el reconocimiento que, al amanecer del día 9, hice del campo enemigo, comprendí que no estaba acampado dentro de la finca sino en los barbechos dejándola por delante como defensa contra nuestros fuegos de cañón. Establecí entonces una batería de montaña sobre una eminencia que hay en un flanco, desde donde comencé á batirlo y lo obligué á abrigarse en la Hacienda.

« Al amanecer del día 9, llegó un ayudante mandado por el general Guadarrama, á quien había desprendido de Querétaro el general Escobedo con una columna de 4000 caballos en observación de Márquez, y me participó que se ponía con ella á mis órdenes. No tenía yo noticia de la venida de esta fuerza y ordené al general Guadarrama que con toda su división cerrara por el Sur y Occidente el sitio que yo había empezado á poner á la hacienda por el Oriente; pero Márquez se apercibió de ello y á la madrugada hizo salir un carro cargado de dinero. » (*Mem.*)

Este carro iba custodiado por un escuadrón de húngaros. Al ruido del carro que salía, se produjo la alarma en las tropas de Guadarrama que emprendieron un vigoroso ataque. Batidos los húngaros, abandonaron el carro. Siguió una escena de tumulto por pillar los sacos de dinero, y Márquez se aprovechó de ella para escapar rumbo

á San Cristóbal tomando la carretera que conduce á Texcoco.

Apercibiéndose de ello, consideró el caudillo que la retirada de Márquez no podía hacerse más que por el puente de San Cristóbal, único paso practicable para su artillería. Destaca entonces agentes para que destruyan el puente. Apenas habían acabado éstos de desaterrarlo dejando los maderos desnudos cuando comenzaron á llegar los tropeles fugitivos. Era una masa desordenada, « envuelta, ha dicho Márquez, por la multitud de sirvientes, arrieros, carreteros, vivanderos, marmitones y mujeres que marchan siempre á la sombra del Ejército (1). »

EL DERRUMBE DE MÁRQUEZ

« Al mismo tiempo (de dar las órdenes de destrucción del puente, salí con las caballerías de Leyva y Toro á gran trote, sobre Márquez ; en el camino se me incorporó el coronel Lalanne, y poco después, cuando ya amanecía, el general Guadarrama, con el grueso de su caballería. Había yo dejado orden de que todo el cuerpo de ejército siguiera mis movimientos. »

« Advertido Márquez de que el puente estaba inutilizado, mandó violentamente á unos ingenieros para repararlo, cosa que hubiera sido fácil : pero éstos movieron imprudentemente el carro donde llevaban sus instrumentos de zapa sobre las maderas descubiertas, y pasadas las patas de las mulas y las ruedas del carro en los claros que dejaban, quedaron allí sin poder moverse sirviendo de obstáculo en el paso del puente, por cuyos flancos macizos desfilaba la infantería y caballería confundidas y en

1 Leonardo Márquez. *Refutación á « Las Ultimas Horas de un Imperio* del Gral Ramírez de Arellano. Nueva York 1869.

condiciones de derrota, sin que Márquez pudiera evitarlo, y esto completaba la obstrucción para el efecto de hacer pasar los trenes. Entonces dispuso Márquez arrojar al fondo de la barranca, que es muy profunda, toda su artillería, con excepción de 2 piezas de montaña de á 7 que hizo pasar en hombros en momentos que ya lo batíamos á corta distancia. Le parecía muy fácil defender aquel paso tan estrecho, y con ese objeto se colocó en actitud de defensa al otro lado del puente. Pero una vez que comenzamos á batirlo seriamente, huyó dejándonos prisionera á toda su infantería que sería como de 2000 hombres. »

« Seguimos la persecución todo ese día, hasta Texcoco, con muchos episodios, fatales casi todos para el enemigo. » (*Mem.*)

Una luctuosa excepción, á costa de los republicanos : El coronel liberal Don Mucio Maldonado fué muerto al quitar al enemigo las dos últimas piezas de montaña.

EL FIN DE LA PERSECUCIÓN

« La fatiga del día y de la noche del 10 había sido tan fuerte para toda la tropa cuyo número no le permitía encontrar alimento en todo el trayecto recorrido muy poco poblado, que ya no me pareció prudente continuar la persecución, y mandé que la siguiera solamente el general Leyva con su caballería. »

« La caballería de Leyva siguió la persecución toda la noche y parte del día siguiente hasta cerca de los suburbios de la capital. Fué ayudado por todos los indios cazadores de patos que hay por el rumbo del Peñón en los pueblos situados en las márgenes de los lagos de Texcoco y Chalco. Les ocurrió destrozar los puentes, obligando así á la caballería enemiga á atravesar pantanos inaccesibles, donde muy pocos podían salir á caballo una vez metidos allí, y todo esto bajo los fuegos de los indios y de la caballería perseguidora. »

« Una vez en Texcoco ordené á todas las fuerzas que aun que-

daban en marcha que acamparan por brigadas, en los puntos en que respectivamente se les acabara la luz del día y emprendieron la marcha al día siguiente hasta incorporárseme en dicho lugar, donde permanecí con ese objeto, y ordené que la brigada que mandaba el general Francisco Carrión y que había dejado durante la persecución en el puente de San Cristóbal para custodiar los prisioneros del enemigo y su material de guerra arrojado á la barranca, permaneciesen allí hasta que todo ese material fuera sacado y conducido á Texcoco. (*Mem.*)

EL PARTE OFICIAL

de las jornadas de San Lorenzo y San Cristóbal, lo rindió el general Díaz el 11 de Abril en una etapa de su marcha perseguidora, cerca del mismo puente de San Cristóbal donde se derrumbó la artillería enemiga.

« *Ejército republicano. Línea de Oriente. General en jefe.* Tengo la satisfacción de participar á Ud. para que se sirva elevarlo al superior conocimiento del presidente de la República, que habiendo logrado Márquez esquivar un combate decisivo en la hacienda de San Lorenzo, lo he perseguido de cerca en la mañana de hoy, con la primera división de caballería de este ejército que manda el C. general Manuel Toro, y una división de la misma arma del ejército de operaciones sobre Querétaro que á las órdenes del C. general Amado Guadarrama se me había incorporado anoche. El enemigo abandonó, para lograr salvarse, 62 carros de municiones y otros efectos, y habiendo sido alcanzado en el puente de San Cristóbal, se vió obligado, después de varios combates, á dejar en nuestro poder su tren de artillería, parque, municiones y multitud de muertos y heridos y 200 prisioneros (1) no habiendo podido seguir su marcha con más de

(1) En momentos de escribir este parte que fué cuando Márquez abandonó la barranca de San Cristóbal, no se sabía más que de la captura de

una cuarta parte de su fuerza. Continúo la persecución por el camino de Texcoco, y creo que no llegarán á México más que los jefes, oficiales y el cuerpo de austriacos y mercenarios que por estar bien montados arribarán hoy mismo á dicha capital.

Lo que me complazco en comunicar á Ud. para su conocimiento y fines consiguientes. Independencia y Reforma. Abril 11 de 1867. — Porfirio Díaz. C. ministro de Guerra y Marina. »

COMIENZA EL SITIO

Sin embargo, D. Leonardo Márquez ha afirmado con admirable desplante que « cuando acabaron de entrar en México sus tropas, se encontró que la diferencia entre la fuerza (numérica) que tenían al salir y la que conservaban al volver, era tan corta que no podía considerarse sino como una baja natural en la marcha difícil y penosa que acababa de hacerse (1). »

Le faltó añadir que su déficit de hombres se llenó con la *leva* ejercida activamente en los *pelados* de la capital... Cuando el 13 de Abril Porfirio Díaz empezó el asedio de la plaza, Márquez acabó su atrincheramiento « para defender á la sociedad », decia él (2), como si *la sociedad*

200 prisioneros que fueron los que quedaron del otro lado de la barranca, pero durante la jornada cayó prisionera toda su infantería. Pasó su número de dos mil.

(1) Leonardo Márquez. *Refutación*, etc.

(2) « Comenzaron las operaciones del sitio y el enemigo encontró por todas partes la plaza inaccesible, porque se habían construido ya todas las obras necesarias ...»

«... Me hice cargo de la situación sólo por *patriotismo*, y por el deseo

y su piel de lugarteniente imperial fuesen una misma cosa!

A decir verdad, la *sociedad* temblaba por D. Leonardo Márquez, sus contribuciones y préstamos á mano armada; pero había una parte de ella que también temblaba por Porfirio Díaz. Se componía de los que veían en éste un vengador y un galófobo. Poco les calmaba la reciente liberación de los 300 prisioneros imperialistas en Puebla, el régimen de orden sucediendo á la sangrienta toma del 2 de Abril. Más alto hablaban en su imaginación raros Trujeques fusilados, y particularmente los ruidos estratégicos de furia inexorable que Porfirio dejara correr en torno á su nombre. La colonia tendera de *barcelonetes* comenzó á agitarse, como si, vuelta al terruño, sintiera venírsele encima una avalancha alpestre. Se les hablaba de atropellos en su vida y tiendas cuando entrara el caudillo.

Los trabajos de circunvalación del sitiador avanzaron lentamente. El 13 de Abril la guarnición imperialista de la villa de Guadalupe y de los cerros inmediatos se replegó á la capital, á la sola presencia de la avanzada republicana. La línea de aproche del sitiador se extendió por los terraplenes que forman las riberas del río del Consulado.

« Así ocupé todo el frente occidental de la ciudad, desde el rancho de Santo Tomás hasta cerca de Chapultepec. Establecí primero mi cuartel general en la villa de Guadalupe; y á me-

de contribuir al sostenimiento de la causa del orden y *defensa de la sociedad.*» — Manifiesto á la Nación mexicana por el general de división Leonardo Márquez. Nueva York, 1868.

diados de Marzo lo pasé á Tacubaya en donde permanecí hasta la ocupación de la plaza. » (Porfirio Díaz. *Mem.*)

Faltaban tropas para completar el cerco. La de Guadarrama tuvo que regresar á Querétaro al llamado de D. Mariano Escobedo, general en jefe del Ejército del Norte.

Poco faltó para que Porfirio renunciase á una circunvalación difícilmente establecida con tropas separadas, mal comunicadas de Occidente á Oriente, á través de las lagunas, por un puente flotante de canoas, armadas de piezas de montaña, extendidas desde San Cristóbal hasta el Peñón de los Baños.

Porfirio Díaz también fué llamado por Escobedo en auxilio del ejército sitiador de Querétaro.

CÓMO LO LLAMÓ ESCOBEDO

A fines de Abril de 1867 recibió el general Díaz carta de Escobedo en que éste le decía:

« Si no viene Ud. levanto el campo y concentro mis fuerzas sobre algún otro punto, porque ya no me es posible mantener la extensa línea de sitio. Venga Ud. y con su presencia todo cambiará. En cuanto al mando, inútil es decirlo, yo me consideraré muy honrado si Ud. me juzga digno de militar á sus órdenes. »

Porfirio Díaz le contestó:

« Mantenga Ud. sus posiciones por algunos días más seguro de

D. Leonardo Márquez, General y Lugarteniente del Imperio.

que, dentro de 8, me pondré en marcha para ese campamento » (1).

Pocos días después, el general Escobedo desistía de su llamado en una segunda carta de que fué conductor el teniente coronel Agustín Lozano y en la cual el sitiador de Querétaro hablaba de « dificultades que podrían tener, en cuanto á provisiones, en caso de que los dos ejércitos se reuniesen ».

Hubo de limitarse entonces Porfirio Díaz á remitir á Escobedo una considerable remesa de municiones, la mayor parte cartuchos de artillería, conducidas á Querétaro en 30 carros por el mismo teniente Lozano.

MÁRQUEZ, VIDAURRI, O'HORAN

La noticia de la caída de Querétaro, la rendición y prisión de Maximiliano el 15 de Mayo de 1867 llegó el mismo día al campo sitiador por telegramas expedidos de San Juan del Río y de Querétaro al general Díaz. Éste los hizo llegar á la plaza de México, por medio de « granadas lanzadas por las baterías sitiadoras que viniendo á estallar en medio de las calles, esparcían con sus fragmentos boletines impresos en el campo de Porfirio Díaz. (2) »

(1) Las cartas privadas á que estos fragmentos pertenecían, fueron publicadas en aquella época por cierto periódico indiscreto.

(2) Uno de esos boletines contenía un despacho de San Juan del Río así concebido : « Al general Díaz. — La plaza de Querétaro ha caído en nuestro poder esta mañana á las seis. Os daré detalles. Maximiliano, las tropas que tenía en la plaza, sus jefes, las armas, las municiones de artillería, todo ha caído en nuestro poder. La rendición ha sido á discreción. — Alcérreca (general). »

Entonces empezó la tragedia de Maximiliano y la comedia de Márquez. Éste, sin dudar de la caída total del primero, se esforzaba en hacer creer que pronto volvería triunfante á auxiliar á la capital en su retinto dorado (el Orispelo,) (1). El *salvador de la sociedad* pensaba sólo en salvar su cabeza. Los generales Vidaurri y O'Horan que compartían con él el mando militar, sentían las suyas igualmente amagadas ; y una lucha secreta se empeñó entre ellos para librar la propia á costa del colega.

Un momento Márquez pensó en dejarlos enjaulados y escapar por un golpe de audacia. Fué una intentona de salida dirigida personalmente por Márquez.

SALIDA DE MÁRQUEZ POR LA PIEDAD. — 9 DE JUNIO DE 1867.

El general Díaz la ha relatado así en sus *Memorias* :

« Estando yo una mañana en la oficina del cuartel general de Tacubaya, en uno de los primeros días de Junio (por el 9) se

Otro boletín traía el texto del primer parte oficial de Escobedo al Gobierno de Juárez :

« *Campo ante Querétaro*, 15 de Mayo de 1867. Al C. Ministro de la Guerra en San Luis Potosí. — Esta mañana, á las tres, la posición de la Cruz ha sido ocupada por nuestras fuerzas que han sorprendido al enemigo en ese punto. Poco después, la guarnición ha sido hecha prisionera y la plaza ocupada por nuestras tropas, mientras que el enemigo con una parte de su efectivo se retiraba en gran desorden hacia el cerro de las Campanas bajo el fuego eficaz de nuestra artillería. En fin, cerca de las 8 de la mañana, Maximiliano se ha rendido á discreción, con sus generales Castillo y Mejía sobre dicha altura — Sírvase Ud. presentar al C. Presidente mis felicitaciones por este importante triunfo de las armas nacionales. — Mariano Escobedo. »

(1) « Cuando el Emperador (Maximiliano) entraba á alguna ciudad lo hacía siempre en uno dorado, brioso y magnífico, al que había puesto por nombre el Orispelo, » (Blasio *Ibid.*)

hizo un fuego de cañón casi general en la línea del enemigo y de fusilería muy nutrida en los puntos fortificados que el enemigo tenía en la Piedad lo mismo que en el puente de los Cuartos, dirigido contra nuestra línea que hacía frente á aquellos puntos y sus inmediatos.

« Salí violentamente con mi Estado mayor y escolta hacia el puente de los Cuartos y encontré cerca de la Condesa al coronel D. Venancio Leyva que, sobre la marcha, me dió parte de haber sido forzado el puente de los Cuartos y destrozado su batallón. Esto pasaba cerca del campamento que tenía el coronel Terán con los batallones 1°, 2° y 3° de cazadores de Oaxaca que estaban á sus órdenes. Tomé el 1° que hice marchar á paso veloz hacia el puente citado que estaba ya casi en poder del enemigo ; pero en el cual hacía todavía una suprema defensa con una parte del batallón que Leyva suponía destrozado el teniente coronel Jaramillo del mismo batallón por el mismo lado y por el otro el mayor del mismo cuerpo Manuel María de Zamacona, defensa que vigorizaron notablemente al ver que me aproximaba maniobrando ya sobre el enemigo.

Al correr al lugar del combate, había dejado órdenes al coronel Terán para que siguiera mi marcha en columna con los batallones 2° y 3° de Oaxaca, y á buen paso para que no llegaran fatigados al encuentro. Había mandado órdenes también al coronel Francisco Naranjo que estaba acampado con su división de caballería en la hacienda de los Morales, y al general Félix Díaz que estaba con la suya en Coyoacán para que concurrieran con sus repectivas fuerzas á donde me dirigía. Pocos momentos después mandé hacer alto al coronel Terán antes de que se descubrieran las dos baterías á la vista de la artillería enemiga : y al coronel Loera que por ausencia del general Naranjo conducía la división de caballería hacia el puente de los Cuartos le envié orden semejante para que emprendiera su avance entre la Condesa y Chapultepec. Cosa igual dispuse respecto del general Félix Díaz que formó con su división en los llanos de Nalvarte...

La artillería con que dicha línea estaba dotada funcionaba activamente sobre las columnas de Márquez que regresaban á la plaza con grandes dificultades, porque como para salir sólo había tendido un puente sobre la zanja cuadrada, su retirada por ese puente les consumía mucho tiempo y les hizo perder muchos hombres y caballos.

El terreno que hay entre el puente de los Cuartos y la Piedad quedó cubierto con numerosos muertos y heridos. Pretendí recoger á los segundos; pero al salir mis ambulancias con sus respectivas banderas á ejecutar mis órdenes, las trincheras de la plaza les hicieron fuego y me hirieron y mataron algunos ambulantes, por cuyo motivo ya no insistí en aquella operación, pues que se trataba de heridos del enemigo que ni recogía ni dejaba recoger. Los heridos permanecieron en el más completo abandono por varios días hasta que murieron por haber quedado á la intemperie y por falta de asistencia médica y auxilios oportunos. (*Mem.*)

ALLÁ EN QUERÉTARO

El Microcristo austriaco se iba á su cerro expiatorio envuelto en las medias tintas de una pasión decadente. No se sabía bien si se entregaba ó era entregado. Opiniones extremas han hecho de ello un problema de partido... Á falta de pruebas concluyentes sobre la traición de López, hay que buscar con la lámpara de Psiqué la verdad dormida, y si á esa luz el alma de López aparece realmente traidora, la del príncipe austriaco acusa ante la traición cierta lasitud complaciente. Ese Cristo no alcanzó á elevarse sobre su inconfeso Judas con toda la excelsa talla del maestro vendido. Mal organizado para el heroísmo activo, frustró las ilusiones de los que hubieran querido

verle morir combatiendo « como un habsburgo ». Su energía vacilante de poeta no salió de sus « Memorias » y sus « Aforismos » (1). En Querétaro el archiduque se exponía á las balas sin llegar á combatir. Colmaba de distinciones y cargos confidenciales á López cuyo felonismo se olía; sin traicionar á nadie su debilidad se rozaba con el traidor (2). Esa misma debilidad calificada de « infantil » por un cronista francés, le indujo á escribir su llamada « acta de abdicación » que no fué más que la institución de una regencia, valedera en la sola eventualidad de su muerte (3).

(1) En las « Memorias de Maximiliano » se leen invocaciones frecuentes á la energía. He aquí una á propósito del príncipe heredero de Portugal, más tarde rey de Portugal y Emperador del Brasil D. Pedro II.

« ... Me parece que no han cuidado bastante de formar en él ese carácter enérgico de que tiene tanta necesidad un príncipe. »

En sus « Aforismos » hay uno que dice :

« Después del reproche de ser tonto, el de ser débil es el más grave que pueda ser dirigido á los grandes. »

Y otro :

« Es necesario tomar enérgicamente la fortuna y no abandonar jamás su destino. »

(*Recuerdos de mi vida. Memorias de Maximiliano* traducidas del alemán por Jules Gaillard, seguidas de « Aforismos ». Paris, 1868.)

(2) A las 11 de la noche (del 14 de Mayo) López fué llamado al cuarto del Emperador (en la Cruz) quien estuvo conversando con él sobre diversas cosas concernientes al ataque. — Después, en la prisión, Maximiliano me refirió esta conversación :

« Yo mismo le puse en el pecho la medalla del mérito militar y le encargué que, en caso de ser herido al salir, me sustrajese á la cautividad, privándome de la vida con una bala. » (Sebastián Basch, médico de Maximiliano. *Recuerdos de México.* — Este trozo de un fiel prueba lo de los cargos confidenciales.

(3) « ... Había tomado, mientras que luchaba todavía, una medida verdaderamente infantil que él consideraba como muy importante : había enviado su abdicación para el caso en que él sucumbiera. ¿ Qué valor tenía semejante abdicación ? » (Paul Gaulot, *Fin d'Empire*, Paris, 1890.)

LOS DEFENSORES. UNA MAGDALENA FRANCO-YANQUI

De México sitiado, desfilaban ante el jefe sitiador los defensores oficiales y oficiosos del archiduque y una defensora.

« Ni la circunstancia, dice el general Díaz, de que se me pidió permiso (que concedí) para que salieran de la plaza sitiada los defensores nombrados por el archiduque, fué suficiente para evidenciar la verdad de los sucesos que astutamente desfiguraba el jefe de la plaza.

« Con los defensores de Maximiliano, Don Mariano Riva Palacio y Don Rafael Martínez de la Torre, salió tambien el barón de Lago, encargado de negocios de Austria, y en esta vez tuvo conmigo una conversación en la que me hizo presente lo que desde antes me había mandado manifestar el príncipe Kevenhüller, esto es, que los soldados austriacos que estaban en la plaza de México creían que una vez capturado Maximiliano había cesado su misión, y que para no agravar la suerte de su soberano tenían el propósito de no tomar parte ninguna en las operaciones militares que tuvieran lugar en México. Me limité á oir la manifestación del barón de Lago sin darle respuesta ninguna ni hacerle promesa de ninguna especie...

« El 18 de Abril (67) salió de la ciudad el padre Fischer, secretario particular de Maximiliano, según él decía, á quien recibí en la Hacienda de los Morales y me propuso la abdicación del Emperador á condición de que se le permitiera salir del país sin exigirle responsabilidad por todos los hechos ocurridos durante

La verdad es que no hubo tal abdicación, sino nombramiento de un triunvirato (Lares, Lacunza y Márquez), para el caso de que muriera en guerra. Pero como al rendirse á Escobedo Maximiliano aludió al *acta* como si fuese *de abdicación*, resultó por su culpa una abdicación risible para el caso de muerte.

el período que él llamaba de su gobierno. A lo cual contesté haciendo regresar al padre á la plaza diciéndole que no tenía facultades para entrar en esos arreglos. De tal hecho dí luego conocimiento al Supremo Gobierno.

« Algunos días después salió la princesa Salm-Salm, una señora de los Estados Unidos, casada con un oficial austriaco que estaba en Querétaro al servício de Maximiliano, con pretensiones análogas á las del P. Fischer aunque se manifestaba menos exigente, y agregaba que las fuerzas extranjeras que estaban directamente á las órdenes de Maximiliano, se pondrían luego fuera de acción militar. Mi respuesta á la primera proposición de la princesa fué poco más ó menos la misma ; y sin tomar en serio la segunda proposición, ordené á la princesa que volviera á México y protegí su entrada hasta donde me era posible.

« Después, cuando ya se admitió como cierto en la plaza el hecho de la pérdida de Querétaro y prisión de Maximiliano, volvió á salir la princesa de Salm con objeto de ir á Querétaro á ofrecer sus servicios á su marido y al archiduque. (*Mem*).

Esta princesa de Salm fué á Querétaro á representar el eterno femenino en ausencia de Carlota, cuyo espíritu flaqueaba en el Vaticano. Llegaba asumiendo un papel de Magdalena modernista en la degeneración del drama judaico. Americana de nacimiento, francesa por sus padres, artista cómica por antiguo oficio, su nombre primitivo *Mademoiselle Leclerc* seguía sonriendo, como su misma persona, por detrás del nombre sajón de su marido (1).

(1) Mademoiselle Leclerc, actriz en los Estados Unidos, se había casado con Félix de Salm-Salm, príncipe cadete de una de las más antiguas familias de Alemania. Había servido sucesivamente como militar en Prusia y en Austria, de donde sus prodigalidades y su vida disipada le habían obligado

La princesita conspiraba en un círculo de admiraciones soldadescas por ofrecer un escape á Maximiliano. Su gracia revoltosa de yanqui-francesa arresgándose con los oficialotes fronterizos, los de la piel curtida y el alma atravesada, operaba en algunos un principio de corrupción... Se tuvo que trasladar al archiducal procesado á una prisión más segura : de la Cruz á Teresitas, de Teresitas á Capuchinas. La princesa seguía agitándose, en busca, ya no de evasión, sino de clemencia. Iba, en lugar del condenado á muerte, del Sanhedrín de Querétaro al Pretorio de San Luis Potosí. Allí se echaba desbordante á los pies de Juárez, abrazada á sus rodillas como á divinidad azteca inexorable.

EL SITIO DE MÉXICO SEGÚN EL CAUDILLO
MAYO Y JUNIO DE 1867

El sitio de México avanzaba, angustioso por dentro, alegre por fuera...

« Cuando toda la guarnición de México se persuadió hasta la evidencia de que Querétaro había caído en poder de las fuerzas nacionales y que Maximiliano y todo su ejército habían caido prisioneros, la desmoralización cundió en ella rápidamente. »

á expatriarse á París primero, después á los Estados Unidos donde peleó en la guerra separatista. Acabada ésta, vino á México como ayudante de Maximiliano. Prisionero en Querétaro y condenado á muerte, fué luego encerrado en el castillo de San Juan de Ulúa. Puesto en libertad á fines de 1867, volvio á Europa, se alistó en el ejército prusiano que invadió á Francia, y murió de una herida recibida en el campo de batalla de Saint-Privat.

« La situación de los sitiados se hacía cada vez más difícil por la falta de víveres para sostener no solamente á sus fuerzas, sino á la gran población de la capital. »

« Desde mediados de Mayo había yo trasladado mi Cuartel general á Tacubaya y se notaba gran contraste entre mi campamento y la ciudad sitiada. La seguridad reinaba en el primero y Tacubaya fué el asilo de las familias que lograban salir de México, convirtiendo sus calles en un mercado de toda clase de efectos : ropa, mercerías, semillas, carne y demás artículos no sólo de consumo necesario sino de lujo... Era de ver cómo la población multiplicada por la creciente emigración de México y los Estados vecinos se entregaba al comercio, al paseo y aun á diversiones bajo la salvaguardia del ejército sitiador. »

EL PULQUE

« Los hacendados productores de pulque hicieron ante mí reiteradas gestiones para que permitiera su introducción á la capital, por los grandes perjuicios que les ocasionaba no vender su producto. Si no lo recogían diariamente perdían los magueyes, y convine con ellos en disminuirles pérdidas y recoger algo del pulque dando á mis soldados dos veces al día una ración de á libra. »

EL EFECTIVO SITIADOR. SU DISTRIBUCIÓN

« Mientras que las fuerzas de la plaza disminuían diariamente por la deserción y el hambre, las mías aumentaban considerablemente, pues todos los días recibía refuerzos importantes. En los últimos días del sitio llegaría yo á contar con 35.000 hombres mientras que el enemigo tendría 10.000 incluídos los extranjeros.

« Las fuerzas sitiadoras estaban colocadas en los últimos días del sitio en esta forma : el general Corona con la división de Oc-

cidente en la villa de Guadalupe, el general Riva Palacio, con la división del Sur en Mexicalcingo ; el General Hinojosa con la división del Norte en el Peñón Viejo ; el general Naranjo con la caballería en la Hacienda de los Morales ; y el general Félix Díaz con la fuerza de caballeria que había traído de Oaxaca en la hacienda de Portales. El general Terán con la primera brigada organizada en Oaxaca por el general Don Manuel González ; el batallón « Fieles de Oaxaca », « Ingenieros », el escuadrón « Juárez » y la escolta del Cuartel General formaban la reserva en Tacubaya.

LOS SITIADOS PROPONEN ; ÉL DISPONE

« La desmoralización de la plaza y la falta de provisiones de boca se habían hecho tan sensibles que tenía yo frecuentes proposiciones de algunos jefes para defeccionar y facilitarme su ocupación, proposiciones que no quise aceptar, porque tenía la seguridad de ocuparla sin compromisos ni transacciones muy pocos días después. »

LOS AUSTRO-HÚNGAROS

« El príncipe Khevenhüller, jefe de las fuerzas húngaras y austriacas que estaban entre las que defendían la plaza, me ofreció que no tomarían ya parte en ningún combate ; que aunque Márquez y los suyos negaban el hecho de la captura de su soberano él no dudaba de ella ; y en la creencia de que toda resistencia armada podría perjudicar á Maximiliano más bien que servirle, y no teniendo él otro objeto en el país que su servicio, me avisaba que seguiría esa conducta si en cambio le ofrecía yo que le permitiría marchar al puerto de Veracruz con todos los jefes, oficiales y tropa que estaban á sus órdenes, con objeto de embarcarse con ellos para el Austria...

« Contesté á Khevenhüller que le concedería lo que solicitaba, si rompía la línea de los sitiados, se me presentaba en Tacubaya y me entregaba sus armas, municiones y caballos que no fueran de propiedad particular y que en cambio yo le facilitaría los recursos pecuniarios y vehículos que necesitaba para llegar con sus subordinados hasta Veracruz y embarcarse allí. Khevenhüller me expuso que le era imposible ejecutar lo que yo le prevenía, pero que se encerraría con toda su fuerza en el Palacio nacional, y en los momentos en que empezara algún combate izaría bandera blanca y se abstendría de tomar parte en él ; y que esperaba que por esta conducta le concedería yo las condiciones que á mi juicio fueran de equidad, pues su principal objeto era no hacer difícil la situación de su soberano. »

UN RESTO FRANCÉS

« El capitán Chénet, francés, y que mandaba una guerrilla francesa de cerca de 200 hombres, todos soldados cumplidos, me hizo proposiciones análogas á las de Khevenhüller... (añadió que permanecería neutral en su cuartel que estaba en el convento de San Pedro y San Pablo. » (Porfirio Díaz, *Mem.*)

MÁRQUEZ REPICA Y MAXIMILIANO MUERE

Á pesar de todo, D. Leonardo Márquez se aferraba en que Querétaro no había caído. Quien « iba á caer » sobre el ejército sitiador era Maximiliano; según un parte oficial del mismo Márquez *pronto estaría á la vista* y mandando el ejército imperial, *caería sobre el enemigo*. Este parte, fijado por las esquinas en avisos llamativos, celebrado por orden del lugarteniente con músicas militares, cohetes y repiques, llevaba fecha 15 de Junio. Fal-

taban sólo tres días y horas para que alborease la mañana trágica del 19. Mientras Márquez repicaba y echaba cohetes en México, el sentenciado de Querétaro leía *la Imitación de Jesucristo* (1); tenía en su celda de Capuchinas una corona de espinas colgada de un clavo (2).

Lo cual no impedía á este Cristo extraño compararse á sí mismo en la misma celda con terrible león enjaulado (3).

Luego se fué á la muerte en el Cerro de las Campanas. Fué á ella elegante y bravo, después de peinarse la barba y dar disposiciones minuciosas sobre el embalsamamiento y conducción de su cadáver, preocupado siempre de la exterioridad; digno nieto de aquella reina María Teresa que en sus últimos días se divirtió en prepararse una tumba llena de coqueterías fúnebres (4).

« Hermoso día para morir ». « No me toquéis al rostro. » Que mi sangre sea la última que se derrame... » Frases preparadas... Se apartó uno de otro los gajos de la barba

(1) « El Emperador leyó durante una hora la *Imitación de Jesucristo* que había pedido al padre Soria, Luego, sopló la bujía »... Dr. Sebastián Basch. Id.

(2) « En su celda una corona de espinas está pendiente de un clavo. El Emperador me la muestra diciendo : — Tengo derecho á ella y no me la disputarán. Si salgo de aquí, la llevaré á Europa como recuerdo. » (Dr. S. Basch, *Ibid.*)

(3) Un día en que la guardia había sido doblada y parecía haber recibido orden de vigilarle más rigurosamente que de costumbre. profirió una expresión que da la medida de su estado mental : « Eso me agrada, dijo; la gente de abajo tiembla, porque el león se agita en su jaula. » (E. Masseras. *Ibid.*)

(4) En *las Capuchinas* de Viena se admira la tumba de María Teresa, ricamente esculpida según los diseños por ella misma aprobados. Al pie de ella, está la urna de Maximiliano, muerto en México de mala muerte, según dice el epitafio latino : *dura et cruenta nece.*

bífida en un supremo gesto de amor á la forma. Llovió el plomo sobre su « plastron » entreabierto; y cayó convulso, emitiendo cabos incoherentes de frase; quizá aquella enunciada así en la traducción francesa de sus Aforismos :

Quand on a joué son rôle il faut quitter la scène.

¡ Pobre papel de Cristo doble, de dos partidos irreducibles !

. . . .

LAS PLÁTICAS

Llegó la hora en que cada uno de los jefes de la ciudad sitiada quería arrogarse la entrega de la plaza en provecho propio y á costa de sus compañeros. Esto se reveló en lo que el general Díaz en sus Memorias ha llamado *las pláticas*. Se abrieron por intermedio de una dama.

« En marcha de Texcoco para la villa de Guadalupe, se acercó á mí, procedente de México, la Sra Dª Luciana Arrazola de Baz, esposa de Don Juan José Baz, que me acompañaba y me manifestó que traía una comisión del general D. Nicolás Portilla, quien á la sazón figuraba como ministro de la Guerra en México, la que se reducía á ofrecerme la entrega de la capital mediante algunas concesiones á Portilla... aunque su primera intención consistió en buscar una fusión entre los dos ejércitos, bajo la base de que unidos ambos, reconociéndose recíprocamente los empleos que tenían los jefes de cada uno, procedieran de acuerdo para establecer un nuevo orden de cosas que no fuera ni el llamado Imperio de Maximiliano ni el Gobierno constitucional de Juárez. »

« Por supuesto que desechè esas extravagantes proposiciones... y contesté que sólo admitiría la rendición á discreción. »

Pláticas de O'Horan :

« El general O'Horan me mandó decir con un hermano del Lic, D. José M. Aguirre de la Barrera que después ocupó en mi línea el puesto de Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, que tenía empeño en hablar conmigo y que me convenía el asunto... Su enviado me trajo una pequeña linterna con un lente rojo, y me dijo que mostrar la luz roja sería la señal, para que saliera O'Horan á hablar conmigo. Me acerqué, pues, en la noche hasta muy cerca de la Garita de Peralvillo, más acá del rancho de la Vaquita, y me coloqué en una zanja fangosa con 4 muchachos de los tambores y cornetas, porque para estos casos son buenos los muchachos, pues no tienen miedo, y una vez en la zanja saqué la linterna, pero al ver el enemigo la luz colorada, nos lanzó todos sus fuegos de artillería y fusilería que no nos causaron ningún perjuicio por estar metidos en la zanja, sin que O'Horan saliera á hablarme. Cuando calmó el fuego despedí á mis muchachos de uno en uno, y volví á mi posición, no por la calzada que estaba enfilada por los fuegos del enemigo, sino atravesando los potreros.

« Al día siguiente me volvió á mandar O'Horan al Sr Aguirre de la Barrera diciéndome que los dispensara por lo que había pasado la noche anterior ; que Márquez estaba en la trinchera en los momentos en que yo me acerqué é hice la señal convenida y que cuando vieron la luz roja se alarmaron, pues comprendieron que no podía venir sino del enemigo. Me citó de nuevo; pero entonces yo no fuí sino hasta la Vaquita. Salió O'Horan en esa vez, me habló y me ofreció entregarme la plaza, lo mismo que á Márquez y á los demás jefes principales, sin más condición que extenderle un pasaporte para el extranjero.

« Le contesté que no podía hacer nada de eso, porque consideraba la plaza como mía y que en cuanto á los demás jefes, yo cumpliría con mi deber. Me replicó O'Horan que, en efecto, la plaza sería mía ; pero que los *pollos gordos* (fué su frase) podían escaparse, mientras que aceptando lo que me proponía, todos caerían... Convencido de que yo no aceptaría sus proposiciones, me dijo : — « ¿ Tiene Ud. mucho empeño en fusilarme ? » — « No,

señor, le contesté; si Ud. cae en mis manos, lo único que haré es cumplir con mi deber. » — « ¿Si Ud. sabe dónde estoy escondido, me mandará aprehender?» — Si alguno viene á denunciarme dónde está Ud, tendré que mandarlo aprehender. No puedo ofrecer, ni más ni menos. » — « Está bueno », me contestó; agregando al retirarse : « Ojalá que pueda Ud. deberme algo. »

Siguió Tavera en nombre de Márquez :

« Como dos ó tres días antes de la rendición de la plaza, pidió permiso para hablar conmigo el general Tavera, en representación de Márquez, con objeto de proponerme la rendición de la plaza mediante condiciones. Contesté á Tavera que podía venir á hablarme ; pero que no admitiría la rendición de la plaza condicionalmente, y como había muchas versiones vulgares, le participé también que no hablaría conmigo solo, sino en presencia de algunos generales del Ejército.

« Vino sin embargo Tavera, lo recibí en la Casa Colorada en presencia del general Alatorre, lo invité á almorzar con nosotros, y le repetí lo que antes le había mandado decir, esto es, que no podía obtener ninguna condición para la entrega de la plaza. »

LA ÚLTIMA CORRIDA

El 20 de Junio de 1867, la fuga de Márquez determinó el fin del sitio. En su postrera manifestación histórica ese hombre acabó revelándose un maestro en el arte de huir. Se fué de arriero llevando carbón, tiznada la cara como su alma y su vida. Á los generales que querían entregarlo, los dejó en la necesidad de entregarse. Los que más le odiaban, Vidaurri y O'Horan, se quedaron tras de él, entorpecidos para huir, dejados como carne de fusil ante los últimos tiros de la justicia juarista.

UNA CORRIDA MILITAR AL CÓNSUL AMERICANO
LAS BANDERAS BLANCAS

El jefe sitiador va á referirnos cómo despidió á un cónsul oficioso y cómo la plaza sitiada izó banderas blancas en signo de rendición :

« Al día siguiente de mi conversación con Tavera desapareció Márquez de la plaza de México, y Tavera mandó un recado con el cónsul de los Estados Unidos de América Mr. Marcus Otterbourg, repitiéndome su petición de garantías y ofreciéndome la plaza. Recibí personalmente en la puerta de Chapultepec á Mr. Otterbourg y no sólo no quise informarme de las proposiciones que traía el encargo de hacerme, sino que no le permití bajar de su carruaje y le advertí que me ocupaba en esos momentos de lo necesario para atacar luego la plaza y que le daba sólo 5 minutos para regresar á ella, en la inteligencia de que si pasado ese tiempo aun estaba su coche sobre la calzada, comenzaría mis fuegos sobre él.

« Esperé sin embargo que el coche de Mr. Otterbourg se perdiera de vista más allá de la estatua de Carlos IV para hacer la señal que ordenaba un fuego general de artillería sobre la plaza y movimiento de todas las columnas hacia las garitas que respectivamente tenían á su frente...

« Como una vez iniciado el fuego de cañón los de la plaza ya no podían ver á las columnas en movimiento y éstas si podían recibir mis órdenes porque mi telégrafo de banderas estaba fuera del círculo invadido por el humo y el polvo, ordené á las columnas maniobras de que no se apercibió el enemigo. Nuestros fuegos de cañón fueron contestados por la plaza ; y como la artillería enemiga, lo mismo que la nuestra, disparaban proyectiles huecos, cuando el enemigo suspendió sus fuegos de cañón, crei-

mos por algunos momentos que todavía contestaba á los nuestros...

« El vigilante del Caballero Alto avisó que en una de las torres de la catedral había una bandera blanca. Mandó suspender el fuego, y entonces se vió que en todas las trincheras de la plaza se había puesto la misma bandera. Á la vez que cesó el cañoneo salió un coche también con bandera blanca por la calzada de la Reforma, llamada entonces del Emperador, en el cual llegaron á Chapultepec los generales Piña, Díaz de la Vega, Palafox y otro cuyo nombre no recuerdo, que venían á poner la plaza incondicionalmente á mi disposición, comisionados á este efecto por Tavera, puesto que desde el día anterior no se tenían noticias de Márquez.

« Cuando llegaron á Chapultepec los comisionados de la plaza sitiada nombré al general Alatorre para que se entendiera con ellos y le dí instrucciones para que no aceptara más que una rendición absoluta. Los repetidos comisionados firmaron una capitulación incondicional que fué ratificada por mí y por el general de los vencidos.

« Una vez firmada la capitulación, previne al general Tavera por conducto de sus generales que lo representaban que permanecería con el mando hasta el día siguiente en que pasaría yo después del toque de diana, á tomar posesión de la ciudad. » (*Mem.*)

LA CAPITULACIÓN

Hubo una acta de capitulación fechada el 20 de Junio 1867 cuyas cláusulas principales extractamos:

1° Cesan desde luego las hostilidades.

2° Las vidas, libertad y propiedad de los habitantes pacíficos de la plaza quedan bajo la garantía y protección del general Díaz.

3° Las fuerzas imperiales nacionales, al ser relevadas en las líneas que ocupan, se reconcentrarán en la ciudadela donde quedarán reunidas para su entrega. La contra-guerrilla Chenét se

acuartelará en San Pedro y San Pablo y las otras fuerzas extranjeras en Palacio.

« Los señores generales, jefes y oficiales conservarán sus espadas y se presentarán en los locales que se designen, donde permanecerán hasta que el C. general Díaz reciba instrucciones. »

OCUPACIÓN DE MÉXICO. 21 DE JUNIO DE 1867 :

Hay hechos que resumen una vida, marcan un carácter. Son como el eje de cristalización para los minerales : en torno del hecho axial vienen á conglomerarse los demás, según el mismo plan de formación. Tal fué la ocupación de México por Porfirio Díaz el 21 de Junio de 1867. Redoblaban las alarmas en la ciudad. Se temía la entrada en tumulto de un ejército impaciente, ebrio de triunfos. Fusilados serían en montón los jefes traidores. Luego llegaría su turno á los tenderos franceses. Estos bravos *calicots*, hijos en su mayor parte de la alpina Barcelonette, llegaron á creer, según antes dijimos y conviene repetir, en una *Saint-Barthélemy* mexicana. Algunos había á quienes el índice popular señalaba como los principales beneficiados de la Intervención con las pingües ganancias realizadas á su sombra.

El espectro del *saqueo* surgiendo de nuestra peor historia revolucionaria acabó de turbarles, y se armaron. Cerraron sus tiendas y esperaron la entrada del ejército liberal como irrupción de horda, subidos en las azoteas, rifle al lado.

Entretanto el general Díaz consagraba toda su atención á una entrada en orden...

« Reservé la ocupación de la plaza de México para el día siguiente de firmada la capitulación, con objeto de tomar algunas precauciones que evitaran el pillaje y derroche de los elementos de guerra que aun quedaban al enemigo. Mandé en consecuencia, que todos los defensores de la plaza permanecieran en sus puestos, hasta que personas autorizadas por mí pasaran á recibirlos y nombré un servicio compuesto de los tres batallones *Cazadores de Oaxaca*, que merecían especial confianza, que debía cubrir toda la plaza con pequeños destacamentos y puestos de vigilancia que les marqué sobre el mismo plano de la ciudad á efecto de que no pudiera haber una casa fuera de la vista de esos puestos y destacamentos, los cuales hasta nueva orden debían hacer el servicio de policía; y que el Batallón *Libres de Oaxaca y Escuadrón Juárez* se distribuyeran en patrullas que recorrieran toda la ciudad, listas para proteger en caso necesario á los destacamentos y para conducir á la Diputación á los delincuentes que los destacamentos aprehendieran. » (Porfirio Díaz. *Mem.*)

El resultado de estas medidas se reflejó en una entrada que pareció el regreso de una parada militar en tiempo de paz.

Ni un tiro, ni siquiera un grito sedicioso. Los fusilamientos esperados como fuego de artificio del triunfo fueron aplazados y reducidos después por D. Benito Juárez á las ejecuciones de Vidaurri y de O'Horan. Más feliz que estas dos últimas víctimas, su colega Márquez escabulléndose por Veracruz no pudo ser fusilado ni en efigie.

Los comerciantes barcelonetas, empinados en sus azoteas, esperaron indefinidamente el *saqueo*. La visión que entonces tuvieran ante aquellas hordas organizadas entrando en columna, acuartelándose, distribuyéndose en

patrullas de vigilancia, licenciándose después en parte á la voz de su jefe, fué la visión del porvenir. Día llegaría en que la hazaña de orden del 20 de Junio de 1867 se continuase bajo la autoridad del mismo hombre por más de veinte años.

Este hecho ha sido expresado por el general Díaz en sus *Memorias* con sensillez lacónica:

« Así se realizó sin derramamiento de sangre la ocupación de la plaza el 21 de Junio de 1867 quedando prisioneros todos los jefes y oficiales que la defendían. »

« Conservé el mando de la plaza desde el día 21 de Junio hasta el 15 de Julio en que hizo su entrada el presidente Juárez. Licencié algunas fuerzas, despedí otras y quedé con un ejército de veinte mil hombres con el cual recibí al presidente de la República. »

LOS DINEROS

El jefe del Ejército de Oriente no carecía de fondos. Lo decían sus 20.000 hombres regularmente pagados, nutridos, y no mal vestidos en lo general. ¿ Cómo había improvisado una fortuna pública sobre las frescas huellas del Imperio y la invasión en bancarrota?

Él mismo nos lo explica:

« Durante el sitio de México logré pagar con puntualidad no solamente los haberes de la fuerza que estaba á mis órdenes sino hacer con regularidad los demás gastos públicos del territorio en donde ejercía mando, y hasta tener un sobrante considerable en mis arcas. Los ingresos de que disponía fueron las contribuciones ordinarias de los Estados que estaban á mis órdenes y al-

gunas multas ó composiciones que hice con personas que residían en la capital ó en los Estados, que tenían sus fincas ó propiedades fuera de ella y que se habían comprometido con Maximiliano, por lo cual habían incurrido en la pena de confiscación, como aconteció con el Sr. Lic. Don Pedro Escudero y Echanove. Conseguí además bajo mi crédito personal cuando ocupé la capital, dos préstamos importantes: uno de $ 50.000 que me facilitó el Sr. D. José de Teresa y otro de $ 200.000 que me proporcionaron varios comerciantes extranjeros, principalmente ciudadanos de los Estados Unidos, por el intermedio del cónsul general de ese país, Mr. Marcus Otterbourg y cuyos préstamos fueron reembolsados antes de llegar el presidente Juárez á la capital. A su ministro de Hacienda en su oportunidad se entregó una existencia que resultaba en la caja del cuerpo de ejército de mi mando de $ 87.232 19 cs.

« Esta existencia hubiera sido mucho mayor si no hubiera yo hecho ciertos gastos como el pago de los haberes de la escolta que acompañaba al presidente y de sueldos de los empleados de las diferentes secretarías de Estado que importarían $ 50.000, y una cantidad fuerte invertida en preparar el alojamiento del presidente y hacerle una recepción conveniente. Invertí también una cantidad de importancia en vestuario para todo el cuerpo del Ejército, para lo cual me aproveché de muchas piezas de paño pertenecientes á los franceses que declaré contrabando de guerra. »

Seguramente que la cifra de $ 87.232 19 cs no era el total de la existencia puesta á disposición del Ministro de Hacienda por el jefe de Oriente. Sus *Memorias* en este punto se quedaron cortas, al revés de lo que pasa en otras Memorias inclinadas á aumentar ciertas cifras. He aquí la respectiva comunicación al Ministro de Hacienda publicada en los periódicos de la época :

« *Ejército Mexicano. Línea de Oriente. General en jefe. Sección de Hacienda.* C. Ministro. Al dimitir hoy nuevamente el cargo de general en jefe del Ejército y línea de Oriente, juntamente con las amplias facultades con que el Supremo Gobierno me había investido, tengo el honor de manifestar á Ud. que queda á su disposición en la comisaría general del Ejército la cantidad de *ciento cuatro mil pesos*; en la Administración principal de rentas del Distrito Federal tres mil quinientos diez y seis pesos quince centavos; y en la oficina de contribuciones ocho mil ciento ochenta y cuatro pesos diez y nueve centavos; no haciendo mención de las rentas de correos, papel sellado y trenes nacionalizados por ser de poca consideración hasta ahora los rendimientos de las dos primeras y ningunos los de la última. — Libertad y Reforma. México, Julio 13 de 1867. Porfirio Díaz. — C. Ministro de Hacienda y Crédito público. Chapultepec. »

La impresión que produjo en el país este general que se retiraba del mando entregando una gruesa suma, hasta los centavos, fué intensa. Los generalotes de revolución habían sentado precedentes terribles en materia de finanzas militares. No se concebía que llevasen cuentas de ingresos más que metidas en las pistoleras, á riesgo del imprudente que osase reclamarlas... El nombre de Porfirio Díaz resonó desde entonces por el país como el de un militar raro que rendía cuentas detalladas del ingreso y egreso, abría las cajas al poder civil y le entregaba más de lo que esperaba. Lo más sorprendente es que ese militar se quedaba pobre, mal pagado por el Gobierno mismo á quien salvara de la inopia... Hay que oirle:

« En los primeros días de Julio (1867) debía llegar á la capital el presidente Juárez, y con objeto de recibirlo hasta donde me era permitido separarme del centro de mi línea de operaciones,

fuí más allá de Tlalnepantla. Momentos después de haber llegado á aquella ciudad, y cuando nos llamaba á almorzar el Lic. Don José M. Aguirre de la Barrera que era el jefe político de ese Distrito, me llamó el presidente que á la sazón platicaba en voz baja con su secretario de Estado, y delante de ellos me manifestó que hacía algunos días que estaba sin haberes la escolta que lo acompañaba, compuesta de un regimiento, dos batallones y media batería, y me preguntó si tendría yo fondos con que cubrir esa urgente necesidad. Contesté al Presidente que sí los tenía y que podía ordenar á sus respectivos pagadores que al volver yo á la capital vinieran conmigo para llevar el haber que esos cuerpos habían dejado de percibir y además el que les correspondiera hasta el fin de la quincena corriente. »

« Animado el Sr. Juárez por esta respuesta, me manifestó que tampoco el personal de las distintas secretarías de Estado había recibido sueldo hacía muchos días y me preguntó si podría ministrar algunos fondos con este objeto. Le contesté que tenía fondos suficientes para cubrir esos sueldos y que entregaría la cantidad que me ordenara. Entonces me mandó dar 10.000 pesos con cargo á ese ramo y ordenó á su habilitado que también viniera á la capital para recibirlos. » (*Mem.*)

. . . . . .

He aquí cómo el jefe socorredor tuvo que solicitar luego sus *alcances* que recibió mermados.

« En una conversación que tuve con el presidente Juárez á poco de su llegada á la capital le supliqué me mandara liquidar mis alcances, en concepto de que no deseaba yo el pago íntegro de ellos, sino solamente un abono de 5 ó 6.000 pesos y que el resto se me fuera pagando por la Aduana de Veracruz con los derechos de importación que yo causara directamente, *pues intentaba dedicarme al comercio* (1), y me parecía que esta manera de pago sería cómoda para el Gobierno.

(1) Subrayamos estas palabras que corresponden á un estado de ánimo

« El Sr. Juárez me hizo observaciones muy obvias respecto á lo difícil que me sería dedicarme á otra carrera y á la imposibilidad de formar mi liquidación por no saber qué cantidades se me habían pagado por cuenta de mis haberes, durante todo el tiempo de la guerra, cuando no sólo eran irregulares los pagos sino muy variable el personal de los comisarios y pagadores encargados de verificarlos. »

« Comprendiendo que las observaciones del Sr. Juárez eran incontestables en cuanto á hacer una liquidación exacta, le manifesté que podía formarse ésta tomando la base de que hubiera yo recibido una tercera parte del sueldo que me correspondía y se me liquidara por las dos terceras restantes ; cuando en realidad estaba seguro de que yo no había recibido ni la cuarta parte. El Sr. Juárez aceptó la idea, y entiendo que una base semejante se adoptó para formar la liquidación de otros funcionarios y empleados que acompañaron al Gobierno hasta Paso del Norte á quienes entonces se pagaron sus alcances en efectivo. »

. . . . . .

« Hecha mi liquidación sobre esa base me manifestó el Sr. Juárez como prueba de la benevolencia con que siempre me había tratado que tenía dadas sus órdenes para que se me entregaran en numerario y en un solo pago los veintiún mil pesos que yo alcanzaba. Contesté al Sr. Juárez que no tenía conocimiento de que tal cantidad se encontrara á mi disposición en la Tesorería ; pero que si *ese pago entrañaba alguna condición tuviera presente que aun no lo había cobrado y era tiempo de retirar la orden de pago* (1).

« Nunca llegué á sacar ese dinero de la Tesorería, pero algunos

frecuente en los militares después de penosa campaña. Mal recompensados, deplorando una vida parasitaria á expensas de un amo, quieren *establecerse*... El comercio ! La agricultura ! puertas de escape que buscará en vano el caudillo en horas de desaliento frente á su arduo destino.

(1) Frase que corresponde á la verdadera situación que empezaba á delinearse entre Juárez y Porfirio Díaz. Es lo que verá á las pocas páginas el curioso lector.

días después lo sacó mi apoderado Don José de Teresa, por aviso que le dió directamente el Sr. Juárez, y lo conservó en su poder hasta que el Sr. Benítez dispuso de él con mi autorización para sostener un periódico en la capital. Cuando supe que no me quedaban más que 3000 pesos encargué al Sr. D. José de Teresa que me los remitiera, pero desgraciadamente se perdió ese depósito en un robo que sufrió su casa, y aun cuando el Sr. Teresa podía considerarse obligado á reportar la pérdida, me ofreció el 50 por ciento que fué todo lo que recibí de los veintiún mil pesos de mis alcances. » (*Mem.*)

PARTE TERCERA

HASTA TECOAC

CAPÍTULO I

EL ROMPIMIENTO CON JUÁREZ

CIVILISMO Y MILITARISMO

Apenas restablecido en la capital el Gobierno republicano en Julio de 1867, la lucha política se inició con tiroteos en la prensa á propósito del elemento militar.

El decreto sobre *Organización del Ejército* expedido por Juárez con fecha 23 de Julio intentaba resolver de una plumada un problema difícil: ¿ Qué hacer con más de cincuenta mil soldados que salían sobrando al cumplirse la *reducción* decretada ?

— « Retirarlos á sus hogares y darles las gracias », decía el Decreto comunicado á los 5 generales de división (1).

Si tan sencillo procedimiento era fácil de aplicarse á

(1) « Lo comunico á Ud. para su conocimiento y cumplimiento en la parte que le corresponde, en la inteligencia de que desde luego emprenderá su marcha al punto que se le señala como cuartel general con las tropas de su mando, de las que formará la división que se le ha encomendado como lo tuviere por conveniente, *relirando á sus hogares* las

una parte de forzados, producto de las *levas*, no pasaría así con una gran porción de hombres ya habituados á la vida militar y apegados al sueldo. Darles las gracias *secas* era echarlos á los pronunciamientos, cuando no al bandidage descarado, lo que iba á suceder.

El periódico *el Siglo XIX*, el más leído por entonces, emitía una opinión análoga con cierto lirismo:

« 80 á 90 mil ciudadanos componían el Ejército republicano, repartidos por toda la superficie del país, y dispuestos á sacrificarse por su libertad é independencia.

« Esos 80 ó 90 mil ciudadanos, si bien tomaron las armas en cumplimento de sus deberes, abandonaron hogares y familias, muchos sucumbieron sin nombre en las batallas, otros en los cadalsos. De esperarse era que el primer magistrado de la Nación hubiera tenido en cuenta tan cruentos sacrificios...

« ... Asunto gravísimo la disolución de estas tropas...

« ... En verdad que México no puede sostener constantemente 90 mil hombres sobre las armas; pero también es cierto que no debe despedir á sus servidores de un modo ligero y que no corresponde á los servicios prestados. »

Benito Juárez, civilista, pero hombre de gobierno, comprendía la necesidad de apoyarse en el militarismo para constituír un poder viable. Pero al lado de él, fuer-

fuerzas que lo han solicitado, así como las que no le fueren á Ud. necesarias, *dándoles las* gracias á nombre del Supremo Gobierno por su lealtad y buenos servicios. »

Tal era la parte final del decreto según el cual el ejército mexicano quedaba reducido á 4 divisiones principales, cada una de 4.000 hombres, la 1ª, del Centro general Nicolás Régules, — la 2ª, de Oriente, general Porfirio Diaz, — la 3ª, del Norte, general Mariano Escobedo, — la 4ª, de Occidente, general Ramón Corona. La 5ª del Sur al mando del general D. Juan Alvarez sólo se compondría de la guarnición existente en el puerto de Acapulco.

tes de la intimidad é influencia ganada en la peregrinación á Chihuahua, había civilistas agudos que le infundían el ensueño de una República sin soldados. El principal de ellos era D. Sebastián Lerdo de Tejada, hombre de gabinete y no de gobierno...

Cierto día, después de una gran revista militar, D. Benito y D. Sebastián compartían en el balcón central de Palacio donde acababan de contemplar el desfile. Se acercó un general (no era D. Porfirio Díaz), preguntando con sonrisa plácida:

— ¿Qué les ha parecido á Uds la revista? — ¡Bien! Bien! exclamó D. Benito, en tanto que D. Sebastián dando una media vuelta, respondió con un gesto displicente:

— ¡A mí no me gustan los soldados (1)!

Ese rasgo familiar resumía admirablemente la situación política. Las elecciones presidenciales se preparaban. D. Benito Juárez no gobernaba sino en virtud de la prolongación anómala de un período presidencial anómalo. Surgieron las candidaturas: la de Juárez, la de Porfirio Díaz, y apenas delineada la de D. Sebastián Lerdo.

Y siguió el tiroteo. El mismo *Siglo XIX* prohijaba esta citación de Don Lorenzo Zavala:

«Si los que han servido á México como soldados desean aspirar á los destinos civiles, que renuncien la carrera de las ar-

(1) Referido al autor por otro militar, testigo presencial del dialoguito.

mas, tan propia para inspirar desconfianza en los países libres... Que los mexicanos mediten sobre esto y pongan el remedio antes de que llegue á tomar raíces entre ellos una República militar, que es ciertamente el peor de los Gobiernos, pues no es más que el perpetuo imperio de la fuerza, sustituido á la voluntad de los ciudadanos. »

El público, ese gran miope, y después de él la Historia, esa présbita, no han visto más que abstracciones en la gran lucha que se iniciaba ; lo cierto es que había discrepancias de carácter íntimo.

DISCREPANCIAS ÍNTIMAS

Desde que el general Díaz comunicó al Gobierno de Juárez establecido en San Luis Potosí el asalto del 2 de Abril y toma de Puebla, tuvo una fría respuesta que no correspondía á lo decisivo de aquella victoria :

« El Sr. Presidente queda enterado de que ha ocupado Ud. á Puebla. »

Esta frase, poco más ó menos, fué la respuesta suscrita por D. Ignacio Mejía, ministro de la Guerra. Hubo más : al parte de la batalla acompañó Porfirio Díaz una carta particular á Juárez en que le pedía alguna distinción para los soldados que habían tomado parte en el asalto. Esta carta quedó sin respuesta. ¿ Por qué ? — Era la interrogación del caudillo. ¿ Sería que Juárez le demostraba ahora su mala voluntad por la actitud reservada que había asumido él (Porfirio) en la cuestión presidencial suscitada por el

general González Ortega (1) ? Otros incidentes vinieron á agravar las diferencias. Cuando el caudillo puso en libertad á los prisioneros de Puebla, en vez de fusilarlos con arreglo á la ley, el Presidente Juárez le dió á comprender su desagrado por tal acto de clemencia en masa.

Otro incidente referido así por el caudillo:

« El Sr. Juárez me había recomendado muy especialmente que no nombrara yo gobernador del Distrito; y entendí que el objeto de su recomendación era que no ocupara este puesto el Sr. Don Juan José Baz que se me había unido desde Puebla, y quien por haber desempeñado en otra vez este cargo tenía aptitudes especiales para él. Para no contrariar el deseo del Sr. Juárez no nombré al Lic Baz Gobernador del Distrito sino Jefe político de la capital y de los pueblos adyacentes. Nada me dijo después sobre este incidente el Sr. Juárez; pero comprendí que no sin razón le había desagradado mi conducta. » (*Mem.*)

Y suma y sigue:

« El Presidente me había ordenado en carta particular fechada en San Luis Potosí que redujera á prisión á Mr. Dano, ministro del Imperio francés cerca de Maximiliano y que pusiera á disposición del Gobierno el Archivo de la Legación. Contesté al Presidente que no me parecía prudente ese procedimiento (2) pero

(1) Cuando González Ortega, durante la Intervención, pretendió sustituir á Juárez en la presidencia de la República con su carácter de presidente de la Suprema Corte de Justicia, el Sr. Godoy, funcionario mexicano que residía en San Francisco de California, escribió á Porfirio Díaz por recomendación de Juárez, pidiéndole su personal criterio sobre las pretensiones de Ortega. El interpelado respondió de un modo vago, sin demostrar la adhesión absoluta de un partidario por la persona de Juárez.

(2) « Hasta hoy tenemos la malevolencia de Napoleón; no tengamos la de Francia por hollar su bandera » escribio Porfirio Díaz á Juárez.

que no me permitía aconsejarle que no lo llevara á cabo, sino que simplemente le suplicaba me eximiera de ejecutarlo, y que puesto que ya no había enemigo en el país, no tendría yo inconveniente en entregar el mando del ejército que estaba á mis órdenes, al Jefe que me indicara para que éste cumpliera sus órdenes. No recibiendo respuesta á mi carta, ni á un oficio en que resignaba el mando, le escribí otras varias cartas, suplicándole me diera sus órdenes para no perder la oportunidad de cumplirlas, porque el ministro francés me urgía mucho para que le diera una escolta que lo condujera á Veracruz. »

. . . . . .

« Cuando recibí al Sr. Juárez adelante de Tlalnepantla, pregunté al Sr. Lerdo porqué no se habían contestado mis cartas, y me dijo que, en su concepto, había yo tenido razón en no prestarme á cumplir esa orden que pudo haber comprometido al Gobierno y dí así por terminado este incidente. » (*Mem.*)

En ese viaje *más allá de Tlalnepantla* (fueron unos tres kilómetros más allá), emprendido por el general Díaz para recibir á Juárez y á su comitiva, tuvo el caudillo la segura intuición de que el ánimo de su antiguo jefe y amigo se le había vuelto en contra.

Venía Don Benito solo, en un coche. Seguía Don Sebastián Lerdo con otro ministro en uno de esos carricoches tan comunes en aquella época denominados *guallines*. Don Benito respondió mal al saludo afectuoso del caudillo. « Me recibió con aire adusto, » ha dicho éste en una confidencia. Al contrario, Don Sebastián se bajó del vehículo, fué hacia el general « muy amable » y le invitó á subir con él al carricoche. Ambos continuaron la marcha á Tlalnepantla, precedidos del coche en que siguió Don Benito, siempre solo. Mediaron en tal

ocasión entre el general y el primer ministro las supradichas explicaciones sobre el asunto del ministro francés Dano. — « Ha hecho Ud. bien en no darle curso á eso la aprehensión de Dano. Si no se lo dijimos en respuesta, fué que el Gobierno no podía cantar la palinodia, » fueron en resumen las palabras de Lerdo de Tejada.

Aquella caravana representaba el porvenir!... Don Benito Juárez, glorioso melancólico, yéndose á la soledad de la tumba con el gesto adusto propio de su raza y de su truncada misión histórica; Don Sebastián y Don Porfirio, la pluma y la espada, discutiendo el problema nacional; y detrás de ellos, empleados, jegüeyes, soldados, indios trajineros arreando las acémilas cargadas de petacas... el *país* resuelto, moviéndose á remolque.

Siguieron los festejos de la entrada de Juárez á la capital durante los cuales el general Díaz guardó su actitud de militar subordinado.

Don Benito Juárez hizo su entrada conforme á un programa cuyas partes fueron las siguientes:

« El día 15 de Julio por la mañana verificará su entrada el C. Presidente de la República por la Garita de Belén y Paseo de Bucareli, deteniéndose en el tránsito erigido en la glorieta donde se estatua ecuestre (1). Desde las 8 de la mañana las autoridades civiles y militares nacionales lo esperarán en el Paseo de Bucareli. — Salvas de artillería y repiques anunciarán su llegada. Grupos de niñas vestidas de blanco y coronadas de flores presentarán al ilustre republicano una corona de oro. — El C.

(1) La de Carlos IV, cuya estatua había sido enviada por el ayuntamiento de México para ocultarla entre los fosos de

Presidente continuará su marcha por la Acordada, Corpus Christi, Calles de San Francisco y Plateros hasta Palacio enarbolándose en este momento el pabellón nacional. — El C. Presidente presenciará desde el balcón principal el desfile de la columna de honor... »

Esa bandera que ondeó sobre Juárez al llegar al balcón central de Palacio, fué preparada por el general Díaz según dice en un párrafo de sus *Memorias* citado ya en parte por el autor en el libro *Porfirio Díaz. Ensayo de Psicología histórica :*

« El Presidente permaneció en Chapultepec mientras se preparaba de una manera conveniente su recepción y alojamiento en la capital.

« Esto me dió tiempo para preparar la construcción de una gran bandera para enarbolarla en el Palacio nacional el día de la entrada solemne del Presidente, porque habiéndome dicho en una de sus cartas durante la guerra y cuando se consideraba difícil recobrar la capital que volveríamos á izar la bandera mexicana en el Palacio nacional, recordando su expresión de entusiasmo, prohibí que se izara la bandera en ese edificio hasta que personalmente lo hiciera el Sr. Juárez, como en efecto lo verificó el 15 de Julio de 1867, día de su entrada. » (*Mem.*)

Pero el hecho de insistir el caudillo en la renuncia del mando militar que Juárez le confiriera correspondía en mucho á los motivos íntimos que vamos revelando (1).

(1) La primera renuncia fué presentada con la fecha misma de la entrada de Porfirio Díaz á la capital sitiada : 21 de Junio 1867. Hela aquí :

« *Ejército Republicano. Línea de Oriente. General en jefe.* Felizmente terminada la gloriosa guerra que la Nación ha sostenido contra la Intervención extranjera en el dilatado período de cerca de 6 años, con la rendición de la capital de la República al Ejército que tengo la honra de mandar según comunico á Ud. en oficio separado de esta fecha, he llenado mi primer deber poniéndola á disposición del Gobierno Supremo constitucional, de la Nación.

« Paso á cumplir con el segundo, manifestando, que no considerando ya

Por aquellos días la lucha política no estaba en el Congreso, todavía no reunido, sino en los banquetes. Varios hubo en que Juárez y Lerdo de Tejada fueron los campeones del brindis. También el general oaxaqueño tuvo los suyos, organizados por los corifeos de su popularidad

necesarias las facultades omnímodas que me ha conferido ni útil mi permanencia en el cargo de general en jefe del Ejército y línea de Oriente, que sin merecimiento mio me encomendó, hago formal dimision de dicho cargo, dando al C. Presidente y á su digno Ministerio las más rendidas gracias por la confianza con que me han honrado y suplicándoles se sirvan designarme la persona que deberá sustituirme en el mando de este ejército.

« Protesto á Ud. mi distinguido aprecio y alta consideración. Independencia y Libertad. Tacubaya, Junio 1867. PORFIRIO DIAZ, C. Ministro de la Guerra. »

No se dió curso á esta renuncia según ya expresaron las *Memorias* y con fecha 13 de Julio inmediatamente después del viaje *más allá de Tlalnepantla* presentó de nuevo su renuncia :

« *Ejército Republicano. Línea de Oriente. General en jefe.* Tan luego como el Ejército de la República ocupó esta plaza el 21 del pasado, tuve el honor de dirigir á Ud. una comunicación exponiéndole la conveniencia de que cesaran las autorizaciones con que el C. presidente se había servido investirme, y aun de que se me exonerase del mando del Ejército, una vez que estaban logrados los fines con que el Supremo Gobierno tuvo á bien dárme esas pruebas de confianza .

« Las atenciones del C Presidente y de Ud. mismo en estos últimos días no les han permitido acaso contestar mi indicada comunicación ; y entretanto, la llegada del Gobierno á la capital ha venido á quitar las facultades que he ejercido hasta hoy en la línea de Oriente.

« No podría por otra parte continuar usando de ellas sin menoscabar la unidad y energía del poder supremo cuya consolidación es un deseo de todos los que hemos cooperado al triunfo de la República, una necesidad para la era de reconstrucción que debe coronarlo.

« Insisto, pues, empeñosamente en la manifestación y renuncia que contiene mi citada nota, y ruego á Ud. que al dar cuenta de la presente al jefe de la Nación se sirva presentarle de nuevo el homenaje de mi gratitud por las distinciones con que se ha servido honrarme.

. . . . . .

« Sírvase Ud. aceptar la protesta de mi distinguida consideración. — México Julio, 13, 1867. — Porfirio Diaz. — C. Ministro de la Guerra. »

creciente. Pero uno hubo que en la historia local merecerá el sobrenombre de *banquete de la escisión*.

Se celebró un domingo de Agosto por los mismos días en que se discutía la reducción y licenciamiento del Ejército. No sabemos en virtud de qué complot urdido por espíritus conciliadores se organizó un banquete cuyas invitaciones impresas en cartulinas rojas hacían saber que el jefe del Ejército de Oriente lo dedicaba al Presidente Juárez. Tuvo lugar en el Tívoli del Eliseo, con asistencia de Don Benito en el centro de la mesa, Don Sebastián á su derecha y enfrente de éste el caudillo. A la hora de los brindis, contra lo esperado, se abstuvo éste de ofrecer el banquete... Habló Don Benito saludando al militar como si fuese realmente el anfitrión y agradeciéndole su acto de *adhesión al Gobierno*. Contestó el caudillo en términos de vaguedad esquiva. Al día siguiente un periódico conciliador publicó su *Brindis de ofrecimiento*, adulterado.

Porfirio Díaz desautorizó el brindis y las invitaciones.

Con tal motivo llamóle Juárez á una entrevista en su casa particular de Palacio.

— « La negativa de Ud., le dijo, es un grito de alarma al Ejército. »

— « No es un grito de alarma; sólo he dicho lo que debía decir: que no eran míos ni el brindis ni el banquete, » fué la respuesta casi literal del caudillo.

Siguió un diálogo de expansiones y recíprocos reproches. El Presidente reclamó sumisión personal por haber sido *como padre de él* y *de su hermano Félix*... En

cambio, el caudillo hizo valer sus servicios, mal reconocidos...

— « Ha hecho Ud. dar una casa en San Cosme á Pepe Rincón porque contribuyó con 100 caballos á la guerra contra el invasor, caballos que el donante ha hecho volver á su hacienda. Yo he presentado algo más que cien caballos.,. un ejército bien armado y vestido... La diferencia en mi contra es que no tengo hacienda... ni le pido casa. »

Hizo luego mención de sus no cobrados *alcances*. Fué entonces cuando Juárez le manifestó que había dado una orden en la Tesorería para que *le liquidaran por composición*, y que la liquidación arrojaba 21.000 pesos en su favor.

— « Si esto trae alguna condición, retire Ud. la orden, » repuso el jefe.

Ya se ha visto cómo fué devengando los 21.000 pesos á poco desvanecidos... Una última *partidita* de 500, postrer sueldo mensual, la recibió en Oaxaca, ya retirado. El jefe de Hacienda se los llevó, muy sonoros, *en un lompeate*... El papel moneda flotaba todavía para México, en los albores de su virginidad bancaria.

EN OAXACA. LA NORIA

Después de breve permanencia en Tehuacán, cuartel general de la 2ª división, el caudillo desligándose poco á poco del mando se retira á su Oaxaca.

La escisión con Juárez estaba realizada en el fondo de

los ánimos. La suspicacia del gran Zapoteca, excitada por la rápida fortuna de su antiguo discípulo de Derecho, acabó por hacerle ver en él la personificación del Mixteca, rival histórico de su raza.

Porfirio presintió la lucha y ¡rasgo raro como tantos otros en el militar de aquella época! no quiso *alzarse ni con los fondos, ni con la fuerza*. Veía claramente formarse á su rededor un partido fuerte, y ponía en juego cierta coquetería militar en combatir al adversario sin usar los elementos de éste.

Ese partido, representado en la capital oaxaqueña por el Congreso local, le decretó una recompensa agraria con la donación de *la Noria*, haciendita de caña azucarera, cuya casa está situada en la ciudad misma, hacia el extremo sureste.

Allí pasó de 1868 á 1871 una vida familiar y rústica en compañía de su esposa Dª Delfina Ortega. Fué su primer período de *Cincinato*, nombre que le dió y seguiría aplicándole cierta prensa en sus alejamientos de la política.

Se componía la hacienda de un *portal* (galería) interior sobre el cual se abrían los cuartos de una habitación baja. En frente, un corralón con milpa y pastos; más allá, hacia el oriente, otro corral para bestias, cuartos para trojes y monda de granos. Una escalerita llevaba al *alto*, azotea desde donde se dominaban los plantíos de la Noria, bastante reducidos para justificar, en vez del nombre de *hacienda*, el más modesto de *rancho*. Al lado de estas construcciones estableció el jefe donatario hornos para

fabricación de cañones rayados. Él mismo dirigió la fundición cuando le llegó la hora de proveerse de bocas de

La Hacienda de la Noria en Oaxaca.
Vista por la parte en que el general Díaz improvisó una fundición de cañones para la Revolución.

fuego recurriendo á aptitudes industriales adquiridas en la adolescencia.

El rancho de la *Noria* fué el nido de la revolución porfirista que vamos á delinear en rápida reseña.

CAPÍTULO II

PRIMERÍAS REVOLUCIONARIAS

INSOLVENCIAS

Don Benito Juárez perseguía un ideal de abogado: gobernar con la ley. Retirándose al Norte durante la Intervención había sido la encarnación de la ley violada, y á su regreso insistía en encarnar la ley triunfante. ¡Ruda tarea en un pueblo no hecho, sino por hacerse! Y sin embargo, aquel carácter duro y tajante como un cuchillo azteca de obsidiana era de fuerza para imponerse á las más grandes rebeldías. Por su pura serenidad legal frente al embate, triunfaría de una cámara inquieta, de una prensa procaz y de un militarismo vacante y levantisco... Triunfaría por completo, á esta condición: la de tener una próspera situación financiera.

No la tuvo. En vano Don Matías Romero, su hacendista oaxaqueño, aplicaba á las cifras una laboriosidad incan-

sable, en vano se escurría por las escaleras secretas (1), y corría de palacio á su casa y de su casa á palacio para escapar á la turba de acreedores en demanda de viejos sueldos militares reconocidos. Los de los militares en servicio activo no andaban mejor (2).

La República renacía, tan parca de ingresos como henchida de egresos. Aproximadamente, y en cifras redondas, el presupuesto de gastos del Gobierno central, fué montando bajo Juárez y Lerdo de 20 á 22, á 25 millones de pesos, en tanto que las rentas federales se estancaban al rededor de 14 millones. El impuesto del *timbre* andaba haciendo pininos en el *papel sellado*. Todavía, bajo Juárez, el Fisco no había perfeccionado ese recurso de dentistería gubernamental, excelente para sacar el dinero al pueblo sin dolor. Los productos aduanales mermados en grande escala por el contrabando, lo eran aun más por la especulación de los importadores. La Hacienda en apuros no podía rehusarles la reducción, hasta un 50 por 100 sobre derechos por cobrar, con tal de que anticipasen el pago Así, las mencionadas cifras de ingresos represen-

(1) A los jefes y oficiales que reclamaban con derecho ó sin él sus alcances por sueldos vencidos procedentes de la *guerra extranjera* « les costaba trabajo acercarse al Ministro de la Guerra y les costaba más trabajo todavía poder atrapar á Don Matías Romero, secretario de Hacienda, el cual se les escurría de entre las manos como una anguila, aprovechando para escaparse las escaleras secretas de su departamento. »
(*Algunas campañas, Memorias* por Ireneo Paz. Tomo II, p. 275.)

(2) « Ellos (los jefes de la fuerza federal en Querétaro) no están bien pagados ni contentos con el trato que les da el Ministro de la Guerra .»
« ... Nos fuimos á ver á los jefes; ninguno estaba contento, y lo que cada cual deseaba era que se presentara una oportunidad para pronunciarse contra el Gobierno (Ireneo Paz. *Ibid.*)

tadas en gran parte por el rendimiento de las aduanas marítimas resultaban nominales. Un visitador fiscal (1) declaraba públicamente que « Aduanas había en que sólo se cobraba un 7 p. 100 para el Gobierno » y que en otra encontró que « cada peso de derechos no producía más que de 13 á 18 centavos », consumido lo demás, en parte por el empleado recaudador, en parte por el comerciante especulador.

EL BANDIDAGE. PRIMERA FASE DE LA REVOLUCIÓN

Los primeros levantamientos contra el Gobierno de Juárez correspondieron á aquella crisis económica. Fué un tumulto de partidas sueltas esparcidas por pueblos y haciendas, sin otro ideal que el despojo. Esas partidas tomaban aspectos y organización militares como si todavía estuviesen batiendo en guerrilla á la Intervención desaparecida Llegó el día en que ya no se contentaron con caballitos, municiones de boca, las talegas de pesos llevadas para *la raya* en las haciendas. Pidieron más. Y para asegurarse la satisfacción del pedido decidieron llevarse en rehenes á los dueños de hacienda ó cualquiera de sus más próximos parientes. Esta clase de hazañas propagándose del Distrito federal á los Estados determinaron un período notable que los supervivientes recuerdan bajo el nombre de la *época de los plagios*. Solía inciarse el plagio en las calles mismas de las ciudades ante esbozos

(1) Zambrano, visitador de Aduanas.

de policía impotente. Luego el plagiado, conducido por llanos y montes, pasaba al mal traer, de un escondrijo á

otro, hasta que los plagiarios recibían el precio del rescate. Todo con arreglo á una trama cuyos hilos principales estaban en manos de generalotes, retirados algunos,

otros todavía en servicio (1). A veces, la fuerza plagiaria ni se daba la pena de ocultar su procedencia militar. Plagiaba, *en formación*, con su jefecito y su corneta al frente, banderolas al viento, chacós derruidos y restos de uniforme (2).

Empezaba el año de 1869 cuando Juárez pidió al Congreso facultades extraordinarias para fusilar plagiarios, sin ambages procesales. El hombre de ley se juzgó en el caso de pedir leyes para infringir la Ley. ¡Hermosa ocasión para discursos! Los hubo en que se ergotizaban consideraciones para los pobres plagiarios. « Porque es execrable el crimen del plagio, decía el diputado Avila ¿ se ha de privar de toda defensa á quienes se presumen reos de él ?... » La *suspensión de garantías* fué negada por la cámara y los plagios siguieron. Don Benito volvió á la carga, obteniendo al fin la suspensión en una sesión del mes de Abril en que el diputado Herrera peroró en contra con singular facundia :

« Acaba de pasar nuestra patria por una prueba terrible. Para salvarla hemos tenido que ocurrir á lo que ocurren todas las naciones. »

« Hemos aceptado los servicios de toda clase de gentes, y en

(1) Como Parra en Jalisco.

(2) El padre del autor fué plagiado en su hacienda por una de estas partiditas regimentadas. Al verla desde lejos acercarse á la hacienda, el amo y sus servidores creyeron que se trataba de un destacamento regular de tránsito por la carretera. Con toda calma los jefes bajaron de los caballos y pusieron pistolas á los pechos. Se llevaron al plagiado por montes y barrancas, no dejándole en libertad sino cuando, ya gravemente enfermo por el maltrato, recibieron los cuatro mil pesos en oro exigidos por el rescate.

esa lucha desesperada nos confundimos, penoso es decirlo, nos confundimos con personas que habían vivido siempre de eso que en las revoluciones se llama Avanzar. Cerca de 80,000 hombres estuvieron al servicio de la República, casi todos educados por nosotros desde el año de 1821 en las revoluciones. ¿Cuántos quedan colocados? No era posible colocarlos á todos. Apenas habrá 20,000. Pues bien ¿sabéis á quiénes vamos á perseguir? ¿Sabéis quiénes son los que plagian y los que roban? No hay que avergonzarse. Esa es la herencia de las revoluciones. Los ladrones, los plagiarios están entre esos á quienes nosotros en lugar de un libro les hemos dado un fusil ó una espada; entre esos que hemos educado en la escuela de la revolución en lugar de educarlos en la escuela de las letras; entre esos que acompañaron á Quesada, á Rivera, á Cuellar, á Carvajal y á Rojas, y que ahora, porque no necesitamos queremos ahorcar; entre esos que llevaron entonces el estandarte de la República en las plazas de Querétaro y Puebla; entre esos que mueren de miseria y que recorren airados los campos buscando para sus hijos porque no puede dárselo el erario. Seamos agradecidos! No ahorquemos á los mismos que necesitamos ayer y que podemos necesitar mañana. »

LA INVOCACIÓN PORFIRISTA

Aquí y allá, en el curso de esa agitación bandolera, algunos cabecillas se permitían el lujo de una proclama política en que renegando de « la dictadura de Juárez » brindaban la presidencia al popular Porfirio Díaz. Éste no sabía cómo librarse de tan comprometedores partidarios, máxime cuando la proclama tenía por objeto ennoblecer un *préstamo* ó el asalto á una conducta (1).

(1) En Diciembre de 1867, un oficial Urrutia se levantó en Jalapa, con un

Pero de 69 á 70 la agitación creció, y con ella crecieron las ofertas tentadoras al caudillo. Ya no eran bandas de forajidos las que se amparaban de su nombre, sino jefes de alta graduación, gobernadores, diputados, periodistas, casi todo el partido de la oposición antijuarista.

El general Díaz, entregado á la zafra en su haciendita, guardaba silencio. Quien le hubiera visto con su fieltro de ala ancha y tendida, su chaqueta y pantalón de dril, sus botas amarillas, moviéndose de los plantíos á los cuartos desmantelados de la Noria, con un aspecto intermedio entre el ranchero mexicano y el *farmer* de Tejas, se habría resistido á reconocer bajo aquella cáscara pasajera al candidato de una gran revolución y futuro estadista.

En ciertos días, 15 de Septiembre (San Porfirio, día de su bautizo), 18 de Octubre (batalla de la Carbonera), 2 de Abril (toma de Puebla), *raros partidarios de levita* desafiando los recelos del Gobierno juarista, le llevaban *un gallo*, demostración musical que le dirigía sonatas más ó menos acordes. Por los corrales y el soportal discurría gentecilla humilde que llevaba regalitos al *tata* Porfirio. En uno de esos días, entre los donadores de canastos de fruta, gallinas, etc. avanzó un hombre que llevaba una moneda de oro prendida con alambre dorado en el centro de un ramillete artificial.

plan porfirista cuyo principal artículo « imponía á la población un préstamo de 300.000 pesos so pena de saqueo ». El 3 de Febrero de 1869 el revoltoso general Miguel Negrete se pronunció en Puebla invocando también el nombre de Porfirio Díaz. Trataba de apoderarse de una conducta de caudales que debía salir el 7 del mismo mes para Veracruz. — Según periódicos de la época.

— Tú sí que la has acertado, le dijo el caudillo tomando el ramillete. Y cuentan que añadió sonriendo : « Esto será para la Revolución. »

Analicémosla un poco la revolución que venía.

CAPÍTULO III

LA REVOLUCIÓN DE "LA NORIA"

UN PAÍS DETENIDO

Por la época que venimos considerando, la República mexicana se encontraba, bajo muchos puntos de vista, en el mismo estado que allá por la década 1840-50. Más de veinte años habían transcurrido sin que cambiasen sus condiciones de inferioridad material. Verdad es que no se había andado á paso tardígrado en la proclamación de principios reformadores... Derechos del hombre á más no poder; derechos políticos á pedir de boca; libertad de conciencia, libertad de expresión, libertad de trabajo... toda la lira liberal! Nada de religión oficial, ni ostentante, ni recluyente... Esto último modificó el aspecto citadino del viejo México. Ya no procesiones, ni mulas de nuestro amo, ni mantcos y sombreros de teja por las calles. Menos campanadas. A los conventos sucedieron los conventículos, y los caserones

y huertazas de aquellos fueron distribuidos, en pequeño comité, entre grupitos de pobres beneméritos que levantaron casas propias en terreno sagrado, arrostrando los tormentos del Infierno católico para salvar un principio denominado *nacionalización de bienes*.

Pero las grandes conquistas del siglo XIX en materia de comunicaciones rápidas, industrias, salubridad y belleza, estaban por implantarse. Deduciendo pequeñas líneas de telégrafos y ferrocarriles, México quedaba el país de los tiempos serenísimos de Santa Anna con sus *diligencias* asaltadas y sus viajeros *azorrillados* (1). El tráfico de cereales en zonas reducidas era la chispa que galvanizaba al comercio nacional moribundo. El extranjero languidecía también con el estado de nuestros puertos poco accesibles. Inseguridad en los campos; ignorancia, indigencia y porquería en las ciudades. La ciudad de México llamada « la de los Palacios » por el sabio Humboldt en un acceso de megalismo poético, no tenía de ellos más que el « Nacional », caserón destartalado de los virreyes con parches modernistas y el « de Minería », joya colonial, embutida entre callejones que hedían como casi todo el resto de la ciudad con hedor de pulque, de figón, de accesorias y vecindades inmundas... Allá á lo lejos sobre viejos ahuehuetes y nuevos eucaliptus el castillo de Chapultepec reformado, hecho « palacial » por Maximiliano, representaba la más seria intentona del Imperio

(1) « ¡ Azorrillese ! » Era el apóstrofe que dirigían frecuentemente los bandidos á los viajeros. Para obedecerlo, tenían éstos que agazaparse en actitudes encorvadas, más ó menos semejantes á las de los zorrillos.

exótico para decorar el valle. La República nada había hecho en tal sentido. Una media docena de favorecidos por el agio, el contrabando ó las *manos muertas* habían sí construído una media docena de palacetes. Apenas los habitaban. Estos y otros dichosos acaparadores de pesos mexicanos iban á gozarlos á Europa. ¡ Estaban *á la par* y aun tenían *premio* !... pues los grandes bursátiles no se habían aún entendido para establecer ese sutil dualismo auro-argéntico en virtud del cual se redujo idealmente hasta la mitad el diámetro de nuestra unidad monetaria. ¡ Se iban buscando los goces de la civilización ! Algunos volvieron obligados por el mal giro de los negocios en los últimos tiempos de Juárez, y entre sus mil estulteces de vividores glotones, observando la desolación del país, tuvieron esta única noción exacta: que LA REPÚBLICA SE HABÍA PARADO.

Los grandes pueblos remolcando á otros se movían hacia el alto progreso que debía caracterizar el último tercio del siglo. Inglaterra y Alemania tomaban la delantera, la primera arrastrando á sus países tributarios; la segunda comunicando su impulso á sus vecinos y congéneres: Rusia, Austria, Suiza. — Francia, recién vencida, se rehacía y empezaba á moverse con tal empuje que Bismark llegó á decidir una nueva invasión. Tras de Francia, España avanzaba, ligada á aquella por líneas férreas de origen francés.

Los Estados Unidos, apenas salidos de su guerra separatista, emprendían su grandioso levantamiento civilizador. Á ese pueblo tocaba remolcar al vecino México. No

faltaban las iniciativas. Ya empezaban á llegar exploradores americanos que estudiaban la posibilidad de una inversión fructífera del capital yanqui mas acá del Rio Grande. El Ministro Seward (el mismo que dirigió al Ministro de Napoleón III la célebre nota *monroica*, intimándole la retirada de México de las tropas francesas) hizo en 1869 una gira por las principales ciudades mexicanas recogiendo con miras ulteriores datos é impresiones sobre *the little mexican cousin* (1). Después de él, otros llegaban con fines más precisos, como el general Rosekranz, el primero en formular ante el Gobierno Mexicano proyectos de grandes vías férreas hacia el Norte.

Vanos esfuerzos. El gran obstáculo con que tropezaban era el jefe mismo de la nación, D. Benito Juárez. La función histórica de este hombre había sido anti-extranjera; su fuerza una voluntad altiva de que el país se bastase á sí mismo para desarrollarse. Los clericales agitaban el fantasma de « la invasión pacífica » como un peligro para *el país* identificado en sus recelos con su teocracia ; y al coincidir con ellos por otros motivos, Juárez se transformaba involuntariamente en reaccionario, evolución frecuente en el postrer periodo de grandes liberales. A las gestiones de los negociadores americanos opuso una rigidez pétrea de monolito zapoteca. La frase que se le atribuye « entre nosotros y el Norte, el desierto », si no la dijo, expresa bien su programa de aislamiento.

Con él, México se encontraba detenido en su marcha

(1) *El primito mexicano,* nombre con que los americanos suelen designar á México.

sin regular salida. Sólo una convulsión revolucionaria podía ayudarle, abriendo paso á la acción exterior, solución angustiosa en un país deshonrado por las revoluciones. Una de más implicaba desastre y, sin embargo, éra lógica.

CANDIDATURA ARMADA

Lo que más debilitaba al Gobierno de Juárez era precisamente la falta de los ferrocarriles cuyos proyectos obstruía. Los primeros levantamientos en los Estados (Sinaloa, Tamaulipas, etc.) pudieron ser reprimidos al nacer, con una rápida movilización de tropas federales, y reducidos por ende á meras asonadas. Pero llegaba la represión armada cuando habían crecido, material y moralmente, exagerados, de un cabo al otro del país, por una prensa de oposición numerosa y activa. Las ejecuciones y encarcelamientos, multiplicándose en razón directa del cuadrado de la distancia á la capital, prestaban á pequeñas revueltas la grandeza de lo trágico, excelente condición para que el contagio revolucionario se comunicara de Estado á Estado.

A mediados de 1870 la agitación pareció calmarse. Juárez había encontrado sus hombres de batalla y comunicádoles algo de su severo empuje. Fueron el entonces coronel Ceballos ganándose en Yucatán los galones de general con fusilamientos en montón; el general Corona aterrorizando con sangre y prisiones á los levantiscos de Sinaloa y Jalisco; y sobre todos el general Sóstenes

Rocha, declarado el mayor abatidor de *la pronuncia*. Reunía este jefe en su persona rechoncha y mofletuda grandes cualidades y vicios de perseguidor: disciplinario

General D. Sóstenes Rocha.

rudo, tan pronto cruel como indulgente, duro á la fatiga, impetuoso en el ataque; sus arremetidas se inspiraban no poco en el alcohol... Entre trago y trago llegó á Gua-

dalajara tras de la columna rebelde de los generales Pedro Martinez y García de la Cadena. La alcanza y derrota en un punto llamado *Lo de Ovejo*; luego sigue sobre las huellas de sus restos hasta la frontera tamaulipeca donde se extinguió temporalmente la revolución.

En Octubre de 1870 el Congreso federal decretó la amnistía para los perturbadores, poco antes condenados á muerte. Este ir y venir de la severidad suma á la suma lenidad expresa las fluctuaciones de una Cámara que Juárez no alcanzaba á enfrenar. El gran legalista, en sus ansias supremas por encarnar la ley, no quería nulificar la gárrula asamblea latina en que sus esfuerzos se ahogaban. Soñaba en mantenerse á flote con los pies mordidos por el tiburón parlamentario. En vano para librarse de él había ideado en su *convocatoria* de 1867 el *veto* del Ejecutivo... En el año 1871 las fracciones lerdista y porfirista estaban perfectamente constituídas en la cámara, y la segunda aun encontró el modo de traer á ella al mismo Porfirio Díaz, llamado en su calidad de suplente para ocupar la curul de un propietario estorboso.

Entonces volvió á ver el caudillo lo que no había visto desde 1861. Vió las filas de hombres que se decían « representantes del pueblo », unos repantigados en las butacas, otros conspirando en corrillos; se vió á sí mismo envuelto en la red de pereza y de intriga. La comedia de salud pública se representaba, no ya en un hemiciclo de Palacio, sino en un teatrito de género chico que se llamaba *teatro Iturbide*, á inmediaciones del Hospital de la Canoa donde se debaten las grandes históricas. La faena parlamentaria

tomaba del teatro lo cómico y del hospital lo histérico. Muchas palabras para nada. Él, el soldado ranchero que llegaba de la sementera y el trapiche, se sentía más fuerte para la lucha allá entre sus peones oaxacos que en aquella cámara donde los patriotismos se cotizaban, las *adhesiones absolutas* ponían por condición el goce de 200 pesos mensuales... (1). Porfirio Díaz regresó á su Noria.

En Julio de 1871, los preparativos revolucionarios se

(1) Por aquellos días tuvo lugar entre lerdistas y porfiristas una alianza política contra el Gobierno de Juárez, la cual fué llamada « fusión » y también « coalición lerdo-porfirista ». Se celebró con un banquete á propósito del cual D. Ireneo Paz en sus Memorias dice algo sobre miserias parlamentarias y su bajo fondo de intereses personales : « Recuerdo que cuando se hizo ó aparentó hacerse la fusión lerdo-porfirista tuvimos un banquete en el Tivoli de cerca de doscientos cubiertos para que sirviera de bautismo á semejante alianza. Concurrió allí todo lo notable del lerdismo y del porfirismo y se pronunciaron brindis muy acentuados y muy valientes. »

. . . . . .

« Indudablemente que los dos partidos trabajaban para hacerse del poder cada uno por su cuenta y para su exclusivo provecho; pero necesitaban estar unidos para defenderse del enemigo común. Sabían muy bien que no podían caber unidos en el Palacio nacional; pero se ayudaban ahora con la reserva que hacían de después combatirse. »

. . . . . .

« Y aquellos que tanto aplaudían los dicterios que se lanzaban al poder y que conspiraban ayudándonos con toda clase de recursos y que nos empujaban á empuñar la bandera de la revolución, tenían todavía un pie dentro del Gobierno y estrechaban la mano de Juárez llamándose sus amigos; á ellos les venía bien aquella copla traducida por Chavero en la *Hija de Madame Angot* :

« Conspirar y ganar sueldo
« Eso es lo que tiene gracia. »

« *Todos eran diputados* si ocupaban algún puesto importante en la Administración. » (*Algunas Campañas. Memorias*, Ireneo Paz. Parte 3, pag. 87, 88, 89.)

activaban con publicidad semejante á la que usan los países democráticos para las luchas electorales. La candidatura del general Díaz á la presidencia, no pudiendo prosperar en unas elecciones simuladas, se presentaba como *candidatura armada*. Había en la capital un *Directorio revolucionario* con su órgano en la prensa, el *Mensajero*, redactado por D. Justo Benítez, Zamacona, Ignacio Ramírez (el Nigromante) y otros políticos de los más ligados con el general Díaz. Integraban el Directorio, además de estos propagandistas, muchos hombres de acción, generales ansiosos de *lanzarse*, Cosío Pontones, Aureliano Rivera, Miguel Negrete, Toledo, etc. Iban y venían mensajes y emisarios del Directorio á los jefes militares de los Estados, inscritos ó por inscribirse en la conjuración. Treviño y Naranjo en Nuevo León, dualidad gemela inseparable para blandir el machete; García de la Cadena siempre dispuesto á la revuelta en su Zacatecas, Donato Guerra, ameritado militar que compartía con el caudillo la reputación de valor y honradez... Relegado este jefe por aquellos días á Durango, con su brigada, ofrecía al Directorio pronunciarse sólo, sin la brigada. En Oaxaca, Félix Díaz (el chato), hermano del caudillo, fungía de Gobernador del Estado, y se armaba.

— « Sé que vamos á perder, decía con un gesto de triste presentimiento, extraño en su habitual arrojo; sé que Juárez nos va á *amolar*; pero quiero dar á mi hermano esta última prueba de cariño. »

Según crónicas de la época, su efectivo ascendía á

cerca de dos mil infantes, quinientos caballos y doce piezas de artillería, bien dotadas.

EL PLAN

Era necesario un *plan*. La fuerza de la tradición en nuestras masas convulsas era tal que reclamaban un *plan* para echarse á la guerra, aunque no lo comprendiesen. Si, en aquel tiempo, Porfirio Díaz hubiera estado sólo con su alma, si hubiera consultado atentamente los vagos impulsos que en él y fuera de él le dirigían, sin poderlo evitar, á la lucha armada, habría hecho un *plan suyo*.

Ocurre á los autores de fecundas comociones que, al expresar sus designios, no las abarcan en toda su amplitud. Cuando Jesucristo atacaba á escribas y fariseos estaba lejos de sentir que su ataque se extendía á la hipocresía y el engaño en todas las religiones, aun en la misma que iba á proclamarle Dios. En la primera revolución mexicana el cura Hidalgo no sabía á dónde iba con su *plan* libertador resumido en el grito de: « Viva Nuestra Señora de Guadalupe, viva Fernando VII y mueran los gachupines! » — Las restricciones reverenciosas de los *insurgentes* mexicanos para con la monarquía española igualaban las de los convencionales franceses hacia la dinastía Capeto. Sin embargo, unos y otros caminaban á la abolición total de las dependencias respetadas.

En su vago determinismo, Porfirio Díaz encomendaba la redacción del plan revolucionario al Directorio de México.

Allí estaba su compañero de infancia, el expósito de San Pedro Teococuilco, D. Justo Benítez (1). Afectaba éste cierta superioridad literaria sobre Porfirio fundándose en sus estudios jurídicos del Instituto y haber obtenido un título de abogado que el general no llegó á obtener. Y Benítez empuñó su péñola de abogado como para una requisitoria contra el poder. — Resultó un artículo editorialesco con hermosas tiradas casi oratorias.

Empezaba contra el Ejecutivo :

La reelección indefinida, forzosa y violenta del Ejecutivo Federal ha puesto en peligro las instituciones nacionales. »

Seguía contra el Legislativo :

« En el Congreso, una mayoría regimentada por medios reprobados y vergonzosos ha hecho ineficaces los nobles esfuerzos de los diputados independientes y convertido la representación nacional en una cámara, cortesana obsequiosa... »

Luego contra el Poder judicial, compuesto de « agentes sumisos del Gobierno », contra los Gobernadores de los Estados « impuestos por la acción directa del Ejecutivo ».

Todos esos modos anómalos de vivir se han perpetuado en la vida gubernamental... ¿Quién duda que el caudillo reconocía en ellos otras tantas inherencias del país? — Así, el plan se convertía en un alegato de *pretextos revolucionarios.*

La violación de « la libertad electoral », la « falsifica-

(1) Véase *Porfirio Díaz, Ensayo de Psicología histórica* por el autor de este libro, pag. 64.

ción del sufragio » y otros sinónimos que encerraban la acusación capital contra Juárez quedaban reducidos á futilidades en un pueblo de electores abstinentes á quien va de molde una frase familiar atribuída á Don Benito y confirmada por el mismo caudillo de la Noria : « Si el Gobierno no hace las elecciones ¿ quién las hace ? »

El original de este plan zurcido en pedazos por el adlátere militar del caudillo, general D. Francisco Zacarías Mena, erizado de citaciones latinas é inglesas por D. Justo Benítez, modificado y corregido por Zamacona y el *Nigromante* no llegó más que á tira y tirón á obtener del caudillo medianas complacencias. Se le cercenaron los latines, las *english quotations* tomadas de una *convención* yanqui y *el plan* siguió durante varios meses en estado de embrión.

La verdad es que el jefe oaxaqueño no tenía ninguno, como lo hicieron constar los emisarios que le fueron á visitar á Oaxaca en nombre del Directorio (D. Ireneo Paz y D. Juan Muñoz Silva). « Mi plan es no dar plan revolucionario ninguno, sino sólo generalidades que no abarquen ningún compromiso para el porvenir », les dijo, con profundo acierto.

Algo digno de notarse es que el nombre de D. Benito Juárez contra quien iba dirigido, no aparece ni una sola vez en el plan, rasgo respetuoso impuesto sin duda á los autores del plan por sentimientos íntimos subsistentes en el jefe rebelde. Algo había también de personal, digno de citarse :

« Durante la revolución de Ayutla salí del Colegio á tomar las armas por odio al despotismo : en la guerra de reforma combatí por los principios, y en lucha contra la invasión extranjera sostuve la independencia nacional hasta restablecer al Gobierno en la capital de la República. »

« En el curso de mi vida política, he dado suficientes pruebas de que no aspiro al poder, á encargo ni empleo de ninguna clase, pero he contraido también graves compromisos para con el país por su libertad é independencia, para mis compañeros de armas, con cuya cooperación he dado cima á difíciles empresas, y para conmigo mismo, de no ser indiferente á los males públicos. »

« Al llamado del deber mi vida es un tributo que jamás he negado á la patria en peligro ; mi pobre patrimonio, debido á la gratitud de mis conciudadanos, medianamente mejorado con mi trabajo personal, cuanto soy y cuanto valgo por mis escasas dotes todo lo consagro desde este momento á la causa del pueblo. »

« Si el triunfo corona nuestros esfuerzos, volveré á la quietud del hogar doméstico, prefiriendo en todo caso la vida frugal y pacífica del obscuro labrador á las ostentaciones del poder. »

« Si, por el contrario, nuestros adversarios son más felices, habré cumplido mi último deber para con la República. »

« Combatiremos pues por la causa del pueblo y el pueblo será el único dueño de su victoria : « Constitución de 57 y libertad electoral » será nuestra bandera ; « menos gobierno y más libertad » nuestro programa. »

Pero su verdadero *plan* no había de producirse ni entonces ni después con el plan de Tuxtepec, nueva edición corregida y refundida del plan de la Noria, proclamando siempre al frente la NO REELECCIÓN del personal directivo. Ese plan tendría que producirse *después del triunfo*, cuando formulase reglas de gobierno cuya efica-

cia probaría la práctica. En vez de vanidades y utopías como la de « Constitución de 57 y libertad electoral », en vez de « Menos gobierno y más libertad » dirá simplemente: « Nada de política y mucha administración » envolviendo en este lema el desarme y quietud de los gobernadores, la reducción de las Cámaras á cuerpos de votación preparada, pagada y pasiva. A esas *pes* de la pacificación parlamentaria añadirá otras : puertos, puerta abierta al progreso de fuera, más peones con palas y picas que soldados y fusiles... y será su *Plan* definitivo con *p* mayúscula.

Sin embargo, el plan de la Noria tuvo que despacharse como un expediente. Lo firmó al toque de botasilla en Noviembre de 1871. Ya la revolución le había precedido.

DESASTRES PORFIRISTAS

El 1° de Octubre del mismo año el pronunciamiento *de la ciudadela* en la capital de la República señaló el principio de la segunda guerra antijuarista. Unos 300 hombres del batallón de gendarmes se amotinaron en su cuartel de la Acordada Vieja (situado en la hoy calle de Humboldt) matando á su jefe, el coronel Larragoitia. Con el grito de : « Viva Porfirio Díaz, » el cuartelazo se elevó á pronunciamiento. Acudieron para dirigirlo varios jefes revolucionarios, miembros del Directorio : Chavarría, Toledo, Armendáriz y parece que también Don Miguel Negrete : Aureliano Rivera se fué á escaramuccar por San Cosme

con un grupo de hombres montados. Varios de sus tiros hicieron blanco en el gobernador del Distrito Federal, coronel Castro, que murió en el acto.

De la Acordada marcharon á la Ciudadela, depósito de parque ocupado por reducida guardia que se rindió á la sorpresa. De la ciudadela á la prisión de Belén no había más que un paso... Fué una suelta de presidiarios seguida de encerrona de los mismos en el recinto militar y... « arriba muchachos, á las azoteas... tiren ! »

El ministro de la Guerra general Ignacio Mejía, tomaba chocolate en San Angel con un cura su amigo, cuenta un ameno cronista (1). D. Benito Juárez, que apenas tomaba chocolate y mucho menos con curas, bajó de su habitación de Palacio al patio principal y allí empezó á ordenar la movilización de tropas y el ataque, con tal serenidad, refieren testigos presenciales, como si fuese él y no su ministro de la Guerra quien tomase el chocolate. La guardia de Palacio, corrompida en parte por los rebeldes, como lo fué la de Belén, se estuvo quieta bajo la fría mirada del Indio.

Era comandante de la plaza el general Alejandro García. Las órdenes superiores iban á su nombre. Pero Don Benito no conocía por aquellos días más brazo fuerte que su general Sóstenes Rocha (2). También llamó á su lado

(1) Ciro Ceballos, *Aurora y Ocaso*.

(2) La casualidad se divierte á veces en jugar con los nombres. En Sóstenes hay *sosten*; sostén ; es claro ! de algo que se está cayendo. *Rocha* precedido de tres letras tomadas á *general* (abreviado *Gral.*) resulta *garrocha*, palabras que encierran el sentido histórico de aquel brusco

(medida política) al general Donato Guerra, de paso á la sazón en la capital, jefe ya ligado, según dijimos, con el porfirismo; pero de tanta reputación de buen soldado que se le confió un escuadrón, con la seguridad que se mantendría fiel al Gobierno, por lealtad.

Rocha desplegó sus batallones, como para un sitio. 4.000 soldados de línea contra un pelotón gendarmeril y 500 *pelados* buenos sólo para blandir el cuchillo en las pulquerías... El resultado no era dudoso. Por más que el parque y armas abundasen en la posición bien artillada, por más que mandasen dentro tres ó cuatro generalotes avezados, el fuerte no pudo sostenerse más que algunas horas contra repetidos y vigorosos ataques de fusilería. A las 12 y tres cuartos de la noche fué definitivamente ocupado por las tropas del Gobierno.

A esa hora ya el Ministro de la Guerra había acabado su soconusco y de regreso en la ciudad, llevó esta orden del día, ó mejor, de la noche, á los jefes encargados del ataque : « ¡ Nada de prisioneros ! »

Rocha se despachó á su gusto esa orden mortífera, fusilando al por mayor sublevados aprehendidos dentro y fuera de la ciudadela. Las ejecuciones se sucedieron en todo el resto de la noche hasta el mediodía del 2 de Octubre. Más humano, Donato Guerra interpretó la orden en favor de los dispersos : les dejó huir á vista gorda. Entre ellos se fueron sanos y salvos los generales.

picador militar que sostenía el crujiente edificio juarista con algo así como ensangrentada garrocha.

Total de muertos, según parte oficial de Rocha : Gobiernistas 17. — Sublevados 180.

No se dieron por escarmentados los revolucionarios con este episodio ; antes bien lo aprovecharon para incriminar á Juárez de ejercer un poder terrorista.

Las hostilidades se iniciaron casi al mismo tiempo en el Norte y en Oriente. De Monterrey á Coahuila, de Coahuila á Zacatecas una columna de cerca de 8 mil hombres avanzó hacia el Centro, al mando de los generales Treviño, Naranjo, Donato Guerra, Martínez y García de la Cadena. En Oaxaca, foco principal de la insurrección, el Gobernador Félix Díaz desconoció la autoridad federal con un decreto de la Legislatura local (fechado como el plan de la Noria en Noviembre 1871), cuyo Artículo 1° proclamaba : « El Estado Libre y Soberano de Oaxaca recobra su soberanía. »

Juárez destacó desde luego hacia Oaxaca lo mejor de sus tropas. El general Rocha no podía faltar al frente de la expedición. Se le unió otro jefe destinado á representar un papel importante en el curso final de estos sucesos: el general Don Ignacio Alatorre. Compañero fué de Porfirio Díaz en la guerra de Intervención y su hombre de mayor confianza en el asalto de Puebla el 2 de Abril de 65. No obstante, con su lustroso generalato, su físico militar acentuado por voz ronca, pecho saliente, fuerte mandíbula guarnecida de profusa barba, salió él, Ignacio Alatorre, á ponerse enfrente de su antiguo caudillo, maltratándole de palabra y obra. A una proclama en que el general Díaz invitaba á unírsele á « los hermanos de

armas » que iban á combatirle, contestó Alatorre con otra en que le llamaba *Cincinato mexicano parodiador del general Santa-Anna* y otras lindezas.

Ambos jefes, Alatorre y Rocha, con elementos superiores á los que pudieron oponerles los Díaz, penetraron fácilmente al corazón de Oaxaca. Los distritos del Estado respondieron mal á las solicitaciones revolucionarias. Particularmente el de Ixtlan pareció acordarse de que en un rincón de sus montañas había nacido Juárez, y negó contingente de sangre á los hermanos mixtecas. La antigua división aborígena de zapotecas y mixtecas renacía en pleno siglo XIX con sus oposiciones de tendencias y carácter. De un lado la raza zapoteca, « que fué de valle primitivamente, inclinada al trabajo tranquilo; del otro la mixteca con la movilidad activa del montañés (1) ». Fué la mixteca la que dió combatientes, no tantos, en verdad, que compensaran la defección de aquellos indios á quienes llegaban ecos del Manifiesto de su conterráneo Juárez ante el Congreso nacional (1° de Diciembre 1871):

« ... Alza el militarismo de otros tiempos su odioso pendón frente á la bandera de la legalidad... Su fin es demoler la obra consolidada en catorce años de sacrificios inmensos y volvernos á la época en que una revolución significaba sólo el cambio del personal en el poder, dejando siempre el campo abierto á otro aspirante más afortunado; sus promesas son tan halagüeñas como las de todos los jefes de una sedición y para escarnio

(1) Véase Porfirio Diaz. *Ensayo de Psicología histórica*, pags 114, 115.

invoca la constitución vigente, confesando que trata de reconstruirla por medios arbitrarios. »

« Tal es, ciudadanos diputados, el movimento sedicioso que ha roto la paz pública; y tal será en sus principales tendencias todo el que, con cualquiera pretexto, se apoye en la fuerza de las armas pretendiendo con ella interpretar audazmente la voluntad del pueblo contra lo que defienden sus órganos legales. Ningunos antecedentes, ningunos servicios patrióticos bastarán nunca á justificar una aberración semejante ; la Nación siempre la condenará como un crimen, pues si en algo ha progresado el buen sentido de los mexicanos con su ya larga y dolorosa experiencia, es en comprender la preferencia de las instituciones y los intereses nacionales sobre *el mérito de los hombres que alguna vez lo sirvieron.* » (1).

« Sacrificar el orden y las leyes libremente adoptadas á *los planes más ó menos ilusorios de un hombre, por muy ameritado que se le suponga*, sería hundirnos en una anarquía sin término, arruinar por completo los elementos de prosperidad en el país, destruir quizá para siempre nuestra reputación en el mundo y comprometer en lo futuro nuestra misma independencia. »

Tan rudos fueron los golpes del Zapoteca contra « la Noria » cuando le tocaba hablar, como los que le asestaron sus generales Rocha y Alatorre. La ciudad de Oaxaca fué tomada sin lucha considerable ; la haciendita de la Noria, culpable de haber dado su nombre á la revolución, declarada *locus delicti*, quedó abierta á la devastación de la tropa y de la caballada... Sólo un porfirista acérrimo cuyo plan se condensaba en el grito de « Porfirio ó la muerte », el general Luis Mier y Terán, arriesgó un serio encuentro en la sierra mixteca con una columna

(1) En esta y la subsecuente frase *en cursiva* no se disimulan las alusiones al caudillo.

perseguidora al mando del general Loaeza. Comenzada á la media noche del 21 de Diciembre, la batalla duró hasta las 7 de la mañana del día siguiente, quedando 200 hombres muertos en el campo de San Mateo Sindihui, y la victoria, como casi siempre, inclinándose del lado de Juárez.

Los hermanos Díaz, con los jefes fieles envueltos en la derrota, Pedro Galván, Manuel González, Francisco Z. Mena y otros, todos más fugitivos que beligerantes, se retiraban á la desbandada. El caudillo, entrado ya en pleno período de cálculo, daba muestras de suma prudencia en esta corta campaña. Ya no era el desalmado que citara á la victoria en sitio y hora fijos, con provocación audaz. Se veía en él al jefe de partido que buscaba en la acción el plano del fondo, esquivaba comprometer el porvenir en una jornada. Así, se iba por caminos de través, burlando las energías de Rocha... « Por aquí pasó Don Porfirio Díaz, » escribía á algún periódico de México cierto corresponsal de pueblo, « con su caballería que apenas puede andar. » Eran unos 500 caballos exhaustos moviéndose sin cesar de Oaxaca á Puebla y Tlaxcala hasta las cercanías de la capital. ¡ Muchos diputados y politicastros le habían asegurado que si se acercaba á la ciudad habría en ella un gran levantamiento en su favor ! Era la triste hora de los desengaños... Hambrientos, desgarrados y tristes, los quinientos jinetes acabaron por dispersarse. El jefe enfermo no podía proseguir. La noticia de su enfermedad circuló en la prensa. Aun se dijo que, llegado ocultamente á la capital, estaba en cama en casa de un amigo. Se dijo más : que había muerto. Era que comenzaban los

gritos de « hombre al agua » ! El periódico *La Iberia* en un artículo *de profundis* hizo reflexiones melancólicas sobre « el triste fin de aquella hermosa reputación militar ».

Quien sí murió, y de muerte violenta, fué el hermano Félix... ¡ Fecha siniestra en esta historia la del 23 de Enero de 1872 ! Con su reputación de temerario, su fiebre combativa persistente, este jefe había suscitado en su contra el encarnizamiento de la peor soldadesca, la que traquea al enemigo como fiera. El fanatismo herido de los indios juchitecos clamaba por su sangre, en expiación de desacatos cometidos contra un santón de palo que bajo el nombre de San Vicente fungía de patrón celestial del pueblo en la iglesia de Juchitán (1).

¡ Singular juego de los hechos ! Un San Vicente de piedra sirvió á Porfirio en Puebla para hacer su evasión del Carolino (2). Ahora, un San Vicente de palo iba á impedir de modo trágico que Félix se escapase... Porque á escaparse por el Pacífico llegaba á Puerto Angel, en la costa juchiteca. Todo hace creer que aquel valiente que tantas veces desafió á la muerte con acometidas neuróticas, pasaba por momentos de depresión profunda. Se dejó aprehender y maniatar por la chusma como plegándose á fatalidad ineludible. Quizá su miedo de muchacho

(1) En una revuelta de los juchitecos Felix Díaz discurrió castigarlos en lo más íntimo sacando del templo al santo patrón y haciéndolo arrastrar por las calles del pueblo. En seguida lo hizo despedazar. La cabeza quedó en poder del suegro de Félix. Esto, como los detalles sobre su muerte insertos en el texto, es lo que se ha dicho con más visos de verdad.

(2) « Porfirio Díaz. *Ensayo de Psicología histórica.* » pag. 378, 380.

« no de que lo mataran, sino de que lo hicieran padecer » le asaltó en esa hora suprema (1). Algunas promesas para devolverles su San Vicente con *ribete* no prosperaron (2). Los ejecutores le acribillaron poco á poco, llevaron el cadáver del bravo soldado á Juchitan, trofeo macabro, á lomo de burro.

FINES DE « LA NORIA » Y MUERTE DE JUÁREZ

En el Norte, la revolución emergiendo de Nuevo León y Durango, se extendió á Coahuila, avanzó luego hacia el centro el 2 de Marzo de 72 y fué á estrellarse en Zacatecas, en el cerro de la Bufa, contra las bayonetas de Rocha.

Pero por más que éste abatía pronunciamientos, los pronunciados se rehacían al abrigo del mismo enorme « desierto » que Juárez soñaba en conservar virgen de ferrocarriles para librarnos del yanqui. El 31 de Mayo, Corella, uno de los mejores generales de Juárez, era derrotado en Topo Chico, cerca de Monterrey por restos de los que 2 meses antes corrieron en la Bufa.

Poco después, el 18 de Julio, como agotado por prolongada tensión, Don Benito Juárez expiró. Se habló de envenenamiento, de terrible « afección del gran simpático », de otras muchas causas de las que inventa la estulticia ante las muertes súbitas... Aun la jerga médica no

(1) Porfirio Díaz. *Ensayo de Psicología histórica.* — pag. 72

(2) Se habló de una carta escrita por Félix Díaz á su suegro para que entregara á los matones la cabeza del santo y otra para gratificarlos con 2.000 pesos.

se había apoderado del vocablo « neurastenia », excelente para diagnosticar muchas vagas dolencias, á falta de datos objetivos. Murió oprimiéndose la región precordial, en el ansia asistólica propia de la neurastenia de forma cardíaca... El corazón se detiene como los relojes, en virtud de dos desviaciones: ó por falta ó por demasiada frecuencia de cuerda. El de Juárez se detuvo en el esfuerzo incesante de una energía desprovista de medios. Las reseñas mortuorias no dicen si murió diciendo « uf! ». Debió decirlo. Es la exclamación de los grandes humanitarios ante la madeja social enredada. Dos hombres se quedaban al frente de la maraña: Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz.

CAPÍTULO IV

GRANDEZA Y DECADENCIA DE UN PARTIDO POLÍTICO

EL LERDISMO. (GRANDEZA)

D. Sebastián Lerdo de Tejada había sido para D. Benito Juárez en sus últimos años de presidencia *el enemigo en casa.* — Primero como Ministro de Relaciones, después como Presidente de la Suprema Corte de Justicia, constituyóse en alma de la *conspiración civil.*

El ex-rector del colegio de San Ildefonso avanzó hacia el poder con procedimientos dignos de sus afinidades jesuítas. Nunca se coligó con políticos francamente ambiciosos. Había algunos de éstos, como Vallarta (1)

(1) Apenas restablecido el Gobierno de Juárez, tras la caída del Imperio, el Lic. Ignacio Vallarta excitaba enérgicamente al general Díaz para que *se pronunciase.* Un día, acompañado de su pariente y compadre Gral. Don Pedro Ogazón, le fué á ver y redobló sus excitativas diciéndole: « Si Ud. no se pronuncia, será *un traidor de nuevo cuño*... El país entero tiene los

y Ogazón, que fueron apremiantísimos con Porfirio Díaz para que se rebelase. Al contrario, D. Sebastián,

General D. Mariano Escobedo.

cuando se entendía con los revolucionarios, tomaba un aire compungido, como si se persignase mentalmente.

ojos fijos en Ud. y Ud. no se mueve. » Poco tiempo después, Vallarta, obsequiado por Juárez con el puesto de Gobernador de Jalisco, se hizo juarista.

Sabía alentar las rebeldías, pareciendo que las disuadía. Militares vacantes llegaban á confiarle tentaciones revoltosas. Los recibía regañón é indulgente, como confesor civil, ajeno á las miserias del militarismo; luego les echaba la absolución en forma de recadito á un su amigo de Hacienda para que les abonase un pico á cuenta de « alcances ». Uno de sus pocos é íntimos aliados en la milicia era el general Mariano Escobedo, militar cansado, propenso á solazarse con intrigas, dividiendo sus últimas aspiraciones entre Chamacuero (1) y una Barataria.

La Barataria de Don Mariano era el Estado de San Luis Potosí. Lo gobernaba doblemente, como gobernador y comandante militar. Allí se tejía la intriga lerdista (2). Lo más fino de la trama consistía en arreglar la sucesión de Juárez á expensas del porfirismo. El partido lerdista, con pretensiones á la suprema intelectualidad, plegábase á aceptar al general Díaz como una gran fuerza... ciega. Reconocía en él al soldado meritísimo; pero en cuanto á gobernar, « regir los destinos de la nación, » « empuñar

(1) La hacienda de Chamacuero, propiedad del general Mariano Escobedo.

(2) Publicábanse en esta ciudad muchos periódicos antijuaristas protegidos por Escobedo, de acuerdo con Lerdo de Tejada. El más conspicuo fué « el Tecolote », periódico de violenta oposición satírica contra el *Indio Juárez*. Llevaba al frente este lema:

« Cuando el tecolote canta
Un indio muere;
Esto no será cierto,
Pero sucede. »

A poco tiempo de su fundación, Juárez murió en efecto.

el timón de la nave del Estado » y otras altas metáforas... « ¡ Eso se queda para nosotros !... Pongámosle de carnaza, echémoslo á que *se oxide* con sus oaxacos por montes y y cañadas. La lucha es ruda. Nosotros la veremos cómodamente, arrellanados en los sitiales, haciéndonos la barba. ¡ Él no ! No hay *toilette* en campaña ; y como tampoco hay muda de camisas, le llamaremos el *descamisado*. Cuando vuelva de la lucha ¡ si es que vuelve ! habrá dejado pedazos de piel y de prestigio colgados en los huizaches... »

Ese *plan* inédito sí tuvo éxito. A la muerte de Juárez, el lerdismo quedaba único dueño del campo. El general Díaz, después de complicada gira por Estados Unidos, Panamá, el Manzanillo, andaba errante por Jalisco. La muerte trágica de su hermano Félix le imponía una marcha incesante en busca de guarida. Disfrazábase alternativamente de arriero y *peón de estribo*. El *pie* cuyo *estribo* simulaba cuidar, era el de un hombre que tres años después, como general porfirista, debía perder pie y pierna por él (1)... Siguió á Tepic, isla política. Allí no imperaba ninguno de los partidos que se dividían el gobierno del país revuelto. Mandaba el cacique indígena Manuel Lozada, *alias* « el tigre », general y gobernador absoluto por propio nombramiento, reconocido por el *llamado* Emperador Maximiliano de Austria. Cuando la aprehensión y proceso de éste en Querétaro, Lozada escribió al Presidente Juárez y á varios generales repu-

(1) El General D. Pedro Galván, herido en un miembro inferior en la batalla de San Pedro, y amputado luego.

blicanos, en solicitud de indulgencia para con el príncipe austriaco. Se le contestó mal ó nada. El general Díaz sitiador de México, le dió una respuesta evasiva, pero cortés; y esto le había granjeado hasta cierto punto la gratitud del cacique. Porfirio se le presentó con su humilde disfraz en que entraba un sombrero de palma común y corriente y una *bufanda*. Hubo de dársele á conocer primero como perito en campanas, con motivo de la fundición de una mandada hacer en esos días por el indio para ornamento sonoro de sus festejos. Un día le dijeron que « el maestro fundidor » era Porfirío Díaz, general de la República y candidato á la presidencia. Lozada no hizo gran caso de él; le consideró como un jefe derrotado. Acostumbrado á suprimir en su territorio á cualquiera que no llegase á rendirle vasallaje, creyó ser magnánimo con el caudillo refugiado al no mandarlo matar.

A ese lugar llegaron también otros refugiados de la revolución, los más adictos á Porfirio : el general Manuel González de quien mucho hemos dicho y habremos de decir ; el también general Francisco Zacarías Mena, prosélito mustio, pero fiel, del caudillo; el periodista Ireneo Paz, etc.

La muerte de Juárez resonó en Tepic por aquellos días. En un acceso de alegría salvaje, Lozada mandó echar á vuelo las campanas. Así fué cómo un badajo fundido por Porfirio Díaz, sin que él pudiese preverlo ni evitarlo, tocó á fiesta en la muerte de su antiguo maestro y jefe... Poco después salió de Tepic. Se sintió inseguro en el albergue deparado por la amistad falaz del bandido, más inseguro que en regiones vecinas donde nuevas persecu-

ciones se organizaban contra él. Porque D. Sebastián Lerdo, en cuyo cerebro algunos partidarios acababan de descubrir *el sol* (1), recorría sin tropiezo su prefijada trayectoria.

Apenas sube al poder con el carácter de Presidente interino, se desentiende de que los porfiristas han sido sus aliados de la víspera. Los trata como insurrectos vencidos, *favoreciéndolos* con un decreto de amnistía en que se les engloba con cualesquiera delincuentes del orden militar, inclusos los traidores que pelearon por la Intervención:

« *Ministerio de Guerra y Marina.* — Sebastián Lerdo de Tejada, Presidente Interino Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, á sus habitantes sabed:

« Que en uso de las facultades concedidas al Ejecutivo por la ley de 17 de Mayo último, he tenido á bien decretar lo siguiente.

Art. 1° Se concede amnistía por los delitos cometidos hasta hoy sin excepción de persona alguna...

. . . . . .

Art. 5° Para que puedan gozar de esta amnistía, las personas que se encuentren con las armas en la mano, deberán presentarse á los Gobernadores ó Jefes políticos respectivos, dentro del término de 15 días contados desde la promulgación de esta ley en cada cabecera de Distrito »... (Decreto de 27 de Julio de 1872.)

Con algún retardo, en Septiembre del mismo año, Porfirio se sometió al Gobierno de Don Sebastián en Chi-

(1) « Don Sebastián tiene un sol por cerebro », fué una frase corriente de 1872 á 1876.

huahua. Se le aceptó la sumisión sin reconocerle su grado en el Ejército. Fué necesario que un grupo de diputados formulase un *proyecto de ley* (sesión del 29 de Octubre de 1872) según el cual « eran de restituirse al C. Porfirio Díaz los empleos, grados y condecoraciones militares que tenía antes de los acontecimientos en cuya virtud los perdiera ». Aun así, la *restitución* quedó *de primera lectura*. Hubo el caudillo de presentarse en la capital y hacer á D. Sebastián una visita de cortesía en Palacio... Seguramente salió de ella convencido de que estaba ante un rival en pleno período de éxito Uno de sus más importantes amigos políticos, el Lic. Protasio Tagle, le confirmó en su impresión con una frase de familiaridad chispeante: « No hay que pensar en *descorvar* al novio cuando acaba de casarse... » En efecto, la voluble Política se entregaba á Don Sebastián como una desposada. Así lo declaraba la ceremonia electoral cuya *lista de escrutinio* leída en la Cámara el 16 de Noviembre de 72 por el diputado J. J. Baz, antiguo porfirista, arrojaba en favor de Lerdo y contra Porfirio una mayoría aplastante (1).

Todo era fiestas para el hombre de « la elección casi unánime ». La inauguración del Ferrocarril de Veracruz fué su marcha triunfal (2). La sumisión de todos los gobernadores y generales rebeldes, la derrota y fusilamiento del cacique Lozada, el coro de elogios veleidosos de una prensa expectante, la prosternación pasajera de

(1) Por el C. Lerdo de Tejada — 9520 votos.
Por el C. Porfirio Díaz — 604 votos.
(2) Véase Porfirio Díaz. *Ensayo de Psicología Histórica. Introducción.*

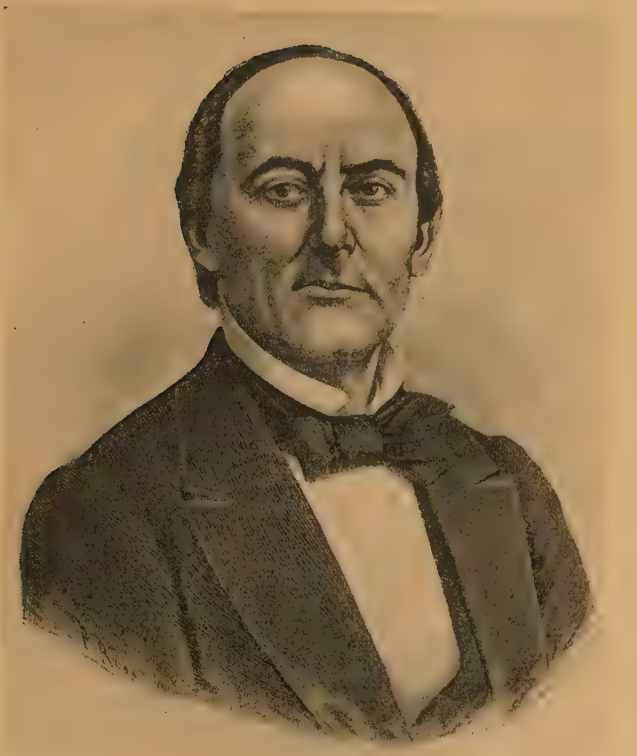
las diversas fracciones políticas ante un cerebro « sol... », todo eso marcó un momento histórico de máxima prosperidad en el nuevo gobernante.

Llegó entonces para nuestro caudillo, reducido á general desarmado y amnistiado, soportando la inmensa pesadumbre de un fracaso... llegó la hora de la duda. ¿ Qué tenía que hacer en la capital ?... Cualquier otro general de aquel tiempo, en su situación de vencido, se hubiera quedado en ella, atenido á su sueldo, tomando copitas por las noches ante una mesa de cantina. Él escapó á ese abismo de vulgaridad... Se fué más allá de su Noria destruida y arrasada, á la Candelaria, rancho situado en la costa veracruzana, al sureste del puerto, aproximadamente á una milla de Tlacotalpam.

Los raros visitantes de aquel rincón escondido entre el Golfo y el Istmo, veían allí un *jarocho* en mangas de camisa, con el ligero indumento de aquella costa ardiente, trabajando la madera en los intervalos de faenas rurales. Hacía mesas, sillas, canoas... En su necesidad de acción, viendo sus grandes esfuerzos desvanecerse en sueños, volvía á ser carpintero por una regresión frecuente, de los 42 á los 15. Era Porfirio Díaz.

EL LERDISMO (DECADENCIA).

Poco á poco, en aquel sol levante fueron apareciendo las manchas. Don Sebastián, como su hermano Don Miguel, el hacendista de la Reforma, eran altas unidades de una familia de psicópatas. Se cuentan en ella grandes his-



Lic. D. Sebastián Lerdo de Tejada, Presidente de la República (1872-76).

téricas, dispsómanos, dementes. Físicamente, el primer magistrado presentaba las desproporciones estigmáticas de una raza agotada. Cara asimétrica, acercándose notablemente por su nariz en gancho y ojos propulsos, á ciertas especies ornitológicas, desarrollo excesivo del frontal á costa de los diminutos maxilares, relación análoga del tronco obeso con las piernas pequeñas y enjutas... En ese cuerpo de Augustulillo prosperaban las *manías*. Uno de sus más notables *tics* consistía en llevarse la mano derecha al bajo vientre y hacer allí una brusca tracción hacia arriba, « como si quisiese levantarse á sí mismo, » — dijo el diputado D. Francisco Bulnes en la oración fúnebre del ex-Presidente.

Era un tic oratorio proveniente de los tiempos en que se levantaba á *argüir* con calor en las cátedras de San Ildefonso. Después se le despertaba según llegara á ser diputado, ministro ó presidente, á cada discurso ó brindis. Fué el presidente más « brindador » que ha tenido México, por lo mismo que fué el más acérrimo comensal de banquetes políticos bautizados entonces de « convivialidades ». De 74 á 75 menudearon los banquetes lerdistas en el *Tivoli* de San Cosme con gran satisfacción del maestro repostero Mr. Porraz, á quien se le atribuía una fortuna amasada rápidamente á costa de la gastronomía oficial.

Aquel comer y banquetear del presidente se hacía á pesar de la nicotina, tósigo estomacal de primer orden. Era un gran fumador de género chico, dedicado especialmente á pedestres cigarrillos de torcedura. La indus-

tria tabacalera ha destruído con el engargolado el placer preparatorio de los viejos fumadores, especie de paladeo digital consistente en *torcer* y *enroscar*. Don Sebastián torcía, enroscaba y fumaba, desde el medio de la comida, propagando, entre sus numerosos comensales, la costumbre de *comer fumando*, funesta moda, contraria al uso admitido, la cual aun tiene adeptos en México... Encendiendo un cigarrillo en otro, Don Sebastián pasaba sus vigilias en continuas espirales de humo, frecuentemente hasta el amanecer. Distracciones galantes turbaban frecuentemente la paz de sus veladas de viejo célibe. Se levantaba á las once ó doce del día... y á gobernar!

Su gobierno adoleció de ese vicio original que debía matarlo. Fué el Gobierno de un hombre que se levantaba tarde. No tuvo tiempo para ocuparse de los grandes problemas pendientes de solución. Cierto es que el ferrocarril de Veracruz impulsó desde luego el comercio con Europa, dió cierta animación á la vida monótona mexicana: á los aburridos de la calle de Plateros les permitió ir á solazarse de tiempo en tiempo con el curioso espectáculo de los *zopilotes* veracruzanos; á los especuladores políticos de la Cámara de diputados les presentó la oportunidad de ganar algo con la confección de las tarifas ferrocarrileras al gusto de la Compañía inglesa. Con el aumento de las importaciones, los ingresos de la principal aduana del Golfo aumentaron lo bastante para simular un estado de relativa bonanza financiera en los años de 1874 y 1875.

Pero, excepción hecha de ese adelanto, la situación

general del país permaneció en el atraso que guardara bajo Juárez. Siguieron oponiéndose trabas suspicaces al establecimiento de las grandes líneas americanas, siguió el Tesoro recurriendo al agio de especuladores favorecidos para llenar sus *déficit*, siguió lo sucio y lo feo reinando en las ciudades; la inseguridad dentro y fuera de ellas... Un rasgo típico: en las buenas tardes salía Don Sebastián en carruaje abierto á dar un paseo por el de Bucareli que expiraba ó el de la Reforma que nacía; con él iba un jinete bien armado, vestido de charro, trotando en brioso caballo pegado al carruaje. Era Abraham Díaz, antiguo bandido elevado á militar con cargo de *custodiar* al Presidente de la República. Muchos Gobernadores de los Estados, á imitación del Presidente, encomendaban á reputados matones altos cargos policiacos. Hechos hay que caracterizan un período de profunda desorganización.

Don Sebastián fluctuaba. Vituperado por unos en los principios de su gobierno como rojo y frac-masón, abría los brazos á los conservadores, recibía en Palacio al caduco Santa-Anna recién regresado. Atacado después como clerical disfrazado, jesuíta de educación y de raza, se revolvía contra sus tradiciones de *sanildefonsino*, exigía con gran rigor de todo empleado público la *protesta de las leyes de Reforma*, negábase á pagar la visita á Santa-Anna, decretaba la expulsión de los jesuítas como *extranjeros perniciosos*, echaba á la calle á grupos de devotas empeñadas en vida conventual (1).

(1) En el num. de 29 de Enero de 1875 decía, refiriéndose á Don Sebastián el periódico satírico « el Ahuizote »;

Detestaba al militarismo y pretendía dirigirlo. No como uno de esos estadistas belófilos que se han llamado Bismark, Gambetta ó Cánovas del Castillo, sino como un Freycinet que hubiese sido rector de colegio.

Un periódico de caricaturas, el *Ahuizote*, redactado por dos militares, el general literato Riva Palacio y el general Miraflores, valiéndose de estas flaquezas, dirigieron una campaña satírica contra Don Sebastián, goloso, crotómano, nicotómano y *general de generales*.

Referíase este dictado, según se afirmaba, á una declaración semioficial del diario del Gobierno sobre la suprema jerarquía militar que correspondía al presidente en asuntos de guerra.

Sus ojos de redondas órbitas, su nariz curva en pico de ave, le ofrecían á la caricatura como lechuza humana alternativamente cubierta con birrete jesuíta ó sombrero generalesco.

La campaña de risa dentro de la ciudad de México se transformó en 1875, fuera de la ciudad en levantamiento armado. Se llamó la revolución de Tuxtepec, resurrección de « la Noria » con el mismo caudillo.

« Su conducta vacilante hizo creer á muchos que pertenece al partido del *justo medio*, conocido entre nosotros con el nombre de moderado. Cuando quería pasar por liberal invocaba el nombre de su hermano Don Miguel, cuando quería ser tenido por conservador hacía recordar su educación clerical y el rigorismo en materia religiosa de su conducta rectoral. »

« Ese hombre, de quien dicen sus admiradores que tiene un sol por cerebro, no supo cómo caracterizar su política... Se resolvió á desempeñar el papel de lo que se ha llamado liberal intransigente. — La protesta de las leyes de Reforma, expulsión de jesuitas y hermanas de la caridad fueron sus consecuencias... »

Los episodios que de ella vamos á reseñar los hemos tomado de dos fuentes principales, ó sea de los testimonios de ambas partes combatientes representadas por sus jefes militares: de una parte el general Porfirio Díaz, de la otra el general Ignacio Alatorre.

El autor de este libro ha tenido el honor de recoger las confidencias amigables de ambos jefes.

Hay además un documento de que hará numerosas citaciones. Es la « Exposición » del general Alatorre publicada en un suelto, después de su derrota (1).

(1) Este suelto lleva por epígrafe : « Exposición de las operaciones militares practicadas en la última campaña por la División que fué á las órdenes del General Ignacio Alatorre. México, Octubre 12 de 1877. »

CAPÍTULO V

LA REVOLUCIÓN DE TUXTEPEC (BATIDO)

SE ENTABLA LA LUCHA. UN PLAN « REGENERADOR ».

El año de 1874, el general Porfirio Díaz ingresó á la Cámara como diputado por Veracruz. Reinaba en este puerto y en gran parte del Estado una verdadera afección popular por el soldado que hacía muebles y barquillas en su humilde retiro de la Candelaria.

Don Sebastián, aparentando favorecer esa elección, la combatió con vanas intrigas dirigidas á hacer pasar otro candidato. Viendo venir á la política activa á un temido rival invocado de nuevo como jefe por la oposición, intentó alejarle al extranjero. Le hizo ofrecer el puesto de ministro de la República en Berlín. Porfirio contestó al portador de la oferta algo muy semejante á esto : « diga Ud. á Don Sebastián que no tengo méritos diplomáticos para tal puesto ; que, por tanto, debo considerar su oferta como un favor ; y favores sólo los acepto de mis amigos. »

Con esto la situación respectiva de ambos quedó definida. Surgieron entre ellos relaciones de enemistad íntima. Estaba próximo á terminarse el cuatrienio constitucional á cuyo fin debían hacerse las elecciones presidenciales. En tal expectativa, los periódicos subvencionados por el Gobierno emprendieron una activa propaganda reeleccionista en favor de Don Sebastián... En un país en que el Gobierno *hace* las elecciones, la intención significaba tanto como el hecho cumplido. Los oposicionistas dieron por reelecto á Don Sebastián antes de serlo.

Y empezaron los *pronunciamientos*. ¿Qué tiene de extraño en una democracia embrionaria? — En las democracias maduras hay discusión abierta, tribunas, *meetings*; en las democracias caducas la lucha degenera en corrupciones de toda especie. En el embrión de democracia mexicana el imprimir un *plan* de « ¡*abajo el Gobierno*! » significaba tanto como la presentación de una candidatura no oficial; el montar á caballo del candidato, el echarse por pueblos y ranchos en busca de prosélitos equivalían á maniobras para ganar sufragios activos... El telégrafo noticiaba á la prensa extranjera un *pronunciamiento* en México. Era una campaña electoral que se abría, por la única puerta que podía abrirse.

Esta vez el *plan* del caudillo se llamó *plan* de Tuxtepec.

Tuxtepec es un pueblo y distrito del Norte de Oaxaca situado en la zona limítrofe con el Estado de Veracruz. No lejos del pueblo está el rancho de la Candelaria, retiro del caudillo por aquel tiempo. Las comunicaciones relativamente fáciles y frecuentes entre ambos lugares, regados por

el mismo río, el Papaloapam, fueron causa de que Porfirio visitase con frecuencia Tuxtepec, y de que allí se organizara el pronunciamiento bajo las órdenes directas del general Fidencio Hernández. En la villa de Ojitlán del mismo Distrito, y firmado por el Coronel H. Sarmiento, fué expedido el plan, confeccionado (se decía) como el de la Noria, en la cocina anónima de un Directorio Revolucionario á cuyo frente estaban los Lics. Justo Benítez, Ignacio Vallarta, Protasio Tagle y el General D. Pedro Ogazón.

Pero el plan de Tuxtepec difería visiblemente del de la Noria; ya no era como éste una manifestación sino una especie de Decreto con artículos relativos á la destitución de D. Sebastián Lerdo de Tejada como Presidente de la República y el procedimiento para sustituirlo... El principio de la *No-reelección* era en el plan simplemente una arma pasajera de combate. Por su forma militar más parece provenir directamente del caudillo, quien, desengañado de tiradas oratorias, optó por una forma autoritaria concisa, dejando á los políticos que en diversos preámbulos y comentarios á su plan, explayaran sus ideas sobre *degeneración* y *regeneración*.

Las ideas de *degeneración* nacional resultante del Gobierno epicúreo de Don Sebastián y las de *regeneración* del país por la fuerza de una conmoción armada, no se agitaron con tanta intención en la prensa porfirista como conviniera al ánimo del caudillo. Ellas constituían la fuerza espiritual íntima, ignorante acaso de sí misma, que animaba al sobrio soldado oaxaqueño enfrente de la apática sociedad mexicana inclinada á decaer en medio de

las noches prolongadas hasta el mediodía, al muelle influjo de las copas, los cigarrillos, los chocolates y otras de las dulzuras paladeadas por los directores políticos y militares de entonces. « Ejército regenerador », « bandera de la regeneración » eran expresiones favoritas del caudillo. La prensa lerdista las tomaba en broma... Después, ha habido que tomarlas en serio, ante un hombre que en treinta años de poder ha sacado su vigor de la sobriedad.

Al mismo tiempo que el caudillo, fueron saliendo de México por diversos puntos, pronunciados contra el lerdismo, como agentes armados de la candidatura porfirista, los generales Riva Palacio y Mirafuentes, perseguidos á causa de las caricaturas del *Ahuizote*; y al par de ellos, casi todos los jefes de la Noria, encaminándose por diversos rumbos hacia los mismos focos revolucionarios.

El plan de Tuxtepec ganó terreno. En el fondo el plan no era nada; la simpatía por el caudillo derrotado que volvía á levantarse lo era todo. Nunca, desde los tiempos del cura Hidalgo, se había visto un movimiento de adhesión popular tan compacto en favor de un jefe.

En los Estados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala, desde las capitales á los más pobres poblados cundía el acuerdo para favorecer con víveres, monturas, armas y hombres al soldado cuyas victorias contra la Intervención y recientes desgracias revivían unidas, engrandecidas por simpatías tanto más fuertes cuanto más rudas.

El Estado de Oaxaca llamaba de nuevo á su héroe de Miahuatlan y la Carbonera: la sierra zapoteca, no pu-

diendo ya ser juarista, reflexionaba que era caxaqueña y se hacía tan porfirista como las Mixtecas.

En el interior, Donato Guerra secundaba el plan de Tuxtepec con una proclama fechada en Guanajuato, seguida de pronunciamiento en Lagos. De los Estados fronterizos recibía el caudillo en su retiro repetidas misivas de adhesión. Venían á él los grandes amigos. Además del constante adlátere guanajuatense Francisco Zacarías Mena, llegó el fronterizo tamaulipeco Manuel González, aquel antiguo soldado de Cobos, convertido al liberalismo en el sitio de Puebla (1), y desde entonces amigo adicto, después *compadre* del caudillo. General de Brigada y gobernador de Palacio en tiempo de Juárez, había dejado las comodidades de su departamento de Palacio para unirse á él y seguir su fortuna en los días de la Noria... Conocía bien este jefe la zona fronteriza de Matamoros. En un punto de ella (rancho del Moquete) nació de padre español, y contaba en la región con muchos amigos de pelea.

Su consejo influyó en que Porfirio dejase las operaciones de Oaxaca en manos de Fidencio Hernández y Luis Mier y Terán, y fuese á buscar en Matamoros nuevo campo de acción, con poca suerte. En cambio, ese « manco » le guardaba en su brazo amputado la futura victoria.

Lo que se ha llamado *la fortuna* del caudillo no ha sido más que la resultante de su elección de cooperadores para

(1) Véase Porfirio Diaz. *Psicologia histórica*, pág. 322

ciertos fines. Pero no hablemos de « intuición de hombres » « videncia de hechos » y otras facultades sobrehumanas de que se muestran pródigos los panegiristas. Al fiarse en cuerpo y alma á su partidario Manuel González, comprometió el porvenir con un grande error, mixtura propia de las más sabias previsiones humanas.

PALO BLANCO. DE MATAMOROS Á ICAMOLE.

El 5 de Diciembre de 1875, Porfirio Díaz, Manuel González y Francisco Zacarías Mena salieron de Tlacotalpan para Nueva Orleans haciendo escala en la Habana. De aquella ciudad siguieron á Punta Isabel por mar, llegando á Brownsville por vía terrestre. Cerca de un mes permaneció Porfirio en Brownsville. Preparaba allí el levantamiento en extrañas circunstancias : alojado en casucha de madera, teniendo que guardarse de bajas persecuciones... Á pesar de la negligente confianza de Don Sebastián, el lerdismo comenzaba á inquietarse por la revolución creciente, y decidió herirla de muerte en la persona de su jefe. Las órdenes secretas para matarlo sin formación de causa y con recompensas al matador, salieron del Palacio nacional á diversos puntos por donde se suponía que entrase al país. Pronto se supo que estaba en Brownsville por las repetidas manifestaciones de simpatía de que se le hacía objeto en Matamoros. Frecuentes eran sus excursiones á esta ciudad ; una noche asistió á un baile dado en su honor. Estas idas y venidas á través del río Bravo ocasionaron las asechanzas. Un comandante

Luna fué destacado de México con orden de asesinarlo. No era esto tan fácil en Matamoros, rodeado como estaba el caudillo de amigos que aumentaban cada día! Uno de los primeros y más activos en unírsele fué el general Toledo, el mismo que se pronunció por él en la Ciudadela, y á la sazón comandante del resguardo; otro fué Miguel Tello, administrador del Timbre. Algunos llegaban hacia él de lejos, como emisarios de jefes solícitos de combinaciones: tal fué Luis del Carmen Curiel, secretario de Donato Guerra. Con éste, con el melancólico Zacarías Mena, Guillermo Rivera y Río, Pedro Toro, Cuellar, Loperena, etc. formó una especie de Estado Mayor. Manuel González no figuraba en ese grupo, porque con su actividad organizadora andaba reclutando fuerzas por los ranchos. En uno llamado Palo Blanco, los contingentes reunidos de González y otros sumaron un efectivo de poco más de 500 hombres. Á ese rancho fué el general Díaz, pasó revista á la tropa y se detuvo lo bastante para hacer al plan de Tuxtepec una *reforma* (21 de Marzo de 76), según la cual á él correspondería asumir el mando supremo el día en que, como expresaba una cláusula transitoria de dicho plan, « el jefe de las fuerzas regeneradoras ocupara el Palacio nacional (1). »

Noticias de la capital informaban á Porfirio del incremento que iba tomando el *partido iglesista* cuyo jefe Don

(1) Esta cláusula que figuró en publicaciones que hicieron del plan de Tuxtepec algunos periódicos de la capital, no se encuentra en el texto del mismo, que reproducimos, seguido de la *reforma de Palo Blanco*, al fin de este capítulo.

José Maria Iglesias, presidente de la Suprema Corte de Justicia, aspiraba á aprovecharse del artículo constitucional que le designaba para reemplazar á Don Sebastián en su sillón vacilante. Aleccionado por el pasado, no quería el caudillo que la revolución de Tuxtepec se hiciera directamente para Iglesias, como la de la Noria se había hecho en último resultado para Lerdo. De allí « la reforma de Palo Blanco, » expresión neta del sueño presidencial (1).

¿Como no sería un sueño el pretender la ocupación del mejor sitio del Palacio nacional, allí, en un rancho arrumbado en el árido litoral tamaulipeco? Con sombrero jarano y chivarras de lona, montado en un caballejo, salía aquel hombre de Palo Blanco á tomar con unos quinientos reclutas la plaza de Matamoros, defendida por unos 2.000 hombres de tropa federal y guardia nacional, provista de un fuerte bien artillado: la *Casamata*. Llevaba borradores de sus *planes* en el bolsillo y casi nada

(1) El Artº 6º del Plan de Tuxtepec designaba como Presidente interino, inmediatamente después del triunfo de la revolución al « ciudadano que obtuviera la mayoria de votos de los Gobernadores de los Estados ». Pero como la Constitución de 57, reconocida como ley fundamental por el plan, daba al Presidente de la Suprema Corte el interinato presidencial, haba que estrecharle y obstruirle la puerta de entrada. De allí la reforma de ese Artº 6º por el Plan de Palo Blanco. Según dicha reforma, el poder ejecutivo se depositaria interinamente en el Presidente de la Suprema Corte de Justicia « siempre que aceptara en todas sus partes el plan de Tuxtepec é hiciera conocer su aceptacion por medio de la prensa dentro de un mes contado desde el dia en que el mismo plan se publicara en los periódicos de la capital ».

Como no era dudoso que Don José M. Iglesias no haría tal aceptación ni mucho menos dentro de tal término, quedaba implicitamente eliminado de la Presidencia por el Plan de Palo Blanco. En consecuencia « el silencio ó negativa de ese funcionario (según el artº 6º reformado) investia al Jefe de las armas (General Porfirio Diaz) con el carácter de Jefe del Ejecutivo »

de dinero (1). Tenía en el recuerdo el fracaso de *la Noria*, en los ojos la visión de su hermano apuñaleado, en los oídos algo como el rumor de insultos de la prensa lerdista que le llamaba « descamisado », « revolucionario de diez años, » etc.

Escogió el 2 de Abril, noveno aniversario de su asalto de Puebla para atacar á Matamoros. Tomó la ciudad y el fuerte casi sin combate, debido en parte á amistades y connivencias establecidas durante su permanencia en Brownsville, en parte á una especie de sugestión militar ejercida al evocar la hazaña poblana de 1867. Las fuerzas federales al mando de su jefe Ramírez Terrón, se le rindieron tras débil defensa en el cuartel. Las de guardia nacional, capitaneadas unas por el general Toledo, otras por los coroneles Cristo y Villarreal, permanecieron inactivas. Sólo una parte, cerca de 100 hombres, replegados á la casamata, abrieron un fuego nutrido de artillería contra los porfiristas. Mandaba en el fuerte el coronel Cristo.

Este Cristo era sordo como tapia. Porfirio Díaz se destacó sólo de su fuerza, echó pie á tierra y se metió en el foso de circunvalación. Cristo tenía la guarnición sobre las armas, diseminada.

— ¿Quién es Cristo? gritó el caudillo en el fondo del foso.

El coronel, aunque no le oía, le veía, azorado de la audacia, vacilante en ordenar el fuego. Se acercó al borde...

(1) Por esos días, su esposa Dª. Delfina Ortega de Díaz recibió de él una *onza de oro* « único capital de campaña, » le dijo Porfirio. ¿ De dónde venía la onza ? Se la puso en un bolsillo del chaleco (colgado cerca de la cama donde dormía) cierto amigo de los de su *Estado Mayor* al apercibirse de su vacío monetario.

— Deme la mano, Cristo! dijo Porfirio, escalando con su agilidad peculiar el rudo escarpe del foso, y acompañando sus palabras con ademán insinuante del brazo derecho.

Cristo le dió la mano, y asiéndose de ella, Porfirio se encontró, como único enemigo, ante Cristo y su fuerza.

— « Alinearse! Firmes! Armas al hombro! Vuelta á la izquierda! Marchen! »

Estas ó muy semejantes órdenes dadas por Porfirio con segura entonación militar fueron obedecidas, y la tropa evolucionó con asombro creciente de Cristo que le dejó hacer, presa del aturdimiento especial á los sordos.

Porfirio siguió mandando. Hizo echar el puente, y por él pasaron Manuel González y todo *el Estado Mayor*. Así, en unas cuantas horas, el fuerte y la ciudad fueron suyos. El comercio de Matamoros favoreció esta fácil victoria. Ocurrencia notable ha sido en las campañas del caudillo la extraña confianza que ha solido inspirar al comercio para el avance de fondos, particularmente al comercio español. El instinto mercantil de almacenistas y tenderos husmeando futuras solvencias, no se engañó. Porfirio presidente ha pagado las deudas de Porfirio revolucionario, al menos la mayor parte (1).

(1) Un caso de solvencia entre varios: cierto arriero *riquito* de Puebla, Concepción Guerrero, bien conocido en los Estados de Puebla y Veracruz bajo el nombre del *tio Chon*, prestó constante ayuda á la Revolucion de Tuxtepec con su recua de mulas. (Transporte de armas, parque, heridos, etc.) Al triunfo de la Revolución se le reconoció un crédito de 25.000 pesos cuyo pago se le fué haciendo paulatinamente, quedando todavia pendiente de pago un saldo como de 5000 pesos cuando el arriero murió. Un dia, poco después de la muerte, su viuda fué á ver al presidente, atribulada y llo-

Gracias á lo cual, pudo Porfirio equipar la fuerza incorporada formando una división de 2.500 hombres en condiciones relativamente satisfactorias para una columna de pronunciados. Con ella salió de Matamoros á principios de Mayo, deducción hecha de una pequeña guarnición dejada en la misma ciudad al mando del general Manuel González.

La columna porfirista se dirigió á Mier, población también tamaulipeca y ribereña del Bravo, en los límites con Nuevo León. Allí se le unió el general Naranjo, con una brigada de caballería, destacada de la división Treviño.

Entretanto, Don Sebastián decidía atacar á Porfirio en el Norte con algo más que sicarios. El general Escobedo, nombrado á últimas fechas Ministro de la Guerra en sustitución del célebre Don Ignacio Mejía, dejó el Ministerio y marchó á Matamoros con 5.000 hombres, obedeciendo á la orden presidencial de hacer la campaña en la zona revuelta.

Inseguro Porfirio del efectivo con que Escobedo venía á atacarlo, destacó á su encuentro al general Toledo con el 1º de caballería al mando del jefe Loperena, tiradores del Bravo con su coronel Tomás Hinojosa y un piquete

rosa, lamentando que acreedores exigentes le fueran á rematar una finca (casa y huerta), única herencia marital. Presentaba al mismo tiempo la cuenta de crédito que su marido le había dejado, con las cantidades recibidas y el saldo cuyo pago se dificultaba. « Con esta suma no perdería yo mi casita », decía la anciana. Ocurría esto en época de apuros del Tesoro, y las primeras gestiones del presidente ante el Ministerio de Hacienda no dieron resultado. Entonces, de acuerdo con el Ministro de Gobernación y Gobernador del Distrito se recurrió á un fondo extraordinario: *Las multas de juego*, para proporcionar los cinco mil pesos á la viuda de tío Chon.

de exploradores mandado por el comandante Alejo Sánchez, total, unos 600 hombres que hubieron de limitarse á tirotear á Escobedo en un punto llamado Llano de Incas.

Mientras Escobedo ocupaba Matamoros, Porfirio con 800 hombres evolucionaba cerca de Monterrey acampando en Topo Grande, luego en villa García, en un radio de 5 á 10 leguas de la capital nuevo-leonesa. El jefe militar de esta plaza, fiel al Gobierno lerdista, era el general D. Carlos Fuero, y su guarnición se componía de 3.000 hombres. Salió Fuero de Monterrey con 2.000 hombres de las tres armas y atacó á la fuerza porfirista en el punto Puerto de Indio cerca de otro, Icamole, que dió su nombre al encuentro.

El ataque iniciado por Porfirio le fué favorable. Tomó prisioneros 29 oficiales entre ellos al teniente coronel Méndez y al capitán García Carrillo, hermano del Gobernador de Coahuila, y además unos 130 soldados. Después, ante la superioridad en número y calidad del enemigo se retiró en orden, refundió en su fuerza á los soldados prisioneros ; al tercer día de la batalla, dejó en libertad á los oficiales en la hacienda de Anhelo enviándolos con recursos al Saltillo. Ganó en ese encuentro cuatro carros de vestuario, botín que le sirvió para vestir á sus hombres de Matamoros, la mayor parte *rancherada*.

Total de porfiristas muertos : cerca de 40. Los muertos de Fuero pasaron de 100.

Tal fué en resumen la célebre *batalla de Icamole* que los periódicos lerdistas de la capital y los Estados transfor-

maron en « terrible derrota » del caudillo, sólo porque éste no entró victorioso á Monterrey y prefirió retirarse ante una fuerza doble (1).

Sin ser una derrota, ese encuentro acaecido el día 20 de Mayo de 1876 señaló en la revolución de Tuxtepec el término de las operaciones en el Norte. Juzgó el caudillo que poco avanzaría en los semi-desiertos del Norte para dar un golpe decisivo, y como noticias de Oaxaca le informaban de las creces que adquiría la agitación en Oriente, decidió reponer allí, con su presencia, el núcleo revolucionario.

Dejó en Monclova (antigua capital de Coahuila) á los generales secuaces Mena, Naranjo, Charles, etc., y confió á Manuel González, el más activo y organizador, la difícil tarea de dirigir los elementos del Norte hacia el centro de operaciones. Al efecto, salió este jefe de Matamoros salvando las fuerzas allí ganadas de un choque adverso con las superiores de Escobedo. Llegó con ellas á Victoria, capital de Tamaulipas, y siguió, engrosándolas siempre, á través de las serranías de San Luis Potosí y Veracruz (Huaxteca potosina y veracruzana)... Ya le encontraremos en momentos críticos, al final de esta narración.

(1) Por mucho tiempo, aun después del triunfo definitivo de la revolución de Tuxtepec, el despecho lerdista sacando partido de la retirada del caudillo después de ese encuentro, lo persiguió con el epíteto de *el huyón de Icamole*. ¡Extraño *huyón*, que atacó con ventaja á dos mil soldados de línea con un millar escaso de hombres, una gran parte de los cuales eran rancheros cerriles!

AMERICANISMO

En 1876 Tejas no era el Estado que los mexicanos de hoy atravesamos en un vuelo. Porfirio tuvo que recorrerlo en partes á paso de caballo. Y ¿ quién dirá que fuese indiferente el contacto obligado de ese hombre con la vida yanqui aun en sus más apartados villorrios? Allí asistió al proceso civilizador del sajón donde quiera que sienta la planta ; allí vió el rancho mexicano, de peladas tierras y míseros xacales en tiempo de Santa-Anna, elevado de repente á minúscula ciudad, con sus casas de madera, jardincitos arbolados, aguas canalizadas, baños, hoteles, salas de espectáculo, todos los elementos de la moderna vida colectiva improvisados en pequeño para desarrollarse en grande al impulso de nuevas generaciones.

Esa visión del genio urbanizador del pueblo vecino debía ser en el espíritu del errante « pronunciado » germen ideal caído en surco fecundo.

Siguió á Nueva York para trasladarse por mar á Veracruz « porque mientras más lejos se embarcase menos difícil le sería desembarcar », decía el caudillo aludiendo á la vigilancia y persecución de que le hacía objeto el gobierno lerdista. En ese viaje hubo de ver también los centros populosos del Norte. Las magnitudes ; los enormes bloques habitados, de 20 y más pisos ; las chimeneas gigantes cubriendo el cielo de carbón, alma volátil de las máquinas ; hombres y mujeres marchando afanosos con el mismo apresuramiento, como movidos por un solo anhelo... todo eso le hablaba de una gran fuerza anima-

dora : el *negocio*. Y admiró al yanqui. Ya no fué en su alma el *coco* antropófago con que le inquietaron cuando niño ni el Atila invasor que turbó sus sueños de soldado. Fué el atleta civilizador, pródigo de acción y avaro de tiempo (*time is money*), positivo (*business is business*), egoísta (*America for Americans*), y sin embargo simpático en su desdén del peligro, generoso de su dinero y de su vida en los mismos arrebatos del *negocio*... A un vecino así organizado convenía estrecharle la mano, aunque su apretón fuese algo rudo.

Y ese reconocimiento del genio norte-americano se resolvía en el fondo de su propia energía en un sentimiento de imitación, fiebre de lucha, voluntad de proseguir la empresa acometida aun á costa de la ruina y de la muerte.

Desde su paso por Brownsville y toma de Matamoros, oficiales tejanos le alentaron con simpatías y felicitaciones. Estas se repitieron en el curso de su viaje. En *los Estados* todo lo que implique proyecto atrevido suscita entusiasmos, ya se trate de trasbordar en salto mortal la *herradura* del Niágara ó excursionar á los espacios siderales.

Todo lo que va á seguir en esta interesante vida llevará el sello del americanismo. La rapidez con que el jefe pronunciado se elevará á la presidencia de la República á través de enormes obstáculos materiales y legales será algo más que la simple resultante del valor oaxaqueño.

¡HOMBRE AL AGUA!

A mediados de Junio se embarca en Nueva York á bordo del vapor *City of Havana* destinado al puerto de este nombre, con escala en los de Nueva Orleans, Tampico y Veracruz. Podía decirse de ese vapor que era un buque lerdista, subvencionado como estaba por el Gobierno de México para el servicio postal, bajo la intervención directa de la casa Cardeña y Co, cuya principal *compañía* era el mismo D. Sebastián Lerdo.

Desgraciadamente no había otro transporte que escoger, so pena de perder bastante tiempo, grave ocurrencia en tierra yanqui.

Tuvo que disfrazarse con peluca, espejuelos de color y otros adminículos que le dieron un aire correspondiente á la supuesta personalidad de un doctor cubano, muy inteligente en cirugía, pero extravagante (para justificar su apartamiento de los pasajeros) y muy dado al alcohol. Con el fin de sostener esta reputación de borracho solitario, el caudillo bebía sin cesar grandes vasos de un vino tan verdadero como su doctorado cubano. Era agua rociada con un jarabe purpurino.

No pudiendo evitar que le pusieran compañero en su camarote, se mostró de tal modo insociable que el socio obligado se quejó, obtuvo la traslación á otro camarote, y dueño completo del suyo, pudo Porfirio creerse seguro en buque enemigo.

La vasta conspiración porfirista que se extendía por todo el país penetró en el *City of Havana*. Era *contador*

del barco un americano que empezaba á mexicanizarse y respondía al nombre de Alejandro Coney. En inteligencia con otro gran conspirador porfirista, el coronel Juan de la Luz Enríquez, comandante del resguardo en Veracruz, el contador Coney había recibido de aquél, en previsión del embarque de Díaz, intrucciones para protegerlo. Aun sin ellas, como buen americano, simpatizador del peligro, hubiera hecho por él lo que va á verse.

A pesar de tantas precauciones, no faltó en el vapor algún pasajero que sospechase al general Díaz bajo el disfraz cubano y comunicase á otros sus sospechas. Cuando llegó el vapor á Tampico, el rumor que corría en el buque llegó á oídos de algunos oficiales de un destacamento de tropas del Gobierno que se embarcaron para Veracruz. Acababan éstos de verlo en la campaña del Norte; algunos fueron sus prisioneros. No había disfraz que valiese contra sus miradas inquisitivas. El caudillo se sintió descubierto, y lo que es más: vigilado por centinelas de vista. Lo que iba á suceder, conforme al orden regular de los hechos en aquella época, no era dudoso. La aprehensión y ejecución del jefe de la revolución, dispuestas y ansiadas por el partido imperante se imponían á la previsión como un desenlace ineludible. Y no sería un proceso político ni un consejo de guerra lo que iba á acabar con esa vida. Era una de esas ejecuciones de encrucijada, tan comunes en la historia de las revoluciones mexicanas. La suerte de Porfirio se identificaba con la de Félix Díaz en una hermandad fatal de origen y destinos... á no ser que ocurriese algo extraordinario.

Y ocurrió. Porfirio Díaz se echó al mar. Fué á las 4 1/2 de la tarde del 21 de Junio de 1876. Antes de echarse, se dió cuenta de la situación del barco fondeado á unas 2 leguas y media de la costa, con la proa dirigida hacia tierra. Calculó que debía prescindir de salvavidas para no ofrecer blanco á los tiros, que su vestido debía aligerarse hasta el simple calzón de baño, con el fin de utilizar plenamente sus facultades natatorias; que el enemigo no eran sólo los soldados lerdistas, sino también los tiburones abundantes en esa parte del Golfo; y por tanto debía ir armado de cuchillo.

Era sin duda un cuerdo el que se echaba, acostumbrado á medir el peligro que eludía y el que afrontaba. Y sin embargo, cuando se echó al agua por babor, dos gritos predominaron distintamente entre la tripulación. El primero fué « hombre al agua! »; el segundo « ese hombre está loco! Vamos á salvarle! »

El primer grito resonó como un gemido del animal humano compasivo á sus horas; el segundo era la voz de la eterna estulticia dispuesta á tratar de loco al que procede por motivos y fines que á ella se le escapan; los dos gritos complicaban la situación de un nadador hábil con una persecución encarnizada... para salvarlo!

El caudillo hubiera podido llegar á tierra fácilmente, puesto que nadó y nadó bien desde las 4 1/2 hasta las 6 1/2. Pero perseguido como fué por una lancha de remeros *salvadores*, su esfuerzo útil se perdió en escarceos para librarse de ellos, en zambullidas para ocultarse. En esta lucha tragó agua, le sobrevino el hipo y se vió obligado

á acogerse á la lancha, en estado próximo al agotamiento.

Al ser reconducido al buque, le esperaban los tiburones de á bordo bajo la forma de oficialitos ávidos de proezas y de ascensos fáciles. El capitán que mandaba en jefe se distinguió por su insistencia en aprehender al caudillo que seguía regurgitando. Le puso guardia á la puerta del camarote, *capilla* flotante de un « pollo gordo » (era la designación soldadesca) destinado al sacrificio en aras de un partido.

Pero lo *extraordinario*, aquel salto al agua, desafío silencioso á las olas y á los tiburones de mar y tierra, había torcido el destino. El capitán del barco se interesó decididamente por el perseguido, hizo entender á los perseguidores que la bandera estrellada daba á su barco la consideración legal de un pedazo del territorio americano y alejó á la guardia del camarote. A la protección del capitán se unió el apoyo moral de los pasajeros impresionados por la peligrosa hazaña. Particularmente, un grupo de españoles hizo una manifestación de solidaridad en favor de un hombre que era como ellos « pasajero » y á quien debían defender personalmente en caso necesario.

Con esto Porfirio se consideró casi seguro en la travesía ; pero ¿ al llegar á Veracruz ?... Esta interrogación le decidió á arrojarse segunda vez al mar, protegido por la noche que avanzaba.

Entre 10 y 11 subió sobre cubierta por el ventanillo de su camarote. Se disponía á saltar al mar con un salvavidas cuando cerca del ventanillo del camarote contiguo apare-

ció el contador Coney. Andaba éste por allí á caza de una aventurilla galante con cierta pasajera guapa, mujer de un marido octogenario... Ambos al percibirse, se detuvieron. Desprendióse por un momento el uno del ventanillo y de la pasajera ; el otro del salvavidas y de la barandilla de cubierta que iba á salvar... — « Se va Ud. á matar ! » exclamó Coney ; y logró disuadirle. Convinieron en que Porfirio se ocultaría en el camarote del contador y éste correría la voz de que se había arrojado nuevamente. Como botaran al agua el salvavidas, quiso la casualidad favorecer la combinación con el hallazgo en la playa de ese objeto « ensangrentado ». Tal afirmaba el parte del hallazgo dirigido al Gobierno de México por autoridades tampiqueñas y de que fué informado el capitán del « *Havana* ». La tal « sangre » no era otra cosa que manchas de rojiza herrumbre... ¡ El general Díaz quedó, desde ese momento, á Lordo y en la costa tampiqueña, virtualmente muerto, despedazado por los colmillos de los tiburones ó por algún escollo submarino !

LA ALACENA

En realidad estaba encerrado en una *alacena* del camarote de Coney. No era posible tener cerrada la puerta de una « cabina » de contador, que es en los navíos una especie de oficina pública, sin inspirar sospechas á los oficiales. Estos no sólo entraban libremente á la conta duría, sino que la declararon su sala de juego.

Porfirio, sentado en un banco, con las piernas apartadas en ángulo máximo, oprimidas las rodillas por la puerta de la alacena, tenía que pasar aquellas largas horas del juego de naipes en actitud, silencio é inmovilidad de momia.

Los oficiales hablaban mucho de él, como que su nombre, su intentona de escape y su supuesto fin trágico llenaban, por decirlo así, la atmósfera del barco. Hablaban mal, como hablan los pequeños de un gran enemigo caído... Así, á la tortura física del encierro hubo de agregarse el tormento moral del denuesto saliendo de bocas de militarcillos que recogían en su diálogo toda la baba que acumulaban entonces contra el antiguo guerrero de Oriente los periódicos lerdistas. El contador Coney, siempre vigilante, temiendo á cada paso que descubrieran á su protegido, tenía que asistir á estas reuniones. Y tenía que aprobar! Indignarse, protestar, hubiera sido torpeza insigne de su parte, tanto como delatarse *porfirista* y poner á los enemigos en guardia avizora contra el engaño. Aprobar, reforzar la maledicencia, levantar la copa para aplaudir la injuria, era salvar al injuriado!

Seis días duró esta doble tortura. Al cabo de ellos, faltaba lo mejor: escapar.

DE LA ALACENA Á OAXACA

Á pesar del rumor que corría sobre su muerte en el mar, rumor que se extendió rápidamente de la capital de

la República á casi todo el país, reinaba en Veracruz un estado de ansiosa expectativa.

El muelle y playas vecinas, balcones y azoteas, todos los lugares de donde podía tenerse vista sobre el puerto, estaban llenos de curiosos á la llegada del *City of Havana* el día 27 de Junio. Por la novelería contagiosa de los pequeños centros, todo Veracruz sabía, con bastante anticipación al hecho, que el *vapor de Porfirio Díaz* iba á llegar... ¿ Vendría el caudillo vivo ó muerto ? ¿Venía preso ó le aprehenderían al desembarcar ? ¿ Lo fusilarían? Enigmas que la imaginación tropical sobreexcitada se figuraba ver resueltos al anclar el « *Havana* » como al descorrerse el telón en el acto final de un drama.

Las autoridades lerdistas participaban de la excitación. Ordenaron que el buque fuese ocupado militarmente ; pero el capitán, no disimulando ya sus simpatías decididas por el caudillo (hubo entre ambos cambio de señas masónicas) se opuso á dejar entrar tropas, oposición que hizo respetar con el auxilio pedido á un cañonero americano surto en la bahía. Hubo entonces despliegue de tropas en el muelle, bullir y rebullir de policías y celadores.

Afortunadamente para el caudillo, en el personal de vigilancia abundaban los partidarios decididos de la revolución y los vacilantes ; unos y otros dispuestos á hacer la vista más ó menos gorda. El comandante Juan de la Luz Enríquez, alma de la conspiración, envió á Porfirio un pobre traje de *jarocho*, calzón, camisa y *chilapeño*, con que se disfrazó al salir de su alacena.

Tuvo que esperar en un pasillo del entrepuente á que

llegara el momento favorable para trasladarse á una lancha. Un mensajero debía darle aviso ; luego, en la lancha un pañuelo blanco le daría la señal del trasborde. Pero mientras esperaba en el pasillo aquel, se desarrolló una aventura que se presta á más de una reflexión sobre la intervención de lo cómico en las situaciones más graves, sobre las miserias á que se ven expuestas las más altas personalidades en los días mismos que preceden á su elevación. Aquel día, el hombre que dentro de poco iba á dirigir el país *fué bañado por un negro.*

Y no en uno de esos lujosos baños turcos americanos en que robustos etiopes tienen por oficio duchar y frotar á los hidrófilos. No ! El baño fué en el mismo pasillo y en parte peor... El negro lavaba el entrepuente con una manga de riego. Vió á un jarocho en actitud de eclipsarse y se le antojó un intruso deslizado hasta allí con mal fin y á despecho de las prohibiciones. Dirigió sobre él su manga. El bañado protestaba en buen español, en mal inglés, con ademanes. Pero el negro no cedía... ¿ Quién no conoce la perfidia chocarrera de estos hijos del África enganchados á bordo ? El negro duchaba y duchaba al caudillo, aparentando no verle ni oirle... Cerca estaba un excusado ; un mal retrete para el servicio. El caudillo se acogió al sucio rincón. Y el negro implacable le persiguió hasta allí con su ducha... Del 28 de Junio en que esto sucedía al 16 de Noviembre en que ganó de hecho la presidencia, no había más que cuatro meses y medio... un soplo de tiempo entre la ducha del excusado y los honores de Tecoac...

Minutos después, destilando agua salada de toda su

ligera vestimenta, Porfirio, al borde de una escotilla del buque, veía llegar una lancha en la cual por el uso de la señal convenida, reconoció la que debía llevarle á tierra. Esa lancha y otras próximas llegaban para recibir y transportar al muelle un buen número de pacas de algodón, cuya descarga se hacía con grúa. Porfirio se asomó por la escotilla, y echando un vistazo hacia arriba, vió la cubierta llena de gente agolpada á la baranda. — « Hay mucha gente en la borda, dijo el caudillo á un remero que venía hacia él ; á ver si la quitan de allí para pasar sin ser visto. » — « Son de los nuestros allí puestos para que no se pongan otros, » respondió el remero. Quedaba otra dificultad. Tal vigilancia se ejercía desde tierra que algunos guardias provistos de anteojos estaban haciendo la cuenta y recuenta de los hombres de las lanchas, y observando á los que las ocupaban al salir del « *Havana* ». Una ocurrencia desgraciada vino á sostener la fortuna del caudillo : el gancho de fierro de un cable de la grúa hirió en la cabeza á una anciana sentada en una de las lanchas de descarga. Cayó la vieja privada de sentido ; un tropel acudió en torno de ella... « Ahora ! » y Porfirio se echó á su lancha rodando una paca de algodón. En camino hacia la costa se tendió en la estiba, húmeda y plagada de bichos... Se fué enseguida á un banco donde le cubrieron con una vela ; mas como su cuerpo se dibujó bajo ella atrayendo las miradas recelosas de vigilantes que estacionaban en el muelle y cruzaban la bahía, se estuvo medio hundido bajo una paca. Hecha la descarga, la lancha, aparentando regresar al « *Ha-*

vana » por más carga, viró á sotavento al pardear la tarde... Oscurecía cuando desembarcó el caudillo en punto solitario de la costa. Allí le esperaba un agente de Enríquez para proporcionarle montura y acompañarle.

No le duró mucho la compañía ni el caballo. Llegado á un ranchito llamado Ríofrío, al borde de un estero, los escasos jarochos de los xacales lo acogieron bien, como buenos porfiristas. Luego huyeron al par que el compañero, á la aproximación de una fuerza lerdista, con todo y caballos. Porfirio pasó entre la tropa desconcertando al jefe enemigo que le reconoció, á fuerza de audacia. Tomó uno de los botes amarrado á la orilla del estero, y remando él mismo, se fué al otro borde. Se encontró solo á través del despoblado. Ni un techo, ni un alimento. Caminó á pie toda la noche.

Aquí, ciertos narradores romancescos han colocado un episodio en que el caudillo aparece echándose sobre un viajero solitario para despojarle de su caballo y armas. Es una invención (1).

El caudillo llegó al día siguiente á una ranchería desde donde se comunicó con su fiel partidario de Veracruz, Enríquez, quien le mandó el mismo día un caballo y dos acompañantes montados.

Se dirigió á Oaxaca donde la revolución avanzaba como

(1) Interrogado el general Díaz por el autor de este libro sobre lo que hubiera de cierto respecto de tal encuentro, le declaró que no hay nada de verdad en esta aventura forjada por unos y prohijada por otros en nacraciones fantasistas. Los auxilios necesarios, para trasladarse á Oaxaca, los debió sólo á la solicitud de D. Juan de la Luz Enríquez.

marea viva. Vamos á observarla hasta su fin, en el último capítulo de este libro.

Los planes de « Tuxtepec » y « Palo Blanco » á que nos hemos referido en el curso de este capítulo, no pueden faltar en un libro como éste que es, ante todo, documentario.

No importa que estos planes, por la fuerza de las circunstancias y los hechos, hayan perdido su valor primitivo en la evolución política y social del Caudillo. Ellos son rigurosamente históricos y oficiales. Se publicaron en el primer número del *Diario Oficial* de la era porfirista (después de la interrupción que este diario sufrió á la caída del Gobierno de Don Sebastián Lerdo de Tejada) con fecha lunes 4 de Diciembre de 1876. Los reproducimos á continuación, por vía de suplemento al capítulo V.

PLAN DE TUXTEPEC

Art. 1. — Son leyes supremas de la República, la Constitución de 1857, l acta de reformas promulgada en 25 de Septiembre de 1873 y la ley de 14 de Diciembre de 1874.

Art. 2. — Tendrá el mismo carácter de ley suprema, la No-Reelección del Presidente de la Republica y gobernadores de los Estados.

Art. 3. — Se desconoce á D. Sebastian Lerdo de Tejada, como Presidente de la República y á todos los funcionarios y empleados por él, así como los nombrados en las elecciones de Julio del año pasado.

Art. 4. — Serán reconocidos todos los gobiernos de todos los Estados que se adhieran al presente plan. En donde esto no suceda, se reconocerá interinamente, como gobernador, al que nombre el Jefe de las armas.

Art. 5. — Se harán elecciones para Supremos Poderes de la Unión, á los dos meses de ocupada la capital de la Republica, y sin necesidad de nueva convocatoria. Las elecciones se harán con arreglo á las leyes de 12 de Febrero de 1857 y 23 de Octubre de 1872, siendo las primarias el primer domingo siguiente á los dos meses de ocupada la capital, y las secundarias el tercer domingo.

Art. 6. — El poder Ejecutivo se depositará, mientras se hacen las elecciones, en el ciudadano que obtenga la mayoría de votos de los gobernadores de los Estados, y no tendrá más atribuciones que las meramente administrativas.

Art. 7. — Reunido el 8º Congreso constitucional, sus primeros trabajos serán: la reforma constitucional de que habla el art. 2º, la que garantiza la independencia de los municipios, y la ley que de organización política al Distrito Federal y Territorio de la Baja-California.

Art. 8. — Son responsables, personal y pecuniariamente, tanto por los gastos de la guerra como por los perjuicios causados á particulares, todos los que directa ó indirectamente cooperen al sostenimiento del gobierno de D. Sebastián Lerdo de Tejada, haciéndose efectivas las penas desde el momento en que los culpables ó sus intereses se hallen en poder de cualquiera fuerza perteneciente al ejército regenerador.

Art. 9. — Los generales, jefes y oficiales que con oportunidad secunden el presente plan, serán reconocidos en sus empleos, grados y condecoraciones.

Art. 10. — Se reconocerá como general en jefe del ejército regenerador, al C. general Porfirio Diaz.

Art. 11. — Oportunamente se dará á reconocer al general de la línea de Oriente á que pertenecemos, cuyo jefe gozará de las facultades extraordinarias en hacienda y guerra.

Art. 12. — Por ningun motivo se podrá entrar en tratados con el enemigo, bajo la pena de la vida al que tal hiciere.

Dado en la Villa de Ojitlan del Distrito de Tuxtepec, á 10 de Enero de 1876. Coronel en jefe. H Sarmiento. Siguen las firmas.

PLAN DE PALO BLANCO

Art. 1. — Son leyes supremas de la República, la Constitución de 1857, el Acta de reformas promulgada el 25 de Septiembre de 1873, y la ley de 14 de Diciembre de 1874.

Art. 2. — Tendrá el mismo carácter de ley suprema la no reeleccion del Presidente de la Republica y gobernadores de los Estados mientras se consigue elevar este principio al rango de reforma constitucional, por los medios legales establecidos por la Constitución.

Art. 3. — Se desconoce á D. Sebastián Lerdo de Tejada como Presidente de la Republica y á todos los funcionarios y empleados por él, así como los nombrados en las elecciones de Julio del año de 1875.

Art. 4. — Serán reconocidos todos los gobernadores de los Estados que

se adhieran al presente plan. En donde esto no suceda, se reconocerá interinamente como gobernador al que nombre el jefe de las armas.

Art. 5. — Se harán elecciones para Supremos Poderes de la Unión á los dos meses de ocupada la capital de la República, en los términos que disponga la convocatoria que expedirá el jefe del Ejecutivo, un mes después del dia en que tenga lugar la ocupación, con arreglo á las leyes electorales de 12 de Febrero de 1857 y 23 de Diciembre de 1872.

Al mes de verificadas las elecciones secundarias, se reunirá el Congreso, y se ocupará inmediatamente de llenar las prescripciones del art. 51 de la primera de dichas leyes, á fin de que desde luego entre al ejercicio de su encargo el Presidente constitucional de la República y se instale la Corte Suprema de Justicia.

Art. 6. — El Poder Ejecutivo, sin más atribuciones que las meramente administrativas, se depositará, mientras se hacen las elecciones, en el Presidente de la Suprema Corte de Justicia actual, ó en el magistrado que desempeñe sus funciones, siempre que uno ú otro en su caso, acepte en todas sus partes el presente plan, y haga conocer su aceptación por medio de la prensa, dentro de un mes, contado desde el dia en que el mismo plan se publique en los periódicos de la capital. El silencio ó negativa del funcionario que rija la Suprema Corte, investirá al jefe de las armas con el carácter de jefe del Ejecutivo.

Art. 7. — Reunido el 8º Congreso constitucional, sus primeros trabajos serán : la reforma constitucional de que habla el art 2; la que garantiza la independencia de los municipos y la ley que dé organización política al Distrito Federal y Territorio de la Baja-California.

Art. 8. — Los generales, jefes y oficiales que con oportunidad secunden el presente plan, serán reconocidos en sus empleos, grados y condecoraciones.

Campo en Palo Blanco, Marzo 21 de 1876. Porfirio Díaz.

CAPÍTULO VI

LA REVOLUCIÓN DE TUXTEPEC (BATIENDO)

DETALLES RETROSPECTIVOS

« El guante estaba arrojado. Hay que osar todo contra el desorden. Ningún soldado está obligado á vencer ; pero todos lo están á combatir (1). »

Con estas palabras, tomadas al periodista francés, Granier de Cassagnac, comienza el general Ignacio Alatorre la ya citada « Exposición » sobre sus operaciones militares contra la revolución de Oaxaca en 1876.

Don Sebastián Lerdo de Tejada no se apresuró á inclinarse para *recoger el guante*. Es lo que se desprende de las primeras líneas de la Exposición. En su concepto, el plan

(1) *Le gant était jelé. Il faut tout oser avec le désordre. Nul soldat n'est tenu de vaincre, mais tous sont tenus de combattre.*

Tal es el epígrafe original, de una oportunidad cuestionable. Se lo dió al general Alatorre uno que en aquella época era joven escritor de la prensa lerdista, amigo íntimo del general y muy dado á las citaciones francesas : José Negrete.

de Tuxtepec, segunda edición corregida y aumentada, del de la Noria, tenía que fracasar como la primera en el terreno de las armas, á los primeros embates. Estos, no le corrían prisa... Por los mismos días en que salió á luz el plan de Tuxtepec decidió, arrollando el parecer contrario de su ministro de la Guerra, reducir el ejército más de lo que Juárez lo había reducido. La cuarta parte de muchos batallones, aun los mejores, fué dada de baja. Cuando se quiso reintegrarlos, hubo que tomar reclutas; y como la escasez del Tesoro se acentuaba á principios de 77, la movilización de tropas hacia Oaxaca se hizo irregularmente. Se subdividían batallones y cuerpos; se tomaba de ellos, aquí una compañía, allá un piquete. Resultaban columnas expedicionarias compuestas de no unidas, sino yuxtapuestas fracciones, « lo cual daba margen á que la fuerza armada careciera de cohesión ».

Probablemente el desmenuzamiento de los cuerpos obedecía también á la idea de evitar defecciones en masa. El *laissez faire* de Don Sebastián se combinaba con una desconfianza profunda de la fidelidad militar. El antiguo profesor de *lógica* del colegio jesuíta tenía la suya propia... Mejor quería batallones malos que buenos batallones dispuestos á « pronunciarse ».

La movilización se hizo con el mismo desorden que reinaba en la organización de las columnas. Oficiales lerdistas enviados á Oaxaca como exploradores dieron oportuno aviso de la preparación de elementos revolucionarios en la villa de Tuxtepec. Declara Alatorre que propuso se situara allí una guarnición suficiente. Se le oyó.

General D. Ignacio Andrade.

(Era entonces senador y simple consejero en el ramo de Guerra.) Pero ninguna fuerza salió á guarnecer el lugar donde se preparaba la cuna de la revolución.

No sólo eso: el 5º batallón, de guarnición en la ciudad de Oaxaca, al mando del general Cáceres, fué dividido en dos, y este jefe recibió la orden de marchar á Chiapas con medio batallón. El refuerzo pedido para robustecer la débil guarnición oaxaqueña tardó en llegar... Entretanto, el pronunciamiento estalló libremente en Tuxtepec y poco después Fidencio Hernández, que había levantado la indiada zapoteca de la sierra de Ixtlán, tomó sin gran resistencia la ciudad de Oaxaca.

Fué entonces cuando Don Sebastián, comenzando á alarmarse, buscó en torno suyo al jefe que debía renovar en Oriente la campaña antirrevolucionaria de 1870. De los dos que la habían dirigido, Rocha, convencido de conspirador por cuenta propia, andaba en Europa, desempeñando una de esas comisiones ilusorias que disimulan el destierro. Quedaba el otro jefe, Don Ignacio Alatorre, *politiqueando* en un sillón del Senado. Lerdo acudió á él. Este general manifiesta que no era amigo, más bien enemigo político de Don Sebastián; pero que su deber de soldado le forzaba á servirle. Con su buena hoja militar abrillantada en el asalto de Puebla, con su pecho finchado, su negra barba en collar, labio despectivo y ronca voz, el General Alatorre parecía el *homme tout fait pour le grand rôle*.

El 1º de Febrero de 76 salió de la capital á dirigir la campaña contra el Estado insurrecto.

LA CAMPAÑA DE OAXACA DURANTE LA AUSENCIA DEL CAUDILLO

Faltaba, para combatir la revolución, el nervio de Juárez, la hipnotización del soldado por el hombre civil. Faltaban la *previsión* y la *provisión*, elementos de combate que el gran indio sabía poner en juego sin combatir.

En su « Exposición », Alatorre deja ver el desaliento con que llega á Tehuacán, cerca del límite con Oaxaca. Cuenta en esta ciudad su efectivo :

155 infantes de Orizaba, de varios piquetes de los cuerpos de la 2ª división.
180 del 18º procedentes de Yucatán á las órdenes del general Cabañas.
400 pertenecientes al 4º y 23º á las órdenes del coronel Ibarra. Parte de ellos habían sido recientemente reclutados en esta ciudad días antes, y aunque este jefe tiene la aptitud necesaria para formar buenos soldados en poco tiempo, no había contado ni con ese tiempo para poner á aquellos reclutas en buenas condiciones de servicio.
85 hombres de caballería de la guarnición de Puebla.
100 dragones que guarnecían á Tehuacán.
80 rurales á las órdenes del coronel D. Manuel González (1).

Total 1.000

A esos mil se añadiría : « Una parte de 190 que se le de-

(1) No confundirlo con su homónimo porfirista, Manuel González, á quien hemos visto operando en el Norte y veremos en breve decidiendo la victoria de la revolución.

bía incorporar en la Mixteca á las órdenes del general Topete.

Como artillería : 4 piezas de montaña.

Con tales elementos se emprendía la campaña contra un enemigo cuya fuerza era así apreciada por el jefe lerdista : « La autoridad del Gobierno no era reconocida en ningún lugar del Estado... En la ciudad de Oaxaca había cuatro mil hombres entre los cuales se contaba la parte del 5° que allí cayó prisionera, y los batallones de guardia nacional que en instrucción y disciplina igualaban á los del Ejército... Lo escabroso del terreno ofrecía al enemigo inmensas ventajas para sostener una guerra defensiva. »

El Gobierno lerdista de Oaxaca ya no podía residir en ningún punto del Estado. Fungía de Gobernador y Comandante militar el Lic. D. José Esperón, hombre de traidores recuerdos (1).

Había tenido que correr de Oaxaca y establecer su « Gobierno » en la ciudad poblana de Tehuacán. Al encontrarse en ella con Alatorre le habló de su influencia en las Mixtecas ofreciéndole ejercerla para engrosar en esa región oaxaqueña sus elementos militares.

El 7 de Febrero sale Alatorre de Tehuacán, pasa la frontera oaxaqueña por Teotitlán, sigue á Tecomavaca, y á medida que se interna crecen sus lamentaciones guerreras... « De Tecomavaca podía marchar directamente por la carretera hacia la capital ; pero operación seme-

(1) Secretario del Gobierno de Oaxaca bajo el Imperio.

jante, con tan poca fuerza compuesta en parte de reclutas, por un camino que ofrecía al enemigo ventajosas posiciones fortificadas ya, era loca aventura ; estas consideraciones me movieron á seguir por las Mixtecas. »

¡ Mala vía ! Cuantitativa y cualitativamente, las multitudes porfiristas de Oaxaca en 76, diferían poco de las que de 65 á 67 operaban contra franco-austriacos y méxico-traidores. Las Mixtecas eran su campo habitual de maniobras.

Llegado á Yanhuitlán el 14 de Febrero, en lo más escabroso de la Mixteca, Alatorre « después de penosa marcha, en que pierde alguna tropa por insolación y deserción » reconoce « encontrarse en medio de un territorio enteramente enemigo». En vano espera los auxilios de Esperón. Este señor se muestra digno de su nombre haciéndose esperar demasiado... « La realidad era, concluye Don Ignacio, que nada debía yo esperar de la cooperación de aquel señor. »

Luego, sintiéndose cercado en Yanhuitlán, aumentan en torno de él los *Esperones* : eran éstos el ministro de la Guerra, el Presidente Lerdo, y hasta el bravo coronel Topete que tardaba en unírsele con el 19° Batallón.

« Me apresuré á comunicar estos informes de situación angustiosa; al Sr. Lerdo y al Ministerio de la Guerra para que proveyeran á tan difíciles circunstancias.... La nación entera sabe que nada se dispuso y quedé en presencia de un enemigo poderoso abandonado á mis solos esfuerzos. »

El tramo no era corto, en aquel tiempo, de Yanhuitlán á la Capital para pedir auxilios y sobre todo para recibirlos

oportunamente, en vísperas de un encuentro... El 17 en la tarde, se presentan varias columnas del enemigo por la parte oriental ; el comandante Don Jesús Márquez encargado de observar el movimiento de aproche, le informa que aquellas columnas no bajan de 4000 hombres.

Reduzca el lector esta cifra y aumente otras, en cuanto le sugiera la tendencia natural de los generales en campaña á exagerar las fuerzas enemigas y rebajar las propias.

El 18 de Febrero tuvo lugar el encuentro de Yanhuitlán que después se llamó batalla del Jazmín, nombre de un cerro donde en ciertos momentos se localizó la lucha.

LA BATALLA DEL JAZMÍN

Habla el general Alatorre :

« Al amanecer del 18, el comandante Márquez que, durante la noche, había estado explorando á la cabeza de nuestra escasa caballería los puestos del enemigo, me participó que éste, con toda su fuerza, se movía sobre nuestro frente. »

« Dispuse que el coronel Ibarra marchara en observación sobre el frente del enemigo con una columna de 400 infantes ; y que el comandante Castro con 260 hombres, lo hiciera sobre nuestra derecha en reconocimiento. »

« En efecto, el enemigo, con toda su fuerza, marchaba en aquel momento en dirección al cerro del Jazmín, inclinándose sobre su izquierda, y esto revelaba la intención de interponerse entre el coronel Topete y nosotros. Esta operación era necesario impedirla sin pérdida de tiempo, porque de lo contrario aquella fuerza estaba perdida y su derrota era segura ; mi movimiento, pues, que al principio fué de observación, se convirtió en ataque. »

« Ordené al coronel Ibarra que atacara la derecha del enemigo y al comandante Castro que lo hiciera sobre la izquierda, quedando en el centro una compañía de zapadores y otra del 1º del Distrito para apoyar en caso necesario á cualquiera de aquéllos. El capitán 1º de artillería E. Suárez, desde nuestro centro, y el capitán 2º C. Pasos por nuestra izquierda, cada uno con dos piezas, debían batir las masas enemigas. Los piquetes de caballería se pusieron á las órdenes del general Cabañas. »

« El comandante Castro atacó al enemigo en el cerro del Jazmín con tal bizarría que, no obstante el nutrido fuego del segundo y las asperezas del cerro, en pocos minutos se puso á quemaropa: ordené al teniente coronel Beltrán, que con una compañía de zapadores reforzara aquella columna. »

« El coronel D. Juan N. Ibarra atacó á la vez con su acostumbrado arrojo la derecha enemiga: arrolló la primera línea y sostuvo un duro combate con 400 soldados, reclutas en su mayor parte, contra 2,000 hombres posesionados de una altura. »

« Aquella desproporcionada lucha no podía durar más: por fortuna, la columna del coronel Topete apareció, por el camino de Tejuapam á Yanhuitlán: el objeto principal se había conseguido y se dió la orden de retirada para el pueblo. »

« Este movimiento ofrecía serias dificultades. Entre el cerro del Jazmín y Yanhuitlán media una llanura de más de una media legua, que era preciso atravesar en el mejor orden para no ser envueltos por el numeroso enemigo que nos perseguía tenazmente. »

« El coronel Ibarra que en el ataque había recibido dos fuertes contusiones en el pecho y perdido su caballo acribillado á balazos, sostenía la retirada, acompañado del comandante Márquez, también herido. »

« El general Cabañas la sostenía por la derecha con los restos de la columna de Castro, y tanto el caballo de éste como el de aquél estaban heridos. »

« Una compañía del batallón del Distrito y el piquete de caballería sostenían el centro á mis inmediatas órdenes. »

« El coronel D. José Mª Flores que había quedado con 200 hombres cubriendo nuestra retaguardia, tomaba activamente, con el valor y la serenidad que le distinguen, las medidas de defensa que la situación exigía. »

« El coronel Topete, con la parte de su bizarro batallón, el 19º, formado ya en línea, rechazó el avance del enemigo sobre nuestra retaguardia : en esos momentos estábamos casi envueltos, porque la superioridad numérica de aquél le permitió rebasarnos por los flancos. »

« Logramos sin embargo retirarnos con buen éxito ; el enemigo continuó atacándonos en los suburbios de la población con el mayor vigor : pero rechazado, tuvo necesidad de replegarse á las cimas de las alturas que á medio tiro de fusil rodean y dominan á Yanhuitlán.... »

« El enemigo, desde las alturas, continuó haciendo un fuego vivísimo hasta muy entrada la noche. A la madrugada siguiente, abandonó sus posiciones retirándose á distintos puntos. »

« Me era imposible perseguirlo inmediatamente porque mis tropas estaban diezmadas, y después de combatir 10 ó 12 horas necesitaban descanso. »

« La nación conoce, por el parte que oportunamente di al Gobierno, las fuertes pérdidas sufridas en esta acción de armas : ellas llegaron casi á una cuarta parte de la fuerza. Sin embargo de esto, de la escasez de municiones y de recursos, aquellos valientes jefes, oficiales y soldados conservaron su moral. »

« El día 20 se levantó el campo ; el enemigo había abandonado en él algunos heridos, muchos cadáveres, una gran cantidad de mochilas y algunas municiones. »

Y Esperón ?

« Entretanto hacíamos nuestra concentración, el Sr. Esperón, gobernador y comandante militar del Estado de Oaxaca, marchaba precipitadamente de Yanhuitlán, rumbo á Coixtlahuaca, seguido de las personas que le rodeaban. Arrastró consigo en aquella fuga

á muchos pusilánimes y esto aumentó considerablemente la dispersión que era natural en aquellas circunstancias, sobre todo en los soldados reclutas.

Con esa retirada concluyó ese efímero gobierno militar, sin embargo de que ni el de la Federación lo relevó, ni el Sr. Esperón renunció.» (Alatorre, *Ibid.*).

SIGUE Y TERMINA LA CAMPAÑA DE ALATORRE EN OAXACA

Después, sigue Alatorre confinado en Yanhuitlán, pueblo de historia claustral, preferido por los frailes españoles en las soledades mixtecas para sus divagaciones ascéticas. Allí se pasa los últimos días de Febrero en un medio favorable para echar hasta México suspiros militares de Tebaida: cartas á Lerdo y á Mejía en solicitud de auxilios.

Uno y otro se los envían; pero á cortas dosis y de tan mala suerte que caen en manos del enemigo.

El 27 sabe Alatorre que el general Corella viene en su auxilio por Coixtlahuaca á 6 ó 7 leguas de Yanhuitlán, con 400 caballos y un convoy de municiones y dinero... Fué una fiesta en el campamento; no sólo por los caballos y el dinero, sino por la reputación del jefe Corella, cuya indomable energía venía ejerciéndose desde la Noria contra el porfirismo. Su hoja de servicios al Gobierno estaba empañada por la derrota de Topo Chico, de fresca data, y ya se le descontaban los triunfos que obtendría su natural arrojo espoleado por el deseo de vengarse.

Un aviso de la aproximación de Corella á Yanhuitlán

decía que « la mulada de su convoy venía destroncada por las fuertes marchas ». Ordena entonces Alatorre al aguerrido coronel Topete que salga á encontrar á Corella con una columna de las tres armas y mulas de repuesto.

« En la noche del mismo día 27, el coronel Topete me participó que el general Corella había sido derrotado en el pueblo de San Cristóbal Xochistlahuaca.

« Al momento dispuse marchar yo mismo con una segunda columna en busca del general Corella y de los restos dispersos de su fuerza, tomando por un camino de travesía llamado de Cieneguilla ; en él encontré al siguiente día al general, con poco más de 80 caballos de varios cuerpos.

« Personalmente me informó entonces este valiente jefe de su derrota ; en ella perdió todas las municiones y recursos que me enviaba el Gobierno, excepto cinco mil pesos que el pagador general D. Carlos Gómez pudo salvar. » (Alatorre, *ibid.*)

Después de ese golpe « el enemigo, al sentir nuestra aproximación, agrega Alatorre, tomó una elevada y espesa montaña, por donde se retiró sin que fuera posible más que hacerle algunos disparos de artillería ».

Este rasgo delinea el carácter general que revestirá la revolución, carácter derivado de la lucha de guerrilla contra los franceses.

Por más fuertes que llegaran á ser, los insurrectos eran siempre los *pronunciados*, con más ó menos cualidades de chusma mal armada que reconocía superioridad de armamento y disciplina en las *tropas del Gobierno*. Ataques de sorpresa, seguidos de retiradas en dispersión, campamentos de zorros atisbando la buena presa desde los ma-

torrales. De repente, ya no había pronunciados. La vasta soledad escabrosa recobraba su yerta apariencia. La fierecita dormía, digiriendo el botín.

Así pudo Alatorre salir el 2 de Marzo de Yanhuitáln, sin más compañía que los coroneles Ibarra y Topete, el pagador Carlos Luna y una pequeña escolta. Dejaba en aquella población á Corella con una guarnición reducida á 600 hombres. Iba al lejano Tehuacán (no había otra estación telegráfica menos lejana) á reanudar por telégrafo sus diálogos desesperados con la presidencia.

« Fácil hubiera sido á los revolucionarios batirme ventajosamente durante mi marcha; pero poco emprendedores me dejaron libre un camino que les presentaba tanta ventaja para destrozarme impunemente. Sólo algunas guerrillas me tirotearon á larga distancia (Alatorre. *Ibid.*). »

En todo el mes de Marzo, Alatorre no cesa de conferenciar. Se le ve el deseo de trocar el vestón de general por la levita del político. A sus conferencias telegráficas con Don Sebastián y con Mejía en demanda de hombres y dinero, suceden otras en la Mixteca con los sub-jefes de la revolución oaxaqueña, gobernador Meijueiro y general Fidencio Hernández. Los emisarios de estos últimos combinan con Alatorre un armisticio y plan de desarme « sobre la base del cambio de la personalidad de Esperón por alguna otra como gobernador de Oaxaca ».

Se entró en esos arreglos el 18 de Marzo; el 23 del mismo mes, Fidencio Hernández burlando el armisticio, comunica á Altorre que « no acepta negociación de ningún

género, porque en el plan revolucionario proclamado, no soló se desconocía al Gobierno del Sr. Esperón, sino al mismo Sr. Lerdo, por haber sido la causa principal de los males de ese Estado y de la nación ».

Este lenguaje correspondía á un avance y batida general del Gobierno en Puebla y Oaxaca. La plaza de Tehuacán, dejada por Alatorre para celebrar conferencias y abandonada luego, de orden superior, por la guarnición lerdista, fué ocupada por el jefe porfirista Coutolenne, quien con 2.000 hombres marchaba sobre Oaxaca. Corella, acorralado en la Tebaida militar de Yanhuitlán desistía de continuar las hazañas épicas cantadas por las hojas lerdistas de aquellos días. Se iba con el impotente Alatorre fuera de «aquel Estado de Oaxaca, insurreccionado todo, según dice melancólicamente este jefe: extenso, montañoso, y tan empeñado en la revolución que en menos de dos meses había podido poner sobre las armas más de 6.000 hombres ».

A principios de Abril, por los mismos días en que Porfirio Díaz iniciaba su ingrata campaña del Norte, las fuerzas del Gobierno rechazadas en su totalidad de Oaxaca se replegaban á los Estados de Puebla, Tlaxcala y Veracruz, donde iba á desarrollarse la segunda época de la campaña anti-porfirista del general Alatorre.

LA REGIÓN DE LA LUCHA FINAL. — LA BATALLA DE EPATLÁN

Por los días de Icamole, cuando el general Díaz decidía volverse al centro de la revolución, la campaña era

activa en la región que abarca el extremo Sur de Tlaxcala, y centro de Puebla hasta el límite veracruzano. Esa parte del país, extremo oriental de la Mesa central, parecía destinada por leyes histórico-geográficas á ser el teatro final de la lucha entablada. Había en ese campo viejas raíces de combate. Desde la conquista, allí salieron los tlaxcaltecas de sus montañas á detener á Cortés. Cuando la invasión francesa, puntos cercanos á esa región, *Puente Colorado*, *Cañada de Ixtapa*, señalaron las primeras jornadas de la resistencia; por ella pasaron los defensores á atrincherarse en Puebla. En esas épocas, la lucha surgía naturalmente en la embocadura de la mesa anahuacana, á lo largo de su vía de acceso. La revolución de Tuxtepec se fijaba allí por motivos análogos en relación con el avance de la revolución oaxaqueña hacia la capital al abrigo de la sierra de Puebla. Las entradas de la Aduana de Veracruz, la libre y rápida comunicación de la capital con ese puerto, fuentes principales de recursos para el Gobierno, gozaban del privilegio de preocupar al negligente Don Sebastián. La línea del Ferrocarril de Veracruz en la parte más al alcance de los insurrectos tenía que ser para unos el eje de la defensa, para otros el eje del ataque.

Al viajero que hoy pasa á todo vapor por la escueta llanura, lisa como un tablero, de Esperanza á Apizaco, lo que menos le occurre es que á los bordes y en casillas de ese tablero, se jugaba en 1876 la suerte de un pueblo. Las locomotoras que hoy sirven al arrastre bicuotidiano de trabajadores y excursionistas, remolcaban regimientos y pertrechos. De aquellas cimas verde-grises de la sierra

poblana salían los « pronunciados regeneradores » á levantar rieles y volcar convoyes. Los regimientos no comprendían bien porqué salían á batirse ; los pronunciados tampoco comprendían bien porqué salían á destruir. Unos y otros eran fuerzas inconscientes debatiéndose sobre la gran vía, á proximidad de las ricas haciendas y los escondrijos serranos.... hasta el arribo del hombre superior que rigiese el tumulto.

800 metros abajo de ese campo de acción, en Orizaba, había fijado Alatorre su cuartel general, desde principios de Mayo.

A fines de ese mismo mes tiene lugar la batalla de Epatlán, resumen de la fase que iba tomando la lucha. Por el día 20 recibe aviso Alatorre de que fuerzas revolucionarias de Oaxaca, mandadas por Fidencio Hernández, penetran al Estado de Puebla y se reúnen en Molcajac (punto céntrico de la región indicada) con las del general Coutolenne formando una gruesa columna. El 23 sale Alatorre de Orizaba con 400 infantes y 60 caballos, y sube á la mesa por la cañada de Ixtapa. Al mismo tiempo telegrafía al general Corella recientemente posesionado de Tehuacán, ordenándole que sin tardanza se le incorpore con toda la fuerza que pudiera reunir. Nada de la lentitud de acción, general en las altitudes, tenía el ya general Corella ascendido á ultimas fechas por sus servicios en Oaxaca. Era un fornido indiazo que aspiraba á renovar la violencia y celeridad en el ataque del ausente Rocha. En unas cuantas horas se mueve de Tehuacán á Ixtapa con 800 hombres de las tres armas ; allí se reune con Alatorre.

Marchan ambos hacia el Sur por Tecamachalco y Molcajac, en pos del enemigo á quien alcanzan el 28 de Mayo en el pueblo de San Juan Epatlán. Posesionados de un cerro los de Hernández y Coutolenne sostuvieron con vigor la posición contra obstinados ataques sucediéndose á cortos intervalos, del mediodía hasta el cerrar la noche del 28... Los partes de Alatorre cantaron un triunfo de 1600 gobiernistas contra 5000 pronunciados. Sin embargo, declaraba « pérdidas sensibles » : 300 desertores ; muchos de los mejores veteranos muertos, los generales Ibarra y Corella heridos. No pudo levantar el campo, y « el enemigo salvando la mayor parte de su fuerza, se retiró por la misma cordillera que había ocupado ».

El bravo Corella, conducido á México con el cráneo fracturado, fluctuó varios días y murió.

La muerte de ese joven jefe equivalió á una derrota para el lerdismo... Don Sebastián, decaído contra su costumbre, se estiraba la pretina del pantalón, entre cigarrillo y cigarrillo, en su salón de acuerdos, ante los ministros compungidos... De repente se animó y habló de que pronto se recibirían de Europa *ametralladoras* contratadas. Entonces, uno de los ministros (empezaban á flaquear) dijo en tono profundo : « No necesitamos ametralladoras, sino ideas » (*sic*).

EL « HOMBRE AL AGUA »

A mediados de Junio, por la misma fecha en que el general Díaz se echaba al agua en Tampico, una columna

lerdista, al mando de los generales López y Sánchez Rivera batió cerca de Orizaba, á Fidencio Hernández, quien, con las fuerzas de Oaxaca, intentó pasar por allí á su Estado. Entre los muchos prisioneros, cayó el mismo Fidencio. ¡ Coincidencía fatal, si allá en Tampico hubiera perecido ó caído también prisonero el caudillo! Faltando él, la agitación nacional quedaba sin brújula, reducida á vergonzoso pronunciamiento fácil de refundirse entre los ciento precedentes.

En tal coyuntura, la política entraba en acción.

El grito de « hombre al agua » exhalado en Tampico resonó en los Ministerios, Cámara, Curia, como el requiem de la ambición militar. Surgieron los civiles, culminando en la persona del Presidente de la Suprema Corte, D. José M. Iglesias. En torno de él se agruparon prominentes covachuelistas, inclusos ministros de D. Sebastián que advirtieron también en él cierto olor á muerto.

De ahí una crisis ministerial, prolongada de Julio á Agosto, resolviéndose al fin de este mes en renuncias más ó menos forzadas de carteras. En 31 de Agosto la de Guerra pasó de las manos del general Mejía á las del general Escobedo.

Al día siguiente de su ingreso al Ministerio, tiene lugar entre este general y Alatorre una conferencia en que se trata de renovar con más vigor la campaña de Oaxaca. A ella precedieron otras con D. Sebastián y siguieron nuevas con Escobedo al efecto de extinguir definitivamente aquel foco revolucionario. Desde las primeras, Alatorre propuso una expedición magna...

« Propuse que se me confiara el mando de una división de cuatro mil hombres con dos meses de haber: de ellos se debían formar dos columnas que marcharan en combinación y que inmediatamente emprendieran el movimiento para aprovechar aquella oportunidad, á pesar de que había trascurrido más de un mes desde la derrota de las fuerzas de Oaxaca. »

¿Y para qué tal vigor contra un Estado cuyas fuerzas revolucionarias habían sido « derrotadas » ? El mismo Alatorre lo explica :

« Mientras perdíamos lastimosamente cerca de un mes en conferencias inútiles, el general Díaz con toda actividad y comprendiendo el valor del tiempo organizaba en Oaxaca un respetable cuerpo de ejército.

« Cuando llegué á Tehuacán (7 de Septiembre) supe que aquel general no sólo estaba ya en *aptitud* de defensa, sino capaz de emprender algunos movimientos de iniciativa. »

Era el revivir del « ahogado ». Según declara su adversario militar, á principios de Septiembre ya se levantaba imponente, al frente de un cuerpo de nueva formación, el hombre que en los últimos días de Junio, en calzón blanco y guarachis erraba á pie y solo por las veredas veracruzanas en busca de abrigo.

En Octubre, la última fase de la campaña se inicia con el avance del general Díaz sobre la frontera poblana. Se trata entonces de detenerle, se ve que cuando se una con Coutolenne, Cuellar y otros jefes revolucionarios posesionados de Acatlán, sus fuerzas unidas irán á operar á inmediaciones de la vía de Veracruz, en la zona de vital importancia. Los jefes lerdistas Yepes, Villagrán, Veráste-

gui, Topete y otros se mueven en el terreno montañoso al Sur de Puebla, empeñados en perseguir guerrillas avanzadas. Operan todos estos obedeciendo á órdenes de Alatorre que ha vuelto á situarse en Tehuacán.

Hay algo curioso, de difícil apreciación para la Historia, en la conducta de este jefe en este período final. Los que le tratamos en lo privado no podríamos negarle un fondo de honradez inmanente. Pero ciertas contradicciones le dan una actitud complicada. No se define porqué sale tantas veces á dirigir la campaña y otras tantas se declara impotente para dirigirla con los escasos elementos que le proporciona el Gobierno. Para explicarlo dice que ha insistido en presentar su renuncia de general en jefe, que Don Sebastián se arrogaba el mando...

« La dirección de la campaña nunca estuvo en el cuartel general sino en el Gobierno: éste quería dirigir la guerra por sí mismo, lo cual es impracticable tratándose de una revolución con carácter insurreccional... No excusaba prestar mis servicios ni dar mi sangre en cumplimiento de mi deber; lo único á que aspiraba era á evitar que se me atribuyeran las consecuencias de la mala dirección de la campaña. » (Alatorre. *Ibid.*)

Esas manifestaciones viniendo después de la derrota pierden el valor demostrativo que hubiera tenido antes de ella la abierta decisión de no salir á campaña si no se le aseguraban condiciones de éxito.

Esa decisión, esas condiciones las pudo imponer. La opinión pública coincidiendo con la del Gobierno, señalaba al general Alatorre como el único jefe capaz de oponerse al general Díaz. Cuando un joven militar (Alatorre

estaba en la edad de la plena fuerza) siente en su derredor ese movimiento impelente, *osa todo contra el desorden*, según dice su epígrafe. La ambición tenía que ejercer en él su humano imperio. Sabía bien cuán alto se elevaría si llegaba á triunfar. Así, la lucha se resumía al fin entre dos jefes militares.

Así lo entendía la opinión corriente, así también el partido político militante que bajo la advocación de « antireeleccionista » y encabezado civilmente por el Lic. D. José M. Iglesias, acabó por lanzarse á las vías revolucionarias refugiándose en Guanajuato al amparo del rebelde Gobernador, general Antillón.

Emisarios de ese partido se trasladaron en Octubre al campo de la lucha, comisionados para ejercitar allí su delicado olfateo de sabuesos.

Parlamentaban con Porfirio Díaz y hasta le siguieron en las marchas, asistieron á su lado á algunos encuentros. Lo cual no les impedía parlamentar también con Alatorre.

« El 29 de Octubre llegaron á Tepeaca (lugar cerca de la ciudad de Puebla á donde se trasladó por esos días el cuartel general de Alatorre, los Sres. Alcalde y Nicoli, miembros de la cámara de diputados y filiados en el partido antireeleccionista. Ambos solicitaron una conferencia conmigo, en la cual pretendieron que yo secundara el movimiento iniciado por el Presidente de la Corte de Justicia, Don José M. Iglesias en el Estado de Guanajuato. Tuve con ellos largas conferencias, en las cuales consideramos bajo todas sus fases tan difícil cuestión. » (Alatorre. *Ibid.*)

Estos mensajeros de la intriga (de los cuales uno, Al-

calde, presenciará poco después, en un rincón del campamento porfirista la batalla de Tecoac) presintieron sin duda que el arbitrio de la situación estaba en manos de uno ú otro general vencedor. Se quedaron por allí, y no fueron á Guanajuato.

Las pláticas de Alatorre y ciertas manifestaciones antireeleccionistas del mismo alarmaron á Don Sebastián. ¿Vió él en ese jefe un rival probable ó un servidor fluctuante? Lo cierto es que el 3 de Noviembre el Ministerio de la Guerra le ordenó que entregase el mando de su división al general José Guillermo Carbó y se presentase en México.

Con el llamamiento de Alatorre á la capital de la República coincidió un activo movimiento de jefes y tropas hacia el centro de operaciones. El general Carbó, sustituto temporal de Alatorre, venía de Jalisco y marchó de México á Tepeaca con un cuerpo de 300 infantes. El general Tolentino (que muy pronto debía defeccionar pasándose á la revolución) llegaba con su brigada mixta (de refresco) y 15 mil pesos (también *de refresco*, si tal puede decirse de una suma recién entregada por la Tesorería) á la estación tlaxcalteca de Guadalupe.

Cerca de este punto, en la estación de Apizaco acababa de situarse un jefe revolucionario á quien hemos perdido de vista desde las operaciones en Matamoros: el general Manuel González. Venía de Tamaulipas á través de la sierra potosina con una columna de fronterizos compuesta en su mayor parte de mil quinientos jinetes y artillería de montaña.

Entre estas fuerzas pasó Alatorre, llevando al Gobierno que le llamaba, la impresión de un gran choque inevitable, complicado en contra suyo de defecciones... El ministro Escobedo no le hizo caso cuando le habló de que Tolentino con su brigada y dinero llevaba trazas de pasarse al enemigo (1). A Don Sebastián no le preocupaba más que la fidelidad del mismo Alatorre. En la entrevista que éste tuvo con aquél en la noche del 4 de Noviembre, Don Sebastián arguyó como si en vez de encontrarse al borde de un abismo, estuviese todavía en su rectoría de San Ildefonso amonestando á un discípulo reacio.

« Con toda lealtad manifesté al Sr. Lerdo que había decidido

(1) El *Diario Oficial* del Gobierno de Don Sebastián Lerdo de Tejada proclamó LA TRAICIÓN DEL EX-GENERAL DON FRANCISCO TOLENTINO en su número del 6 de Noviembre de 1876 :

« Son conocidos ya los pormenores relativos á la traición que este individuo consumó antes de ayer en la hacienda de Santa Clara, cerca de Tlaxco. — Se encontraba de estación en la hacienda de Guadalupe; de aquí hizo un movimiento con su fuerza á la cual engañó cobardemente asegurándole que iban á batir á los sublevados de Tlaxco : al llegar á este punto, previamente de acuerdo con el ex-general Don Manuel González, hizo pública su traición el mencionado Tolentino. — Los jefes, oficiales y soldados han sido reducidos á prisión porque no han querido traicionar á su bandera ; algunos de esos jefes, oficiales y soldados han logrado evadirse y se están presentando. En el acto que tuvieron noticia de esa traición de Tolentino los coroneles Lojero, Parrat, el general D. Doroteo León y el jefe Irizar, lo participaron al ministerio, anunciándole que unidos se movían en persucución del traidor... Mucho ha alentado esta defección á los adversarios del Gobierno... pero tristemente se engañan los que como el traidor Tolentino y los que piensan como él, crean que los cuatrocientos hombres que han sido engañados y que están ingresando á sus filas, influyan más ó menos en la existencia del gobierno constitucional. »

El *Diario Oficial* que lanzaba tan furibundas declaraciones no era ya el órgano de un Gobierno, sino el de un partido político que caía.

dejar el servicio militar al ver que era estéril cuanta sangre se derramara, pues enarbolando los revolucionarios la bandera de la no reeleccion, habian logrado alejar la opinion pública del Gobierno, sobre todo desde el movimiento ocurrido en Guanajuato.

« Como consecuencia forzosa de este juicio, indiqué al Sr. Lerdo que en mi concepto debia renunciar ante el Congreso para que éste, siguiendo solo las inspiraciones de un patriotismo ilustrado, resolviera la cuestion política en el terreno de la ley, arrancara el debate de los campos de batalla y los males que á la nacion aquejaban encontraran su remedio en las fórmulas constitucionales . . . . . .

« El Sr. Lerdo me replicó que : « si habia aceptado su reeleccion en contra de sus intereses y aun en contra de sus mismas opiniones, habia sido exclusivamente por el bien del país ; y que cualesquiera que fuesen las circunstancias que le rodearan, se sacrificaria al cumplimiento de su deber. » — Sobre este punto discutió largamente... » (General Alatorre. *Ibid.*)

Cuatro dias despues el 8 de Noviembre , obedeciendo á órdenes del Ministerio de la Guerra, sale Alatorre de Mexico, en trenes del ferrocarril mexicano, con una columna de 500 infantes, 160 caballos y 2 piezas de montaña. Iba á tomar de nuevo el mando en jefe de « la division de operaciones. » Pero con tan pequeña fuerza no pudo pasar de Apam. El general Gonzalez, con su columna engrosada por agregaciones de bandas pronunciadas y las que le proporcionaban las defecciones del enemigo la de Tolentino y otras menores permanecia en Apizaco. Imposible comunicarse con Huamantla, para obrar en combinacion con las fuerzas del coronel lerdista Lojero. Imposible tampoco seguir á Puebla y al cuartel

general de Tepeaca. El ramal de comunicación con Puebla estaba destruído en parte por los revolucionarios. Dejando su fuerza en Apam, Alatorre regresó á México en la tarde del día de su salida.

En la mañana del día siguiente (9 de Noviembre) nueva discusión, muy reñida, con Don Sebastián. Debió concluir así, según se deduce de la Exposición de Alatorre :

Alatorre..... Por estas razones. Señor Presidente, no es posible tomar la ofensiva.

Lerdo de Tejada. — No, general! Tiene Ud. que ir á buscar al enemigo y batirlo donde lo encuentre.

Alatorre — Creo de mi deber manifestar á Ud. que hay pocas probabilidades de obtener resultados favorables.

Lerdo de Tejada. — Marche Ud. sin cuidado. No desconfíe de su suficiencia, y si en último caso los resultados le son adversos, habrá cumplido con su deber.

Al despedirse de Don Sebastián en la presidencia, encuentra al paso al Sr. Romero Rubio que fungía de Ministro de Relaciones y le dice : « El señor Presidente quiere que bata al enemigo á todo trance y dondequiera que lo encuentre. Lo probable es que voy á la derrota. »

LOS ELEMENTOS DE CADA UNO

Es difícil fijar el efectivo de ambos beligerantes. Las declaraciones de Alatorre exageran la superioridad cuantitativa del las fuerzas contrarias, disminuyen la cualitativa que correspondía á las suyas por la regimentación, armamento, provisiones... Era en lo general *tropa de Go-*

bierno, bien uniformada y armada. Tenía batallones que *daba gusto verlos* en formación y en marcha, dicen algunos viejos conocedores evocando impresiones. Ya existía el cuerpo de *rurales* con mucho de su equipo y organización actuales, y ese brillante escuadrón se aprestaba á entrar en combate bajo las órdenes directas del general Villagrán y superiores de Alatorre... Deduciendo las bajas por defección, las fuerzas lerdistas empeñadas en la última lucha han sido estimadas en unos 3.000 hombres.

Las de Porfirio Díaz se componían de las que traía de Oaxaca, las de Puebla organizadas por Coutolenne y las que al mando del general González y otros jefes, acamparon en Apizaco, luego en Tlaxco...

A estas fuerzas auxiliares se ha referido el general Alatorre en las siguientes líneas:

« La calidad de las tropas que iban á unirse al general Díaz no me era desconocida; merecían aquellos soldados la confianza de cualquier jefe.

« Eran los serranos cuyas propensiones belicosas se habían ejercitado largo tiempo hacía; eran los que á las órdenes de Don Juan Francisco Lucas habían sostenido una larga lucha por distintas causas: eran los que á las del general Méndez batieron á los franceses en Puebla el 5 de Mayo de 1862; eran los mismos que con el general Juan Crisóstomo Bonilla, asaltaban con las columnas del Ejército de Oriente la plaza de Puebla el de 2 Abril de 1867; eran los indígenas que habían estado también en tan gloriosa jornada mandados por el general Don Luis Pérez Figueroa.

« Les faltaba el uniforme y el equipo del soldado, pero no práctica ni empuje. Carecían muchos de aquellos cuerpos de arma-

mento de repetición ; pero esta falta estaba equilibrada con ventaja por el número de combatientes. »

El total de combatientes porfiristas valuado en 8.000 por Alatorre hay que reducirlo considerablemente, si de los 4.000 hombres que, se dice, venían con Porfirio Díaz de Oaxaca, se descuentan los desertores y los dados de baja. Refiere el general Díaz que el núcleo de su tropa se componía de unos 50 *amigos de infancia* que se le unieron con entusiasmo en la capital oaxaqueña al verle llegar solo tras del percance de Tampico. En Tepeji de la Seda se le desertaron 300 serranos zapotecas. Escaseaba la ración y faltaban las pagas. Por lo cual el caudillo, cuyo ideal era pelear con verdaderos voluntarios, al internarse en Puebla despidió á más de 2.000 serranos, flojos en seguirle. Así quedó con unos mil hombres engrosados luego por los poblanos del general Juan N. Méndez y los del general Coutolenne.

Estos, los de Pepe Coutolenne, como llamaba familiarmente el general Díaz á ese jefe, eran en su mayor parte *rancherada* de las haciendas de Puebla, inclusa la suya propia, porque tan apuesto partidario, de nombre y origen francés, era rico hacendado.

En la fuerza serrana de Méndez, de Tiburcio Montiel y otros, indiada á medio vestir con sus *tilmas* primitivas, se entremezclaban las hirsutas cabezas descubiertas con los jaranos rancheros. Los remingtons no abundaban tanto entre esa turba como los fusiles de chispa, algunos bromosos, otros endebles, con cañones como cerbatanas. La *artillería* que Alatorre pondera no tenía parentesco con

las ametralladoras de Don Sebastián : había muchas piezas forjadas en Oaxaca por el mismo caudillo en una fundición (más grande que la que estableció primero en la hacienda de la Noria) situada en un solar cerca del llano de Guadalupe llamado la *huerta del Tivoli*.

Con tales elementos, con un total aproximado de cinco mil hombres que no lograban unirse, Porfirio Díaz al moverse desde Oaxaca al centro de la lucha podía decir con más verosimilitud que Alatorre : « *Voy á la derrota.* »

Pero había dos fuerzas del lado porfirista que no entraban en esa cuenta corriente. Una consistía en el favor y simpatías de las poblaciones de Oriente :

« En manera alguna, dice el general Alatorre sobre este punto, podía yo conseguir recursos de las poblaciones, que mi fuerza recorría, tanto porque no debía merodear, como porque simpatizando esas poblaciones con la revolución, sus habitantes abandonaban sus hogares al aproximarnos á ellos y así eludían el pago de los impuestos y la prestación de todo auxilio.

« Esta actitud hostil contra el Gobierno se revelaba de mil maneras.

« Los jefes de la revolución tenían oportuno aviso de todos nuestros movimientos, y á nosotros, por el contrario, nos era difícil conocer los de aquéllos, sin embargo de los muchos exploradores que se ocupaban en ese servicio. El enemigo, pues, podía encubrir su movimiento positivo con las maniobras de otras de sus columnas. »

Es la verdad. La animadversión de los poblados contra las tropas del Gobierno se manifestaba también en los *guías* que tomaba Alatorre para moverlas. Le extraviaban y llegaba tarde. Mal guiado en vísperas de la última

batalla, llegará á Tecoac cuando el enemigo habrá tomado posiciones favorables.

Esos poblados que se quedaban desiertos al aproximarse Alatorre, salían al encuentro de las tropas porfiristas con canastos de tortillas, costeadas por partidarios anónimos y repartidas *gratis*.

No necesitaba más el caudillo para resolver el problema de la alimentación, y en esto radicaba su otra fuerza oculta. La tropa del Gobierno comía mejor y era más débil para la marcha. ¿ Por qué ? Porque en la tropa de Porfirio Díaz se daba de baja á todas las unidades incapaces de soportar la dieta prolongada. Así se hacía una selección de hombres sobrios y fuertes. El jefe daba el ejemplo. Cuando en su última expedición venía de Oaxaca, al llegar al mediodía á Etla, le tenían preparado un buen almuerzo en mantelada mesa. « ¡— Que socorran ! » dijo, significando con esta orden usual que pagaran á la tropa para que comiese. (No siempre las poblaciones regalaban la munición de boca.) — « No se puede, » le observaron; « se fué adelante la pagaduría. » — « Entonces, ni yo como. » Hizo tocar á marcha. Montó á caballo sin probar bocado, á pesar de las instancias para que se sentase á la mesa. A las tres de la tarde, como la sed arreciara con el calor, hizo cortar de una plantación próxima una *caña de milpa* cuyo jugo absorbió. De paso por Huitzo, á las seis de la tarde, comió un *elote*... crudo ! Y siguió la jornada á caballo, hambriento y fuerte, como su tropa.

EL VALLE DE HUAMANTLA

El valle de Huamantla, pedazo de tierra tlaxcalteca, en la parte cruzada por el ferrocarril de Veracruz, tiene al Sur la ciudad de Huamantla, al Norte un grupo de haciendas.

El valle es triste como una sábana mal tendida, cortada por vallados y barrancos, sin frondas ni verdor, todo teñido de gris ceniciento por el polvo sutil de la Mesa central en una de sus más arenosas y secas llanuras. La ciudad, casi un villorrio, es una de esas poblaciones que el ferrocarril no despierta; parecen dormir más que antes al fragor del rodaje. Hacia el Norte, al lado opuesto de la vía férrea, las haciendas, vistas desde el tren, aparecen como manchitas blanquizcas insignificantes: San Martín Notario y Guadalupe en el primer plano; Balconcillo se columbra al pie de una loma, primer peldaño de la serranía que limita el paisaje y más hacia el fondo, á la entrada de una garganta, sólo visible para un ojo viajero ejercitado, un borroncito pardusco: Tecoac.

Hacia el Suroeste, un monte de cumbre nevada rompe la monotonía del contorno. A fuerza de verlo dominando el paisaje, los indios hicieron como los chiquillos que contemplan una nube: unos, los antiguos, le encontraron formas de *enaguas de malla*; de allí *Matlacueyatl*; otros, los indios pósteros á la conquista, le descubrieron semejanzas con la cabeza de la *Malinche*, nombre que impera. Hoy por hoy, esa pirámide encapuchonada de blanco, es el

monumento natural de un suceso, brillante sudario enarbolado á 4.000 metros sobre el mar, para recordar al viajero que fué allí cerca donde murió, con el sangriento episodio que vamos á reseñar, una larga época revolucionaria.

VÍSPERAS DE « TECOAC »

Llegado que hubo á la ciudad de Puebla el 11 de Noviembre, Alatorre se dispuso á cumplir la orden de Don Sebastián : « Buscar al enemigo y batirlo donde le encontrase. » Sabe que Porfirio Díaz, prosiguiendo su movimiento de ataque se dirige en el Sur de Puebla de Tepeji á Amolcajac.

Alatorre concibe que si marcha inmediatamente al encuentro de Díaz dejará á la ciudad de Puebla abierta á la columna de González que situada en Apizaco se moverá á su retaguardia. Manda al general Carbó (quien ha concentrado en Tepeaca las fuerzas gobiernistas) que desprenda 1.000 hombres á Apizaco. El general González parece reconocerse débil y se retira al Norte, en espera sin duda de engrosar su fuerza. Allí se sitúa en Tlaxco, tras de las montañas que respaldan á las haciendítas del valle de Huamantla.

Lo que va á suceder indica que si Alatorre se mueve ligero hacia el Norte sobre González con toda su fuerza y logra batirlo, como es probable, en vista de la retirada que aquel jefe emprende ante una fracción gobiernista, el general Díaz, á gran distancia, en el Sur, hubiera queda-

do aislado y en condiciones de inferioridad absoluta. Pero el jefe lerdista se contentó con ver partir á González y situar en Apizaco los 1000 hombres pedidos á Carbó, añadiéndoles las fuerzas del coronel Valle esparcidas en Tlaxcala. Así se privó de un grueso contingente ¿ y para qué ? — « Para que vigilase la columna de González, » dice Alatorre. Lo peor fué que encomendara el mando de toda esa reserva al general Alonso, jefe de dudosa fidelidad que guiñaba el ojo á la revolución poco menos que Tolentino.

El 14 (después de tres días de inmovilidad en Puebla) sale Alatorre á ponerse al frente de las fuerzas concentradas en Tepeaca al mando temporal de Carbó. Llegan exploradores informándole de que el general Díaz viene por Tecamachalco en una dirección que corresponde al plan de unirse con González y fuerzas serranas de Méndez á través de las montañas de Tlaxcala.

El punto de interposición era Huamantla, y en efecto : á Huamantla se dirige Alatorre, á Huamantla se dirige Díaz... Sale el primero de Tepeaca á las 3 de la mañana del 15, y es entonces cuando *los guías* le llevan mal haciéndole describir una gran curva inútil por el Peñol de Amoles, en tanto que Porfirio, sin mucho madrugar y bien guiado, llegó á Huamantla por un camino directo. Para la tropa de éste fueron todas las tortillas de la población poco después del mediodía. Alatorre llegó á las 4 de la tarde con su tropa cansada y ayuna.

« Sobre la marcha, observé una prolongada polvareda, paralela á mi columna, á una distancia de cuatro á cinco leguas, y que se

extendía en dirección á la Sierra ó á la misma ciudad de Huamantla : era el enemigo. » (Alatorre. *Ibid*).

No era probablemente á Huamantla, sino de Huamantla (que acababa de ser ocupada por los porfiristas) el movimiento de la columna, apreciado así por Alatorre :

« Al punto comprendí que ya no se podía impedir su incorporación (de la columna) á las tropas serranas, si tal era su intencion. »

Coutolenne, el jefe ranchero, hábil piloto en aquel mar de arena, señaló al caudillo, como posición favorable, las primeras lomas que se avanzan en el valle.

Alatorre las llama *lomas de Guadalupe*, denominación inexacta porque la haciendita de Guadalupe está bastante retirada de las primeras lomas y separada de ellas por la barranca de Xalpatlahuaya. Sin querer entrar en nimias cuestiones de nomenclatura, preferimos ceñirnos al hecho de que después de la célebre batalla, todas las lomas que avecinan la haciendita de Tecoac han tomado su nombre en conjunto. Algunas llevan nombres especiales que tomamos del plano oficial aquí inserto. Las que Alatorre llama « de Guadalupe » eran verosímilmente las de « Zopiloatlaco » y la « Loma Larga de San Juanito. »

La vanguardia de Alatorre entró á Huamantla por el puente del ferrocarril, al tiempo que la retaguardia porfirista salía de la población por el lado opuesto. Hubo choques parciales aquella tarde. Los rurales de Villagrán cargaron con ventaja sobre una parte de la caballería revolucionaria, más numerosa, pero mal montada. Los cañones oaxaqueños rompieron un breve fuego, y la calma del valle se turbó con evoluciones de guerrilla.... La noche

Plano del Valle de Huamantla, Hacienda de Tecoac y « Lomas de Tecoac ».

entró serena, lunar, con el frío natural de la altiplanicie en Noviembre, acrecentado por las ráfagas glaciales soplando de la Malinche. La tropa lerdista de Huamantla se echó á dormir en esta población como lo hizo la porfirista en los cerros. Anotemos sin embargo diferencias apreciables.

Casa de la Hacienda de Tecoac.
En el fondo una parte del « cerro Benito ».

El general Díaz pasó la noche en vela (1), rechazando las invitaciones para acostarse en una alcoba para él dispuesta en la hacienda de Tecoac. La aprovechó el general escritor Riva Palacio que acababa de unírsele... El caudillo se paseaba en medio de sus tropas tendidas al raso, revis-

(1) Eso de velar en vísperas de batalla entraba en las costumbres militares del caudillo. Así le hemos visto velando en la plaza de San José de Puebla la noche que precedió al 5 de Mayo. (v. *Porfirio Díaz. Ensayo de Psicología histórica*, pag. 258.)

taba las guardias, vigilaba el relevo de tiradores encargados de turbar y acosar á los durmientes de Huamantla.

En esta ciudad, Alatorre se alojò cerca de la plaza de arma sen una casa de las principales, perteneciente á conocido ricachón. Se recogiò como un burgués... Al levantarse en la mañana del 16, se hizo cepillar el uniforme, se lavó y afeitó con cuidado componiéndose la espesa barba ; tomó un buen desayuno, con *pan de huevo*, y cuando lo hubo terminado, se retiró erguido, como si fuese á una parada.

« Ya vuelvo ! » dijo con su voz siempre ronca, al despedirse del señor de la casa y su familia « Sí ! Vuelvo ! Voy á acabar... » y terminó con un ademán que pareció completar una frase : « voy á acabar con ésos (1). »

Entretanto, el caudillo trasnochado, estaba de pie en la montaña, abrigándose bajo un árbol. Se hacía la *toilette* matinal con partículas de nieve que le enviaba la Malinche. Se desayunaba con una *taza de frijoles* que le trajo de la hacienda el general Riva Palacio... A las ocho de la mañana las fuerzas enemigas en presencia comenzaron á maniobrar.

LA BATALLA DE TECOAC

El curioso que, como el autor de este libro, vaya por estos días á la haciendita de Tecoac, apenas encontrará en ella algo que le diga que allí tuvo lugar una de las más célebres batallas de nuestra historia... Cascos de metralla perdidos en la arena, agujeros de balas en el muro exterior

(1) Detalles suministrados directamente al autor por el hijo del señor de la casa, testigo presencial.

de la hacienda — y un viejo ranchero, único testigo superviviente que permanece en el teatro de la acción y le dirá poco más ó menos :

— « Sí, señor : yo estaba aquí... Aquello fué un jueves. Allí (señalando á la Loma larga de San Juanito y á la de Zopiloatlaco, frente á la hacienda) estaba la *pronuncia*... D. Porfirio estaba allá arriba debajo de aquel sabino (señalando á su izquierda un árbol en la Loma larga...). *Aluego* se vinieron los del Gobierno al llano y á aquel cerro (señalando tras de la Hacienda el cerro Benito)... Los pronunciados estaban ya derrotados cuando llegaron más de ellos, echando mucho fierro, y entonces sí ganaron... Todos se revolvieron en el llano.... Yo me largué... »

Un poco de dibujo sobre este rustico boceto :

De Huamantla á la haciendo de Tecoac, la columna gobiernista marchó hostilizada por la caballería porfirista. En ese trayecto Alatorre se detuvo para conferenciar con algunos de sus principales jefes. Eran éstos : los generales Carbó, Topete, Villagrán, Cabañas y Yepes, el coronel de caballería Verástegui, el comandante de artillería Eugenio Rascón y el comandante de Estado Mayor Cayetano Rodríguez.

Les expone su plan de atacar al enemigo por el flanco izquierdo, ya que creyera difícil el ataque por el frente. Con tal fin se dirige á la Hacienda de Tecoac que ocupa sin resistencia. Esta finca no sirvió al porfirismo más que de albergue nocturno para algunos militares y políticos comodinos, como Riva Palacio, el abogado Alcalde y otros. Alatorre sólo la ocupó como punto de observación

personal y refugio de tropas entre los ataques. Los pronunciados respondieron á esa ocupación reforzando su infantería en la Loma Larga, frente á la hacienda. Comenzó Alatorre el ataque con un movimiento para apoderarse de esa loma. El general Topete recibe orden de tomarla con una brigada; varias veces inicia el ascenso con ardor; y otras tantas es rechazado con pérdidas que le obligaron á replegarse á la hacienda de Tecoac.

Una mala banda de música que llevaban los porfiristas tocó los *cangrejos* con acompañamiento de silbidos toreros. El combate empezaba alegre, como una corrida cornúpeta... Un pelotón de pronunciados bajó de la loma creyendo que el enemigo se retiraba. Pero Topete volvió sobre ellos con fuego nutrido y regresaron al cerro. Entretanto había dispuesto Alatorre ocupar el *Cerro Benito*, loma aislada, tras de la hacienda, frente por frente de la Loma larga. Allí se situó el coronel Verástegui, otro jefe que compartía con Topete la juventud florida y el ansia de distinguirse. Tenía consigo la guardia nacional de Puebla, parte del 1º de línea y dos piezas de artillería. Una fuerza porfirista, rodeando ocultamente la Loma Larga se desprendió sobre su posición y le atacó vigorosamente al son lejano de la burlona charanga. Verástegui la rechazó obligándola á retirarse, tras de las lomas, hasta la haciendita de San Buenaventura.

Con igual mala suerte se verificaron los ataques de la caballería porfirista sobre la del general Yepes en la llanura.

Hasta cierto punto, tiene razón el ranchero cronista de Tecoac... « Ya los pronunciados estaban derrotados. » Su

pobreza de armas, los defectos anexos á su popular reclutamiento, les imposibilitaba para batir un cuerpo compacto de línea, aun estando como estaban, bajo la mirada hipnotizante del caudillo. Verdad es que en sus posiciones, la fuerza revolucionaria también podía considerarse inexpugnable por los 3.000 de Alatorre. Pero no podía permanecer en ellas ni un día. Tenía que internarse en la sierra, dispersarse por haciendas y ranchos en busca de provisiones. Esa retirada en dispersión hubiera equivalido á una derrota, frente á un enemigo que se quedaba en un valle bien poblado, dueño de la vía férrea que le permitía comunicarse activamente con la capital.

En aquellos momentos, la retirada impuesta al jefe de la revolución hubiera sido su ruina moral precursora de su anulación política definitiva. Impotencia para un ataque serio, reducción del movimiento revolucionario á una devastadora agitación guerrillera... orillado á tal suerte, el caudillo se encontró como tantas veces en el vértice de ese camino angular que suele presentarse á los humanos, una de cuyas ramas va al abismo, la otra al éxito.

Porfirio Díaz llegó á creer perdida la jornada. Hacia el poniente, á retaguardia del enemigo, vió levantarse una gran polvareda. Usando de sus gemelos de campaña, reconoció que una tropa se aproximaba. ¿Sería el refuerzo gobiernista de Apizaco que Alatorre estaba reclamando desde la noche del 15 con repetidos correos al general Alonso? Era lo más probable, porque la reserva porfirista situada más lejos, en Tlaxco, vendría después de la fuerza de Apizaco si es que lograba abrirse paso.

Serían las 3 de la tarde cuando se vió la polvareda. Siete horas habían transcurrido desde el principio de la lucha. Las tropas porfiristas, cansadas unas de estacionar, otras de moverse inútilmente, dardeadas en la pelada montaña por un sol inclemente, el rudo sol invernal de la Mesa, no pedían más que retirarse ante una nueva fuerza. El caudillo seguía viendo con sus gemelos de campaña hacia la polvareda... De pronto dejó de ver y sonrió. Se oyó una detonación, luego otra, los dos cañonazos convenidos con el general González para anunciarse.

Al mismo tiempo, el general Alatorre, dudando de si aquella fuerza sería el esperado refuerzo de Alonso, mandó en reconocimiento un piquete de caballería del 3º que le servía de escolta y unas compañías de infantería.

Pronto volvió el piquete al galope, sembrando la alarma en el campo lerdista con la noticia de la aproximación de una columna de 3 á 4 mil porfiristas que á poco se evidenciaron á botes de metralla. El hombre de las balas, el que alojó en su cuerpo lo mismo balas liberales en la campaña reaccionaria con los Cobos, que balas franco-traidoras en la Intervención — Manuel González, se dejó ver, pidiendo más... Venía al frente.

El primer embate de González lo sufrió el coronel Verástegui con sus 500 hombres arrollados en su posición al pie del cerro Benito... En la necesidad de cambiar las suyas, resolvió Alatorre desplegar la columna lerdista de suroeste á noreste, apoyando la izquierda en Huamantla, el centro en la vía férrea y la derecha en la hacienda del

Balconcillo (1). Pero la retirada y persecución de Verástegui no le dejó más que ordenar á Yepes que protegiera con su caballería la retirada de aquel jefe en dirección á Bal-

La Hacienda de Tecoac. Vista tomada durante una fiesta popular, aniversario de la batalla del propio nombre.

concillo y á Topete que se moviera también de las cercanías de Tecoac hacia ese punto. Empezaban á ejecutarse esos movimientos cuando, á la orden del caudillo, la infantería descendiendo de las lomas, la caballería convergiendo

(1) En su « Exposición » Alatorre dice : « la derecha en Huamantla y la izquierda en Balconcillo » ; pero por la situación respectiva de estos lugares y el rumbo de donde venía el general González, se reconoce un *lapsus* en esa inversión.

con ella en el llano, se interpusieron entre los trozos lerdistas en vía de concentración. El avance de la columna de González á paso de carga completó la derrota.

General Porfirio Díaz. Retrato hecho en 1876 (poco después de Tecoac).

Aislado y rodeado de fuerzas superiores, agotada la defensa, Topete se rindió con su brigada (1). La caballería

(1) Entre los relatos episódicos que circularon sobre esta batalla, figura uno según el cual los generales González y Topete,

de Verástegui (desmontado por una bala que le mató el caballo), las de Yepes y Villagrán, todas muy reducidas por muertes y deserciones, encabezaron la retirada en tumulto. Un pelóton de jinetes fugitivos, escoltado por el 3º de caballería, se componía de jefes y oficiales lerdistas, entre quienes iban Alatorre, Carbó y Parrat. El jefe que en la mañana creía volver triunfante á Huamantla, iba en la tarde huyendo derrotado á Santa-Ana Chautempa.

EL MANIFIESTO DEL CAUDILLO

El general González herido (díjose que en una pierna y en el muñón del brazo amputado) permaneció en tratamiento algunos días en la hacienda de Tecoac. En la noche del 20 Don Sebastián salió de la capital de la República como alguien que huye ocultamente. El 24, el general Porfirio Díaz llegó al Palacio Nacional ocupado militarmente por una pequeña guarnición al mando del general Loaeza.

— « Decídase Ud. por mí ó por Iglesias » le dijo el caudillo. Al mismo tiempo le mostró desde un balcón una columna de sus soldados que, al mando del general Luis Mier y Terán, se acercaba al Palacio sonando clarines y tambores. El general Loaeza hizo ademán de inclinarse ante fuerza mayor. Por segunda vez después del sitio de 1867, la capital quedaba bajo el mando militar del caudillo.

El pretendiente D. José Mª Iglesias, seguido de su gru-

frente á frente, y á corta distancia, cambiaron varios tiros de revólver, resultando de allí la herida del primero en el muñón. No sabemos hasta qué punto haya verdad en ese singular combate.

po de políticos y militares, retirándose por el interior del país hasta Jalisco redoblaba sus protestas contra « el detentador del poder ». En repetidos « Manifiestos a la Nación », insistía sobre la « Legalidad ». Él era « la Legalidad », su mano « enarbolaba la bandera de la Legalidad ». El poeta D. Guillermo Prieto que le seguía en calidad de ministro reforzaba con lenguaje lírico los argumentos del abogado.

El general Díaz se movió desde México á Guadalajara en pos de aquel Gobierno soñador. Su excursión fué un paseo triunfal. Las poblaciones salían á su paso saludando al Éxito. Llevaba consigo un Ejército de cerca de ocho mil hombres. Ya no eran sus pobres *oaxacos*. Bien uniformados, armados y nutridos con los elementos que se ofrecían y los que dejó el vencido, resultaban de difícil identificación con la chusma desarrapada, la *pronuncia*, que blanqueaba días antes en las lomas de Tecoac. Al acercarse el caudillo á Guadalajara, D. José Mª Iglesias se retiró á embarcarse en el Pacífico lanzando *Manifiestos* á la Nación.

Rasgo memorable : al llegar á la capital de Jalisco faltaba dinero al caudillo. ¿ Como nutrir á tanta tropa ? Ni una contribución, ni uno de aquellos *préstamos forzosos* de los antiguos generales. Solicitó del comercio dinero á crédito, con garantía de las entradas aduanales. Una casa — bastó una ! — puso á su disposición doscientos mil pesos, que le fueron restituídos uno ó dos meses después.

Todo aquello proclamaba más alto que cien Manifiestos que acababa de surgir en el país arruinado una gran fuerza personal organizadora.

EPÍLOGO

El triunfo militar de 1876, abriendo prácticamente al caudillo las puertas de la Presidencia, no le daba más que el principio de una tarea enorme. Le faltaba un Tecoac inmaterial que le ganara millares de voluntades y de conciencias aviesas.

En el exterior se le miró con el desdén consagrado á *los presidentes sur-americanos* ascendiendo al poder, en virtud de revoluciones calificadas de motines. En el interior la opinión pervertida, escéptica de estabilidad gubernamental; los espíritus sin más orientación que la novelería, creyendo en un jefe que llegaba por una conmoción y se iría por otra semejante.

Los políticos acechaban al soldado. Estaban entre ellos los derrotados con Lerdo de Tejada y los rechazados con Iglesias. Unos y otros fomentaban esta idea ya enunciada en este libro, y de fácil aceptación: que el general Díaz, si bien valiente y hon-

rado, era un hombre de rudo intelecto, sin cualidades propias para gobernar, condenado irremisiblemente á sufrir la direccion dominadora de cualquier consejero audaz é inteligente.

Tenia todas las apariencias de tal D. Justo Benitez. Una gran parte de los políticos se arrimo á su sombra como al arbol del porvenir. Tuvo un *partido*: periodicos *benitistas*, mayoria *benitista* en la Cámara. Otra parte, se componia de irreducibles, enteramente adversos á *Tuxtepec* y á sus *regeneraciones* tomadas en broma. Este grupo conspiraba abiertamente. En publicaciones de violento ataque proclamaba la necesidad de una contra-revolucion por los mismos procedimientos que habia empleado el caudillo.

Las principales de entre ellas en la capital el *Federalista* transformado después en *Republicano* recibian subvencion de Don Sebastián Lerdo de Tejada. En su retiro de Nueva York el ex-presidente, al parecer resignado, tendia por debajo su trama jesuita. Probable es que haya influido en las resistencias del Gobierno americano á reconocer el poder naciente del general Diaz. En México, la conspiracion urdida bajo sus auspicios se extendia de la capital á varios Estados, particularmente á los de Veracruz y Yucatán. Habia *juntas* de conjurados en el centro mismo de la ciudad de México, con un

Directorio de renombrados licenciados y generales. El principal de éstos, Escobedo, dirigía la obra de corrrupción en las filas porfiristas.

La contra-revolución debía estallar en Veracruz á fines de Junio (1877). En tierra, contaba el Directorio con varios oficiales para sublevar á la guarnición de la plaza. Por mar, las tripulaciones de los vapores de guerra « Independencia » y « Libertad » *se pronunciarían* con varios cabecillas á bordo. El día 24 el « Independencia » estaba en Tlacotalpán ya *pronunciado*. Esperábase que el « Libertad » arribase en breve de Yucatán. El Gobernador de Veracruz, general Luis Mier y Terán, nervioso habitualmente, lo estaba aún más esperando el ataque. Dió por *pronunciados* á los dos barcos, cuando la tripulación del « Libertad » llegaba en orden. En su excitación mandaba al Gobierno de México comunicaciones y telegramas sobrado alarmistas. Hablaba de « bombardeo », de que « le encontrarían muerto bajo los escombros de Veracruz », y preguntaba al general Díaz cuál sería su conducta con los cabecillas. El caudillo le envió una respuesta que fué por Terán interpretada en un sentido demasiado absoluto. En este punto falta la base racional de un juicio, pues no se puede definir la *intención*. Pero es cuerdo pensar que si Terán hubiera pedido la ratificación por telegrama ó por escrito de una orden de fusilar *en caliente*, la ratifi-

cación habría limitado sus facultades ejecutorias. Quien dice *en caliente*, dice *en el calor* de un combate. El exaltado Terán no lo entendió así; y fusiló *en frío* ó por lo menos *en tibio*. Después, el delirio de persecución se fué acentuando en él hasta la ve sania en que murió. ¿No deliraba acaso ya cuando engrandecía la insurrección?

El hecho fué que al ruido de la fusilata todo entró en calma. Los conjurados abjuraron. Un grupito de cadáveres evitó los mil que hubieran resultado de una guerra civil, prolongación de la precedente. México hubiera entonces descendido al rango de un país irremediablemente turbulento, como sus pequenos vecinitos de Centro-América.

Bien necesitaba del orden ante el mundo el general Díaz para salvar la Hacienda pública en estado de bancarrota inminente. Con la afirmación de la paz, vinieron los rendimientos regulares y progresivos de las Aduanas. Al año de nacido el nuevo poder, su horizonte político comenzó á despejarse. Aplacadas las rebeldías, sólo se agitaron en torno del caudillo ambiciones inermes.

D. Justo Benítez batía la carga. El plan de Tuxtepec había proclamado la *No-reelección* presidencial, y esa proclamación de la *víspera* obligaba al general Díaz á dejar el poder al despuntar el *mañana* del nuevo cuatrienio. Como el caudillo le dejaba jugar á

leader político, el expósito de San Pedro Teococuilco se figuró que *podía*... y aprestó su candidatura sostenida por un cortejo de diputados y periodiqueros.

El desengaño no tardó en llegar. Con motivo de una *comisión* para comprar rifles Remington en que Benítez reportaba gruesos beneficios, el Presidente le dió á entender su desagrado... El putativo favorito no quería convencerse de su fracaso, y comisionó á uno de los del cortejo para que sondeara el alma del caudillo.

Este *uno* era un licenciado de filiación tuxtepecana que llevaba buenas relaciones de amistad con el general Díaz. Solía éste en aquellos tiempos ir por las mañanas á bañarse en la alberca Pane acompañado de algún amigo. Un día en que tocó al licenciado acompañarle, se decidió á hablarle de la candidatura de Benítez á la presidencia mientras el caudillo se disponía á desplegar sus facultades natatorias. Contestaba el presidente con evasivas... De repente el jurisconsulto envalentonado fué más allá: le preguntó si se interesaría por favorecer dicha candidatura. Estaba en tal momento el caudillo entregado á la higiénica tarea de jabonarse la cabeza. Al oir tal pregunta se zambulló, y apenas hubo sacado del agua la cabeza libre de espuma, respondió: « Yo, á quien apoyaré para la presidencia será á *mi compadre González.* »

Así murió en un baño el *benitismo* y nació el *gonzalismo*. Fué un error *a priori*. No porque la nación perdiera algo con la eliminación del leguleyo, sino porque nada ganaba con la sustitución de un militar por conocer á un militar probado.

A posteriori, el cuatrienio gubernamental (1881-1884) del general Manuel González resultó, más que un error, un desastre. Fué ciertamente un rasgo de honradez política el ceder el Gobierno á un compañero de armas cuya cooperación le allanara el triunfo ; todo por cumplir el número antireeleccionista de un programa. Pero por bella que fuera esa experiencia de republicanismo ¿ podía intentarse sin contar, como en las experiencias fisiológicas, con un *sujeto apropiado?* É instituído como tal el General Manuel González, ¿ había que declararlo estadista por el mérito de sus cargas de caballería?

El caudillo, ante la evidencia de un mal gobierno que comprometía la paz pública, su nombre y hasta su vida (1) tuvo la gran cordura de arrostrar en silencio las consecuecias de su error, en obvio de un escándalo mundial. A algunos que le hacían en lo privado manifestaciones sobre los desórdenes administrativos del Presidente que se iba para no volver más :

(1) Algunos miembros del partido gonzalista proyectaron asesinarlo.

« ¡ Qué lástima ! les respondía ; pudiera haber sido un buen presidente, si no fuera por su manía de *asimilación.* »

Tan dolorosa experiencia tuvo su utilidad. Demostró que un Gobierno, á semejanza de una casa comercial, quiebra cuando especula. Probó también la importancia del general Díaz como regulador. Cuando el empleado vió que su sueldo se le iba, absorbido por las casas y haciendas, improvisada riqueza de una pandilla gobiernista ; cuando el comerciante vió que el empleado no compraba más, agotado su haber en la casa de empeño, entonces empleado y comerciante ansiaron la vuelta del caudillo administrante.

Y volvió. Ya no era el experimentador, sino el experto. Se veía en su nueva forma la seguridad de la acción y la conciencia del propio destino. Conocía bien el terreno que pisaba, los hombres que le rodeaban, el camino hacia adelante. Marchó al porvenir, no ya como un vidente, sino como un práctico en un mar de proyectos : organización hacendaria, ferrocarriles, puertos, salubridad, embellecimiento.

Al mismo tiempo se observó en su carácter una fijación extraña. El que fué demoledor para los de arriba, férreo disciplinario para los de abajo, se afirmó como un *moderado.* Acababa de ingresar en alta vida de familia uniéndose, en segundas nupcias, con bella, distinguida y virtuosa dama, hija de un

prominente republicano (1) que había sido su enemigo. Nobleza obliga. El caudillo revistió su autoridad de formas corteses. Todos, amigos, enemigos, indiferentes, pedigüeños, fueron tratados de *estimados amigos* en su voluminosa correspondencia diaria. En la cúspide de este vasto sistema de « amificación » ambas cámaras se encontraron erigidas en areópago de amigos. A cada diputado ó senador le hacía entender que su futura existencia parlamentaria dependía de su pasividad frente al Gobierno. Este procedimiento se aplicaría con fruto á turbulentos países latinos de muy joven ó decrépita formación, enfermos de cámaras vocingleras. Tendrían parlamentos decorativos, pagados *por no hablar*. El mismo sistema de amistad pasiva y silenciosa, aplicado á los Gobernadores de los Estados, hizo de ellos en lo general unos cacicones tranquilos (2).

(1) Dª. Carmen Romero Rubio, hija del Sr. Lic. Manuel Romero Rubio.

(2) La amistad *activa* por el caudillo de los gobernadores y muchos diputados no va monetariamente en ocasiones hasta $ 2, 75 cs. Cuando publiqué mi libro *Porfirio Díaz*, XXX, hice que el editor les remitiese atenta esquela invitándoles á comprar un libro de rica documentación sobre la vida del caudillo. Solo dos Gobernadores respondieron á la demanda comprando algunos ejemplares (á $ 2, 75, rústica). Afortunadamente, no he necesitado del contingente de estos « amigos » para el éxito del libro. El público lo ha comprado. Especialmente, de Sur-América, la Librería central editorial de Paris, ha recibido considerable demanda de mi *Porfirio Díaz*, XXX.

Así ha marchado en paz el país durante treinta años bajo una dirección unitaria, con las exterioridades de *la democracia*.

No podía ser de otro modo cuando han faltado al pueblo mexicano condiciones de oportunidad para ella... Hablando hace poco en España sobre este asunto con un talentoso republicano del mismo país, me dijo : « *Vuestro Porfirio Díaz* ha hecho mucho bien á México ; pero necesitaría vivir cincuenta años más para dejar *una democracia viable*. » Guardé la frase sin dar importancia á la idea. Después, reflexionando, descubrí en ella una verdad profunda.

Se necesitaría, en efecto, bajo la misma dirección unitaria del general Díaz, una larga obra de democratización que, sin conmociones, trajese á todas las clases á verdaderas prácticas republicanas. Pero dados los límites infranqueables de la vida humana, es el sucesor del general Díaz quien está llamado á continuar su obra en el sentido propuesto por mi interlocutor español.

La entidad *pueblo*, de cuya vaga acepción tanto han abusado los políticos en sus discursos, ha sido para Porfirio Díaz un origen y una finalidad. Venía del pueblo é iba al pueblo. De ahí su fuerza, ó si se quiere, su « providencialismo ». Nada podía destruir el que viniese del fondo mismo del pueblo, que naciese en un *mesón*, que fuese en su adolescencia hu-

milde artesano y estudiante pobre, después soldado de guerrilla... Lo que sí podían impedirle es que *fuese al pueblo*, como iba realmente, ó por voluntad ó por instinto. Cuando un hombre llega al poder, varios elementos se reunen para impedírselo. No le dejan ver al pueblo, y mal puede ir hacia él quien no lo ve. Se lo impide cierta clase de prensa, obligada á no tocar algunas cuestiones sociales ó á extender sobre otras un velo de optimismo. Se lo impiden los funcionarios menores que le *tapan al pueblo*, toda esa gente oficial ú oficialesca que en las visitas y excursiones presidenciales se pone de pantalla frente á la miseria social. ¿ Cómo ver, á través de las filas de levitas, las turbas de rateros y mendigos que reclaman la reclusión en instituciones de trabajo obligatorio ? ¿ Cómo ver las pocilgas pestilentes y sombrías en que la humanidad se acuesta por tierra al nivel de la bestia ?... Son términos sueltos de los grandes problemas que quedan por resolver al hombre que continúe la obra del caudillo.

Bueno será que ese hombre venga, como él, del pueblo ; que, como él, cuando joven, haya martillado en el taller confundido con los hambrientos ; que, cuando maduro, conozca bien su propio país en ciudades y ranchos miserables, el extranjero en sus modelos civilizadores. Y sobre todo, se necesita

que *vaya al pueblo*, sin que de él lo desvíe ni el burgués, ni el militar, ni el clérigo.

Ir al pueblo, es lo que fundará la *democracia viable* que por medio de un Porfirio Díaz ultra-centenario, soñaba para México mi republicano ibero.

FIN

ÍNDICE

Pages

Prólogo. 1
Nota preliminar 7
Previa cuestión de nombre. 8

PARTE PRIMERA

UN IMPERIO Y UNA GUERRILLA

Capítulo I. — Maximiliano de Habsburgo 11
Cap. II. — La Guerrilla 32
Cap. III. — Jornadas de la Guerrilla (Agitación, Dispersión, Concentración) 57

PARTE SEGUNDA

DE GUERRILLA Á EJÉRCITO

La triada de ciudades rendidas (Oaxaca, Puebla, México). 69
Cap. I. — Oaxaca 71
Cap. II. — Puebla. 99
Cap. III. — México 130

PARTE TERCERA

HASTA TECOAC

Cap. I. — El Rompimiento con Juárez 171
Cap. II. — Primerías Revolucionarias 184
Cap. III. — La Revolución de « la Noria » 192
Cap. IV. — Grandeza y Decadencia de un partido político. 215
Cap. V. — La Revolución de Tuxtepec (Batido) 229
Cap. VI. — La Revolución de Tuxtepec (Batiendo). . . . 257

Epílogo 301

2190. — PARIS. — IMPRENTA DE LA V^da DE CH. BOURET